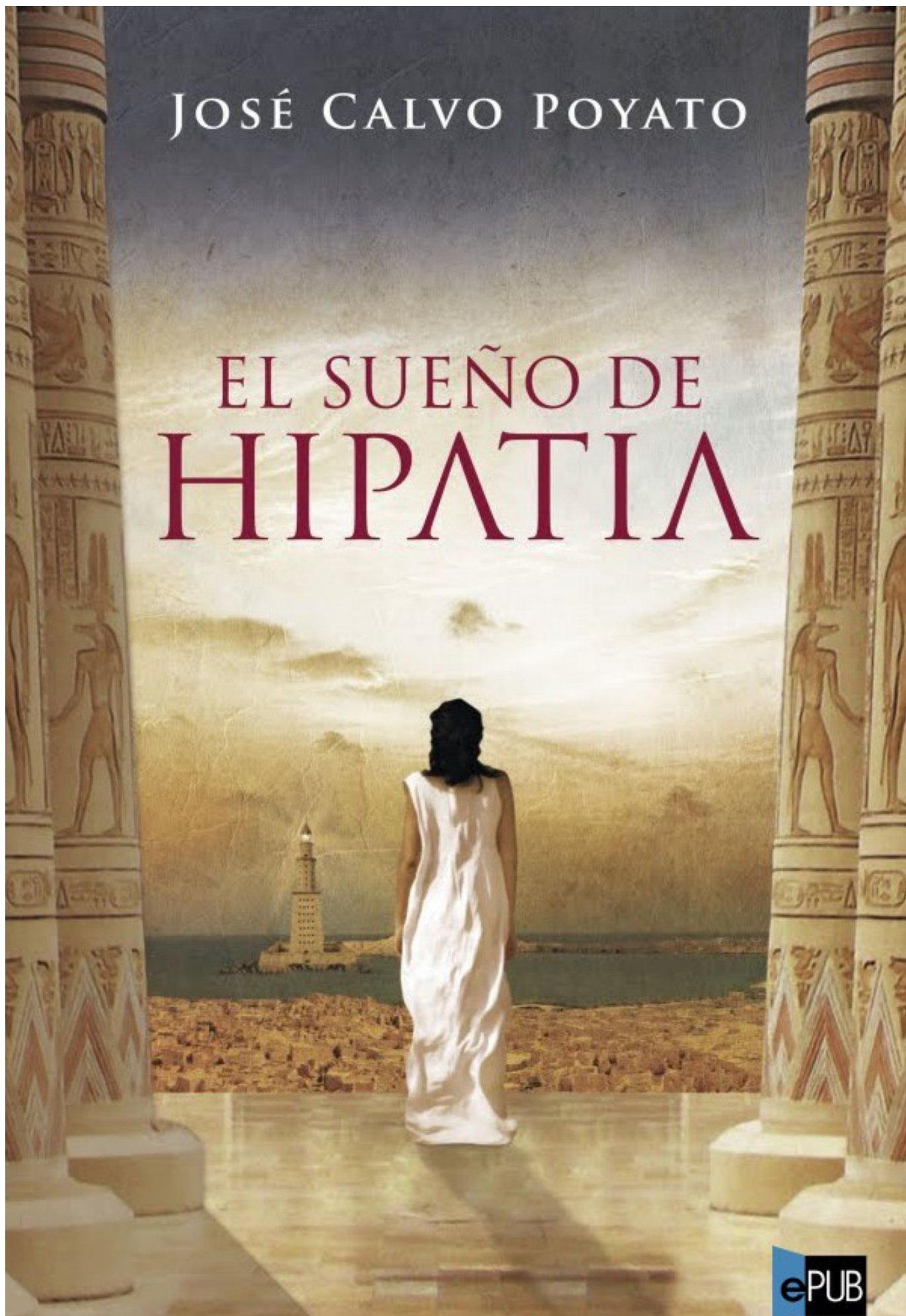


JOSÉ CALVO POYATO

EL SUEÑO DE
HIPATIA



ePUB

Egipto, siglo IV. Los cristianos se hacen con el control de la sociedad ensombreciendo a los sabios y filósofos que hicieron de Alejandría una tierra de conocimiento y tolerancia. Figura esencial de ese mundo amenazado será Hipatia, matemática y astrónoma acérrima defensora de la cultura clásica cuya actitud fue un desafío permanente para una Iglesia cada vez más fortalecida e intransigente. Tanto su trágica muerte como el silencio que cayó sobre ella fue el alto precio que tuvo que pagar, pero no el único.

Egipto, tras la Segunda Guerra Mundial. Unos campesinos descubren por azar unos códices cuyo contenido oculto durante mil quinientos años despierta el interés de muchas personas. Habrá alguien dispuesto incluso a matar por apoderarse de ese documento. Un periodista, junto a un grupo de investigadores británicos, tratará de esclarecer la relación de estos sucesos con el tiempo que le tocó vivir a Hipatia de Alejandría. Nada será como parece...

Un intenso y riguroso thriller histórico sobre uno de los personajes más deslumbrantes y olvidados de la historia. Una novela que reivindica la fuerza de la razón y la tolerancia frente al fanatismo de quienes a lo largo de los siglos han pretendido imponer sus dogmas...



José Calvo Poyato

El sueño de Hipatia

ePub r1.1

Titivillus 24.02.2020

José Calvo Poyato, 2009

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



A los que buscaron la verdad
y lucharon para que nos alumbrase.

Agradecimientos

Las primeras páginas de El sueño de Hipatia cobraron vida

en marzo de 2007, pero no fue hasta febrero de 2009, tras una conversación con David Trías en Almuñécar mientras hablábamos de las relaciones entre la historia y la novela histórica, cuando recibieron el impulso definitivo. Había decidido que la novela que quería escribir sobre Hipatia de Alejandría no fuese una novela histórica, sino un thriller donde hubiese una parte cuyo eje fuera la figura de la insigne matemática, en el marco de una Alejandría donde se disolvía ese mundo que conocemos como grecolatino — que en este caso concreto tenía un componente egipcio de suma importancia— y emergía el cristianismo como poder político. Era la forma de darle cuerpo a una mujer de la que apenas tenemos certezas sobre su figura y su vida, aunque su actitud vital, más que su legado intelectual, es todo un ejemplo.

La ayuda de Cristina, mi mujer, resultó impagable. No solo por la luz que arrojaron sus puntos de vista, en muchos aspectos completamente diferentes de los míos y sobre los que hemos hablado tantas veces que he perdido la cuenta, sino por su paciencia para soportar al escritor absorto y obsesionado con su tarea.

Gracias a Javier Sánchez por la lectura del original, que hubo de realizar con no pocas dificultades, y por sus siempre certeras observaciones.

Gracias a Gloria Abad por sus comentarios y por terminar de leer el original en Estambul, en la plaza Tazkim donde tan buenos ratos pasamos, y gracias también al comandante Sol quien, además de revisar el texto, me proporcionó datos sobre vuelos, aeropuertos, compañías aéreas y aviones.

Al sur del lago Mareotis, finales del año 370

La víspera había partido de su casa de campo, donde llevaba retirado varias semanas trabajando en el Almagesto de Ptolomeo. Lo acompañaban tres de sus criados y con ellos pasaría la noche cerca de los pantanos que se extendían al sur del lago Mareotis. Había reservado unas jornadas, antes de regresar a Alejandría, para dedicarse a uno de sus placeres favoritos: cazar en la zona donde se extendían los pantanos. Allí crecía una exuberante vegetación en la que anidaban ánades, gansos, grullas, cigüeñas y era imposible el cultivo. Un puñado de privilegiados, con licencia del prefecto imperial, encontraba allí un paraíso para dar rienda suelta a sus aficiones cinegéticas.

Teón y sus criados habían pasado la noche en un incómodo albergue, soportando las chinches de los mugrientos jergones proporcionados por los labriegos a precios abusivos. Antes de que el sol apuntase, el astrólogo ya estaba levantado y sus criados lo tenían todo dispuesto para que disfrutase la primera de sus jornadas de caza.

Era cerca del mediodía y los dioses no se habían mostrado propicios. Teón tenía en su zurrón una pieza menor, pero no habían avistado una sola manada de ánades o de gansos, que era donde se centraban sus preferencias.

Parecía que la suerte iba a tornarse al descubrir uno de sus criados una bandada de ánades que se solazaba entre los juncuales, ajena al peligro que les acechaba. Se

acercaron con sigilo. Teón la tenía ya al alcance de su arco y seleccionaba la mejor pieza cuando el ruido de dos individuos, que se aproximaban con poco cuidado, alertó a las aves de una extraña presencia. Levantaron el vuelo y frustraron las expectativas del cazador.

Al volverse, con la cólera reflejada en sus ojos y el arco tensado, Teón comprendió que algo importante había sucedido. Quienes se acercaban, como si fuesen elefantes, eran esclavos de su casa; uno de ellos era Cayo, su ayudante en el observatorio.

—¡Menos mal que te hemos encontrado, mi señor! — exclamó sin apenas resuello.

Teón destensó el arco.

—¿Qué ocurre? —preguntó inquieto.

—¡El ama Pulqueria ha dado a luz!

La noticia lo sorprendió. Tenía bien echadas las cuentas y aún faltaban ocho semanas para que se cumpliera el tiempo del embarazo.

—¡No es posible! ¡Estaba de siete meses!

—Poco después de que partieras, el ama Pulqueria se sintió descompuesta —explicó Cayo—. En la casa se formó mucho revuelo y el mayordomo ordenó avisar a la partera, quien, tras examinarla, diagnosticó que estaba de parto.

—¿Qué ha ocurrido? —Teón tenía fruncido el ceño.

—Todo ha ido bien. Simplemente, tu hija ha decidido adelantarse.

—¿Cómo has dicho?

—Eres padre. Has tenido una hija.

—¿Has dicho hija? —Lo miró incrédulo.

—Sí, mi amo, eres padre de una niña.

Fue como si lo hubieran golpeado con una maza. El más famoso astrólogo de Alejandría no se molestó en disimular su desilusión. ¡Una hija! No podía explicárselo. Todo estaba planificado para que los astros se mostrasen favorables. Cuando llegaban determinados días, Pulqueria y él tomaban ciertas precauciones y copulaban cuando la posición de los planetas era la más adecuada. Teón sabía que el momento clave era la concepción y no el nacimiento. Ese era el instante decisivo para confeccionar un horóscopo que ofreciese garantías.

Teón, cuyos conocimientos sobre la influencia de los astros y su posición en el firmamento para saber qué deparaba el futuro a las personas a lo largo de su vida lo habían convertido en uno de los astrólogos más reputados de la ciudad, estaba desconcertado. Ignoraba qué podía haber ocurrido y le preocupaba el uso que sus enemigos pudiesen hacer de aquel fracaso. La mayoría de la gente utilizaba el momento del nacimiento para trazar el horóscopo, él lo hacía para sus clientes, pero los iniciados sabían que el instante de la concepción era el más importante, aunque casi nadie lo conocía con exactitud.

Había cumplido treinta y cinco años y no tenía descendencia. Su primera esposa nunca se quedó embarazada y Pulqueria, su segunda mujer, había tardado siete años en hacerlo. Cuando lo supo, celebró una gran fiesta. Se engalanaron los jardines de la casa, hubo alumbrado extraordinario, se sacaron de la bodega los mejores vinos, los que se reservaban para las grandes ocasiones, se habían preparado los manjares más exquisitos y todos sus amigos acudieron a su llamada.

Durante varios días los festejos se sucedieron en su mansión. Teón era el hombre más feliz de Alejandría. Iba a ser padre de un niño; sin embargo, siete meses después los dioses se habían mostrado poco misericordiosos. Su mayor deseo era tener un heredero, un hijo a quien confiar su fortuna familiar y con el que compartir sus anhelos. Un hijo que amase la ciencia como él la amaba, pero los dioses no estaban dispuestos a otorgarle el mayor de sus deseos.

Su congoja y contrariedad eran tan patentes que a su alrededor todos habían enmudecido, ni siquiera lo felicitaron. Una bandada de patos pasó por encima de sus cabezas, pero nadie les prestó la menor atención.

Teón se sentó y pidió agua, se refrescó la cara y después bebió con moderación. Permaneció largo rato en silencio y con el rostro sombrío, mientras los demás aguardaban pendientes de él.

—¿Cuándo nació? —preguntó por fin.

—Ayer, justo en el instante que Venus surgió en el firmamento —respondió Cayo.

—¿Estás seguro?

—Completamente, mi amo. Me encontraba en la terraza, junto a la alcoba donde la comadrona atendía al ama, por si necesitaban de mis servicios. Caía la tarde y distraía mis pensamientos escrutando el firmamento cuando escuché un llanto infantil. En aquel momento el brillo de Venus surgió sobre el fondo azulado de la bóveda celeste.

Teón acarició su rasurado mentón.

—Te diré que fue un momento mágico —añadió Cayo.

Se levantó y, sin decir palabra, echó a andar. Sus criados

lo miraban, sin saber qué hacer.

—¡Vamos! —les ordenó con voz desabrida.

Una hora más tarde, seis jinetes abandonaban las pantanosas tierras del delta del Nilo ante la entristecida mirada de los campesinos. Éstos veían esfumarse los denarios que les hubiese proporcionado una estancia más prolongada.

El astrólogo desfogaba la frustración espoleando su caballo. Apretaba en los ijares y el noble animal respondía esforzándose al límite. Cuando llegó a los arenales que bordeaban el lago Mareotis hacía mucho rato que el último de sus criados había quedado atrás. Era imposible seguir al extraordinario ejemplar que montaba el amo: un purasangre, veloz como el viento, traído de los desiertos del norte de Arabia.

Ante sus enfebrecidos ojos aparecieron las primeras villas que bordeaban la ribera del lago que cerraba el flanco sur de Alejandría. Allí, en los meses del estío, la aristocracia de la ciudad se recreaba lejos del sofocante calor que se soportaba en la ciudad. Eran lujosas residencias rodeadas de jardines y enclavadas en medio de los campos cultivados en los que se daban la mano el trigo y la vid. Poco después cruzó el canal de la Esquedia y rodeó la muralla para entrar por la Puerta del Sol; allí se alzaban algunos de los templos donde los alejandrinos rendían culto a los dioses de sus mayores y tenían lugar importantes celebraciones religiosas.

Teón dio un respiro a su caballo, que echaba espuma por los belfos. La tarde empezaba a declinar cuando avistó la puerta oriental de la muralla por la que se accedía a la gran Vía Canópica, diseñada por el arquitecto Dinócrates

de Rodas cuando Alejandro el Grande le encargó levantar una ciudad sobre un pequeño poblado de pescadores conocido como Rakotis. Recorría la ciudad de este a oeste y era tan espaciosa que permitía la circulación fluida de dos carros en cada dirección.

Cruzó la adintelada puerta flanqueada por dos enormes esfinges de granito rojo y se abrió paso, con alguna dificultad, entre la muchedumbre de campesinos; regresaban de las huertas que se extendían junto al canal que conectaba las aguas del Nilo con las del lago y proporcionaba el agua necesaria para el riego. Los soldados encargados de la vigilancia de la puerta estaban ajenos a su cometido, enviciados en los dados.

La mayor arteria de Alejandría rebosaba de vida. Los soportales abiertos en sus amplias aceras daban cobijo a las mercancías de los establecimientos que jalonaban buena parte de sus más de dieciséis estadios^[1] de longitud. Los comerciantes, gentes de muy variadas procedencias según se deducía de sus vestimentas, ofrecían productos de los más apartados rincones del mundo. En cada uno de los tramos delimitados por las calles que, a derecha e izquierda, desembocaban en ella se agrupaban los mercaderes dedicados a la venta de determinada clase de productos, según las normas establecidas por las autoridades; los compradores sabían dónde buscar y podían comparar precios y calidades.

Allí podía encontrarse cualquier cosa, desde perfumes costosísimos a baratijas, fina seda o burda arpillera, pieles y calzados, especias, incienso, pergaminos, papiros, tintas de diferentes colores a precios elevadísimos, cerámica de formas diversas y variados tamaños, piezas de orfebrería o toda clase de alimentos. Los mercaderes voceaban sus

mercancías y trataban de atrapar a posibles clientes, invitándoles a comprobar la calidad de sus productos.

Unos gritos, procedentes de una de las calles que se abrían a su derecha, alertaron a Teón. Vio cómo la gente se arremolinaba y los vendedores, agitados, retiraban a toda prisa las mercancías expuestas. En pocos segundos, el abigarrado mundo de los tenderetes había desaparecido. Algunos comerciantes echaron el cierre a sus establecimientos, atrancando las puertas. También la mayor parte de los compradores se había alejado prudentemente del lugar. La estampa que se ofreció a los ojos del astrólogo era habitual en Alejandría desde hacía algunos años. Nicenos y arríanos dirimían sus diferencias a palos. La violencia desatada por aquellos dos grupos se había convertido en algo frecuente. Sus discusiones eran vehementes y, a veces, acababan en reyertas donde había incluso muertos.

Teón supo que se trataba de aquellos exaltados por su inconfundible aspecto: habían desterrado los colores de su indumentaria, no se rasuraban la cara y ofrecían un aspecto desgreñado porque se dejaban crecer el pelo, al modo de los germanos que habitaban las regiones al otro lado de los limes septentrionales del imperio; apenas se lavaban porque rechazaban los cuidados del cuerpo, así como la mayor parte de los placeres que ofrecía la vida.

No le interesaban las creencias de los cristianos, pero sabía que había mucha tensión entre dos de las sectas de aquella religión en la que se comían a su dios en uno de sus rituales y tenía un vago conocimiento de la raíz de sus enfrentamientos. Había oído decir que los nicenos habían aceptado los acuerdos establecidos en un concilio celebrado, hacía ya algunos años, en la ciudad de Nicea.

Allí, sus obispos, reunidos a instancias del emperador Constantino, acordaron que el Padre y el Hijo, dos de los dioses de la tríada que formaba su panteón, eran iguales en dignidad, tenían la misma categoría y, en consecuencia, se les debía rendir el mismo culto. Los arríanos, por lo que él tenía entendido, establecían unas sutiles diferencias a favor del Padre.

Teón, como muchos de sus amigos, con quienes compartía largas y animadas veladas, opinaba que en el fondo de aquel conflicto latían otros intereses. El más importante era la rivalidad entre Alejandría y Constantinopla. Las dos ciudades habían estado enfrentadas desde que el emperador Constantino decidió convertir a la segunda en capital imperial. Los alejandrinos consideraban que su ciudad tenía más historia y sus centros culturales, los más prestigiosos del mundo pese a los problemas vividos, la situaban muy por encima de su rival, que esgrimía como principal argumento ser la cabecera del poder político del imperio.

Miraba la escena, sorprendido por la inusitada violencia de los contendientes. A pesar de la frecuencia de sus enfrentamientos, nunca había sido espectador de la fiereza con que se peleaban. Algunos de ellos blandían pesadas estacas, indicando que habían acudido al encuentro dispuestos para la pelea. Todo transcurrió tan deprisa que, sin apenas darse cuenta, se vio en medio de la trifulca. Ahora entendía por qué los avispados comerciantes se habían mostrado tan diligentes apartándose.

Tiró de la brida del caballo para que el animal retrocediese, ante la acometida de dos individuos que luchaban a brazo partido y se le echaban encima, sin reparar en otra cosa que no fuese agredir al adversario.

Teón no se dio cuenta de que a su espalda peleaba otra pareja: una mujer, con los ojos desorbitados, arremetía, estilete en mano, contra un individuo que tenía la cabeza vendada y empuñaba una espada corta. La mujer falló el golpe y el estilete se hundió en el anca de la cabalgadura del astrólogo que, agujoneada, se encabritó y se alzó de manos, lo que le puso en una situación apurada. Con mucha dificultad logró dominar su corcel y se desplazó hacia la zona porticada, buscando salir de aquel turbión en que se había visto envuelto.

El caballo hizo una extraña corveta y estuvo a punto de derribarlo. Algo había alertado el instinto del animal. Segundos después se escuchó un ruido que parecía emerger de las entrañas de la tierra. El astrólogo supo inmediatamente que aquello era mucho peor que la riña callejera.

Aleandría, año 370

Todo comenzó a temblar, Alejandría se enfrentaba a un nuevo terremoto. Apenas había transcurrido un lustro de la dolorosa experiencia vivida por sus habitantes. Había sido tan dura que la ciudad aún no estaba recuperada.

El tenebroso ruido hizo pensar a muchos de los contendientes que estaban abriéndose las puertas del infierno y que los demonios surgían de las profundidades del averno. Hubo un momento en que unos y otros dudaron si continuar dirimiendo sus diferencias; fue solo un instante antes de que echasen a correr en todas direcciones, profiriendo gritos y maldiciones. Se culpaban de haber despertado la cólera de Dios, ofendido por los pecados de sus contrarios. La divinidad desataba su cólera sobre una ciudad donde los herejes tenían un lugar y la castigaba otra vez de forma terrible. Según se decía, los muertos habidos en el año 365 alcanzaron la cifra de cincuenta mil y muchos de los supervivientes estaban sin hogar al hundirse bajo las aguas una parte importante del barrio de Bruquio. Los efectos del terremoto fueron terribles en las proximidades del Heptaestadio, nombre con que los alejandrinos habían bautizado el largo puente de siete estadios que unía el Ágora con la isla de Faros, donde se alzaba el más importante de los monumentos de la ciudad: el Faro, cuya linterna permitía orientarse en medio de la noche a los barcos que navegaban a una considerable distancia.

Teón logró al menos, aunque no pudo hacerse del todo con el dominio de su desconcertado corcel, que el animal

galopase por el centro de la avenida. El riesgo era grande, pero no tenía mejores opciones. Apretó las piernas a los ijares del caballo y sintió cómo su cuerpo vibraba con los temblores procedentes de las entrañas de la tierra. Los edificios, algunos de cinco y seis plantas, sacudidos desde sus cimientos, oscilaban amenazantes, como si fuesen delicadas hojas agitadas por el viento. Vio cómo caían los primeros trozos de mármol, desprendidos de los frisos, acompañados de piedras y cascotes de la dura argamasa que daba cuerpo a las construcciones.

Los comerciantes abandonaban despavoridos sus tiendas, lanzando gritos de angustia. La Vía Canópica temblaba. Todo amenazaba con venirse abajo en medio de un estrépito ensordecedor. Los cuerpos caídos en el suelo eran cada vez más numerosos y los gritos de miedo daban paso a los gemidos de dolor de los heridos.

Sobrecogido, supo que era cuestión de tiempo verse alcanzado por alguno de los proyectiles que caían desde las alturas. Sentía la fuerza de los latidos de su corazón y espoleaba el caballo por instinto. Entonces, una metopa de mármol desprendida del labrado friso del Gimnasio le alcanzó en la cabeza. Su último pensamiento, antes de llegar al suelo que se agitaba como el cuerpo de una serpiente, fue que nunca conocería a aquella hija que acababa de llegar al mundo y significaba el mayor de sus fracasos como astrólogo.

Quizá aquel terremoto, que tampoco había sido capaz de predecir, era un regalo de los dioses, que de ese modo le evitaban sufrir los sinsabores del nacimiento de una hija no deseada.

Entreabrió los ojos con mucha dificultad y volvió a cerrarlos; le picaban como si los tuviese llenos de arena. Al cabo de un rato durante el que no logró sacudirse la somnolencia, lo intentó de nuevo y, como si mirase a través de una rendija, vio moverse, agitadas por la brisa, las delicadas cortinas de lino que tamizaban las últimas claridades del día. Los rayos de sol daban un tono anaranjado a la estancia. Sobreponiéndose a la molesta sensación que lo invitaba a permanecer con los ojos cerrados, logró fijar su mirada en el techo. Por un momento, pensó que estaba en el más allá, que había superado la dura prueba de salvar la laguna Estigia y dejado atrás los horrores del can Cerbero que, con sus tres pares de ojos, vigilaba la puerta del Hades. Los dioses lo habían destinado a los Campos Elíseos, a tenor del hermoso paisaje que se ofrecía a sus ojos. Las ninfas, indolentes y sensuales, ofrecían sus hermosos cuerpos en un paraje paradisíaco, donde brotaban cascadas de cristalinas aguas en medio de un abundante follaje y frondosos árboles. Supo que no estaba en los predios del bienestar absoluto porque su dolorido cuerpo le indicaba que no había abandonado el mundo de los vivos.

Lentamente trató de situarse. Comprobó que estaba tendido sobre un blando colchón de esponjosos vellones de lana. La estancia era un lugar agradable, silencioso y perfumado por el sándalo y la fragancia de las maderas olorosas que, a modo de friso, decoraban la parte alta de las paredes. Al otro lado de la ventana se extendía un jardín, según se deducía de las copas de los árboles que dejaban entrever las cortinas.

Desconocía el lugar, ni siquiera le era familiar, y no tenía la menor idea de cómo había llegado hasta allí. Su último recuerdo, antes de que su mente se nublara, era el

movimiento ondulado de la Vía Canópica agitada por una descomunal fuerza que emergía del interior de la tierra.

Trató de incorporarse, pero solo consiguió acentuar los dolores que lo atenazaban. Pensó que tenía rota la mayor parte de los huesos de su cuerpo. Un ruido de pasos en la galería provocó un aleteo de pájaros que huían piando en todas direcciones desde el refugio vespertino de las copas de los árboles. Alguien se acercaba. Eran dos esclavas quienes entraron en la habitación; una llevaba un candil de varios picos y unas piezas de lienzo, la otra una jofaina con su jarra, de las que se utilizaban para la higiene corporal. Esta última, al verlo despierto, le dedicó una sonrisa zalamera.

—Veo que Teón el astrólogo ha regresado al mundo de los vivos.

Al escuchar su nombre, arrugó la frente y sintió una punzada de dolor en la sien. Se llevó la mano a la cabeza y sus dedos se encontraron con un aparatoso vendaje.

—¿Dónde estoy? ¿Quiénes sois vosotras?

—En casa de Lisítrato.

—¿Cómo has dicho?

Instintivamente, el astrólogo intentó incorporarse, pero los dolores le hicieron desistir. Los dioses se mostraban inmisericordes. La muerte, a cuyas puertas se vio abocado, no se lo había llevado. Pero encontrarse en casa de Lisítrato era tan malo como la muerte.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—En unas angarillas —ironizó con descaro la joven esclava—. Te trajeron unos criados de nuestro amo y, por si te interesa saberlo, no tenías muy buen aspecto.

Teón se palpó de nuevo la cabeza, para cerciorarse de que no era víctima de un mal sueño. ¡Estaba en casa de Lisítrato! Ni en la peor de sus pesadillas podía haber imaginado algo tan terrible.

Lisítrato era el mayor de sus rivales en el mundo científico de Alejandría y también un reputado astrónomo, pero, a diferencia de Teón, rechazaba toda clase de interpretaciones, predicciones y pronósticos sobre el destino de las personas a partir de la posición y de los movimientos de los astros, la disciplina a la que él había dedicado buena parte de sus estudios. Las diferencias entre ellos los habían llevado a mantener acaloradas disputas. La última tuvo gran repercusión, no solo en los cenáculos eruditos, sino en las tabernas y lupanares del puerto, cerca de los acuartelamientos de las tropas imperiales.

Trató de poner orden en su dolorida cabeza.

Recordaba que el terremoto lo había sorprendido a la altura del Gimnasio, justo el lugar donde las facciones enfrentadas de los galileos dirimían sus diferencias a garrotazos. Poco más adelante recibió un impacto en la cabeza y perdió el sentido. Una explicación de por qué se encontraba en aquella casa era su proximidad.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó sin disimular su incomodidad.

—Te trajeron ayer por la tarde, era más o menos esta misma hora. Estabas desmayado y tu cabeza tenía mal aspecto. Decías cosas sin sentido y nuestro amo mandó venir al médico para que te atendiera. Dijo que hoy vendría a verte de nuevo; estará a punto de llegar.

—¿Qué cosas decía? —preguntó.

—Cosas sin sentido.

—Eso ya me lo has dicho.

—Decías que la Luna estaba en cuarto creciente y no sé qué cosas de Marte y Saturno.

Teón se sentía cada vez más inquieto.

—Nuestro amo te miraba y sonreía —comentó la otra esclava que había colocado el candil sobre una repisa.

—¿Me escuchó vuestro amo?

—Sí, parecía muy interesado en tus palabras.

La esclava descorrió las cortinas para que entrase la luz del crepúsculo y otra vez se agitaron los pájaros, que poco a poco habían buscado un nuevo acomodo.

—¿Mi familia sabe que estoy aquí?

—Sí.

Mientras las esclavas disponían la estancia para la visita del médico, su mente elucubraba sobre el determinismo que en su opinión presidía la vida de los humanos. Había ansiado durante años la llegada de descendencia porque era la forma de alcanzar la permanencia sobre la tierra. Los hijos, especialmente los varones, eran la prolongación de los progenitores, una forma de perpetuarse en el tiempo. No todos sus amigos pensaban de la misma manera. Hermógenes, el viejo cascarrabias, se mostraba partidario de la metempsicosis, lo que popularmente se conocía como la transmigración de las almas. Sostenía que en el preciso instante de la muerte, el alma se encarnaba en otro cuerpo más o menos perfecto que el anterior, según mereciesen sus buenas o sus malas obras. Estaba convencido de que en una vida anterior había sido perro

porque previamente su alma perteneció a un mercader tramposo que se lucraba sisando en los pesos y elevando los precios cuando la necesidad apretaba. Hermógenes explicaba su ascenso, señalando que su anterior vida, la perruna, había estado presidida por la docilidad y que incluso el premio le llegó por salvar a un pequeño de morir ahogado. Las creencias del médico cobraban fuerza cuando las enfrentaba a las de Clodio, un filósofo cínico, quien afirmaba que el cuerpo era una cárcel a la que había que despreciar, como sucedía con las opiniones de quienes no pensaban como él. Clodio, muy aficionado al vino, señalaba que, al morir el cuerpo, el alma quedaba en libertad sin sentir el menor deseo de volver a quedar encarcelada. En aquella situación en que, ante la inminencia del peligro, se acordaba de cosas tan extrañas, al momento, Teón también pensó en cuál habría sido su pecado para que los dioses le hubiesen enviado el castigo de tener una hija.

Por la galería se escucharon pasos y el rumor de una conversación que sacaron a Teón de sus pensamientos.

—Creo que es nuestro amo quien viene. El responderá mejor que nosotras a tus preguntas.

Segundos después entraba el dueño de la casa acompañado por Hermógenes. Lisístrato, al ver que el herido había recobrado el conocimiento, dirigió una mirada de reproche a las esclavas.

—Mi señor, acabamos de entrar —se excusó una de ellas—. Hace menos de una hora aún permanecía inconsciente.

El astrónomo lo miró con gesto afable, aunque Teón creyó adivinar un destello de malicia en su mirada. Hermógenes se acercó al lecho y le preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

Teón resopló agobiado.

—¡Como si Atlas hubiese descargado sobre mis hombros su penoso trabajo! ¡Me duelen todos los huesos del cuerpo! ¡Estoy molido!

—Tu aspecto nada tiene que ver con el lastimoso estado en que te encontrabas ayer. La herida de tu cabeza sangraba mucho y delirabas continuamente.

Teón notó un molesto acaloramiento que trató de disimular y, aprovechando que Hermógenes había tomado una de sus manos y miraba atentamente la palma, balbuceó con voz trémula:

—Quiero agradecer tu hospitalidad.

—¡Bah! No tiene importancia. —Lisístrato agitó la mano como si espantase una mosca.

—Veamos cómo está esa herida.

Hermógenes cortó los vendajes y comprobó satisfecho que sus unguentos habían obrado un efecto maravilloso.

—La mantendremos vendada un par de días más y luego la dejaremos que se airee.

—¿No sería conveniente mantenerla vendada algún tiempo más? —preguntó Lisístrato.

—Las heridas sanan mejor cuando se les permite respirar —sentenció el médico, mientras con manos habilidosas palpaba el cuerpo del enfermo, buscando una rotura o una hinchazón. Después pidió a una de las esclavas que echase agua en la jofaina, se lavó las manos, se las secó con uno de los lienzos y luego con manos expertas vendó de nuevo la herida, tras aplicarle una generosa dosis de bálsamo.

Terminada la operación, Teón lo interrogó con la mirada—. No aprecio ni roturas ni hinchazones y la herida, a primera vista, no ofrece complicaciones. Has tenido mucha más suerte que otros.

—¿Ha sido muy grave? —El astrólogo recordó el momento del terremoto.

—Mucho, pero no tanto como se temió al principio.

—Lo último que recuerdo es que el mundo se me venía encima.

—Los daños han sido importantes, pero no hay comparación con los de hace cinco años —comentó Lisítrato—. Los muertos no llegan a tres centenares, aunque los heridos son más numerosos. Las pérdidas materiales, sin embargo, son muy cuantiosas en algunos lugares. Hay muchos edificios seriamente dañados; algunos tendrán que derribarlos.

—¿Mi familia está bien?

—Todos se encuentran perfectamente, aunque Pulqueria necesitará algunos días para reponerse —respondió el médico—. Y por lo que a la pequeña se refiere, te diré que ha llegado con ganas de vivir. No ha parado de llorar desde que salió del vientre de su madre. ¡Parece que allí se encontraba más a gusto!

Teón maldijo para sus adentros lo inoportuno del comentario. Lisítrato aprovechó para felicitarlo con un toque de ironía.

—Mi enhorabuena. He sabido que a tu hogar ha llegado la ansiada descendencia que durante tanto tiempo has anhelado.

—Gracias.

—Ha sido una niña preciosa, ¿no?

—No sabría decirte, aún no la he visto —farfulló incómodo y, dirigiéndose a Hermógenes, le preguntó algo que ya sabía, para no seguir hablando del nacimiento de su hija—. Supongo que en mi casa saben dónde estoy.

—Yo mismo fui a tranquilizar a Pulqueria después de curarte. Estaba muy preocupada porque tus criados habían llegado sin novedad y decían que te habías adelantado en el camino. Cuando ellos llegaron, el terremoto ya había pasado y al comprobar que no estabas en casa se produjo mucha inquietud.

—¡Cuando la tierra comenzó a temblar, me encontraba en medio de una pelea de esos fanáticos galileos!

—Un esclavo acaba de decirme que ya han vuelto a las andadas —intervino Lisítrato—. Un nutrido grupo de ellos protesta ante el teatro contra las fiestas que los seguidores de Baco van a celebrar en honor de su dios.

—¿Protestan contra las celebraciones de Baco?

—Protestan contra todo lo que no sea rendir culto a su dios. ¡Condenan como perversa cualquier otra creencia y sus manifestaciones! —exclamó irritado Lisítrato.

—Tenía entendido que los enfrentamientos eran entre ellos.

—Es cierto, pero de unas semanas a esta parte han empezado a revolverse contra los seguidores de otras creencias.

—No lo sabía.

—Su rechazo en esta ocasión va incluso más allá —añadió Hermógenes.

—¿Más allá? ¿Qué quieres decir?

—Cuando venía hacia aquí, he pasado cerca del teatro. Efectivamente, como dice Lisístrato, allí están congregados con el patriarca Atanasio a la cabeza.

—¿Atanasio está allí? —Lisístrato parecía sorprendido.

—¿Te extraña?

—No suele ir a las manifestaciones callejeras.

—Te equivocas, no suele estar en los enfrentamientos entre las diferentes sectas, los seguidores de Arrio se la tienen jurada. —Hermógenes parecía muy informado—. Han conseguido expulsarlo de la ciudad en varias ocasiones y otras tantas ha sido el propio Atanasio quien se ha visto obligado a poner tierra de por medio. Recuerdo que hará unos veinte años, vosotros erais unos jovenzuelos, sus enemigos organizaron un verdadero ejército que asaltó la sede del patriarcado; estaban dispuestos a matarlo, pero no lo encontraron. Huyó al desierto y buscó refugio entre los anacoretas que hacen vida retirada y permaneció lejos de la ciudad por lo menos seis años. Cuando regresó fue recibido como un héroe.

—Lo recuerdo perfectamente —corroboró Lisístrato—. En la Vía Canópica se había apiñado una muchedumbre que llenaba hasta el último rincón.

—No te vayas por las ramas, Hermógenes, que te conozco. Antes has dicho que las protestas de los cristianos eran algo más que un rechazo a las bacanales, ¿a qué te referías?

—Protestaban contra el teatro; su deseo es que se prohíban las representaciones.

—¿Prohibir el teatro? ¿Con qué argumentos? —preguntó el

dueño de la casa.

—No pidas argumentos donde no hay razón.

—Bueno, ¿qué dicen?

—¡Toda clase de sandeces! —exclamó el médico—. Que el teatro es el pórtico del infierno, que en la escena se exhiben mujeres sin pudor para excitar la lujuria de los varones, que allí se alimenta la concupiscencia, que en esas representaciones se ofende a su dios.

—¿Se ha representado últimamente alguna obra contra el dios de los cristianos? —preguntó Teón.

—No lo dicen por eso.

—¿Entonces?

—Consideran que los asistentes aprovechan la ocasión para pecar.

—No lo entiendo.

—Para los cristianos la simple concurrencia de hombres y mujeres a un lugar ya se considera un acto reprobable, según denuncian sus clérigos. Tratan por todos los medios de acabar con todo lo que suponga relaciones entre hombres y mujeres fuera de los estrictos límites que han puesto al matrimonio. Los más rigurosos rechazan lo que llaman placeres de la carne y afirman que la cópula solo es admisible como un acto de procreación.

Sus últimas palabras provocaron unas picaras risillas en las esclavas. Hermógenes las miró divertido; eran dos jóvenes atractivas y pensó que ofrecerían placenteros deleites a su amo.

—Han establecido —prosiguió el médico— una separación tan rígida entre hombres y mujeres que en sus templos les

han destinado lugares concretos para asistir a los ritos.

—¡Eso es una locura! ¡Va contra los principios de la madre naturaleza! ¡Pero allá ellos! —exclamó Lisítrato.

Hermógenes lo miró fijamente.

—No te confundas, amigo mío. El peligro está en lo que acabas de decir.

—¿En qué?

—No se conforman con ser ellos quienes cumplan esas normas.

—¿Qué quieres decir?

—Que su propósito es imponérselas a todo el mundo. ¡Ahí radica el peligro! ¡Todo lo que no está en su credo debe ser eliminado! —Hermógenes hizo una pequeña pausa y sentenció—: No sé adónde vamos a llegar, pero dad por seguro que nos aguardan tiempos difíciles.

Un silencio triste acompañó las últimas palabras del médico. Teón lo aprovechó:

—Si mi herida está mejor y no tengo ningún hueso roto, pienso que lo más conveniente será marcharme a mi casa. Creo que he abusado ya bastante de tu hospitalidad.

—Ha anochecido, Teón —comentó el astrónomo mirando hacia la ventana—. Será mejor que permanezcas aquí hasta mañana.

—Te lo agradezco, Lisítrato, pero si Hermógenes no ve inconveniente prefiero estar en mi casa lo antes posible.

—No hay inconveniente, aunque deberás ir en litera. Mi única salvedad nada tiene que ver con la medicina.

—¿A qué te refieres?

—Estas horas no son las más adecuadas para andar por las calles. Alejandría es una ciudad muy peligrosa después de anochecer.

—Eso tiene fácil solución —señaló Teón, que por nada del mundo estaba dispuesto a pasar allí la noche—. Enviaré recado a mi casa y vendrán a recogerme los porteadores y varios criados armados. Tengo ganas de estrechar a Pulqueria entre mis brazos.

—No hay necesidad de llamar a nadie. Tienes mi propia litera y la escolta que necesites para evitar una sorpresa desagradable.

Cenobio de Xenobosquion, Alto Nilo, año 371

El viento soplaba con tanta fuerza que la polvareda levantada apenas permitía ver más allá de una docena de pasos. El vendaval ponía a prueba la flexibilidad de las palmeras, cuyas ramas se agitaban produciendo un sonido seco y desagradable. A pesar de que el sol estaba todavía alto, la oscuridad causada por la nube de polvo producía la sensación de que el día ya estaba declinando. La tormenta de arena se había presentado, como casi siempre, de improviso: había estallado poco después de que los dos viajeros cruzasen la puerta del monasterio, como si hubiese aguardado a que llegasen a su destino.

Eran portadores de un mensaje del patriarca Atanasio para el responsable del cenobio. Su contenido había conturbado el ánimo del apa Papías que, inmediatamente después de disponer lo necesario para que fuesen atendidos convenientemente y de releer hasta cuatro veces el mensaje, se había retirado a la iglesia para tratar de serenar su espíritu. El intento había resultado vano; aquellas líneas confirmaban sus peores temores.

Papías, el apa desde hacía seis años de aquel cenobio perdido en las soledades del desierto, no podía comprender lo que estaba ocurriendo en el seno de la Iglesia. Él y sus monjes, más de un centenar, vivían casi aislados del contacto con las gentes, según las reglas establecidas por Pacomio. Allí, apartados de los peligros del mundo, se dedicaban a alabar a Dios; aunque menudeaban las diferencias, hacían vida en común bajo unas normas estrictas y rigurosas. No entendían las

sutilezas de los obispos ni sus disputas, aunque Papías estaba convencido de que la verdad estaba siendo acomodada al criterio de algunos; aquello era algo que lo obsesionaba desde hacía tiempo.

Desolado, decidió visitar a los dos monjes que trabajaban afanosamente en una apartada celda, convertida en un improvisado scriptorium donde copiaban antiguos textos cuya valiosa información no debía perderse. Avanzaba con dificultad en medio de la polvareda y el viento. La arena golpeaba en su rostro, como si fuesen agujas finísimas que martirizaban la piel, aunque eso carecía de importancia para un cuerpo que los rigores de los ayunos y las penitencias habían fortalecido.

Nadie sabía la edad de Papías. Algunos pensaban que era un anciano, pero la mayoría opinaba que rondaría el medio siglo. Muchos de los visitantes que acudían a consultarle dudas y a plantearle cuestiones de profundo trasfondo teológico se sorprendían al conocerlo: tenía calva la cabeza y largas barbas de tono gris que le llegaban hasta la cintura, el rostro enjuto y los ojos hundidos, pero de mirada tan profunda y penetrante que parecía ver más allá de la entidad física de las cosas. Esperaban encontrar otra apariencia, pero, por lo general, cuando se marchaban lo hacían favorablemente impresionados.

Uno de los remolinos tiró de él, obligándole a sujetarse con fuerza al tronco de una palmera para evitar ser arrastrado. Cuando pudo, apretó el paso para llegar lo antes posible a la celda donde Eutiquio y Apiano trabajaban a la mortecina luz de unos candiles porque el lugar carecía de ventanas. Solo un pequeño hueco de forma toscamente redondeada le permitía recibir alguna ventilación y un suave resplandor en las horas centrales del día.

Al oír los golpes en la puerta, los monjes intercambiaron una mirada y permanecieron en silencio. Aquél era un lugar apartado donde jamás se recibían visitas, aparte de las que realizaba Papías, pero el papa siempre las anunciaba. Eutiquio, muy supersticioso, pensó que la tormenta había traído alguno de los espíritus malignos que vagaban en las solitarias arenas del desierto. Sobre ellos se contaban historias horribles que los presentaban siempre dispuestos a acabar con la vida de algún incauto viajero para apoderarse de su alma. Se les conocía como yinnun y eran peligrosas criaturas al servicio de Satanás. Muchos monjes afirmaban haberlos visto y los describían como seres monstruosos. Unos decían que tenían aspecto caprino, con pezuñas, cuernos, barbas de chivo, ojos oblicuos y añadían que estaban dotados de un falo desproporcionado a su tamaño. Algunos los habían visto con forma de lobo, destacaban sus terribles colmillos y sus ojos rojizos que convertían su mirada en una sangrienta premonición. Otros, en fin, afirmaban que tenían forma de gato, de color negro y olor repulsivo. En lo que todos coincidían era en que durante las tormentas se removían y agitaban.

—¿Quién puede ser en medio de esta tormenta? — preguntó Eutiquio con un hilo de voz y el temor dibujado en su anguloso rostro.

Su compañero, también asustado, se llevó un dedo a la boca, pidiéndole silencio. Aguardaron sin responder, con la esperanza de que hubiese sido el viento, pero unos segundos después los golpes sonaron otra vez. Apiano se acercó sigilosamente a la puerta y pegó el oído por si percibía algún sonido. Sobresaltado, dio un respingo al escuchar de nuevo los golpes.

—¿Quién llama? —preguntó disimulando su miedo.

—¡Abre, Apiano, soy el apa! Al escuchar la voz de Papías dejó escapar un suspiro de alivio.

Con Papías entró una bocanada de aire polvoriento. Las llamas de los candiles titilaron vacilantes y uno de ellos se apagó.

—¡Cierra, hijo, cierra pronto! ¡Con este vendaval parece que se han abierto las puertas del infierno!

El apa estaba rebozado en polvo y trataba inútilmente de sacudir a manotazos su miserable hábito de tosca estameña, deshilachado por los bordes, con algunos rotos y mucha suciedad.

—¿Ocurre algo, padre? —preguntó Eutiquio, mientras Apiano atrancaba la puerta.

Papías no respondió, se acercó al pupitre y contempló los papiros en que trabajaban los monjes.

—¿Cómo va todo?

—Es un trabajo de paciencia, lo sabes mejor que nadie. Copiar tres o cuatro páginas puede llevar todo un día. La letra de estos códices es pequeña y apretada; además, seguimos tus recomendaciones al pie de la letra. Si hay una equivocación, repetimos el pliego completo. Ocurre algunas veces, aunque cada vez menos. Lo peor son las abreviaturas, en ocasiones descifrarlas se convierte en un suplicio. También se retrasa el trabajo cuando algunas líneas aparecen borrosas y otras están incompletas.

—Ya os he dicho cómo hay que actuar en esos casos. Sed siempre respetuosos con el original. Una sola palabra mal copiada, una sola —Papías alzó su mano con el dedo índice extendido—, puede cambiar el sentido de una frase. Hay

que ser muy escrupulosos.

—Lo somos, apa, por eso el trabajo avanza con tanta lentitud.

—Eso cuando no hay un accidente como el de ayer, sin ir más lejos —protestó Eutiquio.

—¿Qué sucedió?

—Se derramó un tintero y se mancharon ocho pliegos que quedaron inservibles.

El apa hizo un gesto de resignación. Aquellas cosas ocurrían, él lo sabía por propia experiencia. Le había pasado más de una vez cuando era un joven escriba y trabajaba en la Biblioteca de Alejandría, aunque su peor experiencia en ese terreno la tuvo con Teón, por entonces un jovencísimo astrólogo para el que confeccionaba un planisferio con la posición de los astros y las principales constelaciones vistas desde Alejandría a la llegada del solsticio de verano. El trabajo a partir de los bocetos elaborados por el propio Teón era extraordinario y costosísimo, con tintas de diferentes colores. Cuando estaba a punto de concluirlo, un tintero de rojo bermellón se derramó sobre el planisferio. Todavía recordaba el mal trago que pasó el astrólogo, aunque todo pudo solucionarse porque los bocetos no se vieron afectados. Papías trabajó frenéticamente durante varias semanas para entregar su trabajo. Al final lo concluyó con un retraso de varios días. Después de todo, Teón quedó satisfecho y lo recompensó generosamente. El astrólogo, con el que mantenía una sincera amistad a pesar de sus diferencias de opinión respecto al mundo y su realidad, fue una de las personas que más lamentó su decisión de retirarse a un cenobio en el desierto.

—¿A qué se debe tu presencia? —insistió Eutiquio, que barruntaba algo extraordinario para que Papías se hubiese presentado allí en medio de la tormenta.

—Tenéis que imprimir mayor ritmo a vuestro trabajo.

—Eso será difícil, apa, hacemos todo lo que está en nuestra mano.

—Lo sé, hijos míos, lo sé. Pero las cosas van mucho más deprisa de lo que nos temíamos.

—¿Lo dices por algo en concreto?

—Han llegado dos emisarios del patriarca Atanasio.

—¿En plena tormenta? —preguntó Apiano.

—Ha estallado poco después de que apareciesen en el cenobio, como si una fuerza invisible hubiese controlado el simún hasta que ellos estuviesen a resguardo.

—¿Qué quieren?

—Traen una autorización especial del patriarca para expurgar nuestra biblioteca y destruir todos los textos que no estén incluidos en la lista confeccionada por Atanasio hace cuatro años. Sostiene que únicamente veintisiete de ellos constituyen el Nuevo Testamento y considera que todos los demás deben ser destruidos. Esa es la misión de estos enviados.

—¿Han venido a Xenobosquion por alguna razón especial?

Papías se acarició la barba.

—No estoy seguro. Las noticias que tengo son que sus agentes pululan por todos los rincones del patriarcado. Pero sospecho que han venido hasta aquí porque Atanasio sabe lo que pienso y eso le hace sospechar que aquí puede

encontrar algunos de los textos que ha decidido exterminar.

—¿Qué criterios ha seguido el patriarca para hacer esa selección? —preguntó Apiano, el más joven de los monjes pero el mejor escriba del cenobio. Su vista todavía no estaba cansada y tenía un pulso extraordinario.

—En la carta con que conmemoró la Pascua de hace cuatro años, se limitó a señalar los veintisiete títulos. A ese número añadió luego otros dos, aunque sin incluirlos en el Nuevo Testamento.

—¿Qué dos?

—La «Didaské» y el llamado «Pastor de Hermas». Afirma que, aunque no pertenecen a la Biblia, pueden ser útiles para preparar el bautismo de los catecúmenos.

—¿Quieres decir que la selección se basa exclusivamente en su opinión?

Papías sopesó cuidadosamente la respuesta que Apiano le reclamaba.

—Supongo que se habrá asesorado, pero es solo una suposición. La carta donde señala los textos seleccionados es muy escueta.

—¡En tal caso se trata de una opinión y, como tal, puede ser rebatida! —exclamó Apiano con la vehemencia de sus pocos años.

—Así es, pero no olvides que se trata del patriarca.

—Su jurisdicción no se extiende más allá de Egipto, de la Tebaida y de Libia.

—¿Qué dicen en Constantinopla, en Roma, en Antioquía?

—Hay sitios donde no están de acuerdo con su selección, sobre todo en lo que se refiere al Apocalipsis del apóstol Juan, que muchos rechazan, pero su autoridad es muy grande y sus opiniones se tienen muy en cuenta.

—¿Qué vamos a hacer, entonces? —preguntó Eutiquio.

—Seguir trabajando.

—¡Pero esos emisarios... lo pondrán todo patas arriba!
¡Buscarán hasta debajo de las piedras!

—Imagino que será así. Removerán el cenobio de arriba abajo.

—¿Entonces... esta celda?

—Por eso, precisamente, he venido en medio de la tormenta. Tenéis que abandonarla.

—¡Pero, apa, el trabajo no está terminado!

—Ya lo sé, Apiano. No he dicho que abandonéis el trabajo, sino este lugar, que ya no es seguro.

—¿Adónde iremos? —preguntó Eutiquio.

—Fuera del cenobio.

—¿Fuera del cenobio? —preguntó Apiano sorprendido.

Abandonar el cenobio era algo extraordinario. Únicamente por motivos muy especiales podían salir los monjes, excepto los encargados de pedir limosnas, de aquel recinto aislado del mundo exterior.

—Por lo pronto, recogeréis los textos y todo el material.
¡No debe quedar el menor indicio de vuestra tarea!

—¿Qué haremos con todo eso?

Apiano señaló las mesas donde trabajaban, llenas de hojas

de papiro.

—Llevarlo donde os indique.

—¿Fuera del cenobio?

—Por supuesto. Iréis a casa de un amigo, en quien confío como en vosotros. Se llama Setas; hace algún tiempo que hablé con él sobre este asunto, cuando vislumbré lo que podía ocurrir, aunque no pensé que las cosas fuesen a ir tan deprisa, ni que Atanasio se lo tomase con tanto rigor.

—¿Dónde vive ese Setas?

—En un lugar apartado, ésa es otra de las razones por las que pensé en él. Allí podréis seguir vuestro trabajo lejos de miradas indiscretas.

—¡Pero eso significa que habrá que salir del cenobio, no una vez, ni dos! ¡Queda mucho trabajo por hacer!

Papías dedicó a Apiano una sonrisa bondadosa.

—¿Olvidas que soy el apa de este cenobio?

El joven monje se ruborizó avergonzado.

—Pero como no quiero que nadie pueda sospechar de vuestras ausencias, saldréis por turnos, como hermanos limosneros. Una vez a la semana, pero vuestra misión no será pedir limosna, sino continuar este trabajo.

—¿Por turnos? ¿Una vez a la semana? ¡Padre, eso supondría mucho tiempo antes de ver acabada la tarea!

—Sois jóvenes y, fuertes. Si el Altísimo no dispone otra cosa, tenéis largos años de vida por delante.

Apiano se mordió la lengua para no formular la pregunta que revoloteaba por su cabeza. Pero su rostro era como un libro abierto.

—Sé lo que estás pensando. ¿Quieres que lo adivine?

El joven se ruborizó de nuevo.

—Que mis días están contados porque soy un anciano.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es lo que estabas pensando. Pero no te preocupes. Si eso ocurriera, Setas tiene instrucciones precisas.

—Pero, si te ocurriese algo, nuestras salidas del cenobio...

—Espero que el Altísimo me otorgue el tiempo suficiente para ver culminado el trabajo.

Alejandría, año 384

Tenía grandes ojos negros. El espejo le devolvía una mirada melancólica, mientras la esclava cepillaba una y otra vez su negra y sedosa melena, antes de trenzarle el pelo y recogerlo alrededor de su cabeza con una cinta de seda dorada.

Hacía algunos meses que Hipatia había dejado de ser una niña para convertirse en una mujer cuyos atractivos no dejaban de aumentar. Su cuerpo había ganado en esbeltez, su estrecha cintura acentuaba la curva, cada vez más pronunciada, de sus caderas. Su cuello era largo y sus hombros se habían redondeado, al igual que sus pechos. Tenía una piel delicada y suave. A sus trece años era una de las jóvenes más hermosas de Alejandría y, desde hacía mucho tiempo, el orgullo de la casa de Teón.

Hipatia, que perdió a su madre cuando apenas había cumplido los tres años, en un parto frustrado que le hubiese proporcionado un hermano que jamás tuvo, se había convertido en la niña de los ojos de su padre, a quien colmaba de felicidad no solo su belleza, sino la despierta inteligencia que, desde fecha muy temprana, se había revelado en ella.

Su capacidad para las matemáticas había causado asombro al segundo de sus maestros, un liberto llamado Apolonio, que su padre había contratado cuando Hipatia cumplió los siete años para enseñarle rudimentos de geometría, música, retórica y gramática. Seis meses después de haberse hecho cargo de su educación, Apolonio dijo a un asombrado Teón, por entonces

enfrascado en la redacción definitiva de sus comentarios al *Almagesto* de Ptolomeo, que nada más podía enseñarle a la pequeña.

—¡No puedo creerlo! —exclamó asombrado.

—Es la pura verdad, Hipatia es como una esponja que lo absorbe todo. Nada más hay que yo pueda enseñarle.

—¿Ha resuelto ecuaciones?

—Hasta las de segundo grado, y en geometría conoce todos los postulados de Euclides. Resuelve los problemas con tanta facilidad que hace unos días acudí a Sinesio, el matemático que trajeron de Rodas para enseñar en el Serapeo por indica...

—Sé quién es Sinesio de Rodas —lo cortó impaciente.

—Le pedí que me facilitase algunos problemas, acompañados de las correspondientes soluciones para ver cómo se desenvolvía.

—¿Los ha resuelto?

—Sin la menor dificultad.

Teón se acarició el mentón. Jamás hubiese pensado que aquella niña, cuyo nacimiento tantos sinsabores le trajo, fuese a llegar tan lejos.

—Hipatia es una niña muy especial.

Teón quiso experimentar entonces por sí mismo hasta qué punto estaba Apolonio en lo cierto. Ordenó que en el patio principal de la casa, junto al impluvium, se colocase una bañera llena de agua hasta la mitad.

Entre la servidumbre circulaba el rumor de que el amo quería poner a prueba la inteligencia de su hija. Teón

mantenía en secreto lo que había pensado hacer, dando lugar a toda clase de conjeturas. Nadie estaba dispuesto a perderse el acontecimiento. Apolonio había alabado tanto la inteligencia de la pequeña que todos estaban interesados en saber qué se proponía su padre. En la cocina y en los lavaderos no se hablaba de otra cosa; algunos pensaban que Hipatia no superaría la prueba, incluso se habían cruzado apuestas.

La tarde era luminosa. Teón estaba sentado en un sillón de mimbre cuando Hipatia fue conducida por Apolonio a presencia de su progenitor. La servidumbre se agolpaba expectante. La niña besó a su padre en la frente y se quedó de pie ante él. Teón no se anduvo con preámbulos.

—Tú sabes que la experiencia nos dice que los cuerpos se comportan en el agua de modo diferente. Si colocamos un trozo de lienzo comprobamos que permanece en la superficie, los tejidos flotan.

Se levantó de su asiento, tomó un trozo de lienzo que había junto a otros objetos sobre una mesa y lo dejó caer en el agua de una bañera. Se empapó rápidamente, pero permaneció en la superficie.

—¿Lo has observado? —preguntó a su hija.

Hipatia asintió.

—Si tomamos un trozo de madera, comprobamos que ocurre algo parecido, la madera también flota.

Teón depositó en la bañera un dado de madera que también permaneció en la superficie del agua. Repitió a su hija la misma pregunta:

—¿Lo has observado?

—Sí, padre.

Después cogió un denario de plata y lo colocó en una pequeña balanza que había sobre la mesa. Pidió a su hija que comprobase su peso.

—No olvides esa cantidad —le recomendó antes de dejar la moneda con mucho cuidado sobre la superficie del agua y comprobar que se hundía hasta el fondo.

Hipatia no pestañeaba, pendiente de cada detalle.

—¿Lo has observado?

—Sí, padre.

Teón tomó entonces otro dado de madera idéntico al que flotaba sobre el agua y se lo entregó a la niña.

—¿Quieres pesarlo?

Hipatia obedeció y su padre le preguntó:

—¿Cuánto pesa?

—Lo mismo que el denario.

—¿Lo mismo? —le preguntó, aparentando sorpresa.

—Sí, padre.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Muy bien, Hipatia. Entonces, quiero que me respondas a una pregunta: si pesan lo mismo ¿por qué el dado flota y la moneda se hunde?

La niña se quedó mirando fijamente la bañera donde el trozo de lienzo y el dado de madera se mantenían en la superficie, mientras la moneda de plata reposaba en el fondo. Miró a su padre y le dedicó una deliciosa sonrisa, que lo estremeció de placer. Teón se arrepintió de haber

prestado hasta entonces tan poca atención a su hija. Había bastado un gesto para que quedase rendido ante la hermosura de la niña. Pensó que había ido demasiado lejos con aquella prueba: solo un talento como el de Arquímedes había sido capaz de resolver dicha situación, e interpretó la sonrisa de Hipatia como la forma de darse por vencida. En el patio, donde se agolpaba casi medio centenar de personas, el silencio era absoluto; algunos de los presentes contenían la respiración.

Hipatia metió la mano en la bañera, cogió la moneda y también el dado que flotaba; los sopesó cuidadosamente.

—Pesan lo mismo, pero no tienen el mismo volumen. El dado ocupa más volumen de agua que la moneda, por eso no se hunde. Eso explica que un barco, aunque pese mucho, flote, pues desplaza un volumen de agua muy grande.

El silencio de los presentes se mantuvo expectante durante unos segundos, la mayoría no comprendían la totalidad de lo que Hipatia había dicho, aunque sabían que un barco pesaba más que un denario y no se hundía. Todos los ojos estaban pendientes de Teón.

El astrólogo, impresionado porque aquella niña de siete años había deducido, sin saber física, uno de los principios fundamentales de las leyes que regían la naturaleza, se levantó y abrazó a su hija en medio de un coro de aplausos y exclamaciones.

Al día siguiente Teón contrató al viejo Anaxágoras como maestro de Hipatia para que la iniciase en los principios de la filosofía neoplatónica, y a Pármeno, reputado como uno de los mejores matemáticos de Alejandría, para que le enseñase hasta el último de los secretos de aquella

disciplina.

A los diez años la jovencita había emocionado a Pármeno cuando le mostró que era capaz de resolver ecuaciones diofánticas; por su parte, Anaxágoras comunicaba a su padre que podía debatir con cualquiera de los sofistas que disertaban en el Ágora. Estaba dispuesto a apostar su propia libertad, afirmaba el viejo filósofo lleno de orgullo, de que vencería dialécticamente a cualquiera de ellos, a pesar de los trucos con que asombraban a la concurrencia que a diario acudía a verlos disputar por el placer de escuchar los rebuscados argumentos que ingeniaban sus retorcidas mentes.

—Estás bellísima, mi ama —le susurró la esclava al oído cuando terminó de peinarla—. Vas a causar sensación.

Hipatia había ido muchas veces al teatro, pero hasta entonces había acudido con otras jovencitas de su edad, a ver representaciones de comedias. Llevaban una merienda e iban al cuidado de esclavos. Las representaciones a las que asistían eran infantiles, pero aquella noche era diferente, pronto cumpliría catorce años y sería la acompañante de su padre. Eso significaba que Teón la consideraba una dama y su asistencia a un acontecimiento público daba a entender que a partir de aquel momento sería socialmente tenida como tal.

Cintia, la esclava, dejó que su joven ama se recrease ante el espejo, pero el tiempo que dedicó a mirarse en la pulida superficie de bronce fue mucho menor del que ella esperaba.

—Creo que ahora tienes que maquillarme —comentó Hipatia.

A la perspicacia de la esclava no escapó el tono de aburrimiento que desprendían las palabras de la joven.

—Lo dices como si fuese una penosa obligación.

—No me gusta el teatro.

—¿Como a los cristianos?

Hipatia la miró ofendida.

—¡Mis razones son muy diferentes! Ellos lo rechazan, si pudiesen cerrarían los teatros y prohibirían las representaciones. A mí, simplemente, me aburre.

—¿Por qué dices eso si nunca has asistido a la representación de una tragedia?

—He leído muchas y todas me parecen iguales. Sus autores cambian el decorado, los personajes y el asunto, pero siempre responden a los mismos esquemas: plantean un asunto, lo embrollan y en los tramos finales buscan un desenlace.

—Las tragedias no están hechas para ser leídas, sino para llevarlas a la escena. En el teatro cobran su verdadera dimensión. Allí, la interpretación acompañada de los cantos y la música, la convierten en algo mágico. El actor crea su propio personaje, se lo arrebató al autor. Es el actor quien lo llena de vida, al prestarle su cuerpo y dotarlo de voz propia. —Cintia apenas podía contener la emoción.

—¿Has asistido al teatro?

Hipatia tuvo que repetir la pregunta.

—Sí, mi ama, hace años fui actriz.

—¡Cuéntame eso!

—No tenemos tiempo, mi ama. Tu padre aguarda.

Hipatia insistió.

—Mi padre era el empresario de un pequeño teatro de Atenas donde hacíamos mimo y, de vez en cuando, representábamos alguna tragedia de los grandes. Jamás olvidaré cuando interpreté el papel de Yocasta en Edipo Rey de Sófocles.

Hipatia la miró sorprendida y comprobó que una lágrima corría por la mejilla de Cintia. Aquella esclava llevaba poco tiempo en la casa y en apenas un año se había hecho un lugar entre la servidumbre. Era muy significativo que la estuviera ayudando a vestirse; ejercer dicha función suponía el acceso a la intimidad de los amos, en lugar de estar atizando los fogones en las cocinas, lavando en la alberca o trabajando en los jardines. Cintia era una mujer hermosa, estaba en el esplendor de la madurez y su belleza era serena. Hipatia sabía que su padre le tenía aprecio, pero había pensado que era debido a que algunas noches le calentaba la cama. Teón, después de la muerte de Pulqueria, no había contraído nuevas nupcias. A pesar de ello, Hipatia apenas sabía nada de Cintia: vivía inmersa en su mundo, donde no había lugar para lo que no fuese aprender, experimentar o elucubrar. Estaba tan abstraída con sus estudios que no prestaba atención a las cuestiones domésticas.

—Por lo que acabas de decirme, tú eras libre.

Cintia asintió al tiempo que se secaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—Cuéntame cómo llegaste a mi casa.

—Es una larga historia y no disponemos de tiempo. Tu

padre no me perdonaría que no estuvieses arreglada a la hora de partir.

Hipatia le tomó la mano, la miró a los ojos y con su dedo limpió otra lágrima que asomaba en el párpado.

—Quiero saber quién eres —lo dijo de una forma que no admitía réplica—. Háblame de ti, mientras me vistes.

Cintia le contó su historia. Nació en Atenas y allí creció en los escenarios, que entonces vivían una prolongada decadencia. Su padre, un apasionado de la tragedia griega, pugró por mantener viva la llama del teatro hasta que se arruinó. Las deudas eran tan grandes que él y toda su familia pagaron con lo único que les quedaba.

—¿Te vendieron como esclava?

—Sí. Mi padre me dijo que huyera, pero decidí ligar mi suerte a la de mi familia. Una estupidez, porque a los pocos días nos habían separado.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Hipatia, ajustándose el ceñidor sobre la túnica.

—Hace ahora tres años.

—¿Quién te compró?

—Un mercader de vinos, era de Siracusa. Le gusté, se convirtió en mi amo y durante un año me vi obligada a hacer todo lo que le apeteció. En la cama era un cerdo. Cuando se cansó de usarme y de satisfacer sus fantasías, me vendió. Estábamos en Alejandría y tu padre me compró.

Cintia ajustaba los pliegues de la estola y daba los últimos retoques a la indumentaria de su ama. Hipatia estaba resplandeciente.

—¿Te gustaría ir al teatro? —le preguntó de repente.

La esclava se quedó inmóvil.

—Es lo que más anhelo, aparte de mi libertad.

—¡Entonces, coge un manto y sígueme!

—Pero, ama...

Hipatia abandonaba ya la alcoba.

—¡El maquillaje, ama! —exclamó Cintia desconcertada.

La hija de Teón bajaba por las escaleras. Su belleza no necesitaba de retoques ni añadidos. Era como una diosa que descendía del Olimpo.

Cuatro esclavos nubios portaban la litera, escoltada por dos criados armados con espadas cortas; al lado caminaban Cintia y Cayo, que ejercía nuevas funciones como ayudante del mayordomo. El paso de los portadores era tan vivo que a la esclava le costaba seguirlo.

—Quiero que le des la libertad —insistió Hipatia por tercera vez.

—¿Pero se puede saber qué mosca te ha picado? —Teón no podía comprender aquel empeño de su hija. Hipatia jamás se había interesado por esas cosas.

—Quiero que Cintia pueda decidir por sí misma.

—¿Decidir qué?

—Si desea permanecer en nuestra casa o marcharse.

Teón miró por la cortinilla: estaban llegando a la zona ajardinada que rodeaba el palacio del prefecto imperial.

Conforme se acercaban al teatro iba creciendo el número de los que caminaban por la calle. Allí eran ya una masa que entorpecía el paso de las literas. Su hija lo tenía desconcertado. Desde que habían subido a la litera, no había parado de insistir en aquella extraña petición. Cintia era una mujer discreta, hermosa, y en la cama se mostraba dispuesta a satisfacer todos sus caprichos que, por otra parte, no eran excesivos. ¡Cómo se le podía ocurrir una cosa así!

—¿Sabes cuánto pagué por Cintia?

—Puedes decírmelo, pero te anticipo que no me importa. Quiero que le des la libertad y, si tanto te importa el dinero, yo te pagaré su precio.

—¿Tú? ¿Cómo ibas a hacerlo?

—Daría clases.

—¡Has perdido el juicio, Hipatia!

—¿Por dar clases?

—¡Aún no tienes catorce años! —Teón no comprendía qué había podido ocurrirle a su hija para que se comportase de aquel modo.

—¿Desde cuándo el conocimiento es proporcional a la edad? ¡Cuántos murieron ignorantes, después de haber vivido ochenta y más años! ¡Eso no es un argumento, padre, eso es una excusa!

—La experiencia se mide con la edad. No tienes experiencia.

—Nadie la tiene cuando comienza. Pero no quiero seguir en esa dirección, no deseo que me alejes de lo que me interesa. ¿Le concederías a Cintia la libertad si te pago su

precio?

—Hipatia, por favor... Hemos venido al teatro, no a discutir. He condescendido a que Cintia nos acompañe, ¿qué más quieres?

—Su libertad.

Se escucharon unos gritos descompuestos y los portadores se detuvieron. Los gritos aumentaron y Teón descorrió la cortinilla de la litera.

—¿Qué ocurre, Cayo?

—No lo sé, mi amo. Parece que en las puertas del teatro hay algún problema. La gente está agolpada, no podemos avanzar. Voy a ver qué sucede.

Los gritos arreciaban cada vez más.

—¡Fuera! ¡Fuera!

Teón bajó de la litera; los fornidos portadores nubios habían tomado posiciones, protegiendo sus ángulos. Nunca se sabía cómo podían acabar aquellos altercados que la plebe alejandrina protagonizaba con frecuencia.

Hipatia llamó a Cintia; la esclava conversaba con un grupo de personas que no paraban de señalar en dirección al teatro. Estaban a menos de un estadio de las puertas que daban acceso a las tres cáveas, donde podían acomodarse hasta doce mil espectadores. La gente se arremolinaba agitada, como las hojas de los árboles cuando una tormenta es inminente.

—Parece que son los cristianos —comentó la esclava.

Los gritos aumentaban al tiempo que crecía la confusión.

Cayo regresó corriendo, hizo una señal al otro criado y

éste sacó de los bajos de la litera varias espadas que repartió entre los porteadores.

—Son los cristianos, mi amo —ratificó Cayo.

—Pero ¿qué pasa?

—Cierran el paso a la gente y les impiden entrar en el teatro. Han empezado a pelearse. Esto no me gusta.

—¿Y la guardia? ¿Dónde está la guardia para poner orden?

—preguntó el astrólogo, mirando a ambos lados.

Cayo se encogió de hombros.

—No se les ve por ninguna parte. Al menos yo no...

En aquel momento una marea humana se desplazó como una ola, provocando numerosas caídas. Unos segundos después las piedras volaban en todas direcciones. Los nubios, con las espadas desenvainadas, estaban pendientes de cualquier accidente.

—¡Allí, allí! —gritó un joven señalando hacia un lateral de la plaza, donde habían aparecido, como por ensalmo, un nutrido grupo de monjes de los que habían acompañado, años atrás, al patriarca Atanasio cuando regresó a Alejandría después de uno de sus numerosos exilios.

—¡Los monjes! ¡Los monjes negros!

Eran por lo menos un centenar y empuñaban gruesos garrotes. Mucha gente comenzó a correr despavorida, pero otros cerraron filas y en sus manos aparecieron dagas y estiletes, incluso algunas espadas. Si alguien no lo remediaba, aquello iba a convertirse en un baño de sangre.

—Si mi amo no dispone otra cosa, me parece que lo mejor es marcharnos, mientras estemos a tiempo. ¡Esto va a ser

una batalla campal!

Otra nube de piedras voló sobre sus cabezas.

—¡Una espada, Cayo! ¡Quiero una espada!

—¡Pero, mi amo...!

—¡Una espada he dicho! ¡No podemos arredrarnos ante esta chusma! Hace años que tratan de acabar con el teatro, pero nunca su desfachatez había llegado tan lejos. ¡Hoy es el teatro, mañana será el Gimnasio, luego quemarán las bibliotecas y más tarde serán los templos! ¡A esto hay que ponerle freno!

—Pero, Hipatia, mi amo...

—¡Hipatia quiere otra espada! —exclamó la joven—. ¡Mi padre tiene toda la razón!

Entonces fue cuando un grito brotó de cientos de gargantas, alzándose por encima de la algarabía.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Al fondo se alzaban densas columnas de humo.

—¡Es el teatro! ¡Han pegado fuego al teatro!

Era cierto, el teatro estaba ardiendo y el patriarca Atanasio, pese a su avanzada edad, estaba a la cabeza de los incendiarios.

Arreciaron los gritos y las carreras. La gente corría enloquecida en medio de la confusión. Aunque hubiesen querido marcharse, ya no sería posible. El lugar era una inmensa ratonera, donde la muchedumbre estaba atrapada.

El enfrentamiento entre los monjes y los ciudadanos más arrojados fue como un choque entre dos ejércitos. La

tragedia que iba a representarse en la escena cobró vida en la plaza y las calles adyacentes.

Hipatia lloraba desconsoladamente. Quienes pensaban que lo hacía por el incendio del teatro se equivocaban. El único que conocía el dolor que la embargaba era su padre. Teón sabía que sus lágrimas eran por Cintia.

La pedrada le había dado de pleno en la frente y cuando se desplomó sobre el suelo la vida la había abandonado. Hipatia se sentía culpable por haber conducido a Cintia hasta aquel matadero en que se habían convertido los aledaños del teatro. Reiteradas veces se había manifestado en contra de que era el fatum, el destino establecido de antemano, el que marcaba la vida de las personas. A diferencia de su progenitor, no defendía que fueran los astros los que señalaban el destino de las personas. Ahora la atormentaba la duda. Su mente, en medio del dolor, especulaba con el hecho de que había sido una decisión suya la que había conducido a la esclava al lugar de su muerte. Ella había elegido en ejercicio de su libertad y jamás podría saber si esa decisión no estaba determinada de antemano por el destino de Cintia.

Pero había algo más en la angustia que la embargaba. Por primera vez en su vida había visto la muerte cara a cara y también el rostro del fanatismo. El mundo no eran las espaciosas estancias de su mansión, lujosamente amuebladas. Tampoco la placentera lectura o el estudio en busca del conocimiento. Ni siquiera las reposadas conversaciones en el triclinio de su casa, a las que su padre ya le permitía asistir en ocasiones y donde sus intervenciones causaban la admiración de la aristocracia alejandrina del saber. El mundo no eran las bibliotecas

donde se atesoraba el saber de la humanidad y el placer que producía descubrirlo, ni la educada cortesía y las formas amables de que hacían gala los amigos de su padre en las animadas tertulias donde se valoraba la sabiduría y el ingenio.

La realidad que Hipatia había visto aquella tarde era algo muy diferente: miradas cargadas de odio y resentimiento, ojos donde brillaba lo peor de los corazones. Vio gentes que no eran capaces de mostrarse respetuosas con las opiniones de los demás porque ni siquiera respetaban la vida. Sus armas no eran la dialéctica y el razonamiento, eran los garrotes y las espadas. Utilizaban el fuego como argumento supremo de sus acciones.

La torre de marfil en que había vivido, rodeada de los lujos, los caprichos y el bienestar que su padre le había proporcionado, se había desmoronado y dejaba al descubierto la miseria de la condición humana.

Aquella larga noche en que Alejandría se quedó sin teatro Hipatia se prometió a sí misma que lucharía con todas sus fuerzas para evitar que el fanatismo de quienes se consideraban en posesión de una verdad única y excluyente se adueñase de su amada Alejandría.

Londres, 1948

El portero me saludó, como siempre, con una sonrisa en sus labios cuando crucé el lujoso vestíbulo del edificio de apartamentos de Fleet Street, donde vive Ann, frente a los Royal Courts of Justice. Faltaban diecisiete minutos para las cinco y media.

Conocí a Ann Crawford el día que cumplí los cuarenta, de eso hacía algo más de tres años, en una fiesta privada que se celebraba en un apartamento de Upper Brook Street, entre Hyde Park y Grosvenor Square, unos meses después de que yo regresara a Londres. El director del Daily Telegraph había decidido que, transcurridos nueve meses del desembarco de Normandía, con la guerra casi resuelta a nuestro favor, yo pintaba poco en El Cairo.

Ann me dijo que le gustaba mi proporcionada estatura, las canas que aparecían en mi pelo negro, el hoyuelo de mi barbilla y mi curtida piel que todavía conservaba algunos de los efectos del tiempo pasado en Egipto. Yo le confesé que sus piernas y su boca eran perfectas, y no exageraba. Cuando me comentó que otro de mis atractivos era mis artículos en el Telegraph yo le susurré al oído, torpemente, que tenía unos ojos bellísimos. Lo hice por añadir algo de romanticismo a mis preferencias físicas, ya que todavía desconocía la extraña actividad a la que se dedicaba. Los hombres pensamos, estúpidamente, que las mujeres no se dedican a esas cosas y, si lo hacen, uno no se las cruza en su camino. Un mes después nos acostamos por primera vez. No la decepcioné y, por mi parte, puedo asegurar que lo ocurrido en aquella cama jamás podré olvidarlo. Desde

entonces es la única mujer en mi vida, aunque vivimos separados y ninguno de los dos hayamos planteado hacer una visita al vicario.

Durante la guerra Ann había trabajado para el servicio de inteligencia, en el equipo que desde Bletchley Park, un apartado lugar a ochenta kilómetros al norte de Londres, descifraba los mensajes del alto mando alemán, que utilizaba una máquina bautizada con el nombre de Enigma. Ann me explicó que la reclutaron por sus conocimientos de matemáticas y que se trataba de un trabajo agotador. Descifraban los mensajes porque habían conseguido varias máquinas Enigma y, lo que era más importante, el código de claves utilizado por los alemanes. Desentrañaban unos dos mil mensajes diarios con todo tipo de información militar y civil. Ann fue una de las responsables del funcionamiento de la llamada Diosa de Bronce, nombre con que bautizaron la máquina receptora de los mensajes, como si estuviesen en el mismísimo cuartel general de Hitler. Relacionado con esa actividad había pasado una temporada en Roma, pocas semanas después de que la ciudad fuese liberada. Más tarde, estuvo en París haciendo funciones similares; de su estancia en la capital francesa le había quedado el uso de las elegantes boinas que utilizaba con frecuencia.

Terminada la guerra, Ann había encontrado trabajo en un instituto de enseñanza media, aunque me había confesado que mantenía contactos con el MI6, el departamento de asuntos externos del servicio secreto. Cuando algunas tardes aguardaba en la esquina de Holland Street con Charlotte Street, en el elegante barrio de Bloomsbury, a que saliera de sus clases y la contemplaba acercarse con su andar cadencioso y sugerente, me la imaginaba mucho más en tareas de espionaje que resolviendo sistemas de

ecuaciones con adolescentes.

Consulté la hora, solo para confirmar que iba con el tiempo justo; si no quería llegar tarde, tendría que caminar muy deprisa.

Al salir a la calle alcé el cuello de mi gabardina y abrí el paraguas, ya caían las primeras gotas de la anunciada tormenta en los boletines meteorológicos que cerraban invariablemente los informativos. Según los pronósticos, una fuerte tormenta caería sobre Londres y duraría entre cuatro y cinco horas.

Dejé atrás el desafiante dragón que, encaramado en su elevado pedestal, marcaba el límite del barrio del Temple y no pude evitar —como me ocurría siempre— leer la placa de cerámica, colocada en el edificio marcado con el número sesenta y dos, donde se indicaba que allí estuvo la sede de la logia The Devil Tavern. Crucé la puerta de acceso al callejón de Middle Temple y bajé a toda prisa la cuesta flanqueada por los jardines que rodean la vieja iglesia de los templarios, donde todavía eran visibles los efectos de los bombardeos soportados por la ciudad durante las batallas libradas en el cielo de Londres.

La lluvia se había convertido en un diluvio cuando llegué a la ribera del Támesis para cruzar el río por el puente de Blackfriars y enfilarse la larga calle bautizada con el nombre de los monjes negros que me condujo hasta la estación de metro de Southwark. A la espalda, en la pequeña Isabella Street, estaba el coqueto club que había tomado el nombre de la calle, donde todos los miércoles celebrábamos la tertulia. Llegué con cinco minutos de retraso, algo lamentable, pero no imperdonable. El mayordomo del Isabella Club me saludó con la circunspección de siempre, aunque percibí su reproche al

observar cómo miraba de forma elocuente el antiguo y siempre ajustado reloj que colgaba de la pared.

—Buenas tardes, señor Burton. ¿Me permite?

Se hizo cargo de mi paraguas, que chorreaba como una fuente, y me ayudó a quitarme la empapada gabardina.

—Todos los demás han llegado ya, señor —añadió para remachar mi impuntualidad.

Cuando entré en el pequeño saloncito donde nos reuníamos todos los miércoles, salvo en las fiestas de guardar que desplazábamos la tertulia a los jueves, mis contertulios estaban ya enfrascados en una acalorada conversación que desdecía mucho de la conocida flema de los londinenses. Mi disculpa fue apenas un murmullo que ninguno de los presentes se tomó la molestia de responder.

—Perdonad mi retraso.

El juez Robert Simpson, cuya imagen pública era la más acabada representación del cuidado en las formas y la ponderación, hablaba tan alto y con tanta vehemencia que estaba casi gritando:

—La contradicción resulta tan evidente que, solo prohibiendo a la gente leer la Biblia durante siglos, fue posible mantener el engaño tanto tiempo.

—Tampoco hay que exagerar.

Quien replicaba con un tono mucho más sosegado era Alfred Best, profesor de Historia del Mundo Antiguo en el Trinity College. A pesar de sus casi setenta años tenía un aspecto magnífico, que sin duda envidiarían hombres más jóvenes que él, aunque sus piernas empezaban a gastarlas malas pasadas. Su figura enjuta, de metro ochenta, no se

había encorvado todavía, y su abundante cabellera blanca le daban notable atractivo. Estaba considerado uno de los más cualificados especialistas en el mundo copto, la civilización alumbrada por los cristianos de Egipto. Sus libros *El mundo de los manuscritos coptos del Alto Egipto* o *San Pacomio y los orígenes del monacato* habían causado un fuerte impacto en los ambientes académicos y universitarios.

—Durante esos siglos —el tono de Best era sosegado, casi profesoral—, la mayoría de la gente no sabía leer. Además, no debemos perder de vista que se trata de una parábola y ése fue un recurso utilizado con frecuencia tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Best tenía un programa en la BBC el primer y tercer martes de cada mes, dedicado al análisis de pasajes bíblicos susceptibles de interpretaciones diferentes. El programa, iniciado hacía un año, por la misma fecha en que nació la tertulia, alcanzó en pocas semanas unos altísimos niveles de audiencia. El profesor de Oxford se había convertido en una especie de celebridad radiofónica.

Antes de ocupar mi asiento, me serví una generosa taza de té, de la humeante tetera que reposaba sobre un infiernillo eléctrico que la mantenía a la temperatura adecuada, y lo endulcé con tres cucharadas de azúcar. Una barbaridad a la que me había acostumbrado durante el tiempo en que estuve como corresponsal de guerra del *Daily Telegraph* en El Cairo. Allí había pasado cuatro de los años más intensos de mi vida, contándoles a los británicos la llamada guerra del desierto. Quienes la libraron, Montgomery y Rommel, fueron, en mi opinión, los mejores estrategas de la Segunda Guerra Mundial.

El asunto que ocupaba a mis compañeros había surgido la

semana anterior, como consecuencia de uno de los programas de Best, en el que abordó la actitud del cristianismo hacia una práctica muy frecuente en el mundo antiguo: la astrología, la magia y las artes ocultas. La polémica había saltado a las páginas de los principales periódicos londinenses, donde le dedicaban artículos y columnas, además de publicar numerosas cartas de lectores. La controversia despertó tal interés que se había convertido en tema de conversación en pubs y cafeterías.

Bebí tranquilamente mi té a pequeños sorbos, mientras me recreaba recordando el beso que Ann me había dado como despedida. Después, poco a poco, fui entrando en calor, arropado por el ambiente y la conversación. Al cabo de unos minutos ya estaba en condiciones de intervenir. Dejé cuidadosamente la taza en la mesita auxiliar y saqué de uno de mis bolsillos una cuartilla; pensaba que una lectura del texto que había copiado aquella mañana, después de entregar mi columna al redactor jefe, era la mejor forma de entrar en la conversación.

—He copiado los dos primeros versículos del capítulo segundo del Evangelio de San Mateo, que dicen lo siguiente: «Jesús nació en Belén de Judea, en tiempos de Herodes. Unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: ¿Dónde está el que ha nacido, el rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo».

El juez Simpson batió palmas.

—¡Bravo, Burton! No se puede recoger en menos palabras un resumen más acabado de lo que estamos comentando y, por si fuera poco, con la firma de un evangelista.

—Ese es un texto verdaderamente llamativo. —El tono

profesoral de Best distaba mucho del utilizado por el emotivo juez—. En pocas palabras señala que la visita a Belén es protagonizada por unos magos, es decir, gentes que practicaban la magia, concedores de las llamadas ciencias ocultas. Algo muy extraño, si nos atenemos al tratamiento que dio la Iglesia a los magos, a los hechiceros o a los brujos a quienes consideraba como gente peligrosa y perversa. Pero hay más, esos magos procedentes de Oriente, probablemente de Persia, donde desde tiempo inmemorial existía una de las órdenes de iniciados más antiguas del mundo, llegaron hasta Jerusalén siguiendo una estrella que les señalaba el camino. Eso es pura astrología, cuyo estudio era muy común en aquel tiempo.

—¿Era común? —preguntó Henry Bishop, un coronel apartado del servicio después haber perdido un brazo en las playas de Dunkerque, durante la retirada de las tropas británicas de Francia a comienzos de la Segunda Guerra Mundial.

—Una creencia muy extendida consideraba que la vida de las personas estaba determinada por la influencia de los astros —apostilló el profesor.

—Era muy importante conocer el momento del nacimiento para establecer la confluencia astral —añadí después de dar otro sorbo a mi té—. Ese texto del Evangelio, a la vez que nos dice que los tres magos eran astrólogos, nos indica, aunque sin decirlo, que Melchor, Gaspar y Baltasar, nombres que les fueron asignados a los magos mucho más tarde, debían practicar lo que se conoce con el nombre de visión espiritual.

—¿Qué es eso? —preguntó el juez.

Con la mirada invité al profesor a que se explicase.

—Una práctica que permite ver con la mente. Eso fue lo que hizo posible que recorrieran una larga distancia siguiendo a una estrella en movimiento hasta una insignificante aldea judía —indicó Best, y añadió con una pizca de malicia—: Supongo que el sensacionalismo que imprime nuestro amigo Burton a sus artículos le permitirá aportar algún dato más a esta cuestión, ciertamente llamativa, a la que ha dedicado recientemente su atención en el Daily Telegraph.

—La historia de los magos de Oriente —señalé tranquilamente, más que nada para no darle a Best el gusto de verme alterado— es una de las más sugestivas de la Biblia. A través de los siglos ha embelesado a millones de niños y ha hecho que su fantasía se desborde.

—¡Lástima que su pista desapareciese! —exclamó Simpson.

—¿Acaso ignora vuestra señoría que sus cuerpos reposan en una espléndida tumba en la catedral de Colonia, donde reciben la visita de los curiosos y el culto de los fieles, en su condición de santos?

—¿Es una broma? —El juez miró al profesor buscando confirmación.

Mi fama de sensacionalista me quitaba cierta autoridad. Yo era muy combatido en ciertos ambientes académicos, encerrados en trasnochados conceptos de un saber al que consideraban como una especie de fuego sagrado que solo podía ser transmitido a los iniciados. La primera vez que los denominé en uno de mis artículos como la «secta del conocimiento tribal» me llovió toda clase de críticas y vituperios. Pero tal circunstancia siempre había quedado

compensada con las grandes polvaredas que, con mucha frecuencia, levantaban mis artículos y, sobre todo, con la devoción que manifestaban mis lectores, entre quienes se encontraban algunas egregias damas.

—Es cierto que existe en la catedral de Colonia una tumba dedicada a los Reyes Magos —concedió Best de mala gana, despejando las dudas del juez.

—He leído un artículo, no recuerdo el nombre del autor —terció el coronel Bishop—, donde en los Hechos de los Apóstoles se relaciona a los Reyes Magos con Juan Bautista.

Otra vez se puso de manifiesto la autoridad de Best en la materia.

—¿En los Hechos de los Apóstoles? No lo creo. Lo que sí existe es un texto, conocido como el Evangelio de los Mándeos, en el que se afirma que también unos magos hicieron acto de presencia cuando se produjo el nacimiento del Bautista.

—¿Quiénes son los mándeos? —preguntó el quinto de los contertulios, un comerciante en piedras preciosas llamado Arthur Irving, cuya joyería estaba en el corazón de Bloomsbury, en Guilford Street.

—Una secta cristiana que existe aún en Irak. Se declaran seguidores de las enseñanzas del Bautista.

—Esta mañana lo he escuchado hablar de Herodes y de la matanza de los inocentes, en relación con la actuación de los magos de Oriente —planteó el coronel al profesor en su condición de estrella de la BBC—. Decía usted que hay demasiados puntos oscuros en esa historia.

—Así es.

—Me gustaría escuchárselos con detalle, esta mañana en la radio no me fue posible.

—El evangelista Mateo, al que ha aludido Donald —en algunas ocasiones, pocas, el profesor Best condescendía a denominarme por mi nombre de pila—, señala en el versículo dieciséis de su texto que los magos dieron un rodeo cuando emprendieron el camino de regreso para no pasar por Jerusalén. Adivinaron las perversas intenciones de Herodes, cosa que no debe extrañarnos, dadas sus capacidades. El rey, sintiéndose burlado al comprobar que no aparecían, dispuso que fuesen asesinados todos los niños varones nacidos en Belén que no hubiesen cumplido los dos años. El hecho de que el evangelista ponga un límite de edad tan preciso, en un tiempo en que no había registro de nacimientos, me parece un infantilismo. Los soldados recibirían órdenes de matar a todos los niños pequeños del lugar, lo que ha sido presentado como paradigma de la crueldad del monarca, convertido en uno de los personajes malditos de la historia. Sin embargo, si analizamos los hechos con frialdad, nos encontramos con que matar a un inocente era algo habitual en aquel mundo. Entonces la vida no valía un adarme de sal. No estoy justificando la actuación de Herodes —aclaró Best—. Estoy explicando un acontecimiento que, por cierto, no recoge ninguna otra fuente de la época, algo sumamente importante.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque si la matanza ordenada por Herodes hubiera tenido el relieve que posteriormente se le ha dado, habría sido consignada en alguna otra fuente, aparte de los evangelios. Llamo la atención sobre esa circunstancia porque supone que los contemporáneos no la percibieron

como el acto de inaudita crueldad con que se nos ha presentado después.

—¿Quiere decir que matar niños pequeños era algo corriente? —preguntó Bishop alarmado.

—No. Lo que quiero decir es que en su tiempo no llamó mucho la atención. Insisto en que nadie, fuera de los evangelistas, consideró la llamada matanza de los inocentes un hecho digno de ser consignado.

—Comprendo —asintió el coronel.

—Por otro lado, hemos de situarnos en el contexto histórico. Belén era una aldea situada en las proximidades de Jerusalén. ¿Cómo pudo Herodes aguardar tanto tiempo el regreso de los magos? Belén estaba a menos de media jornada a pie de Jerusalén, había gentes que hacían el camino de ida y vuelta en un mismo día. Puede comprobar lo que digo en un mapa de la zona.

—No necesito comprobarlo —afirmó el coronel—. Yo estuve destinado en Palestina hace veinticinco años, cuando era un joven oficial. Belén, efectivamente, no está a más de seis millas al sur de Jerusalén, el camino puede hacerse en un par de horas, dando un placentero paseo podrían emplearse a lo sumo tres.

—Entonces, entenderá por qué pienso que aquí hay algo que no encaja. A tan poca distancia y estando tan interesado por tener noticias de un asunto que le concernía directamente, ¿por qué Herodes no actuó de otra forma para garantizarse la muerte de aquel rey, del que hablaba la profecía y que aquellos magos afirmaban que había nacido? ¿Cómo es posible que se le pudieran escabullir? El texto evangélico deja traslucir que pasaron muchos meses desde que éstos informaron a Herodes del

motivo por el que habían hecho tan largo viaje hasta que el tetrarca comenzó a sospechar que los magos se habían burlado de él. Tanto tiempo, dada la proximidad, me parece una flagrante contradicción.

—¿Opina usted que la matanza de los inocentes no tuvo lugar y que se trata de una invención? —preguntó Simpson.

—No me atrevería a afirmarlo con tanta contundencia, pero la historia, como decía esta mañana en la radio, ofrece demasiados puntos oscuros y varias contradicciones. Piense usted que Belén era un lugar pequeño, donde vivían unos cientos de familias. ¿Cuántos bebés podía haber en un sitio así? ¿Veinte? ¿Quizá treinta? Hemos de suponer que la mitad eran niñas y, por lo tanto, estaban a salvo de las insidias de Herodes. Si la terrible matanza realmente tuvo lugar, ¿cuántas víctimas produjo?

—¿Una docena, tal vez? —aventuró el joyero.

—Esa es una cifra razonable.

Decidí encender una cerilla para ver si calentaba algo el fuego de la conversación, que había perdido vivacidad.

—Profesor Best, usted ha manejado los argumentos a su conveniencia para deducir lo que encaja con su planteamiento. —Utilicé un tono recriminatorio para provocar su reacción.

—Dígame dónde aparece ese... ¿ha dicho manejo, mi querido Burton?

—Efectivamente, ésa es la palabra que he empleado.

—Dígame dónde. ¿En el silencio de las fuentes coetáneas, excepción hecha de los evangelios? Muéstreme una y reconoceré que estaba en un error. ¿Acaso en la distancia

de Belén a Jerusalén? Acaba de escuchar al coronel Bishop, él ha estado allí y coincide con mis apreciaciones; si no le parece suficiente, puede comprobarlo en un mapa. ¿Piensa que me he excedido en mi planteamiento al referirme al número de habitantes de Belén? Era una aldea de campesinos y pastores, puedo admitir una ligera variación en el número. ¿En lugar de veinte o treinta bebés había cuarenta o cincuenta? Muy bien, elevemos de doce a una veintena el número de inocentes muertos. ¿Cambia en algo mis planteamientos?

Había cometido un error y pagué las consecuencias. Best me había arrinconado dialécticamente. Para rematar su brillante exposición, se respondió a sí mismo con cierta dosis de ironía:

—Evidentemente, nada los cambia.

Decidí contraatacar, más que nada por no entregarme sin ofrecer una decorosa resistencia.

—¿Significa, profesor, que mañana podría publicar una columna en la que exonere a Herodes de la mala fama que ha acumulado a lo largo de los siglos, citándole a usted como fuente de autoridad?

—Usted puede hacer lo que considere conveniente, con tal de que no tergiverse mis argumentaciones.

En ese momento sonaron unos suaves golpes en la puerta y a continuación apareció la cabeza del mayordomo del club.

—Discúlpeme —se excusó y, con una compostura que casi rozaba lo ridículo, se acercó hasta donde yo estaba y me susurró unas palabras al oído. No pude evitar una arruga en mi frente—. Lo lamento, señor. Pero ha insistido

tanto...

—¿Dice que se trata de una urgencia?

—Eso afirma, señor.

—Deberán disculparme, pero se trata de una llamada, al parecer urgente y, desde luego, inoportuna —me excusé mientras me levantaba.

El coronel Bishop tiró de la gruesa cadena de oro que colgaba del bolsillo de su chaleco y consultó el reloj. Iban a dar las siete. Los noventa minutos que dedicábamos a nuestra tertulia semanal estaban a punto de concluir. Teníamos establecido ese tiempo como norma de estricto cumplimiento.

—Caballeros, son las siete en punto.

Yo ya estaba de pie.

—En tal caso, antes de atender esa llamada, ¿puedo proponer un asunto para la próxima semana?

—Adelante, Burton —me invitó el coronel.

—Por todas partes se escuchan comentarios acerca de las ocultas razones que llevaron a Rudolf Hess a realizar su extraordinario vuelo a Escocia en 1942. ¿Qué les parece si lo abordamos?

Hubo un asentimiento general. La lluvia golpeaba con fuerza en las emplomadas vidrieras que daban un aire gótico a las ventanas del Isabella Club. Antes de abandonar la sala escuché la pregunta que el militar formulaba al juez:

—¿Qué noticias tiene de los procesos de Alemania? Supongo que vuestra señoría seguirá con especial atención sus recovecos jurídicos.

—Que se están sustanciando con mayores dificultades de las previstas. Muchos testigos que habían prestado declaración se niegan a comparecer públicamente en las salas de los tribunales. Hay miedo a posibles represalias si declaran en contra de los acusados.

—¿Represalias? ¿De quién?

—Al parecer los nazis mantienen ciertas estructuras...

Hubiese preferido permanecer en la sala unos minutos más. Aquella conversación me interesaba mucho, pero alguien estaba colgado al teléfono y tenía que atenderlo. Era habitual que recibiese llamadas en la redacción del Daily Telegraph en las que anónimos comunicantes me prometían la historia más extraordinaria del mundo. La inmensa mayoría de las veces se trataba de asuntos banales, pero muy de vez en cuando surgía algo interesante. Algunos de mis más relevantes éxitos habían llegado por dicha vía. A diferencia de otros colegas, yo nunca dejaba desatendida una vía de información.

La cabina telefónica del Isabella Club estaba a la bajada de la escalera principal. Cuando se decidió el lugar, primó el espíritu práctico de la junta directiva. Se aprovecharía el hueco, aunque el lugar no fuera todo lo discreto que algunas conversaciones requerían.

Empuñé el aparato tan malhumorado por haber tenido que dejar precipitadamente la tertulia que casi gruñí al auricular:

—Soy Donald Burton. ¿Qué desea?

Aún no sabía que aquella llamada era la más importante que iba a recibir en mi vida.

Aleandría, año 388

La gente llenaba hasta el último rincón del Ágora. Una muchedumbre se agolpaba en la explanada que hasta hacía poco había sido el centro neurálgico de la ciudad, el lugar desde el que se tomaba el pulso a los acontecimientos. Allí se celebraban las asambleas, se hacían ofrendas públicas a los dioses, se discutía o se cerraban acuerdos comerciales. También era donde los sofistas, por unas pocas monedas, ponían a prueba su ingenio y divertían con tramposos razonamientos a quienes querían escucharles.

Muchos se apretaban sobre las barandillas que acotaban el espacio reservado a los participantes en aquella reunión pública en la que iba a intervenir un grupo de filósofos, astrólogos, matemáticos, astrónomos e historiadores, ligados casi todos ellos a las actividades del Serapeo, el impresionante templo y centro cultural que se alzaba en el barrio de Racotis, cerca de la orilla norte del lago Mareotis.

El acontecimiento había levantado gran expectación. Sus promotores lo habían concebido como un desafío a Teófilo, el sucesor de Atanasio en el patriarcado, después de los violentos enfrentamientos entre sus seguidores y los de otros candidatos a hacerse con la importante sede episcopal. Teófilo, ayudado por los monjes de la Tebaida, se había impuesto a sus contrincantes.

La respuesta a la convocatoria de los maestros del Serapeo había superado las expectativas más optimistas. Era cierto que los acontecimientos de los últimos meses habían caldeado mucho el ambiente. A través de los siglos,

la plebe alejandrina siempre había dado muestras de estar pronta a asistir a cualquier acto que significase un desafío y eso era lo que aquel puñado de defensores de las viejas costumbres había organizado en el lugar más emblemático de la vieja Alejandría. Habían escogido el Ágora para hacer una denuncia pública de las actuaciones del patriarca Teófilo y del fanatismo de sus seguidores, dispuestos a imponer los rigurosos preceptos de su religión.

Aquel grupo de defensores de los tradicionales modos de vida y de la ancestral religión de sus antepasados deseaba manifestar con aquella reunión que Teófilo actuaba contra la legalidad, ante la pasividad de las autoridades imperiales, sobre todo de Alejandro, el nuevo prefecto. El lugar escogido era un símbolo para muchos alejandrinos, nostálgicos del pasado. Algunos de los templos que se abrían al Ágora habían vivido mejores tiempos: el aspecto de sus fachadas mostraba la incuria, derivada de la pérdida de proyección social y la falta de fieles; en alguno de ellos, la hierba crecía frondosa bajo los dinteles de sus magníficas portadas de piedra. El edificio que mejor revelaba el recuerdo de los esplendores de otro tiempo era la biblioteca. Había sufrido saqueos destructivos y padecido varios incendios, alguno de ellos intencionado; en su fachada eran perceptibles las huellas de la barbarie desatada contra aquel santuario de la cultura. Ahora, en muchas de sus salas medio vacías resonaba el eco de los pasos de sus escasos bibliotecarios. En algunos scriptoria, voluntariosos copistas trataban de reproducir algunas de las obras, en muchos casos ejemplares únicos, que atesoraban sus estanterías, cuyos huecos señalaban las graves pérdidas sufridas en sus fondos. Apenas había recursos para sostener una institución en la que en otro tiempo latía el pulso del conocimiento universal.

El Ágora estaba adecentada y limpia. La víspera se había baldeado la plaza y quitado las hierbas que crecían en los intersticios de las losas. Unos operarios cortaron varias higueras que se abrían paso entre las piedras de algunos edificios y trepaban por sus fachadas. Guirnaldas de boj adornaban la zona porticada, que presentaba un aspecto decoroso.

Una vez que los doce elegidos tomaron asiento en las sillas curules, buscadas en los almacenes donde se amontonaba el mobiliario de las antiguas instituciones públicas, Teón, valiéndose de un embudo para aumentar la intensidad de su voz, pidió a los asistentes silencio. Poco a poco, los gritos se convirtieron en murmullos que se fueron apagando.

Tras una breve invocación a los dioses, pidió a Anaxágoras que leyese el texto que invocaba el patriarca como soporte legal a sus actuaciones. Otra vez pidió silencio a los asistentes al escuchar algunos gritos contra Teófilo, coreados por un sector de los asistentes. Los ánimos estaban excitados.

El viejo filósofo, antes de ponerse de pie, templó su voz con un trago de vino rebajado con agua. Carraspeó y leyó con tono vibrante que ganaba en intensidad conforme desgranaba los párrafos:

—«Queremos que todos los pueblos que son gobernados por la administración de nuestra clemencia profesen la religión que el apóstol Pedro dio a los súbditos de Roma, que hasta hoy se ha predicado como la predicó él mismo, y que es evidente que profesan el pontífice Dámaso y el obispo de Alejandría Pedro, hombre de santidad apostólica. Esto es, según la doctrina apostólica y la doctrina evangélica creemos en la divinidad única del

Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, bajo el concepto de igual majestad, en una santísima Trinidad. Ordenamos que tengan el nombre de cristianos católicos quienes sigan esta norma, mientras que los demás los juzgamos dementes y locos y sobre ellos pesará la infamia de la herejía. Sus lugares de reunión no recibirán el nombre de iglesias y serán objeto, primero, de la venganza divina y después serán castigados por nuestra propia iniciativa, que adoptaremos siguiendo la voluntad celestial.

»Dado el tercer día de las calendas de marzo en Tesalónica, en el quinto consulado de Graciano Augusto y primero de Teodosio Augusto». El final de la lectura fue acogido con gritos de la concurrencia:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

El padre de Hipatia, que asistía al acto desde una terraza próxima, pidió una vez más silencio y respeto, acompañando sus palabras con gestos apaciguadores de sus manos.

Sinesio, el brillante matemático que impartía clases en el Serapeo y uno de los principales impulsores del acto, no esperó a que Teón le concediese la palabra. Era de temperamento vehemente, algo que lo perdía en numerosas ocasiones.

—¡Teófilo no puede acogerse a ese edicto imperial para justificar sus actuaciones! Sus secuaces incendiaron el teatro porque, según afirmaba el anterior patriarca, las actrices se exhibían impúdicamente en el escenario y, sobre todo, porque hombres y mujeres se reunían en un mismo sitio, lo que daba lugar, según su febril imaginación, a toda clase de promiscuidades. Luego vino el fin de los juegos circenses, invocando razones parecidas.

¡Así nos quedamos sin representaciones, sin luchas de gladiadores y sin carreras!

Un rugido de desaprobación surgió de la muchedumbre. El incendio del teatro había dado lugar a numerosos enfrentamientos callejeros en las semanas siguientes, pero el cierre del circo fue mucho más grave.

—Las luchas de gladiadores eran algo detestable, Sinesio —señaló Anaxágoras, que aún no había tomado asiento.

—Es cierto —concedió el irritado matemático—, pero coincidirás conmigo en que las cosas pudieron hacerse aquí como en Constantinopla, donde se prohibieron las luchas, pero se han mantenido las carreras que gozan del favor del pueblo, que acude en masa al hipódromo. ¡El objetivo de Teófilo no es terminar con un espectáculo sangriento, es acabar con costumbres que él rechaza y condena en su afán de imponer las rígidas normas de su religión!

La gente jaleaba al matemático, cuyo vozarrón no necesitaba de artilugios para hacer llegar sus palabras hasta los últimos rincones del Ágora.

—¿Cómo se explica el cierre de las termas? —Sinesio estaba cada vez más encolerizado—. Afirma, sin tener en cuenta que la separación de sexos estaba reglamentada en sus horarios de funcionamiento, que son lugares de promiscuidad. ¡El muy ignorante las ha comparado a grandes burdeles, afirmando que a ellas concurrían hombres y mujeres que se desnudaban sin pudor!

—Está claro que el texto firmado por Teodosio en Tesalónica es, ciertamente, un ataque a la libertad de las creencias —comentó Hermógenes, el anciano médico, dando un tono de serenidad a sus palabras—. Pero lo que

en esas líneas se señala de forma expeditiva es su condena a ciertas interpretaciones de algunas sectas de los galileos. Está dirigido a poner algo de orden en sus rencillas internas. Señala que esos tres dioses de los cristianos, que ellos refunden en uno...

—¡Una locura irracional! —lo interrumpió Sinesio.

—... son iguales en cuanto a su divinidad —prosiguió el médico sin alterarse—. Los que no acepten esos postulados serán considerados herejes y sobre ellos lanza amenazas muy serias.

—¡Cómo es posible que el patriarca invoque ese edicto imperial para justificar el incendio! —bramó Sinesio, una vez más.

—Eso no es lo peor —señaló Filotas, uno de los últimos representantes del epicureísmo en la ciudad—. Lo verdaderamente grave es que Teófilo quiera buscar un apoyo legal a su acción que, sin dejar de ser un atentado contra un bien público, tiene su lógica.

—¿Significa eso que tú defiendes a Teófilo?

La pregunta de Harmodio, el jurista, estaba cargada de insidia, fruto de la rivalidad que desde hacía mucho tiempo sostenían ambos.

Filotas le dirigió una mirada torva, al tiempo que lo acusaba:

—¿Cómo te atreves a insinuar tal cosa? ¡Teófilo es un fanático! Aplica lo que él y sus secuaces llaman el fuego purificador a lo que no les gusta. ¡Son incendiarios! Algo de lo que en esta ciudad tenemos tristes y sobradas experiencias. Lo que quiero señalar es que, ante la magnitud de sus continuados desafueros, busca

subterfugios legales.

Parecía imposible que en un espacio abierto y con una concurrencia tan numerosa se hubiese hecho un silencio como el que flotaba en el ambiente. El acto no estaba defraudando, ni mucho menos, las expectativas.

—Entonces, ¿qué es lo más grave? —preguntó Harmodio.

—¡La actitud sumisa del prefecto imperial! Eso es lo verdaderamente grave. Es él quien tenía que actuar con diligencia, deteniendo a los pirómanos, empezando por Teófilo —aseguró Filotas—. Tiene la obligación de abrirles un procedimiento por desórdenes y por atentar contra bienes públicos. Toda Alejandría sabe quiénes le prendieron fuego al teatro y promovieron los desórdenes que mantuvieron a la ciudad en vilo durante semanas. La única razón que dieron entonces fue simplemente que rechazaban las representaciones. ¡Destruyeron bienes públicos y tal acto está severamente penado por las leyes!

—¡Eso fue en tiempos de Atanasio! —gritó Harmodio—. ¡No querrás enredarte en un pleito inútil!

Hipatia, desde la terraza donde estaba acomodada, trataba de no perder detalle. A sus casi dieciocho años era la mujer más hermosa de Alejandría.

Teón, en su condición de moderador, intentaba que el debate no se convirtiese en un pulso dialéctico entre los dos adversarios. Mientras Filotas explicaba su posición, había murmurado algo al oído de Pausanias, el pontífice del Serapeo y la máxima autoridad de aquel centro donde se daban la mano ciencia y religión, el mundo egipcio y el griego.

Todavía resonaba en los oídos de los asistentes su última

acusación cuando el venerable pontífice, sin dirigirse a nadie en particular, lanzó una pregunta al aire:

—¿Serviría de algo enviar una comisión al prefecto Alejandro para tratar el asunto y exigir responsabilidades a los incendiarios?

—¡No creo que eso ponga remedio a nada! —La voz que había sonado tan rotunda era la de Lisístrato.

El astrónomo se había percatado de las intenciones de Teón, al que miraba de reojo cuando susurraba al oído de Pausanias. Sabía que su rival era, desde hacía tiempo, partidario de presionar sobre el prefecto imperial. Si había respondido con tanta energía era solo para fastidiarlo. Teón y él habían protagonizado, días atrás, otra agria polémica en torno a la influencia de los planetas en la vida de las personas. El escándalo había sido de tal magnitud que quedaron emplazados a un debate público, cuya fecha estaba por determinar.

A pesar de la afirmación de Lisístrato, entre el gentío se alzaron algunos gritos de apoyo a la propuesta de Pausanias.

—Tal vez no sirva para gran cosa —replicó Teón—. Pero, al menos, nos permitirá dejar clara nuestra posición ante el representante del emperador y hacer patente nuestra disconformidad con lo que ocurre en la ciudad.

—¡Yo apoyo enviar esa comisión!

Quien se mostraba partidario de la propuesta era Clodio, representante de una de las escuelas filosóficas que mayor predicamento había tenido durante muchos años en Alejandría. Era un anciano descreído, al que popularmente conocían como Diógenes en recuerdo del más popular de

los filósofos cínicos.

—¡Yo también! —gritó Aristarco, el físico, que enseñaba en el Serapeo.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

La propuesta de Pausanias encontró apoyo en casi todos los presentes, salvo en Lisítrato y Hermógenes, quien también la consideró una pérdida de tiempo.

El médico opinaba que si la ley estaba tan clara y el prefecto imperial no había actuado era porque no estaba dispuesto a hacerlo.

—Sabéis, al igual que yo, que mantiene unas excelentes relaciones con el patriarca. Incluso he oído decir que, aunque no está bautizado, acude con frecuencia a sus celebraciones —señaló Hermógenes.

Hipatia estaba cada vez más decepcionada con el desarrollo del acto. Había sido una ardiente defensora de su celebración porque no concebía que su padre y el círculo de aristocráticos filósofos y maestros que tanto decían defender las gloriosas creencias y tradiciones de sus antepasados estuviesen cada vez más arrinconados en sus cenáculos, mientras que los cristianos se hacían dueños de la calle. A diferencia del ambiente que se palpaba en el Ágora, donde las disputas encandilaban a la plebe, ella se percataba de que los reunidos estaban más pendientes de sus propias rencillas que de afrontar los puntos clave del asunto.

—No se ha bautizado —señaló Sinesio— porque son muchos los que prefieren hacerlo cuando están a las puertas de la muerte. Según tengo entendido, cuando

reciben el bautismo se lavan todas sus faltas, sin necesidad de penitencia; por eso lo retrasan cuanto pueden para disfrutar de los placeres de la vida que su religión prohíbe. El emperador Constantino —apostilló el matemático— fue quien impuso esa moda de no bautizarse hasta avanzada edad.

Nadie confirmó sus palabras y se hizo un momentáneo silencio, que rompió una voz que llegaba desde la terraza de uno de los edificios que flanqueaban el Ágora.

—¿Por qué unos principios tan extraños a nuestras tradiciones como los que sustentan sus creencias han logrado tantos adeptos?

La pregunta había sonado limpia y potente, y mucha gente miró hacia la terraza del templo de Baco. Allí estaba la joven que había lanzado la pregunta.

Teón se removió incómodo en su asiento al percatarse de que se trataba de Hipatia. No sabía qué hacer, porque la intervención del público no estaba prevista. Si permitía que su hija participase en el acto, cualquier otro podría hacerlo, sin que a él le quedase un ápice de autoridad para prohibirlo. Aquello podía convertirse en una batahola. Tenía que reprenderla, aunque en su fuero interno detestaba hacerlo. Sabía que su hija era más brillante que la mayor parte de quienes tomaban asiento en el estrado. Sus titubeos, sin embargo, dieron tiempo a que Anaxágoras le contestase. Teón temía que fuese como abrir la caja de Pandora.

—Esa es una buena pregunta, cuya respuesta es compleja, algo que suele ocurrir con las buenas preguntas.

Teón, con harto dolor de su corazón, empuñó el embudo y señaló que en las normas de celebración de aquel acto no

estaba prevista la participación del público asistente y recriminó a la joven por protagonizar una intervención no autorizada.

Hipatia se había puesto de pie; la brisa que soplaba suave desde el puerto que se abría próximo a uno de los costados del Ágora desde el que arrancaba el Heptaestadio agitaba suavemente su negra cabellera. Su imagen aparecía desafiante, retadora. La gente la miraba y por todas partes surgían comentarios.

—¡Como ciudadana de Alejandría, reclamo el derecho que me asiste a poder intervenir en los debates que tienen lugar en el Ágora! ¡Nadie puede privarme de ese derecho!

Una garganta de entre la muchedumbre lanzó un grito emocionado:

—¡Ágora!

Se hizo un silencio momentáneo antes de que un murmullo se extendiese entre el público. Se alzaron algunas voces aquí y allá que poco a poco se acompasaron. Primero fueron unas pocas gargantas, después se sumaron algunas más, luego otras y otras. En unos instantes se había formado un amplio coro y al cabo de muy poco el clamor era unánime:

—¡Ágora! ¡Ágora! ¡Ágora!

El sonido era ronco y fuerte.

—¡Ágora! ¡Ágora! ¡Ágora!

Escuchar aquel grito hizo que a Anaxágoras se le erizase el vello de la nuca y que la emoción lo embargase hasta el punto de no poder contener las lágrimas. Hacía décadas que sus oídos no escuchaban aquel grito que resumía uno de los derechos que habían marcado la historia ciudadana

de Alejandría. El derecho de todo alejandrino, cumplidos los dieciocho años, a participar en cualquier debate que se celebrase en el Ágora y concerniese a asuntos públicos.

Era un grito con el que se identificaban las libertades de la ciudad en la época de los Ptolomeos y que se había mantenido tras la conquista romana. Después había perdido fuerza hasta caer en desuso. Muchos de los presentes no sabían lo que estaban gritando, desconocían el valor de aquella palabra cuando era pronunciada en aquel lugar. Pero era como una respuesta atávica a algo que circulaba por sus venas. Había bastado que un puñado de personas lo secundasen para que Alejandría, representada por aquel gentío, clamase por un derecho propio.

Teón notó que le temblaban las piernas. No se atrevía a utilizar su embudo, al margen de su inutilidad porque el clamor era unánime. Miles de gargantas defendían el derecho de Hipatia a intervenir.

—¡Ágora! ¡Ágora! ¡Ágora!

Pausanias, el pontífice, también se había puesto de pie y paseaba su mirada por la muchedumbre entusiasmada. Los demás próceres también se levantaron. Ninguno había imaginado algo parecido.

El grito atronó en el cielo de Alejandría durante varios minutos. Nadie se atrevería a impedirle a Hipatia tomar la palabra.

—¡Anaxágoras! —gritó la joven desde la terraza pidiendo, con su brazo levantado, el silencio de la muchedumbre—. ¡Me gustaría escuchar tu respuesta! ¡Por muy compleja que sea!

El viejo filósofo, cuyos cansados y enrojecidos ojos solo percibían un bulto, conocía aquella voz que tantas veces lo había embelesado con sus respuestas, cuando le enseñaba las ideas de Platón a la niña despierta y vivaracha que no dejaba de asombrarlo continuamente. Su voz sonó tan potente que parecía imposible que saliese de aquel cuerpo, casi vencido por la edad.

—Primero has de saber que, dada mi edad, nunca pensé que pudiese revivir un momento tan glorioso como el que me has deparado. Quiero agradecértelo públicamente, mi querida Hipatia.

Sus palabras provocaron una ovación. Mucha gente había oído hablar de la joven Hipatia, pero no la conocía.

—Lo que planteas es, como te he dicho, una cuestión compleja que presenta perfiles muy diferentes. Creo que debemos señalar algunas de las realidades que acompañan al éxito de los cristianos. En primer lugar, nos encontramos con que los emperadores se les muestran propicios y las autoridades les prestan su apoyo. También debemos considerar que, a pesar de sus graves disensiones internas y de sus luchas callejeras, sus fieles llenan sus iglesias. En tercer lugar, yo tendría presente que, al margen de los rigores que presiden sus planteamientos, su doctrina atrae a masas de creyentes. Por último, tendría en cuenta que siendo sus principios tan poco atractivos para una mente racional, hasta el punto de que algunas de sus afirmaciones pueden ser vistas como un insulto a la inteligencia, tal es el caso de adorar a un dios que fue ejecutado como un malhechor, después de sufrir toda clase de humillaciones y torturas, sus sacerdotes se han convertido en guías espirituales de una parte importante de la población que vive dentro de los

límites del imperio. Ante ese conjunto de realidades tendríamos que formularnos, no una sino varias preguntas: ¿cómo han conseguido ese poder? ¿Por qué ganan adeptos? ¿Por qué han logrado imponer sus principios? ¿Por qué significan hoy el mayor desafío al que se enfrenta el mundo en que nosotros creemos? ¿Por qué suponen una amenaza para el conocimiento racional?

Anaxágoras alzó la vista hacia el lugar donde intuía que se encontraba Hipatia. Sentía una íntima satisfacción por haber ayudado a que aquella mente portentosa alcanzase la altura a la que había llegado.

—Podemos enviar una comisión al prefecto imperial — prosiguió el filósofo—, como ha propuesto Teón, creo que es lo que hay que hacer. Pero todos sabéis lo que ocurrirá. La recibirá y escuchará atentamente, y no servirá para nada. El teatro en Alejandría no volverá a abrirse, no habrá más representaciones, ni siquiera en improvisados espacios, porque ése es el deseo del patriarca. No volverá a haber espectáculos circenses porque Teófilo considera que inducen a la promiscuidad entre hombres y mujeres. Apalean en la calle a quienes se atreven a contravenir con sus actos los principios que ellos consideran que todos hemos de acatar. Teófilo y sus seguidores pueden hacerlo, pueden actuar con impunidad e imponer sus criterios. ¿Sabéis por qué?

Imperaba un silencio absoluto. Anaxágoras respondió a su pregunta.

—Porque el patriarca de esta ciudad, al que hace solo algunos años un grupo de desharrapados armados con estacas era capaz de obligarle a salir corriendo, controla cada vez más resortes del poder. La pregunta es la misma que os formulé hace un momento: ¿cómo han conseguido

ese poder?

El filósofo dejó que flotase en el ambiente durante unos segundos antes de proseguir su disertación; era el viejo recurso de un retórico experimentado.

—La palabra clave de esa respuesta se llama esperanza.

Su afirmación levantó un murmullo de comentarios. Anaxágoras esperó a que se impusiese otra vez el silencio.

—Vivimos en un mundo cuyos valores tradicionales no dan respuestas satisfactorias. Los viejos dioses no levantan las pasiones de antaño, para muchos ni siquiera son dignos de respeto. El Estado no garantiza la seguridad de sus ciudadanos. Las rutas comerciales, tanto marítimas como terrestres, no son seguras. El Mediterráneo está infestado de piratas y las calzadas son lugares peligrosos, en los que los bandidos asaltan a los viajeros. El comercio y la riqueza se han reducido a la décima parte. La gente ha perdido la confianza en la moneda, hasta el punto de que en muchos sitios se ha vuelto al trueque de los tiempos oscuros. Las noticias que llegan del norte del imperio son desalentadoras. Las legiones tienen cada vez mayores dificultades para mantener al otro lado de las fronteras a pueblos que en otro tiempo habrían sido barridos del mapa en una o dos campañas. El prestigio militar del imperio se desmorona por todas partes. Las legiones están mandadas por individuos que se llaman Estilicón o Arbogastes, nombres bárbaros de procedencia visigoda o germana. La plebe de las urbes está embrutecida hasta límites que resultan increíbles. Solo quieren pan barato, que el Estado ya no puede subvencionar, y diversión sin tasa que ha conducido a una vida licenciosa, pero que solo produce un doloroso vacío interior. Contra eso únicamente hay un antídoto: esperanza. Eso es lo que los cristianos han

traído, esperanza a un mundo que la ha perdido.

—¡Parece que Anaxágoras se ha dejado engatusar por esa pandilla de insensatos! —gritó Sinesio en medio de un silencio sepulcral.

El filósofo miró al matemático. No tenía buena opinión de aquel engreído, cuya cólera explotaba con demasiada facilidad, aunque respetaba la brillantez de sus deducciones. Antes de responder, se acercó a la mesa donde había dejado su copa para dar un sorbo al vino y refrescar su garganta.

—Mi respetado Sinesio, un viejo como yo, educado en unos principios que, aunque desfasados, permiten una explicación que considero suficiente para las claves de mi existencia, sería un estúpido si los cambiase por un credo marcado por la irracionalidad. Pero eso no impide que estos cansados ojos perciban la realidad que me rodea. Nuestro mundo ha traído desesperanza, inseguridad, falta de confianza. Basta con mirar a nuestro alrededor.

—¿Acaso los cristianos ofrecen algo mejor? Consideran la vida como un mal trance, un camino pedregoso, una cuesta empinada llena de dificultades —exclamó Harmodio.

—Ofrecen algo más, algo que nadie puede discutirles porque no se puede palpar. Ofrecen un paraíso más allá de esta vida y la resurrección de los cuerpos, que llegará con el final de los tiempos.

—¡Venden humo! —gritó Sinesio irritado.

—Tal vez solo sea humo, pero en ese humo envuelven la esperanza que ofrecen a sus fieles.

—¡Una doctrina enrevesada! —protestó Harmodio.

—Tienes razón. —Anaxágoras apuró su copa—. Tan enrevesada que ni ellos mismos se ponen de acuerdo. Sobre su dios circulan toda clase de historias, de las cuales unas contradicen a las otras. En algunos textos se afirma lo que en otros se niega y sin embargo... —Anaxágoras vaciló.

—Sin embargo... ¿qué? —lo desafió Sinesio.

—Sin embargo, han conseguido arrastrar a las masas tras ellos. Nuestros templos están cada vez más vacíos, mientras que sus iglesias casi no pueden acoger a las muchedumbres que acuden a sus liturgias. Por eso Atanasio se atrevió a incendiar el teatro y Teófilo ha logrado cerrar el circo y las termas; se sienten respaldados por la masa.

—¡La mitad de Alejandría no es cristiana! —gritó Teón.

—Cuestión de tiempo. —El filósofo agitó su copa y un esclavo acudió presto a llenarla—. Cuando yo era un niño, antes de que Constantino se hiciese con la totalidad del imperio, tras vencer a Majencio en la batalla del Milvio, los galileos en Alejandría eran un puñado de indeseables, que se ocultaban para llevar a cabo sus rituales por temor a las autoridades. A lo largo de una vida ese panorama ha cambiado radicalmente. Insisto en que basta con mirar a nuestro alrededor.

—¡El vino te ha trastornado! —lo despreció el matemático.

—No, Sinesio. Te equivocas. El vino nada tiene que ver con lo que acabo de decir, me limito a observar el mundo que me rodea. Yo no lo veré, porque mi tiempo está ya tasado, pero vosotros seréis testigos de cómo esta ciudad perderá el carácter cosmopolita que un día la convirtió en única en el mundo. Igual que ha perdido su teatro, su circo y sus

termas que no son sino pasos en el doloroso camino que mis ojos, gracias sean dadas a los dioses, no verán. Pero, como digo —Anaxágoras alzó la mano—, muchos de vosotros seréis testigos de que mis palabras de hoy son el anuncio de un tiempo donde el dogmatismo de los exaltados acabará por adueñarse de todo.

Como si el filósofo hubiese conjurado a un genio maléfico, hasta el Ágora llegó un inconfundible sonido. Instantes después patrullas de soldados irrumpían por dos de sus esquinas. Eran tropas imperiales y tomaban posiciones, como si fueran a lanzar un ataque sobre el enemigo.

La muchedumbre se contrajo en un movimiento casi imperceptible, dejando espacio para que los soldados avanzasen pegados a los soportales. Los legionarios arrollaron todo lo que dificultaba su paso. El oficial que los mandaba llegó hasta el estrado. Pausanias avanzó hacia el militar, quien lo saludó extendiendo su brazo.

—¡Ave, pontífice!

—¿Sucede algo, centurión?

—Esta concentración no está autorizada. El prefecto me ha ordenado despejar la plaza. ¡Tenéis que abandonar el lugar!

—Esto es el Ágora, un lugar para las reuniones públicas. No son necesarias autorizaciones para ello —protestó Pausanias con voz suave.

El silencio era tan intenso que sin alzar la voz sus palabras llegaban hasta el último rincón de la plaza. El centurión miró al gentío.

—No entiendo de sutilezas, yo soy un soldado y cumplo órdenes. —Desenvainó la espada y señaló a la

muchedumbre expectante—. Si tú no los invitas a marcharse, ordenaré a mis hombres intervenir.

Pausanias paseó la vista por el Ágora y vio rostros crispados. Todas y cada una de las miradas eran como estiletes que se clavaban en su cuerpo. Sintió dolor físico; indeciso, miró a Teón. El astrólogo vacilaba. Pausanias paseó otra vez su mirada por la muchedumbre apiñada. Nadie se movía. Aquello podía convertirse en una matanza.

—¡El tiempo se agota y mi paciencia tiene un límite! Si no les dices que se marchen, ordenaré cargar a mis hombres. La responsabilidad de lo que suceda será tuya.

La voz de Hipatia sonó en las alturas.

—¡Ágora! ¡Ágora!

Tras un momento de vacilación, centenares de gargantas le devolvieron el grito.

—¡Ágora! ¡Ágora! ¡Ágora!

Pausanias y Teón se cogieron de las manos, rápidamente se sumaron Sinesio, Anaxágoras, Harmodio, Lisístrato... La gente gritaba y buscaba la mano de quien estaba a su lado. Muchos ni se conocían, algunos incluso tenían diferencias en su vida diaria, pero en aquel momento eso carecía de importancia. Una fuerza invisible los había unido y dotado de una fortaleza que ninguno de ellos podía imaginar.

Nadie se movía y los gritos arreciaban:

—¡Ágora! ¡Ágora! ¡Ágora!

Los soldados se mantenían firmes, pero en sus rostros se reflejaba ahora la indecisión. Se miraban unos a otros

desconcertados y en pocos segundos el centurión había perdido su altivez. La situación había dado un vuelco inesperado.

Pausanias supo que tenía que aprovechar el momento. Podía salvar con dignidad la situación y evitar una catástrofe. Si el centurión ordenaba a sus soldados entrar en acción, un baño de sangre sería el desenlace fatal de aquel acto que había superado todas las expectativas.

Se acercó al oficial y le susurró algo al oído. El soldado dudaba y, mirando al pontífice a los ojos, le preguntó:

—¿Me das tu palabra?

Pausanias asintió.

El centurión envainó su espada sin soltar la empuñadura. Bastó un gesto para que sus hombres, aliviados y sin perder la formación, abandonasen la plaza con la misma marcialidad con que habían irrumpido en ella. Los gritos de los congregados arreciaban:

—¡Ágora! ¡Ágora! ¡Ágora!

La palabra se había impuesto a la fuerza.

Cuando el último de los soldados se perdió por la esquina de la Biblioteca, Pausanias extendió los brazos. Solicitaba un silencio que se impuso poco a poco, aunque algunos entusiastas apuraron hasta el límite su clamor.

—Gracias, Hipatia. —El pontífice alzó la vista hacia la terraza, pero la joven había desaparecido—. Gracias por habernos ayudado a encontrar una solución que ha dejado a salvo nuestra dignidad como ciudadanos. Gracias por haber evitado un desenlace fatal. Gracias por permitirnos abandonar, tranquilamente, este lugar donde nuestros antepasados ejercieron sus derechos de ciudadanía, como

hoy lo hemos hecho también nosotros. Ahora podemos marchar en paz.

Pausanias, con la mirada altiva y un gesto cargado de dignidad, comenzó a descender los escalones del estrado; sus compañeros lo imitaron. El pontífice dejó escapar un suspiro al comprobar que la gente seguía su ejemplo. Abandonaban el Ágora, en medio de murmullos. Aquella tarde Hipatia había dejado de ser la hija de Teón para convertirse en la más rutilante estrella del firmamento alejandrino.

Poco a poco, el Ágora se fue vaciando. Unos se habían retirado hacia el Heptaestadio, en dirección a la isla de Faros, otros marchaban hacia la Vía Canópica. Cuando los grupos de rezagados abandonaban el lugar, los últimos rayos del sol se reflejaron en la fachada de la Biblioteca dando un tono dorado a las piedras y, por unos instantes, desaparecieron las miserias del edificio.

Pausanias tomó del brazo a Teón e hizo un aparte, solamente para susurrarle muy bajo:

—Dile a Hipatia que tenga mucho cuidado.

Aleandría, año 387

Teón caminaba henchido de satisfacción; lo acompañaba Hermógenes. Aunque el trayecto era largo, había decidido no utilizar la litera porque deseaba disfrutar de las últimas horas de aquel día inolvidable en que Alejandría había revivido los esplendores de un tiempo que parecía perdido. El acto del Ágora había desbordado las previsiones más optimistas.

Además, Teón tenía un motivo particular para sentirse feliz. Hipatia, con su temple, había recordado el viejo grito de libertad y al pronunciarlo había salvado el momento más delicado de la reunión. Era una heroína, su nombre sería recordado por los alejandrinos al menos durante tres generaciones. Mientras abandonaba el Ágora en silencio había revivido el momento en que recibió la noticia de que sería padre de una hija.

Rememoró aquella vez que, decepcionado, arrojó su arco y sus flechas. Confuso, no se explicaba qué pudo haber ocurrido y durante meses estuvo atribulado. Consideraba el nacimiento de Hipatia una maldición de los dioses, que lo castigaban por algún oscuro pecado. El y Pulqueria lo habían dispuesto todo para que naciese un hijo: la alineación de los planetas era la correcta, la posición de las dos constelaciones principales la adecuada y la fecha, la más propicia para engendrar un varón.

Al verla por primera vez le pareció fea y pequeña, además lloraba desconsoladamente. La sostuvo en sus manos y la alzó sobre su cabeza el tiempo imprescindible para cumplir el ritual con que se reconocía la paternidad. Después pasó

mucho tiempo sin volver a verla: la niña le producía un rechazo instintivo. Tuvieron que transcurrir nueve meses para que cambiasen sus sentimientos hacia ella. Fue después de una noche de estudio en que permaneció levantado hasta mucho después de la medianoche escrutando la posición del firmamento. Entraba el equinoccio de otoño y la noche era clara; a ello se sumaba que había luna llena y su posición la situaba muy cerca del plano de la eclíptica. Estaba seguro de que se produciría un ocultamiento del satélite y podría percibirlo todo con detalle, gracias a que estaba en su fase de plenitud.

Bajaba de la terraza satisfecho con sus observaciones, aunque cansado por las horas de vigilia. Un silencio agradable envolvía la casa y la luz de la luna bañaba el ambiente. Al llegar a la galería de los dormitorios escuchó un leve ruido, como un gorjeo perceptible en medio del silencio reinante. Se detuvo, aguzó el oído y descubrió que procedía de la primera habitación, cuya puerta estaba entreabierta. Entró de puntillas, se acercó a la cuna iluminada por la claridad de la luna y entonces la vio. La niña movía lentamente los deditos de las manos y los observaba detenidamente como si estuviese contando. La pequeña alzó la vista y lo miró; tenía unos ojos negros, grandes y bellísimos. Fue entonces cuando Hipatia le dedicó una sonrisa maravillosa y le tendió los brazos. No pudo evitar que se le formase un nudo en la garganta. Permaneció inmóvil, sintiendo cómo su corazón latía cada vez más deprisa; la niña insistía. Como nadie lo veía, tomó a su hija y la estrechó entre sus brazos. Así estuvo mucho rato. Sintió el latido de la vida, su propia vida. El cuerpo de la pequeña Hipatia era cálido y suave. Fueron unos momentos especiales, tenía sensaciones encontradas y sentimiento de culpabilidad.

Embargado por la emoción, perdió la noción del tiempo y cuando volvió a la realidad la pequeña estaba dormida. La depositó cuidadosamente en la cuna y se quedó contemplándola, absorto. El brillo de la luna había desaparecido después de que se escondiese tras el horizonte y a las sombras de la noche siguieron los primeros resplandores de la aurora. Al alba Teón continuaba velando el placentero sueño de su hija. Salió de puntillas para no hacer ruido, aunque en la planta baja comenzaba la actividad. Al entrar en su alcoba, Pulqueria ya se desperezaba. «¿Qué tal tu luna?», le preguntó estirando los brazos. «Vengo de contemplar al sol de mi vida». Su esposa se espabiló extrañada. Miró a Teón a la cara y vio su rostro transfigurado. No tuvo que preguntarle, supo que había sucedido algo maravilloso. Después... después habían ocurrido tantas y tantas cosas...

Al astrólogo lo acompañaban media docena de criados, todos ellos armados. Nunca se sabía en qué rincón de la ciudad acechaba el peligro. El recorrido desde el Ágora había estado salpicado de paradas y detenciones en varias de las tabernas. La gente brindaba por lo ocurrido y... por Hipatia. Su padre tenía razón: se había convertido en una heroína. Teón bebió y disfrutó del momento. Su amigo Hermógenes, que siempre había postulado la moderación, bebía sin tasa. El médico estaba exultante después de una jornada como la que acababa de vivir.

Invitados por amigos y también por desconocidos, se habían detenido en casi todas las tabernas que había en el recorrido, algunas de las cuales eran sombríos tugurios donde encontraba asiento la mala vida de la ciudad. El recorrido se había prolongado tanto que hacía rato que la noche había caído cuando aún estaban a dos manzanas de su casa, por lo que dos de los criados se habían

adelantado para proveerse de unas antorchas. Al volver una esquina, un individuo surgió de las sombras y se acercó a Teón. Era una figura inquietante, con aspecto de pordiosero; unos pasos más atrás de él había otros dos individuos de parecida catadura, aunque más jóvenes. Los criados de Teón ya estaban en guardia, las espadas habían aparecido en sus manos. Aquel extraño individuo se acercó a Teón que, temeroso, dio un paso atrás.

—¿No me recuerdas?

El astrólogo pensó que se trataba de un demente. Dos de sus criados ya amenazaban al desconocido con sus espadas, a pesar de que su actitud no era violenta. El estrafalario personaje era enjuto de cuerpo, tenía una larga barba que alcanzaba su cintura y estaba completamente calvo. Teón pensó que se trataba de uno de los seguidores de Clodio el cínico, que habían adoptado algunos de los comportamientos de su maestro.

—¿No me recuerdas? —insistió el desconocido—. ¿Tanto he cambiado?

Fue Hermógenes quien exclamó:

—¡Papías!

Teón clavó su mirada en los ojos del individuo que tenía delante y, por fin, lo identificó.

—¡Papías! —repitió sorprendido—. ¡Cómo... cómo es posible! ¡Pero bueno...! ¡Yo te hacía perdido en un apartado lugar del desierto! ¡Vosotros, envainad las espadas! —ordenó a sus criados—. ¡Y tú cuéntame, cuéntame! ¿Qué haces en Alejandría?

—He venido a verte.

Teón miró a los otros dos individuos, que permanecían a

una prudencial distancia.

—¿Vienen contigo?

—Son monjes de mi cenobio. —Se volvió hacia ellos y les indicó que se acercasen—. Este es Eutiquio y éste, Apiano.

Ambos hicieron una respetuosa inclinación de cabeza.

—¡Qué sorpresa, Papías! ¿Te acuerdas de Hermógenes?

—¡Y de sus purgantes!

Teón abrazó al monje, el cual después saludó al médico.

—Supongo que ha de ser algo muy importante para que hayas abandonado tu cubil —comentó jocosamente el padre de Hipatia.

Papías se limitó a responder afirmativamente y Teón se dio cuenta de que no deseaba hablar en presencia de testigos. Llegaron a la casa del astrólogo y allí se despidieron de Hermógenes. Teón ordenó que tres de sus criados lo escoltasen y que otros tres se encargasen de los dos monjes que acompañaban a Papías. Apenas llevaban equipaje, solo unos toscos zurrones de piel de cabra.

—Agradezco tu hospitalidad, pero no pernoctaremos aquí. Nos han dado asilo en la iglesia de San Pedro, la que está junto al Dicasterion. Estaremos en Alejandría el tiempo imprescindible.

—Bueno, ¿me dirás ahora qué te ha traído por aquí?

Papías miró a izquierda y derecha, como si temiese que alguien más pudiese escuchar sus palabras. Teón se percató de su incomodidad y, tomándolo por el brazo, lo condujo hasta una estancia apartada donde podían hablar con tranquilidad y sin que el monje albergase temores. Hizo una larga exposición que Teón escuchó en silencio; de

vez en cuando asentía con ligeros movimientos de cabeza.

—Como comprenderás, la situación es muy delicada. La presión es cada vez mayor y quienes esperábamos que después de Atanasio la situación se relajase, estábamos equivocados. La llegada de Teófilo al patriarcado ha empeorado las cosas. Es incluso más intransigente. Lo peor de todo es que en mi cenobio también soplan aires de dogmatismo. Hay un núcleo de monjes que rechazan cualquier planteamiento que no esté recogido en los textos que Atanasio determinó como los únicos verdaderos; eso supone la exclusión de los demás.

—También aquí la crispación aumenta cada día —señaló Teón—. Los seguidores del patriarca, que cada vez son más numerosos, han protagonizado frecuentes enfrentamientos. Solo ven por sus ojos. Se ha cerrado el teatro, se han prohibido los espectáculos en el circo y también se ha proscrito el uso de las termas. Están dispuestos a que todo el mundo acate sus creencias y adopte sus modos de vida.

—¡Todo eso es una locura!

—¿Quieres decir que compartes mis planteamientos?

—El Jesús en el que yo creo es muy diferente al de Teófilo. Estoy en contra de sus excesos.

—También los enfrentamientos de sus seguidores han sido frecuentes con otros grupos de cristianos. Aunque desde que el emperador promulgó el edicto de Tesalónica, que los consideraba herejes, su número ha decrecido.

—Esa es la razón por la que acudo a ti.

—¿Bromeas?

—En absoluto.

—No te comprendo.

—Los que estamos fuera de lo que empieza a llamarse la ortodoxia somos cada vez menos y nuestra posición es cada vez más débil. Circulan rumores acerca de la celebración de un concilio en el que los planteamientos de Atanasio se convertirán en un dogma que ningún cristiano, si desea tener ese nombre, puede rechazar. Así las cosas...

—Sigo sin entenderte —lo interrumpió Teón—. Sabes que tienes todo mi respeto y consideración, pero vuestras rivalidades internas me tienen sin cuidado.

—Déjame terminar.

—Disculpa.

—¿Te has planteado las consecuencias de esas actitudes?

—La verdad es que no, ya te he dicho que no me interesan vuestras disputas.

—¡Tú eres un filósofo, Teón! ¡Amas el conocimiento! Eres un hombre interesado por la ciencia.

—En eso estamos de acuerdo.

—Entonces, has de saber que serán muchos los textos que se perderán, que desaparecerán sin dejar huella. La posteridad ni siquiera sabrá que existieron. ¡La destrucción de todo escrito que no concuerde con los puntos de vista de gentes como Atanasio y Teófilo será una realidad en muy pocos años!

—¿Y qué quieres que haga? ¡Bastante tenemos con defender otro tipo de legados sobre los que también se cierne esa amenaza!

—Con poco esfuerzo puedes hacer mucho. Por eso he venido a verte.

Teón lo miró a los ojos.

—¿Qué quieres?

—Que nos ayudes a preservar nuestro patrimonio de la destrucción.

—No sé. ¿Qué podría hacer yo? —preguntó el astrólogo, encogiéndose de hombros.

—Te suplico que me escuches con atención.

—Te escucho.

—Los dos monjes que me acompañan...

Cuando Papías hubo concluido, Teón se quedó mirándolo fijamente.

—¿Para eso has hecho tan penoso viaje?

—Si accedes a nuestra petición, habrá merecido la pena.

Teón, en lugar de darle una respuesta, le formuló una pregunta:

—¿Cuántos años tienes?

El monje puso a prueba sus conocimientos.

—Mi madre decía que nací el año en que acabó de construirse la nueva Constantinopla. Haz la cuenta.

Teón efectuó el cálculo, sabía que la ciudad terminó de construirse en el 330.

—¿Rondas los sesenta años?

—Algo menos. Hace medio siglo que llegué a Alejandría y más de veinte años que decidí retirarme al desierto.

—Nunca supe por qué lo hiciste. Eras un prestigioso escriba y no te faltaba clientela.

—Vivía en un mundo sin esperanzas y el cristianismo me las dio.

Teón se acarició el mentón.

—¿Has estado hoy en el Ágora?

—No, ¿por qué?

—Por nada, por nada. —El astrólogo acompañó su negación con un movimiento de cabeza.

—Hemos llegado esta tarde. Acudí a tu casa y me dijeron que estabas en el Ágora. Cuando caminábamos a tu encuentro nos topamos contigo. ¿Qué respondes a mi petición?

En ese momento sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

—¿Qué ocurre? —gritó el astrólogo, molesto por la interrupción.

Era Cayo, quien ya ejercía funciones de mayordomo.

—Perdona, mi amo, pero es muy tarde y el ama Hipatia no ha regresado a casa.

—¿No estaba aquí cuando llegué? —Una arruga apareció en la frente de Teón.

—No, mi amo.

—¿Por qué no se me avisó entonces?

—Creíamos que venía contigo, un poco más retrasada. Como algunos criados no habían llegado... —se excusó.

—¡Habían acompañado a Hermógenes!

—Eso lo ignorábamos.

—Cuando ellos han regresado, al ver que Hipatia no venía

con ellos he dado órdenes de que saliesen a buscarla.

—¿No la han encontrado?

—¡No, mi amo, no aparece por ninguna parte!

Papías no conocía a Hipatia, él se había retirado del mundo antes de que ella naciera. Ni siquiera sabía que Teón tenía una hija.

—¿Es tu hija?

—Sí, mi única hija.

Las palabras de Pausanias acudieron a su mente como un mal augurio: «Dile a Hipatia que tenga mucho cuidado».

Aleandría, año 388

Estaban ya a pocos pasos de la entrada cuando un escalofrío recorrió su espalda y notó cómo se le erizaba el pelo de la nuca. Los porteros, unos individuos vestidos con túnicas ceñidas a la cintura, calzones ajustados y tocados con unos gorros de color rojo conocidos como pileus^[2] se mostraban meticulosos en el control del acceso.

—No me dejarán pasar —susurró al oído de su acompañante—. Será mejor que nos marchemos.

—No te preocupes y sigue adelante, todo está controlado.

Hipatia vestía atuendo masculino y cubría su cabeza con un manto, como hacían algunos aurúspices, y un sombrero que ocultaba sus facciones, pero no resistiría un reconocimiento somero. Podría pasar por un hombre si no se fijaban en ella. Su acompañante se adelantó hasta los porteros y los saludó con familiaridad. Los tres asintieron deferentes y apenas prestaron atención a su acompañante.

Cuando cruzó el umbral tenía el corazón acelerado y la sangre golpeando en sus sienes. Bajaron una docena de escalones que conducían hasta un pequeño vestíbulo, pobremente iluminado; allí algunas personas departían en voz baja. Al fondo, tras otra escalinata labrada en la roca, se abrían unas puertas de bronce que daban acceso a un recinto más amplio. Se trataba de una especie de caverna que a Hipatia le pareció un antro más que un templo; era mucho más pequeño de lo que había imaginado. ¡Corrían tantos rumores acerca de aquellas reuniones secretas! En

realidad, solo se trataba de eso, de rumores, porque, fuera de sus creyentes, nadie sabía lo que ocurría en sus celebraciones. Estaba convencida de que casi todo lo que se decía era fruto de la imaginación de quienes casualmente habían escuchado una frase o alcanzado conocimiento de un detalle y, a partir de ahí, hilaban toda una historia, alguna de ellas macabra.

El lugar estaba sumido en la penumbra, apenas rota por el resplandor de los candiles que colgaban en las paredes. Eso convenía a sus propósitos porque Claudio, su acompañante, le había insistido en que su identidad debía permanecer oculta en todo momento.

Claudio era uno de los tribunos de la legión Traiana Fortis, acantonada en Egipto. Hacía un año que había sido destinado a Alejandría, un ascenso en su carrera militar. Sus anteriores destinos habían sido lugares apartados. Primero un perdido campamento en la frontera oriental del imperio, donde menudeaban los enfrentamientos con los partos y los persas; allí alcanzó el grado de centurión. Más tarde fue trasladado al otro extremo del mundo, a Hispania. Estuvo cerca de diez años en varias guarniciones de la Bética. Trabó amistad con algunas familias de la zona y participó activamente en los cultos a Mitra, muy extendidos en el conventus Cordubensis, donde los devotos del Sol invictus habían levantado varios mitreos, uno de ellos cerca de la ribera del río Síngilis, un afluente del Betis, y otro en las afueras de Igabrum, una localidad de origen íbero donde había una ceca en la que se acuñaban áureos de oro, denarios de plata y ases de bronce.

Era un militar experimentado, a pesar de no haber cumplido los cuarenta años. Más allá de su vocación, se

sentía atraído por diferentes ramas del saber y sus misterios, según él mismo le había contado a Hipatia, a cuyas clases asistía tres veces por semana para recibir sus enseñanzas sobre los secretos de las matemáticas; entre ellos había surgido una relación que Claudio deseaba ampliar más allá de la amistad, pero no encontraba en la joven la respuesta que anhelaba.

Hipatia no consideraba el matrimonio como un destino al que la mujer se encontrara obligada. Había rechazado no menos de media docena de pretendientes, varios de los cuales habían utilizado el procedimiento de pedirla a su padre sin hablar con ella. Eso bastaba para que los rechazase. ¡Ella no era una mercancía con la que su padre pudiese negociar o cerrar algún tipo de acuerdo! Si algún día ligaba su vida a la de un hombre sería porque se había enamorado de él.

A lo largo de las paredes del templo corrían dos bancos labrados en la misma roca, muchos de cuyos asientos ya estaban ocupados. Todos eran hombres. Claudio le indicó que se sentase en un rincón apartado, aunque no tuviese la mejor visión del ritual. En el ambiente flotaban los murmullos de los devotos de Mitra, la deidad de origen iranio, extendida desde hacía siglos hasta los más apartados rincones del imperio por mercaderes procedentes de la región del Éufrates y el Tigris y sobre todo por los legionarios.

El mitraísmo formaba parte de las religiones aceptadas en el panteón romano. Era un culto místico que celebraba sus ritos de forma secreta. Esos secretos eran los que habían dado lugar a múltiples rumores. Sus principios eran arcanos conocidos solo por los iniciados. Los devotos pasaban por diferentes grados de iniciación hasta alcanzar

el último nivel, el séptimo.

—¿Cómo se llaman los que se inician en los rituales? —le preguntó Hipatia con un hilo de voz.

—Se les llama corax —susurró el general a su oído.

—¿Por qué ese nombre?

—Porque el cuervo es un animal muy querido para Mitra, es el mensajero. Se encuentra ligado al planeta Mercurio —explicó Claudio.

Hipatia observó cómo en la pared de enfrente estaban representados tres planetas: Mercurio, Venus y Marte. Los identificó por sus colores y dedujo que los dos últimos corresponderían a otros tantos grados.

—Tú estás en el sexto grado, ¿no?

—Sí, soy un heliodromos.

—¿Qué planeta le está asociado?

—El Sol.

—Eso no es un planeta, es una estrella —protestó Hipatia.

—Es cierto, pero creo que deberías permanecer callada, como habíamos acordado. No tentemos a la suerte, si alguien te descubre...

Se concentró en la hornacina que se abría al fondo. Había una escultura donde el dios, ataviado como los individuos que controlaban la entrada, sacrificaba un toro, hundiendo un puñal en su cuello. La herida manaba abundante sangre que un perro y una serpiente acudían a beber. No entendía muy bien el significado. Un detalle llamó su atención: un escorpión picaba al animal en los testículos.

—¿Por qué un escorpión pica los testículos del toro? —

preguntó, olvidándose del consejo de Claudio.

—Porque busca su semen, el principio de la vida. El sacrificio que realiza el dios...

—¿Cómo que el semen es el principio de la vida?

Hipatia había elevado la voz más de lo debido y atrajo la atención de algunos devotos.

Claudio les dedicó una sonrisa, después miró a Hipatia llevándose su dedo índice a los labios. El peligro pareció conjurado.

—Te he dicho que permanezcas en silencio o levantarás las sospechas de todo el mundo —la reprendió el militar, pero ella no le hizo caso, aunque el tono de su voz era ahora un susurro:

—Si piensas eso, estás equivocado.

—¿Por qué?

—Porque el principio de la vida está en el útero femenino. Ahí está la fertilidad y es donde se desarrolla la vida.

—Yo solo he respondido a la pregunta que me has hecho —se defendió Claudio, que por nada del mundo deseaba polemizar.

—Pero tu respuesta carece de fundamento, la fuente de la vida está en la mujer. —Hipatia dejó escapar un suspiro—. Ahora me explico por qué el culto a Mitra es cosa exclusiva de hombres y por qué prohibís a las mujeres acceder a vuestros misterios y rituales.

—Vas a conseguir que nos metamos en un lío —protestó Claudio de nuevo.

El templo estaba lleno cuando al filo de la medianoche

apareció el oficiante de la ceremonia. Vestía una túnica en cuyo pecho aparecía un sol radiante bordado en oro y llevaba cubierta la cabeza con una adornada tiara, que recordaba a las de los antiguos faraones. Incluyó la cabeza ante la representación del Mitra tauroctonos y bisbiseó una plegaria antes de dirigirse a los fieles que se habían puesto de pie y guardaban un respetuoso silencio.

—Hermanos, estamos reunidos para glorificar al Invictas, al que venció a la muerte después de morir, al que volvió a la vida para dárnosla. Estamos reunidos para rendir el culto debido a Mitra, nuestro creador y señor.

—Amén —respondieron a coro los reunidos.

—Realizaremos el sacrificio en su honor para obtener el perdón de nuestros pecados y solicitar su asistencia en el momento del tránsito al más allá.

—Amén.

Por una puerta lateral, que Hipatia no había visto, aparecieron cuatro individuos vestidos con amplias túnicas. Los dos primeros sostenían un gallo por las alas; el animal estaba inmóvil, probablemente bajo los efectos de un narcótico. Otro portaba una bandeja con un cuchillo y el cuarto llevaba en sus manos una copa de barro. El de la bandeja ofreció el cuchillo al Pater, quien lo empuñó y, elevando la mirada hacia la representación del planeta Saturno que decoraba una pequeña bóveda, sujetó al gallo por la cabeza y le cortó el cuello de un tajo certero. La sangre fue recogida en la copa. A Hipatia le llamó la atención la precisión de todos los movimientos; apenas se perdieron algunas gotas de sangre, a lo que colaboró el adormecimiento del animal sacrificado.

Una vez desangrado los asistentes murmuraron una

plegaria, mientras los acólitos se retiraban, salvo el de la copa que permaneció al lado del Pater. Cuando éste la tomó en sus manos el ayudante cogió de una hornacina una bandeja cubierta con un paño; al destaparla, Hipatia vio que estaba llena de galletas. Muchos asistentes desfilaron ante él; tomaban una de las galletas, la mojaban en la sangre de la copa y se la comían. Hipatia permaneció inmóvil, impresionada por la ceremonia, mientras observaba a Claudio que, con mucho recogimiento, respondía a las invocaciones del oficiante.

—¡Mitra invicto, ayúdanos a imitar tus virtudes!

—Amén.

—¡Mitra poderoso, ayúdanos a vencer el mal!

—Amén.

—¡Mitra bondadoso, ayúdanos a hacer el bien!

—Amén.

—¡Mitra inmortal, ayúdanos a alcanzar la otra vida!

—Amén.

—¡Mitra celestial, que tu intercesión nos ayude a superar las dificultades!

—Amén.

—¡Mitra tauroctonos, que tu ejemplo en la búsqueda de la verdad, nos ayude a encontrarla!

—Amén.

Después el silencio se prolongó varios minutos, antes de que el Pater despidiese a los asistentes, aunque algunos permanecieron en sus lugares. Hipatia tampoco se movía.

—¡Tenemos que salir! —la apremió Claudio.

—¿Y esos?

—Son los Pater, los que han alcanzado el séptimo grado.

—¿Por qué se quedan?

—Porque solo ellos pueden participar en el banquete ritual.

—¿Qué es eso?

—Hipatia, por favor, tenemos que salir. ¡Nos están mirando!

Una vez en la calle Claudio resopló.

—Has tentado demasiado a la suerte y eso no es bueno.

—Lamento haberte puesto en un aprieto y te pido disculpas, pero cuando dijiste lo de que el semen es el principio de la vida, no pude contenerme. Ahora entiendo mucho mejor algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Que el culto a Mitra esté tan extendido entre los soldados. Es un dios cazador, que mata a un toro en combate cuerpo a cuerpo. Es un dios que exhibe su masculinidad hasta límites irracionales. Aunque eso no diferencia su culto de otras religiones, cuyos principios están reñidos con el ejercicio de la razón.

—El hombre necesita creer en algo que sea más poderoso que él.

—Ese es un consuelo estúpido, además no sé por qué dices el hombre. ¿Y las mujeres? Aunque no merece la pena que te lo pregunte: tenemos vetado acceder a vuestros templos y asistir a vuestras celebraciones. Por cierto, ¿cómo has conseguido que los guardianes de la

puerta nos franquearan el paso?

—Me debían un favor y ahora me lo han devuelto.

Hipatia y Claudio se habían alejado un centenar de pasos del mitreo. A una respetuosa distancia los seguía una escuadra de soldados que, mientras su jefe satisfacía la curiosidad de la profesora, habían matado el tiempo en una taberna cercana. La noche era apacible, invitaba al paseo y la conversación. Tomaron por una calle que discurría paralela al canal de Canopo que moría en el puerto interior, el que se abría al lago Mareotis. Era un lugar solitario y mal iluminado, pero también el camino más corto para llegar a la Vía Canópica, donde la luminosidad era mayor gracias a los fanales del alumbrado público, los candiles de los establecimientos que permanecían abiertos toda la noche y las farolas que alumbraban las puertas de algunas mansiones.

Poco antes de desembocar en la avenida tres bultos surgieron de las sombras y se acercaron a la pareja. Los legionarios se pusieron en guardia, temiendo que fuesen ladrones de los que pululaban por los lugares solitarios al acecho de una oportunidad en forma de caminantes solitarios o parejas despistadas.

—¡Es ella! —gritó una de las sombras.

Los soldados avanzaban con las espadas desenvainadas.

Claudio se adelantó hacia el individuo que había identificado a Hipatia, interponiéndose entre él y la joven. Los otros dos, al ver acercarse a los soldados, alzaron las manos.

—Es nuestra ama, hace horas que la buscamos por todas partes.

Hipatia lo identificó.

—¡Cayo! ¿Qué haces tú aquí?

—¡Buscarte, mi señora! ¡Llevamos toda la noche! ¡Tu padre está muy preocupado!

A Hipatia, después de las emociones de la jornada, ni se le había pasado por la cabeza que su ausencia fuese a provocar tanto desasosiego. Había abandonado el Ágora para encontrarse con Claudio, cambiar su atuendo por uno masculino y acudir al mitreo. Sintió una punzada de culpabilidad.

—¿Dónde está mi padre?

—No lo sabemos, mi señora. Andará con alguno de los grupos que recorre la ciudad en tu busca o tal vez haya regresado a casa.

—¡No había pensado en que mi ausencia produjera tanta preocupación!

—¿No se lo habías dicho a tu padre? —preguntó el tribuno.

Hipatia lo miró fijamente.

—¡Tengo dieciocho años! ¡Me dijiste que guardase silencio acerca de mi visita al mitreo! ¡Estos días apenas lo he visto, dedicado como estaba a la preparación del acto en el Ágora! ¿Te parece suficiente motivo? —Hipatia suspiró—. Lamento haberle hecho pasar este mal rato. Vamos rápido, no quiero prolongar su angustia un minuto más, pero la culpa no es solo mía. ¡Tú, Cayo, adelántate y di a mi padre que ya voy!

Hipatia había acertado su clase, confirmando a sus alumnos la impresión de que estaba ausente. Algo

revoloteaba por su mente, como indicaba el que apenas se había mostrado interesada en sus preguntas. Despidió a Claudio que, como siempre, remoloneaba antes de marcharse.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó mientras ella, con delicadeza, lo conducía hasta la puerta.

—Me duele la cabeza, nada de lo que debas preocuparte. Espero que me traigas la solución a ese problema para la próxima clase.

Subió rápidamente a la sala de estudio, donde se encerraba para trabajar sin que nadie la molestase. Abrió el códice por la página que había marcado con una señal y se enfrascó en la lectura. Llevaba dos días en que, aparte de dormir, comer con frugalidad y atender a lo más inexcusable de sus obligaciones, siempre estaba leyendo aquellos papiros. Se sumergía en sus páginas y perdía la noción del tiempo; de vez en cuando anotaba alguna observación en un pliego. Había aprendido la lengua copta de dos esclavas que la habían criado; una de ellas sabía incluso leer y escribir, y se la enseñó al tiempo que sus maestros la instruían en el griego y el latín.

La tarde declinaba cuando concluyó la lectura. Cerró el volumen y acarició el cuero de sus tapas. Se puso de pie, tensó su cuerpo llevándose las manos a la cintura y se desperezó, como si saliese de una ensoñación. «¡Qué gente más extraña!», farfulló para sí.

Salió a la terraza y contempló el jardín; su enorme extensión hacía que la zona más próxima a la vivienda estuviese dedicada a plantas ornamentales y el fondo a huerto, donde se cultivaban verduras para el consumo de la casa. Vio a su padre y al monje con quien ya había

sostenido dos fuertes discusiones, cuyas últimas consecuencias habían sido aquellas lecturas. Estaban sentados bajo un emparrado y departían relajadamente.

Cambió su vestido y se aderezó el peinado sin pedir ayuda. Diez minutos después estaba bajo el emparrado, junto a su padre y Papías.

—He leído esos textos.

—¿Todos? —se sorprendió el monje.

—Todos.

—¡Solo han transcurrido dos días!

—Algunos son cartas, apenas un centenar de líneas. En total, unas quinientas páginas.

—Exacto —corroboró Papías, que seguía extrañado porque la joven las hubiese leído en tan poco tiempo.

Teón ofreció a su hija una copa de limonada.

Hipatia la rechazó.

—¡Es excelente!

—No, gracias.

Le interesaba más la conversación con aquel monje amigo de su padre.

—Aunque tienen un sustrato común, se trata de materias diversas.

Papías asintió.

—¿Qué opinión te merecen?

—La variedad hace que mis opiniones difieran de unos textos a otros. En cualquier caso, rechazo que el

conocimiento intuitivo sea superior al de la razón.

—La intuición es superior cuando se utiliza para el conocimiento interior —refutó Papías.

—Nada hay superior al conocimiento racional —replicó ella.

—No en el caso de la búsqueda de Dios. El mejor camino para encontrarlo está en nuestro interior, en nuestra mente y en nuestra alma. Si averiguamos el origen de los pesares que nos afligen, del gozo que nos alegra, si encontramos las raíces del amor o del odio, nos encontraremos a nosotros mismos, que es tanto como encontrar a Dios.

—¿Equiparas conocimiento a divinidad?

—Sí. El yo y lo divino son cosas iguales.

—Eso significa que para Teófilo eres un hereje.

Hipatia esperaba una reacción cargada de vehemencia, pero se equivocó. Sin alterarse, Papías le respondió tranquilamente:

—Simplemente soy gnóstico.

—¿Buscas el conocimiento?

—Así es, el conocimiento de la realidad última de las cosas.

—Los cristianos afirman que eso es una herejía —insistió Hipatia.

—Soy tan cristiano como quienes afirman que somos herejes; nos detestan y pretenden silenciarnos, porque ser cristiano es sentirse discípulo de Cristo. Lo que ocurre es que el Cristo en el que yo creo es diferente al de ellos.

—Me gustaría que me explicases eso.

—Yo creo en un Cristo de amor y de iluminación, no de pecado y arrepentimiento. No lo considero como un Hijo de Dios distinto de la humanidad, sino que forma parte de la humanidad. Uno de sus discípulos más próximos dejó escrito que Jesús dijo —Papías cerró los ojos como si le ayudase a recordar las palabras exactas—: «Yo no soy tu amo. Porque has bebido, te has emborrachado del arroyo burbujeante que yo he medido. Aquel que beba de mi boca se volverá como yo. Yo mismo me volveré él y las cosas que están escondidas le serán reveladas».

—Eres un ser extraño, Papías. Mi padre me ha contado que eras un excelente escriba, que tenías una clientela selecta y que de la noche a la mañana te retiraste al desierto.

El rostro del monje se iluminó con una sonrisa.

—Tu padre exagera. Es cierto que era escriba y que me ganaba bien la vida, pero la decisión de retirarme del mundo no se produjo de la noche a la mañana, estuvo muy meditada.

—¿Por qué lo hiciste?

—Ya te lo he dicho, busco encontrar la verdad que hay en la raíz de las cosas.

—¡Eso también lo busca la filosofía! —exclamó Hipatia.

Papías se encogió de hombros.

—Puedes llamarlo como quieras.

Ahora Hipatia aceptó la limonada que antes había rechazado. Su padre llenó la copa; ella se mojó los labios y percibió su agradable acidez. Estaba impresionada con aquel monje que parecía un pordiosero. Conocía a algunos cristianos con los que podía discutir sosegadamente, exponer argumentos y rebatirlos. Pero la imagen que tenía

de los monjes que vivían en los cenobios del desierto era de gente cerrada, dogmática, incapaz de escuchar. Desgraciadamente ésa era la gente de la que se había valido Atanasio para imponer sus inflexibles puntos de vista y que ahora Teófilo utilizaba para sus propósitos. Esperaba que Papías respondiera a ese esquema, pero acababa de comprobar que estaba en un error.

—Hay otra cosa que me ha llamado la atención.

—¿Qué?

—En uno de esos... ¿evangelios?

—Evangelios —ratificó el monje.

—Creo recordar que su autor es un tal Felipe.

—Entre esos textos hay un Evangelio de Felipe.

—En ese Evangelio aparece una mujer al lado de vuestro Cristo que tiene un extraordinario protagonismo.

—Es cierto, se llamaba María Magdalena.

—Sin embargo, por lo que tengo entendido, casi ha desaparecido por completo. Es como un sueño perdido.

Papías dejó escapar un suspiro e Hipatia concluyó:

—Un sueño que no tiene cabida en la religión que predicán Teófilo y los suyos. Una religión controlada por los hombres y en la que las mujeres han sido relegadas a un papel casi servil.

—Están empeñados en tergiversar la verdad. Algunos pretendemos preservar ese sueño al que te has referido.

—¿Crees que en ese proceso de eliminación de la mujer ha influido el mitraísmo?

Papías acarició varias veces su larga barba.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tengo la impresión de que el cristianismo ha tomado muchos elementos de las creencias de esa religión.

—No sé casi nada de esa religión, sus seguidores hacen todo con mucho secreto. ¿Te basas en algo concreto?

—Mitra murió y resucitó, como vuestro Cristo, y la exclusión de la mujer en sus creencias es total.

—El cristianismo no excluye a la mujer.

—Pero frente al papel que, por lo que he leído, tenía esa María Magdalena, la realidad actual es muy diferente.

—En eso he de darte la razón. Aunque yo no estaría tan seguro de que la causa de ese cambio se deba a influencias de la religión de Mitra, como parece sugerir. Existen otras diferencias muy importantes con el cristianismo.

—Dame un ejemplo.

—El cristianismo no ve con buenos ojos la astrología, mientras que tengo entendido que los seguidores de Mitra otorgan gran importancia a los astros y su influencia en la vida de las personas.

—¿Es tan importante para los adoradores de Mitra la influencia de los astros? —preguntó Teón.

—Sí.

—He oído tantas cosas... En cualquier caso me parece algo sumamente interesante.

—La Iglesia, por el contrario, rechaza todo lo relacionado

con esos asuntos, aunque, quizá, sería mejor decir que los empieza a rechazar. —Papías miró al cielo y comprobó la posición del sol—. En fin, se hace tarde.

El monje se puso de pie y preguntó a Teón:

—¿Has tomado ya una decisión? No puedo permanecer mucho más tiempo en Alejandría.

—¿Una decisión sobre qué? —Hipatia miró a su padre.

—Papías quiere que esos textos, que te han absorbido estos días, queden depositados en nuestra biblioteca.

—¿Los dejarías en nuestra casa? —le preguntó al monje.

—Sí.

—¿Por alguna razón?

—Temo que puedan desaparecer y se pierda su contenido. El patriarca Teófilo sigue la línea de Atanasio y destruye todo escrito que no se acomode a sus planteamientos.

—¡Eso es una locura! —exclamó Hipatia—. No comparto casi nada de lo que se dice en esos papiros, pero quienes aceptan esos principios tienen derecho a hacerlo.

Papías dejó escapar un suspiro.

—Si todos pensásemos como tú, mi querida Hipatia, el mundo sería un lugar más acogedor. Por desgracia, quienes tienen el poder no suelen ser tan abiertos. Los cristianos fuimos salvajemente perseguidos por defender nuestras creencias. Nos crucificaron, nos quemaron, nos arrojaron a las fieras en el circo para tratar de exterminarnos. Hoy, el poder de la Iglesia no para de crecer y lo utiliza para acabar con quienes no comparten sus dogmas.

—Pero en este caso, los textos que destruyen contienen su propia doctrina.

—Quienes ejercen el poder afirman que no es su doctrina. Consideran que su contenido es un veneno mucho peor que los principios de las viejas religiones. Para ellos son textos heréticos y temen más a los herejes que a los paganos. Corre el rumor de que el expurgo realizado por Atanasio en su patriarcado se quiere extender por todas partes. Se habla de una reunión de obispos y patriarcas con ese fin. Algo parecido a lo que se hizo en Nicea para combatir la posición de Arrio acerca de la divinidad de Jesús.

Hipatia miró a su padre.

—¿Tienes alguna duda para satisfacer los deseos de Papías?

—Quiero conocer tu opinión.

Hipatia lo tenía claro, en un asunto como aquél no albergaba dudas. Ella respetaba ideas y creencias alejadas de sus planteamientos. Su padre sabía, por ejemplo, que no compartía sus principios acerca de la influencia de los astros en la vida de las personas, pero los respetaba. Era conocido su rechazo a las creencias de los patriarcas, pero conocía a numerosos cristianos cuyas actitudes eran muy diferentes de las de Atanasio o Teófilo. Algunos de sus alumnos eran cristianos.

—Pienso que esos textos deben ser preservados, y si para ello es necesario que permanezcan en esta casa, formarán parte de nuestra biblioteca.

—¡Tu deseo acaba de cumplirse, Papías! —exclamó Teón poniéndose de pie—. Esos códices se quedarán en esta

casa.

—Mi agradecimiento es infinito. No tenía muchas opciones a las que recurrir. Preservadlos como un pequeño tesoro porque son pocas las copias que existen, y procurad que no sean muchos quienes sepan de su existencia.

—Creo que tu agradecimiento debe ser para mi hija. Si ella hubiese opinado en sentido diferente...

—Será un placer ayudar a conservar ese sueño del que hemos hablado.

Papías mostró a Hipatia su agradecimiento y se despidió. Su misión en Alejandría había terminado y en Xenobosquion su presencia era necesaria. Los enfrentamientos habían prendido entre los monjes de su comunidad y las disputas eran cada vez más frecuentes.

Una vez solos, Hipatia preguntó a su padre:

—¿Por qué has condicionado tu respuesta a conocer mi opinión?

—Porque después de tu intervención en el Ágora, en esta casa no se tomarán decisiones que no cuenten con tu asentimiento. ¡Esta casa tiene una dueña por méritos propios!

—¡Padre!

Teón alzó su mano con el dedo índice apuntando hacia arriba y sentenció:

—¡No volará una mosca si tú no lo has decidido!

—Pero...

—¡No hay peros, Hipatia! Esa decisión está tomada.

Su padre pensó que era el momento de decirle algo que

llevaba tiempo dando vueltas en su cabeza.

—Tengo que proponerte algo.

A Hipatia la sobresaltó el tono; temió que le dijera que a sus dieciocho años era tiempo de pensar en el matrimonio.

—¿Qué clase de propuesta? —preguntó inquieta.

—¿Te gustaría enseñar matemáticas en el Serapeo?

Hipatia se quedó inmóvil.

—¿Quieres repetirlo?

—¿Te gustaría enseñar en el Serapeo?

No daba crédito a lo que acababa de escuchar. Dar clase en el Serapeo era la culminación de una carrera, la máxima aspiración de quienes ejercían la docencia en Alejandría. En sus aulas daban clase los más prestigiosos físicos, astrónomos, médicos, filósofos, astrólogos y matemáticos. En aquel monumental santuario fundado por Ptolomeo I hacía casi setecientos años se rendía culto a Serapis, una combinación de dos de las grandes divinidades del panteón egipcio: Osiris y Apis, que los griegos asociaban a Zeus y Hades. Aquel híbrido greco-egipcio, representado por un hombre barbado que sostenía un cesto sobre la cabeza, se convirtió en el dios tutelar de Alejandría, la más griega de las ciudades egipcias y la más egipcia de las ciudades griegas porque en ninguna otra parte del mundo se daban la mano ambas culturas como lo hacían allí.

Sus iniciales funciones religiosas se fueron extendiendo a otros ámbitos. La creación de su biblioteca dio impulso a las actividades culturales y trescientos años después de su fundación era ya un santuario al que se habían añadido múltiples dependencias, donde se impartían enseñanzas y

acudían peregrinos de los más apartados lugares. El Serapeo había llenado, en gran parte, el vacío dejado por la destrucción y decadencia de la gran Biblioteca.

Su respuesta fue abrazarlo. A Teón se le escapó una lágrima. Estaba haciéndose viejo.

Londres, 1948

Las calles estaban mojadas y la humedad impregnaba el ambiente. A la lluvia descargada sobre Londres había sucedido la niebla, que era cada vez más densa y a aquellas horas cubría una buena parte de la ciudad. Surgida del Támesis, en pocos minutos se extendió por los barrios próximos al río. En algunas partes la luz de las farolas apenas lograba romper el velo de su espesura.

El profesor Best circulaba en un taxi hacia el número 6 de Bedford Place, poco después de que su contertulio Donald Burton hubiera recibido una llamada que le había instado a ir a dicha dirección. Una invitación tan misteriosa como imposible de rechazar.

Cuando el profesor llegó a Bedford Place el silencio era tan denso como la niebla, tanto que a sus oídos llegó nítido, volando por encima de los tejados, el eco de las campanadas del Big Ben. Estaban dando las diez. Subió con cuidado para no dar un traspié en los peldaños que conducían hasta la puerta y antes de llamar compuso su figura: ajustó el nudo de su corbata y se acomodó los puños de la camisa. Su edad no era obstáculo para que tratase de ofrecer una buena imagen. Prefirió utilizar el timbre; a tales horas, unos aldabonazos con aquella serpiente enroscada hubieran sido de pésima educación. Le llamó la atención el rótulo de la entrada: THEOLOGICAL SCHOOL. WESTMORELAND UNIVERSITY.

Una doncella le abrió de inmediato.

—¿Profesor Best? —preguntó sonriente.

—Así me llamo.

—Pase, por favor.

La doncella se hizo cargo del abrigo y los guantes, y lo acompañó hasta la biblioteca. Allí estaban, frente a la chimenea, Edward Milton y Henry Eaton.

—Estimado profesor, soy Edward Milton. —Le ofreció su mano—. Sepa que le estamos muy agradecidos por acudir a nuestra llamada.

—Esa llamada me tiene sobre ascuas. —Best estrechó su mano.

Eaton se acercó, en la mano llevaba una copa de brandy.

—Encantado, profesor.

—También yo.

—¿Desea tomar algo? —le preguntó Milton.

—Un whisky, por favor, aunque lo que realmente deseo es que me cuente lo que me ha prometido por teléfono.

—No lo decepcionaré. ¿Hielo?

—Solo, por favor.

Le sirvió el whisky y cogió una delgada carpeta de la mesa. Los tres se acomodaron frente a la chimenea. Milton sacó una fotografía ampliada y se la entregó al profesor, sin decir nada. Best se puso sus gafas y estudió atentamente la fotografía: era excelente. Cuando alzó su rostro se encontró con dos pares de ojos clavados en él.

—¿De dónde han sacado esto?

Milton respondió con otra pregunta:

—¿Qué le parece?

—Este texto es probablemente de finales del siglo IV, incluso podría ser del siglo V; casi me inclinaría por esta segunda opción. Su contenido es religioso, unas oraciones. Habría que estudiarlas detenidamente para ver si se pueden relacionar con alguna obra conocida. —El profesor devolvió la fotografía y matizó su comentario—: Aunque no me atrevería a afirmar nada hasta ver el original. ¿Lo tienen ustedes?

Milton, en lugar de responder, le entregó otra fotografía.

—Esto... esto... —Best vaciló un momento—. Esto parecen unas líneas del fragmento de un texto llamado «Pseudo Tomás». Pero... pero está escrito... ¡Esto está en copto!

Milton y Eaton se miraron.

—¿Qué quiere decir con que está escrito en copto? —preguntó el primero.

Best se quitó las gafas.

—Bueno, se conoce un texto, en realidad un fragmento de un escrito, denominado, como acabo de decirles, Pseudo Tomás. Fue encontrado por un francés llamado Jean Dórese hace ya más de medio siglo, y estudiado con detalle por Henry Charles Puech, pero se trataba de un texto escrito en griego y se ha fechado como de finales del siglo n. Esto es una copia en escritura copta de época posterior, aunque... —El profesor le preguntó por segunda vez, mirándolo a los ojos—: ¿Tiene el original?

En lugar de responderle, Mitón le hizo una petición:

—¿Podría leerme ese texto, por favor?

Best se puso las gafas y miró la foto; solo eran un par de líneas, tan ampliadas, que podían leerse con suma facilidad.

—«Estas son las palabras secretas que Jesús vivo pronunció y que el mellizo, Judas Tomás, anotó». Ya les he dicho que conozco este párrafo, pero en su versión griega. Algunos han propuesto que Tomás era mellizo de Jesús, pero no hay base para afirmarlo. El texto que ha llegado a nuestros días es un fragmento muy pequeño, pero ha dado lugar a muchas especulaciones.

Se quitó las gafas otra vez y miró a los dos hombres que tenía delante, apuró su whisky y, por tercera vez, formuló la misma pregunta:

—¿Tienen el original?

Una vez más Milton soslayó la pregunta, pero en esta ocasión la información que dio al profesor hacía innecesaria la respuesta.

—Lo que ha visto es solamente un anticipo.

—¿Qué quiere decir usted?

—Que estamos hablando de un códice que contiene varios textos.

Best notó un cosquilleo en el estómago.

—¿Quiere repetir eso que acaba de decir, por favor?

—Tenemos información acerca de un códice en el que aparecen varios textos escritos en copto.

—¿Cuántos son varios?

—Vayamos por partes, profesor.

El profesor sacó su pañuelo y se limpió el sudor que había aparecido en su frente.

—¿Le importaría servirme otro whisky?

Ahora fue Eaton quien llenó generosamente el vaso. Best dio un largo trago y notó el licor de malta bajando por su reseca garganta. Era un whisky excelente.

—¿Quiere usted explicarme qué es todo eso de un códice que contiene varios textos en lengua copta?

—Antes de explicarle detalladamente esa historia, al menos lo que nosotros conocemos de ella, me gustaría que le echase un vistazo a otra fotografía. Milton sacó la última de las fotos que había en la carpeta y se le entregó. También se trataba de varias líneas escritas en copto, pero había manchas y pérdidas de texto que afectaban a su lectura.

Best volvió a colocarse las gafas y mantuvo un prolongado silencio. Los dos hombres estaban pendientes hasta del más pequeño de sus gestos.

—¿Le importaría leernos el contenido de esas líneas? — pidió Milton.

Best dio otro trago a su whisky y carraspeó en un esfuerzo por aclararse la voz, pero apenas consiguió que sus palabras fuesen un balbuceo:

—«Yo no soy tu...». No se puede ver con claridad la palabra siguiente.

—Sáltesela y prosiga, profesor.

—«Yo no soy tu... Porque has bebido, te has emb...». Hay otro vacío.

—¿Podría hacer la lectura sin interrupciones, por favor?

—«Jesús dijo: Yo no soy tu... Porque has bebido, te has emb... del arroyo burbuj... que yo he... Aquel que beba de mí... se volverá como... Yo mismo me... él y las cosas que...

escondidas le... reveladas». —Best resopló con fuerza—. Hay demasiados vacíos en estas líneas, resulta difícil comprender su sentido.

—¿Le importaría leer esto?

Milton le entregó una delgada tira de papel telegráfico.

—¿Qué es esto?

—Un texto que nos ha llegado por telégrafo. ¿Sería tan amable de leerlo?

Al comprobar que el profesor vacilaba, añadió:

—Por favor.

Con voz temblorosa y la frente otra vez perlada por el sudor, Best leyó la delgada tira de papel:

—«Jesús dijo: Yo no soy tu amo. Porque has bebido, te has emborrachado del arroyo burbujeante que yo he medido. Aquel que beba de mi boca se volverá como yo. Yo mismo me volveré él y las cosas que están escondidas le serán reveladas». Cuando alzó la cabeza, la elegancia había desaparecido de su aspecto. Era como si hubiese envejecido de repente.

—¿Qué clase de tontería es ésta? —Su voz sonaba descompuesta.

—Es la reconstrucción del texto que aparece en la fotografía que ha visto. Se han rellenado los vacíos que tiene el papiro.

—¿Quién ha sido el autor de esta... —Best agitó la fotografía sin el menor cuidado— ...esta tontería?

—¿Quiere otro whisky, profesor?

—Gracias, no me vendría mal. —Le ofreció el vaso sin

soltarlo—. Pero lo que quiero saber es... es quién...

—¿Ha sido el autor de ese trabajo de composición?

—Sí.

—Ha sido el profesor Scott.

A Best los ojos se le pusieron como platos. Se quitó las gafas y desgranó las palabras:

—¿John... Anthony... Scott...?

—Sí.

—¿Estamos hablando del profesor Scott de la Universidad de Saint Andrews?

—¿Lo conoce?

—¡Claro que lo conozco! ¡Es uno de los filólogos más eminentes de nuestro tiempo! ¡Uno de los mayores expertos del mundo en lengua copta!

—Debe saber que el eminente doctor Scott nos ha indicado que pueden admitirse pequeñas variantes en las palabras que completan el texto, pero afirma que no modificarían la esencia del mensaje construido.

—¿Está seguro de que ha sido el doctor Scott quien ha realizado este trabajo? —preguntó un incrédulo Best.

—¿Quiere comprobarlo? —Milton consultó su reloj, eran las once menos veinticinco—. Es un poco tarde, pero quizá aún esté levantado. Podríamos intentar una llamada telefónica.

Best no lo dudó.

—¡Hágalo!

Milton fue hacia el bufete, consultó un cuaderno y marcó

un número. Respondieron al cuarto tono.

—¿Dígame?

—¿Profesor Scott?

—Al aparato, ¿quién llama? —Una tos seca acompañó su pregunta.

—Soy Edward Milton, discúlpeme por la hora, doctor. Sé que es un poco tarde, pero está con nosotros el profesor Best y le gustaría hablar un momento con usted. ¿Tiene inconveniente?

—¿El viejo Alfred está con ustedes?

—Sí, lo tengo a mi lado.

—¡Pásemelo!

Milton le ofreció el teléfono.

—Scott está al aparato.

El profesor Best dejó su whisky en una mesita y se levantó con dificultad; llevaba la fotografía y la tira de papel.

—Póngase cómodo —le indicó Milton señalando el sillón y ofreciéndole el aparato.

—¡John, viejo amigo! ¿Cómo estás?

—Disimulando la vejez. ¿Y tú?

—Más o menos igual. Disculpa la hora, pero tengo en mis manos un texto reconstruido sobre un supuesto original copto del que he visto una reproducción fotográfica. ¿Qué sabes de eso?

—Yo he realizado esa reconstrucción. —La tos hizo acto de presencia otra vez.

—¿Has trabajado sobre el original?

—No. Sobre una fotografía.

—¿Me estás diciendo que no has visto el original?

—Exacto.

Best tenía fama de ser muy puntilloso en sus trabajos. Jamás daba nada por supuesto y en modo alguno admitía que se sacaran conclusiones si no se tenían todos los elementos disponibles. No comprendía cómo Scott había hecho un trabajo tomando como base una simple fotografía. Eso podía prestarse a toda clase de trucos y montajes.

—Sabes que eso... que eso académicamente es inaceptable. —Estaba sudando copiosamente.

—¿Qué te han contado? —lo interrumpió Scott.

—¡Olvídate de lo que me han contado, John! Lo que quiero es una explicación acerca de lo que has hecho tú.

—Algo muy simple.

—Cuéntamelo.

—El señor Milton y el señor Eaton vinieron a verme hace unos días. Tuvimos una reunión en mi despacho y me mostraron una reproducción fotográfica de lo que afirman es un original copto. Sospeché cuando les pedí ver el original y me dijeron que no podían mostrármelo. Les dije que la fotografía podían haberla hecho sobre un texto confeccionado la semana pasada. —Un nuevo acceso de tos lo obligó a callarse. Best, algo reconfortado con la explicación, aguardó a que su amigo recuperase el resuello —. Solo un original puede permitir establecer la autenticidad de un texto...

—¡Y no siempre! —protestó malhumorado Best.

—Y no siempre —corroboró el escocés—. Sin embargo, ellos no querían que yo me pronunciase sobre la autenticidad, sino que tradujese el texto que aparecía en la fotografía. ¿La has visto?

—La tengo delante de mí.

—Leer el texto no tiene dificultad, pero esa lectura carece de valor y así se lo hice saber.

—Estamos totalmente de acuerdo.

—Les hice una traducción con muchos blancos porque el texto ha desaparecido en varias partes. Por lo que se aprecia en la fotografía, el papiro...

—¿Por qué dices que es un papiro?

—Bueno... es lo que dicen ellos.

—Estás perdiendo facultades... no des nada por supuesto. Disculpa mis interrupciones; continúa, por favor.

—El papiro, si es que se trata de un papiro, está muy deteriorado, aunque también podría tratarse de una argucia de falsificador. Ese deterioro, como habrás comprobado en la fotografía, ha producido pérdida de texto. Mi trabajo ha consistido en reconstruirlo sobre una base filológica y barajando palabras cuya extensión encajase en las zonas dañadas y en el contexto de las palabras que conocemos.

Best comprobó cómo la tos aparecía de nuevo, dificultando la respiración del filólogo.

—¿Estás seguro de esa reconstrucción? ¡Esto sugiere una herejía de proporciones apocalípticas! Pones en boca de Jesús afirmaciones que identifican divinidad con

humanidad.

Scott dejó escapar una risilla cansada.

—Posiblemente se trate de un texto gnóstico, viejo gruñón.

—¡Pero esto es solo una fotografía! —protestó Best.

—Es cierto, yo me limito a señalar lo que filológicamente resulta probable. Podríamos quizá admitir alguna variación, utilizando un sinónimo que tenga la misma estructura fonética, pero el contenido del texto no se alteraría sustancialmente.

Se hizo un breve silencio. Las argumentaciones del filólogo le parecían razonables y trataba de aceptarlas.

—Alfred, ¿estás ahí?

—Por supuesto. Reflexiono sobre lo que me has dicho.

Se despidió de su colega, reiterándole sus disculpas por llamarlo a aquellas horas. Se levantó y con paso vacilante se acercó a la chimenea, cogió su vaso y apuró el whisky.

—Me parece, señor Milton, que es la cuarta vez que le pregunto si tienen ustedes el original de ese texto. Si no me responde, emplearé tres segundos en salir por esa puerta.

—No, no lo tenemos.

—¡Entonces, todo esto es basura! —Golpeó con su dedo índice las fotografías esparcidas—. ¡Todo esto, sin el texto original, no sirve para nada! Las fotos pueden estar hechas sobre una falsificación. ¡Carecen de valor!

—No tenemos el original, pero sabemos quién lo tiene.

Best lo miró fijamente.

—¿Quién es su dueño? ¿Dónde está?

—Un anticuario de El Cairo y estamos dispuestos a comprarlo. Supongo que usted ya ha barruntado de qué se trata.

Best resopló y otra vez se pasó el pañuelo por su frente sudorosa.

—Ese texto podría formar parte de... —Al profesor le costaba trabajo pronunciar aquella palabra.

—¿Formar parte de un evangelio? —le ayudó Milton.

Alfred Best asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Siempre han circulado rumores de que hubo otros evangelios, además de los llamados apócrifos. Pero nunca se ha tenido una prueba material de su existencia.

—Puede que haya aparecido uno.

—¿Están ustedes hablando de un evangelio perdido? —exclamó Best, pasándose el dedo por el interior del cuello de su camisa. Estaba sudoroso y agobiado.

—Por eso precisamente lo hemos llamado.

—No comprendo.

—Es muy fácil, profesor. Usted es la máxima autoridad que hay sobre la historia de los coptos del antiguo Egipto. Sus estudios sobre el origen del monacato en Egipto y los textos coptos que se escribieron en esos monasterios es lo mejor que se ha publicado.

—¿Qué quieren ustedes exactamente?

—Nos gustaría que viajase a El Cairo por cuenta del Centro de Estudios Teológicos.

—¿A mis años? ¿A una ciudad que no he pisado en mi vida? ¡Usted está loco!

Milton pasó por alto el último comentario.

—Por eso le hemos buscado al mejor de los acompañantes.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que, además de viajar con toda comodidad y alojarse en uno de los mejores hoteles de El Cairo, irá con usted Donald Burton.

Best recordó la llamada que sacó al periodista de la reunión del Isabella Club y llegó a sus propias conclusiones. Aquellos dos individuos ya se habían reunido con él. Por eso su cita era a las diez.

—Supongo que el señor Burton está ya al corriente de todo este asunto.

—En lo concerniente a un posible viaje a El Cairo sí, pero apenas lo hemos informado acerca de la existencia de ese código.

—¿Qué significa «apenas lo hemos informado»?

—Tiene un vago conocimiento de que este asunto puede levantar una gran polvareda informativa. Pero no ha visto esas fotografías.

—¿Ninguna?

—Ninguna.

—¿Qué papel tendría Burton en todo este asunto?

—Su misión es acompañarlo; conoce la ciudad como la palma de su mano y tiene excelentes contactos. Si usted no aceptase, sus servicios no nos serían necesarios.

—¿Qué gana él con esto?

—Cinco mil libras esterlinas, más gastos.

Best apretó los labios e hizo ligeros movimientos de cabeza.

—No está nada mal. ¿Alguna preferencia de carácter periodístico?

Aunque Milton sabía por lo que estaba preguntándole, quiso que el profesor fuese más explícito.

—¿A qué se refiere?

—A que si el señor Burton tendrá alguna exclusiva informativa sobre este asunto.

—Eso está por negociarse, al igual que con usted. Sabemos que su programa de la BBC goza de una elevada audiencia.

—A mí me interesan mucho más los aspectos científicos.

—Usted tendrá la exclusiva académica. Será quien dé a conocer el descubrimiento al mundo científico.

Best se acarició el mentón.

—¿Por qué no le han propuesto el viaje a Scott?

Encontró la respuesta en la mirada de Milton y comprendió que acababa de decir una tontería. Su viejo amigo estaba limitado por una grave enfermedad.

—Exactamente, ¿cuál sería mi misión en El Cairo?

—Autentificar la originalidad de esos textos.

—Por supuesto usted sería compensado con otras cinco mil libras —señaló Eaton, que había permanecido en silencio hasta entonces.

—Ese es un buen argumento para Burton, pero no lo es tanto para mí. El dinero nunca ha sido una prioridad en mi vida y ahora, con mis años, todavía menos.

—En tal caso, destínelas a lo que considere más adecuado. Como le ha dicho Edward, tendrá preferencia absoluta en el terreno académico. Su nombre quedará ligado a uno de los descubrimientos más importantes de nuestro tiempo.

—También, si se trata de una burda patraña, a uno de los escándalos más monumentales.

—Si es falso, usted descubrirá el fraude. Digamos que una cosa va unida a la otra. ¿Qué me dice? El tiempo es un factor primordial.

—¿Por qué no se traen el códice a Londres? Aquí todo resultaría mucho más fácil. Hará falta realizar algunas pruebas químicas.

—Porque su propietario se niega a que salga de Egipto. No quiere correr riesgos.

—Explíquese.

—Si la policía de aduanas descubriese que se quiere sacar un códice del siglo IV o V, lo incautaría y su propietario se quedaría sin él.

—Ese riesgo también existe una vez que haya sido autenticado. Supongo que, si ustedes lo adquieren, no lo dejarán en Egipto.

—Exactamente.

—¿Entonces?

—En ese supuesto, seríamos nosotros quienes perderíamos la propiedad. Si la policía lo requisa antes de que lo compremos, quien pierde es su actual propietario.

¿Comprende por qué necesitamos que vaya a El Cairo?

—Si todo esto no es una estafa, ¿ustedes están dispuestos a aceptar el riesgo de que el gobierno egipcio lo incaute, si descubre que pretenden sacarlo del país?

—Sí.

—Muy bien.

—¿Acepta?

—Siempre y cuando tenga suficientes garantías de que esto no se va a convertir en un circo informativo.

—Creo que no habrá problemas, aunque será necesario cerrar un acuerdo con el señor Burton.

Alfred Best dio la reunión por concluida, aunque había que cerrar muchos detalles. Antes de que Best se marchase, Milton le comentó:

—En cuanto a la realización de comprobaciones químicas, deberá acudir al Papyrus Institute de El Cairo.

El profesor lo miró desdeñoso.

—Tengo entendido que su tecnología es obsoleta.

—Cuentan con algunos de los mejores expertos en papiros del mundo. Si los textos estuviesen escritos en pergamino, no le pediría que acudiese a ellos.

Best no parecía muy convencido.

—Me gustaría saber qué es exactamente la Theological School.

—Un centro de estudios teológicos. Está asociado a la Universidad de Westmoreland. En estos momentos, gracias a la generosa donación de un benefactor, hemos

abierto una línea de investigación que nuestro centro no había explorado.

—¿A qué se refiere concretamente?

—Al estudio de las llamadas herejías en el cristianismo primitivo. Esa es la razón por la que estamos tan interesados en ese códice.

—¿Cuándo partiríamos para El Cairo?

—Pasado mañana.

Aleandría, año 391

Estaba tan concentrada en el trazado de una elipse que no se percató de que la noche había caído sobre Alejandría. Una luna anaranjada se alzaba varios palmos sobre el horizonte. Fue el aleteo de las cortinas, agitadas por la brisa del Mediterráneo, lo que la sacó de su abstracción; también le llegaron los fuertes olores del puerto y el sabor a mar. Alzó la cabeza y contempló la luna a través del ventanal que daba a una amplia terraza volada sobre el jardín de la casa, donde las flores empezaban a marchitarse, aunque todavía dejaban algún color en los arriates, señalando que el otoño avanzaba inexorable en la más importante de las ciudades de Egipto.

Se levantó con el cansancio reflejado en sus negros y grandes ojos y sacudió la cabeza, como si deseara desprenderse de las complejas fórmulas matemáticas que durante toda la tarde la habían mantenido alejada del mundo. Los rizos de su negra cabellera se agitaron sobre sus delicados hombros.

A sus veinte años, Hipatia era la viva representación de los principios que durante generaciones habían presidido la vida de su familia. Gente con sobrados recursos para dedicarse a la contemplación del mundo que los rodeaba, al estudio de las ciencias y al disfrute de los placeres de la vida. Representaba todo eso y mucho más. Para los alejandrinos que mantenían su devoción por los viejos dioses y vivían según los principios que habían presidido el mundo de sus antepasados era, pese a su juventud, un espejo donde mirarse.

Se contaban por docenas los pretendientes que su padre había espantado como a moscas, atraídos por su belleza y su posición. Hipatia solo mostraba interés por la filosofía griega y el atractivo mundo de las matemáticas y sus ocultos misterios.

Prendió uno de los candiles del velón, salió a la terraza y aspiró la suave fragancia de los jazmines con los que, en ocasiones, adornaba su cabello. Alzó la mirada y fijó la vista en el imponente Faro que en medio de la noche orientaba a los barcos que navegaban por la zona. Sintió una punzada de nostalgia al pensar que, en otro tiempo, Alejandría fue mucho más que una luz para los marineros. Sus filósofos, sus físicos, sus matemáticos o sus astrónomos fueron luminarias que alumbraron durante siglos el conocimiento de un mundo que nunca saciaba sus ansias de saber. No podría señalar las veces que, siendo niña, escuchó en las tertulias de su casa los comentarios de su padre y sus amigos sobre la gran biblioteca del Museum que ordenó construir Ptolomeo I y que amplió su hijo Ptolomeo II, a quien llamaban Filadelfo; cómo se referían al Botanicum, donde se cultivaban plantas exóticas, ornamentales o con propiedades curativas, traídas por los marineros alejandrinos de los más apartados lugares del orbe; o sus alabanzas a la grandeza del Astronomicum, donde los sabios debatían sin descanso, estudiaban el firmamento y sus estrellas o seguían atentos el curso de los planetas. Recordaba con emoción a Hermógenes hablar con entusiasmo de las salas de disección del Anatomicum, donde los médicos estudiaban minuciosamente los cadáveres para alcanzar el conocimiento de los miembros y órganos del cuerpo humano y buscar soluciones a las enfermedades. Los amigos de su padre hablaban y hablaban; a veces la

conversación derivaba en debates apasionados, pero siempre se guardaban las formas.

Aquellos hombres añoraban otro tiempo cuando la biblioteca del Museum llegó a atesorar quinientos mil volúmenes. Si alguien quería saber, tenía que venir a Alejandría, donde los escribas copiaban sin cesar las obras que llegaban desde todos los rincones del planeta. Se quedaba embelesada cuando ponderaban el ambiente que se respiraba en una ciudad que era crisol de culturas, pero con una tolerancia que imperaba hasta en los tabernarios ambientes de su puerto e incluso en los lupanares, lugar de cita de marineros y otros clientes que hablaban diversas lenguas, adoraban a distintos dioses o entendían la vida de formas muy diferentes.

Ahora todo aquello caminaba hacia su desaparición.

Un ruido procedente del patio la sacó de sus melancólicas reflexiones. Su padre acababa de entrar y por el rumor dedujo que llegaba acompañado de algunos amigos. Hipatia se regocijó pensando que, tal vez, disfrutarían de una agradable tertulia.

Las azules gasas de su vestido flotaron en el aire mientras bajaba la escalinata de mármol; cuando vio el semblante de su padre se esfumaron sus ilusiones de una velada académica. Teón estaba pálido y ojeroso, como si llevase días sin dormir. Apenas desarrugó el ceño cuando su hija se le acercó para darle un beso en su despejada frente.

—¿Qué ocurre? —preguntó inquieta.

Su padre movió la cabeza con gesto preocupado.

—¡No sé adónde vamos a llegar!

—¡Yo te lo diré! —La rotunda afirmación surgió de uno de

sus amigos, cuyo rostro también estaba demudado—. ¡Iremos a donde quiera Teófilo, su intransigencia no tiene límites!

—O es su dios o es la nada —sentenció Aristarco, el físico del Serapeo.

—¿Quiere decirme alguien qué ha ocurrido? —preguntó Hipatia.

—¡Han asaltado el Anatomicum! —exclamó su padre indignado.

En los hermosos ojos de la joven un destello de rabia brilló más allá de la melancolía de su mirada.

—¿Quién se ha atrevido?

—¡Los parabolanos, que han dejado sus funciones de atender enfermos y cuidar de los cementerios para convertirse en el brazo armado del patriarca! ¡Ya no se limitan a difundir falsos rumores!

—¿Esos a los que el patriarca llama los guardianes de la fe y que se han unido a los monjes negros?

—Esos. Han entrado en las salas de disección y han expulsado a profesores y alumnos. Demetrio, que intentó hacerles frente, está malherido. ¡Lo han destrozado todo!

Hipatia preguntó por el nuevo prefecto.

—¿Y Evragio qué ha hecho?

—Nada sabemos del prefecto imperial. En cualquier caso, sus tropas no han aparecido por el Anatomicum.

—¡Pero ha de tener noticia de lo ocurrido! —exclamó Hipatia.

—Tampoco lo sabemos. ¡Ojalá sea ésa la causa de la

ausencia de sus soldados!

—¡Alguien tiene que avisarle! Evragio no es como Alejandro. No sería la primera vez que planta cara a Teófilo. —Bajo las gasas del vestido se percibía la agitación de su pecho—. Tal vez no esté todo perdido.

Hipatia echó de menos a Claudio; el tribuno había partido de Alejandría, destinado a la frontera del Danubio, como comandante en jefe de las fuerzas que protegían aquel limes.

—Nosotros pensamos lo mismo, por eso Anaxágoras y Hermógenes han ido a visitarlo; aguardamos a que vengan.

Hipatia miró uno por uno a aquellos hombres que representaban buena parte del conocimiento de un mundo que vivía momentos de zozobra e incertidumbre cada vez mayores. Eran la viva imagen de la desolación.

—¿Cómo es posible que haya ocurrido algo así?

La pregunta quedó sin respuesta porque los dos hombres que habían acudido a la prefectura imperial llegaron en aquel momento. A todos les extrañó que hubiesen tardado tan poco. Los rodearon expectantes. Anaxágoras resoplaba con dificultad; el viejo filósofo en cuya academia se enseñaban las doctrinas de Platón, trasladadas a la realidad de un nuevo tiempo que distaba mucho de la Atenas donde la filosofía era una cuestión de interés público, había andado más deprisa de lo aconsejable para una persona de su edad.

—¿Qué dice el prefecto? —preguntó Teón con cierta ansiedad.

—Que nada se puede hacer —respondió Hermógenes con

la cabeza gacha, como si fuese culpable de la mala noticia.

—¿Cómo que nada se puede hacer?

—Dice que son órdenes de Constantinopla.

Todos enmudecieron consternados. Fue Hipatia quien preguntó con incredulidad:

—¿El emperador ha ordenado la destrucción del Anatomicum?

—Mucho peor.

—¡Por los dioses, Hermógenes, explícate! —le exigió uno de los presentes.

—El prefecto dice que el emperador está sometido al dictamen de los obispos. Hará lo que éstos le indiquen y ya sabéis que rechazan las disecciones de cadáveres.

—¡Teodosio es un títere en sus manos! —exclamó Teón con amargura.

—El prefecto nos ha contado una historia increíble —murmuró Hermógenes con un hilo de voz.

—¿Qué os ha contado?

—¡Un momento! —Teón batió palmas—. Pasemos al triclinio, no quiero que luego me acuséis de falta de hospitalidad. Hipatia, encárgate de que nos sirvan vino y algo de comida.

Se quitaron las togas que todos vestían como muestra de su apego a la tradición y también como un desafío a las restricciones que Teófilo imponía en todo lo concerniente a lo que ya empezaba a denominarse despectivamente como paganismo. Antes de que se acomodasen, unos esclavos les ofrecieron unos aguamaniles de plata y pequeñas

toallas.

—Ahora, contadnos esa increíble historia del prefecto.

Fue Hermógenes, porque Anaxágoras aún resoplaba a causa de la caminata, quien tomó la palabra.

—Como sabéis, hace algunos días circuló la noticia de lo ocurrido en Tesalónica. Aunque las cifras variaban, todo apuntaba a que en su estadio fue aniquilada una muchedumbre, sin que hubiese consideración ni con ancianos, ni con mujeres, ni con niños. Todos conocéis las causas de esa horrible matanza.

—Se debió a un motín —indicó Aristarco.

—¿Un motín? —Hermógenes lo miró extrañado.

—Eso es lo que he escuchado decir a mi regreso del campo. ¿Acaso no es así?

—No, no es así —protestó Hermógenes.

—Satisface su curiosidad, pero te suplico que seas parco en detalles —indicó Teón, consciente de que el médico gustaba de adornar sus explicaciones con numerosas digresiones.

—Todo ocurrió por un asunto de celos.

—¿Celos? ¡No puedo creerlo!

—Pues créelo. El origen de todo estuvo en un hecho muy concreto. El comandante de la guarnición, un godo cuyo nombre no recuerdo, bebía los vientos por un famoso auriga, un ídolo entre los tesalonicenses. Los celos lo reconcomían, y cuando se enteró de que mantenía relaciones con su copero ordenó la detención del auriga, desatando la ira de la plebe, que no soportaba que estuviese en una mazmorra. Se produjo un motín y el

celoso comandante fue asesinado.

—¿No decías que no era un motín?

—Y no lo fue.

—¿Qué pasó entonces?

—Al enterarse de lo ocurrido, el emperador montó en cólera y urdió una sórdida venganza. Eso es lo terrible del caso. Aparentó perdonar a los tesalonicenses que, arrepentidos de su crimen, enviaron una embajada a Constantinopla. Como prueba de que todo estaba olvidado, Teodosio los obsequió con unas carreras en las que participaría el auriga que motivó los hechos. La muchedumbre acudió al estadio, pero en lugar de un espectáculo se encontró con una trampa. Las puertas fueron cerradas y los soldados imperiales los pasaron por las armas sin piedad. Ni el peor de los tiranos de Siracusa hubiera actuado con tanta ferocidad; los tiranos, como todos sabéis...

La llegada de unos criados con ánforas de vino de Chipre, cuencos rebosantes de frutos secos y bandejas con pastelillos de hojaldre rellenos de carne y pechugas de ánade escabechadas, libró a los reunidos de una disertación sobre el papel de los tiranos. Fue la propia Hipatia, lo que significó toda una deferencia, la que sirvió el vino a los amigos de su padre.

—Ya sabes, Aristarco —interrumpió el dueño de la casa para evitar que el médico continuara con sus diatribas—, la causa de la matanza de Tesalónica. Ahora, mi buen Hermógenes, cuéntanos de una vez esa increíble historia.

—El prefecto imperial afirma que hace unos meses Teodosio estaba en Mediolanum. Había acudido para

entrevistarse con Valentiniano y buscar fórmulas de colaboración entre los dos imperios con el propósito de hacer frente a la marea de bárbaros que amenaza los limes del norte del imperio. Un día quiso entrar en una iglesia cristiana para rezar, pero entonces el obispo de aquella ciudad, un tal Ambrosio, salió a la puerta y se enfrentó al emperador.

—¿Qué estás diciendo?

—Ambrosio le prohibió entrar en el templo, acusándole de la matanza.

—A mí la actitud de ese obispo no me parece mal, la actuación de Teodosio en Tesalónica es execrable —indicó Aristarco.

Un murmullo de asentimiento corroboró sus palabras.

—Eso no es lo increíble de la historia —cortó Hermógenes.

—¡Pues cuéntala de una vez!

—¡No puedo, si me interrumpís continuamente!

—Sosíégate, por favor —pidió Teón—. Todos estamos muy nerviosos con lo ocurrido en el Anatomicum.

—El tal Ambrosio señaló a Teodosio que, si deseaba entrar en el templo, tendría que humillarse ante él como representante de lo que los cristianos llaman la ecclesia, porque el emperador está dentro de ella, no por encima de ella.

En el salón se hizo un silencio absoluto. Hermógenes mantuvo el silencio unos segundos. Disfrutaba de la expectación que había logrado, mucho antes de llegar al nudo de la historia.

—¿Vas a decirnos qué hizo el emperador o te lo guardarás

para ti? —Teón juntó las manos, como si suplicase una gracia.

—¿Tú qué crees?

El padre de Hipatia se acarició el mentón.

—¡No irás a decirme que el emperador inclinó la cerviz!

—Pues sí, mi querido amigo. Eso fue exactamente lo que hizo Teodosio, inclinó la cerviz; más aún, según el prefecto se arrodilló ante el obispo y le pidió perdón por su pecado.

El salón se llenó de exclamaciones, a medio camino entre la incredulidad y la sorpresa. Aquello era algo inaudito y escandaloso. Fue la voz de Hipatia la que impuso el silencio.

—¿Acaso os escandalizáis? Lo sorprendente hubiera sido que Teodosio le plantase cara.

—¿Por qué dices eso?

—Veo que la edad afecta a vuestra memoria.

—¡Explícate, Hipatia! —exigió Anaxágoras, que ya había recuperado el resuello.

—Creo recordar que fue en ese mismo lugar, hace algunos años, donde ese Ambrosio obligó al emperador Graciano a retirar el edicto imperial en el que se indicaba que, en los límites del imperio, se permitía rendir culto a cualquier dios de los incluidos en el Panteón. ¿No os acordáis?

Hubo un asentimiento generalizado.

—Recuerdo que entonces —prosiguió Hipatia— os quejabais de que era un atentado contra la tolerancia y contra la libre práctica de la religión. Alguno de vosotros afirmó que los cadáveres de sus antepasados se

revolverían en sus tumbas, si no os enfrentabais a semejante ignominia. Os lo digo, simplemente, para recordaros que no es la primera vez que un emperador ha sido humillado por los galileos.

Varios de los presentes, ruborizados, mantenían la cabeza gacha.

—En realidad —concluyó Hipatia—, después de Constantino, solo un emperador tuvo arrestos para plantar cara a esos exaltados, cuyo único deseo es imponer a todo el mundo su dios, del que ni siquiera sabemos si se trata de una unidad o de una trinidad porque ni ellos mismos son capaces de aclararlo.

—Hipatia tiene toda la razón —afirmó Anaxágoras—. Poco a poco, los emperadores se han sometido al poder creciente de los cristianos. Como ella dice, solo Juliano, al que calificaron de apóstata, tuvo el coraje necesario para enfrentárseles y todos sabemos que pagó con su vida lo que ya era considerado una peligrosa osadía.

Un criado se acercó al dueño de la casa y susurró algo en su oído.

—Disculpadme un momento y comed. Regreso enseguida. Cuando volvió al salón traía el rostro demudado y en su mano un pequeño papiro doblado.

—Acabo de recibir un mensaje de Evragio. Me temo que los problemas no han hecho más que empezar.

—¿Un mensaje del prefecto imperial?

—Sí —afirmó Teón con el ánimo decaído—. Se ha sentido en la obligación de informarnos, después de la visita de Anaxágoras y Hermógenes.

—¿Qué dice? —preguntó el viejo filósofo.

—Que tiene noticias de que Teodosio prepara un edicto contra el culto a los dioses. —Alzó el mensaje y concluyó —: Se limita a señalar que no es oficial, pero la fuente es digna de todo crédito.

La comida se quedó en las bandejas, apenas probaron bocado.

Después de que todos se marchasen, Teón tomó a su hija por la barbilla y la miró fijamente. La tristeza que asomaba a sus negros ojos acentuaba su belleza.

—Los años empiezan a pasarme factura —comentó con voz cansina.

—No digas tonterías, estás en plena madurez y tienes todo lo que un hombre puede desear.

—Estoy cada vez más cansado. Siento cómo el vigor que todavía fluye por mi cuerpo empieza a disminuir.

Hipatia iba a contradecirlo de nuevo, pero su padre le puso un dedo en los labios.

—En mi corazón abrigo desde hace años un deseo y creo que ha llegado la hora de hacerlo realidad, antes de que los achaques de la edad no me lo permitan.

A Hipatia le bastaba escuchar el tono de voz de su padre para saber que iba a anunciar algo importante.

—¿A qué te refieres?

—Deseo hacer un viaje a Roma y quiero que tú me acompañes.

A Hipatia se le formó un nudo en la garganta y solo pudo abrazar a su padre.

Lo que Teón acababa de hacer era expresar como propio el mayor deseo de su hija. Desde niña había sentido fascinación por aquella ciudad donde se forjó el imperio más grande que jamás se había conocido y también, en multitud de ocasiones, había escuchado a su padre decir que su vida estaba en Alejandría y sus alrededores. Era ella y no él quien tenía grandes deseos de conocer Roma, la ciudad donde todo había comenzado, aunque todos los viajeros que llegaban de la Urbs hablaban de su decadencia.

—Escribiré a Quinto Cecilio Graco para que nos encuentre acomodo durante nuestra estancia.

—¿Es el amigo de mi abuelo?

—No, quien fue amigo de tu abuelo era su padre.

—¿Fueron los que lucharon juntos en la batalla del Milvio?

Más que una pregunta, Hipatia confirmaba los datos de una historia que había oído contar docenas de veces.

—En efecto, allí fue donde tu abuelo, que dedicó unos años a la milicia, salvó la vida de su general. Los Graco no lo han olvidado, pues mantienen viva la tradición de rendir culto a sus antepasados.

El Cairo, 1948

Observé que las pastillas que había ingerido Best poco antes de que el avión de la British Overseas Airways Corporation (BOAC) despegase de Londres le habían permitido mantenerse dormido o somnoliento durante las casi ocho horas de vuelo que duró el viaje. Estudié su rostro, que era como un mapa donde las arrugas y los pliegues, amén de una pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda, casi confundida con una arruga, permitían leer los años de vida que allí se acumulaban.

Se despertó justo cuando el tren de aterrizaje del Lockheed Constellation se desplegaba con un fuerte ruido. El aparato se preparaba para la maniobra de aterrizaje en el aeropuerto de El Cairo. Todavía amodorrado algunos minutos, se espabiló definitivamente con la sacudida del avión al entrar en contacto con la pista. Lo observé divertido mientras tomaba conciencia de dónde estaba. Esa es una experiencia curiosa; me refiero al hecho de contemplar cómo una persona vuelve a la conciencia. Lo primero que vio fue mi rostro sonriente. Sin abrir la boca, estiró el cuello para comprobar que en el otro asiento estaba Ann.

Cuando le comenté que iba a hacer un viaje a El Cairo para acompañar al profesor Best, a quien le había presentado en una ocasión, me dijo que la capital egipcia era una de las ciudades, junto con Estambul, que más deseaba conocer. Me encantó su disposición. Podría enseñarle algunos de los escenarios de mis correrías por aquella complicada ciudad, al margen de que visitásemos

las pirámides, la Esfinge de Giza, los tesoros de la tumba de Tutankhamon y, si era posible, navegar por el Nilo, aunque fuese con el viejo profesor como compañía. Bien mirado, la presencia de Best podía resultar estimulante, no en balde era una de las mayores eminencias en el mundo antiguo. La verdad es que dediqué mucho más tiempo a fantasear con nuestros proyectos que a darle explicaciones a Ann acerca del objetivo del viaje. Me había limitado a decirle que se trataba de entrevistarnos con un anticuario, propietario de unos viejos manuscritos que el profesor Best debía autentificar; mi misión era acompañarlo y prestarle ayuda en una ciudad donde me desenvolvía con la soltura de un nativo.

Le planteé a Milton la posibilidad de que Ann nos acompañase y la rechazó de inmediato, a pesar de indicarle que todos sus gastos correrían de mi cuenta. Me dijo que su rechazo no tenía una motivación económica, sino que la presencia de una mujer solo podría crear dificultades. Se extendió en diferentes argumentos, insistiendo en que no se trataba de un viaje de placer y que nuestra presencia en El Cairo no iría más allá de setenta y dos horas. Cuando terminó su exposición le señalé que la presencia de Ann no entorpecería nuestro trabajo y que disponer de poco tiempo era asunto nuestro. A pesar de ello mantuvo su negativa. Entonces le espeté: —Si Ann Crawford no viene, vaya buscándose otra niñera para Best.

Ahora, después de los trámites en la aduana, tan engorrosos como siempre, entrábamos en territorio egipcio. Allí nos aguardaba Henry Boulder, un anglo-egipcio nacido en El Cairo. El anticuario vestía un arrugado traje de lino beige y cubría su cabeza con un elegante

panamá. Era un hombre maduro, estaría próximo a los sesenta años. Me llamó la atención su volumen, pesaría por encima de los ciento veinte kilos, sin ser demasiado alto. Su tez era clara, de aspecto anglosajón, y no parecía sentir los efectos del sol egipcio. Tenía los ojos de un gris azulado. Nos identificó sin problemas y se acercó hasta nosotros acompañado por dos mozos vestidos a la usanza tradicional y unos voluminosos turbantes cubriendo sus cabezas. Se quitó el sombrero para saludar a Ann, que le ofreció su mano, y él se la llevó a los labios, sin llegar a besarla. Peinaba hacia atrás sus cabellos pelirrojos sin disimular unas amplias entradas que despejaban su frente.

—Ahlan wa-l-Salam!

Ann me susurró al oído:

—¿Qué ha dicho?

—¡Bienvenidos!

Como si confirmase mis palabras, nos saludó:

—Es un placer darles la bienvenida a El Cairo.

—Gracias por recibirnos, señor...

—Boulder, Henry Boulder, para servirles.

Después saludó a Best con estudiada deferencia.

—Supongo que usted es el doctor Best. —Se estrecharon la mano.

—Soy Best, en efecto —gruñó el profesor, que todavía no se había recobrado de los efectos del somnífero.

—Bienvenido, doctor.

Me miró con cierto descaro, marcando diferencias con la deferencia que había mostrado con Best. No me gustó su

actitud.

—¿Usted...?

—Soy Burton, Donald Burton.

Me ofreció la mano, que estreché con desgana para devolverle su falta de entusiasmo. Percibí que le molestaba mi presencia. Tal vez, desde Londres no se la habían explicado convenientemente. También le sorprendió la presencia de Ann, aunque con ella se había mostrado mucho más condescendiente que conmigo.

Después de una breve discusión, que yo zanjé dando una generosa propina a los porteadores que se habían hecho cargo de nuestros equipajes al pie del avión, los mozos que lo acompañaban agarraron nuestras maletas y desaparecieron con una agilidad propia de ladrones.

—¡No las perdáis de vista! —les ordenó Boulder.

Nos acomodamos en el coche del anticuario, un Packard antiguo, pero bien conservado. Su brillo y limpieza contrastaban con los polvorientos taxis que se alineaban junto a la acera. Best ocupó el lugar del copiloto, mientras que Ann y yo nos acomodábamos en el asiento trasero.

El recorrido hasta el hotel fue lo más parecido a una pesadilla. Boulder conducía como los taxistas egipcios, una especie de demente al volante. Pero lo peor ocurrió cuando en la calle Malaka Nazli, a la altura de la estación de ferrocarril, la policía nos obligó a aparcar el coche en la acera. Estaba claro que, pese al poco respeto por las normas de circulación en El Cairo, Boulder se había excedido más de lo habitual e iban a multarnos. Sin embargo, los agentes se desentendieron de nosotros. Observé cómo la gente se agolpaba en las aceras y

entonces ocurrió lo que yo sospechaba.

Una larga caravana de espectaculares Rolls-Royce, todos de un intenso color rojo, se deslizaban majestuosos por la avenida. La gente gritaba como si fuesen posesos:

—Ya ish jalalat al-malik!

—Ya ish jalalat al-malik!

—¿Qué ocurre? —preguntó el profesor, que miraba al cortejo desfilando ante nuestros ojos como si fuese una escena de Las mil y una noches en versión moderna.

—Es el rey Faruk —le respondí.

Por el retrovisor comprobé que Boulder me dirigía una mirada poco amistosa. Mi rápida respuesta lo había privado de dar una explicación a quien tenía que certificar la autenticidad y antigüedad de sus papiros. Aproveché la parada para encender un cigarro con una larga cerilla. Como tendría ocasión de comprobar, sentía predilección por los habanos.

—¿Por qué tienen los coches ese color tan chillón? —me preguntó Ann.

—El rojo es exclusivo de la casa real egipcia. No verás ningún otro vehículo de ese color en Egipto, está prohibido.

Había utilizado un tono de voz algo más elevado de lo debido con el propósito de que Boulder supiese que no podría darme lecciones sobre aspectos del Egipto contemporáneo.

Al pasar por delante de nosotros, arreciaron los gritos de una multitud que parecía haber surgido de la nada en muy pocos segundos.

—Ya ish jalalat al-malik!

—Ya ish jalalat al-malik!

—¿Qué grita toda esa gente? —Best no salía de su asombro.

—¡Larga vida al rey! —le respondí.

—¡Los muy imbéciles! —exclamó Boulder que había completado el ritual de encender el cigarro, cuyo aroma empezaba a ocupar el habitáculo del coche.

—¿Son imbéciles por aclamar a su rey? —preguntó Ann escandalizada.

—Faruk es un personaje detestable. ¡Un miserable! ¡Un jugador de ventaja! ¡Un amoral!

—Veo que no goza de sus simpatías. —El tono de Best tenía un punto recriminatorio.

—Lo que acabo de decir lo define sin la menor exageración. ¿Saben ustedes lo que ocurrió el otro día en el Covent Garden?

—Me suena a sitio londinense. ¿Qué es? —preguntó el profesor.

—Un paradisíaco club nocturno, donde se cena, se baila y se juega fuerte. Faruk suele acudir, aunque cada vez menos, porque últimamente prefiere L'Auberge des Pyramides. Jugaba una partida de póquer y quedó solo frente a un último jugador. La apuesta era muy elevada, y cuando el rival mostró sus cartas tenía una escalera. Faruk enseñó las suyas: un trío de reyes; había perdido. Sin embargo, exclamó con aire triunfal: «¡Póquer de reyes! ¡He ganado!».

»Todos los presentes se quedaron en silencio.

» —Majestad, solo tenéis un trío, la escalera gana — balbuceó el jugador.

» —¿Un trío, dices?

» —Así es, majestad.

»Faruk extendió sus brazos y exclamó:

» —¡El cuarto rey, el que completa el póquer, soy yo!

»El jugador estafado enmudeció atónito. Faruk recogió el dinero que había sobre la mesa y se lo quedó. Todos los presentes, menos el jugador, rieron el ingenio de ese truhan. Ahora irá a alguno de esos clubs para jugar o bailar con la mujer que le apetezca, sin tener en cuenta consideración alguna.

Reemprendimos la marcha, en medio de un tráfico infernal, no tanto por el número de vehículos cuanto por la gente y los animales de toda clase que circulaban por la calzada, sin hacer el menor caso al tráfico rodado, hasta el hotel Shepherd, uno de los más lujosos de la ciudad, donde teníamos reservado alojamiento por cuenta de la Theological School. Cuando bajamos del coche apestábamos a tabaco, estábamos derrengados y la noche caía sobre El Cairo. Habían transcurrido doce horas desde que llegamos al aeropuerto de Londres. Hicimos entrega de los pasaportes y nos registramos en recepción, mientras Boulder preguntaba por nuestros equipajes. Lo único bueno que había tenido la parada, aparte de ver la media docena de Rolls-Royce Phantom escoltados con la parafernalia propia de una monarquía oriental, era que las maletas ya estaban en nuestras habitaciones.

Quedamos con Boulder en vernos al día siguiente a las diez de la mañana. Entregó al profesor una tarjeta con la

dirección de su tienda de antigüedades, le deseó un descanso reparador y desapareció rápidamente sin apenas despedirse de Ann y de mí.

Best dijo que no bajaría a cenar, pediría algo al servicio de habitaciones. Ann y yo decidimos que, después de un buen baño, no desperdiciaríamos nuestra primera noche en El Cairo.

Conocía el Opera Casino de mis años de corresponsal. Cuando crucé la puerta comprobé que mantenía el lujo y la elegancia que lo habían convertido en el lugar más glamuroso de El Cairo. Era, junto al Covent Garden, el club más frecuentado por los oficiales británicos, que entonces podían encontrarse por todas partes. Los egipcios no nos miraban con buenos ojos después de décadas de dominio colonial que no habían dejado un buen recuerdo, pero apreciaban nuestras libras esterlinas. El cambio más llamativo era que el local ya no estaba lleno de uniformes británicos, sino de esmóquines de aristócratas egipcios y hombres de negocios, muchos de ellos tocados con el tarbush, acompañados por sus esposas o sus amantes. Una generosa propina nos proporcionó una mesa excelente, ni al borde de la pista de baile ni tan alejada que se perdiesen los detalles que convertían una danza del vientre en una obra de arte, más allá de la belleza de la bailarina.

En la recepción del Shepherd me había informado de que Badia Masabni continuaba al frente del Opera Casino. Una vez instalados, pregunté por madame Badia; aunque no había sido un asiduo porque mi sueldo de entonces no me lo hubiese permitido, no quería dejar pasar la ocasión de saludarla. Tardó en venir casi diez minutos, después de

que nos hubiesen servido las bebidas, whisky para mí y gin-tonic para Ann, pero cuando se acercó hasta nuestra mesa, se mostró encantadora y me saludó por mi nombre. No tenía nada de particular, las normas del club obligaban a registrarse a la entrada, como si se tratase de la llegada a un hotel. Sin embargo, después de los saludos y unas palabras de cortesía banal, dijo algo que dejó a Ann atemorizada y a mí un punto más que preocupado.

—Por favor, no mire hacia su derecha. Deje transcurrir unos minutos y, cuando mire, hágalo con disimulo.

—¿Ocurre algo? —le pregunté reprimiendo el deseo de mirar. Como todo el mundo sabe, los periodistas somos curiosos por naturaleza.

—El individuo que está solo en una mesa del fondo y viste un esmoquin blanco no les ha quitado el ojo de encima desde que han llegado. No tenía mesa reservada y ha entrado poco antes que ustedes. Ha pedido una mesa desde la que pudiese ver toda la sala.

—¿Qué tiene eso último de extraño?

Madame Badia sonrió con suficiencia.

—Le interesa más el público que las bailarinas, ¿no le parece extraño? Creo que no debe perderlo de vista.

Nos dedicó una sonrisa encantadora y se retiró saludando a algunos clientes con medida cordialidad y deteniéndose en un par de mesas.

Dejé que transcurriese un tiempo prudencial y, como faltaban algunos minutos para que comenzase el espectáculo, decidí que lo mejor era ir a la toilette; en Egipto la influencia francesa se notaba mucho más que la británica en multitud de pequeños detalles. Recordaba

dónde estaban los servicios y eso me permitiría satisfacer mi curiosidad.

Pude verlo perfectamente a mi regreso de la toilette. Como sospechaba, no lo había visto en mi vida. Hubo un instante en que nuestras miradas se cruzaron y supo que no era casual que me hubiese fijado en él. Mantuvo fijos sus ojos en mí, como si deseara amedrentarme con la mirada.

—Madame Badia no se ha equivocado —susurré al oído de Ann—. Ese individuo está pendiente de nosotros. Si quieres —añadí—, puedes mirar con descaro; ya sabe que nos hemos percatado de su presencia.

Ann no necesitó que se lo repitiera. Se giró en su asiento y lo miró sin disimulo. En aquel momento el presentador anunció el comienzo del espectáculo. Después de las actuaciones de tres bailarinas que hicieron las delicias de los asistentes y justo antes de que comenzase la actuación estelar de Tahiya Kanoka, el camarero se acercó a nuestra mesa. En una bandeja de plata traía una nota.

—Es para el señor.

Antes de cogerla, miré hacia la mesa del fondo y comprobé que el individuo del esmoquin había desaparecido. El mensaje era escueto:

SI APRECIA EN ALGO SU VIDA Y LA DE LA JOVEN QUE LO ACOMPAÑA, MÁRCHENSE DE EL CAIRO

—¿Qué ocurre? —me preguntó Ann.

Pensé que lo mejor era que estuviese al tanto; al fin y al cabo también le afectaba a ella. Le pasé la nota y después de leerla me preguntó sin dar la menor muestra de nerviosismo:

—¿Podrías explicarme qué has venido a hacer a El Cairo

para recibir esta amenaza?

Un potente reflector alumbró el centro de la pista de baile a la par que aumentaba la penumbra en la sala. La voz cálida del presentador anunció: «Damas y caballeros, con todos ustedes la única, la sin par, la inigualable Tahiya Kanoka».

Un suave sonido de tambores acompañó la aparición de la que muchos consideraban la mejor bailarina de todos los tiempos. Parecía que los años no pasaban por aquella maravillosa mujer que convertía en un lujo, un verdadero privilegio, verla interpretar la danza del vientre. Su primera danza fue una mezcla de suaves contoneos y movimientos felinos. En la segunda inició un desafío a los tamborileros con sus voluptuosos movimientos, cargados de sensualidad. Tahiya, sin embargo, no necesitaba para conseguir la excitación del público recurrir a contorsiones lujuriosas. Su danza rozaba la perfección. Era una exhibición de belleza, sensualidad y armonía, sin que fuese obstáculo para imprimir a sus movimientos un ritmo vertiginoso. Era capaz de mantener el equilibrio en circunstancias excepcionales, como con un candelabro encendido sobre su cabeza mientras su cuerpo realizaba contorsiones increíbles. A ello se sumaba que era una bailarina inteligente.

Entre los espectadores, muchos de ellos devotos de Tahiya que acudían al Opera Casino solo para disfrutar con su baile y su hermosura, se había hecho un silencio absoluto. Alguna gente contenía la respiración.

Ni Ann ni yo disfrutamos del momento como se merecía, rumiábamos aquellas dos líneas que a mí me habían desconcertado y suponía que a ella le planteaban numerosas interrogantes sobre mi presencia en la capital

egipcia.

Terminó el espectáculo y, antes de abandonar el club, pedí ver a madame Badia. Otra vez tuve que esperar diez minutos.

—¿Satisfecho, míster Burton? —me preguntó, sabedora de que mi respuesta la halagaría.

—Tahiya Kanoka sigue siendo la mejor.

No debió parecerle suficiente porque añadió:

—No solo la mejor, Tahiya es única.

—Por supuesto, por supuesto —asentí—. La felicito, madame.

—Supongo que no me ha llamado para felicitar me.

—No, madame. Es para preguntarle por el caballero del esmoquin. ¿Qué sabe de él?

—Absolutamente nada, míster Burton.

—Al menos sabrá su nombre.

Badia Masabni hizo un gesto de disculpa.

—Lo lamento, pero la discreción es norma de la casa.

Busqué la nota en el bolsillo de mi chaqueta y se la entregué.

—¡Dios mío! —Se había llevado la mano a la boca de forma instintiva. Tenía los dedos largos, las uñas pintadas y cuidadas con esmero.

—¿Podría decirme el nombre de ese caballero? Al menos el nombre con que se ha presentado.

—Por supuesto, míster Burton, por supuesto. ¿Tienen la

bondad de acompañarme?

El individuo había presentado un pasaporte egipcio extendido a nombre de Suleiman Naguib.

—¿Sabe usted algo de este Naguib?

—Nada —me dijo el encargado de la recepción—. Es la primera vez que venía por aquí.

—¿Recuerda su cara?

—Vagamente.

El recepcionista no parecía muy dispuesto a colaborar.

Saqué un billete de veinte libras egipcias, lo puse sobre el mostrador y lo tapé con la mano.

—¿Diría que ese tal Naguib es egipcio?

—No podría asegurarlo, señor, pero podría serlo, desde luego parecía un tipo mediterráneo.

—¿Qué quiere decir con un tipo mediterráneo?

—Si no era egipcio, era griego o italiano. No parecía ni alemán ni inglés.

—¿Podría describírmelo?

—Piel oscura, pelo negro, como sus ojos, que eran muy grandes.

No estaba nada mal para un vago recuerdo.

—¿Algo más?

—Sí, tenía bigote.

No había posibilidad de error, estábamos hablando del mismo individuo. Dejé el billete sobre el mostrador, tomé a Ann por el brazo y salimos del club. Apenas habíamos

andado unos pasos, cuando una voz llamó mi atención e interrumpió la pregunta que Ann había iniciado.

—¡Míster, míster!

Era uno de los porteros.

—Tengo información sobre el individuo por el que usted pregunta.

Se dio cuenta de mis dudas, porque añadió:

—El del esmoquin blanco.

—¿Qué sabes de él?

—Es un tipo extraño.

—¿Extraño?

—¡Se ha ido sin ver a Tahiya! Eso es extraño, muy extraño.

—¿Qué sabes de él? —insistí.

—Puedo decirle adonde ha ido.

—¿Lo sabes?

—Puedo saberlo.

Saqué otro billete de veinte libras, pero hizo un gesto negativo con la cabeza, aquel truhan se vendía caro. Lo sustituí por otro de cincuenta y me sonrió. Iba a cogerlo, pero lo arrugué en mi mano.

—Primero, adonde ha ido.

Se acercó al último taxi de la fila y habló con el taxista un par de minutos. Me pareció demasiado tiempo, pero lo que me dijo cuando regresó, valía las cincuenta libras.

—¿Qué te ha dicho?

Extendió la mano.

—Primero, qué te ha dicho.

—Ha ido al hotel Shepheard. ¿Sabe dónde está?

—¡Por supuesto!

Ann y yo subimos al primer taxi y sin ajustar el precio, lo que en El Cairo es un grave error, le indiqué que nos llevara al Shepheard. Pagué el doble, pero no podía perder un minuto. En el trayecto, mientras explicaba a Ann la razón de lo que sabía acerca de nuestra presencia en El Cairo, no dejé de pensar en Best.

Roma, primavera del año 392

El esclavo llegó sin resuello al portón que cerraba el muro exterior de la villa. Golpeó varias veces el aldabón hasta que recibió una desabrida respuesta desde el interior.

—¡Ya va! ¡Ya va! ¡Qué modales! ¡Y a estas horas!

Quien contestaba tenía una parte de razón. El sol acababa de despuntar en el horizonte y apenas había comenzado la actividad en las cocinas de la casa, una hermosa villa sobre el Aventino que el senador Quinto Cecilio Graco había puesto, gentilmente, a disposición de sus amigos mientras estuviesen en Roma. El astrólogo alejandrino y su hija llevaban una vida placentera, dedicada a conocer los entresijos de aquella ciudad.

Panfilio, que había viajado desde Alejandría para hacer las veces de mayordomo, mientras Cayo quedaba en Egipto a cargo de todo, descorrió los cerrojos y arrastró el portón lo justo para ver quién armaba tanto ruido. Se encontró con un esclavo que lo miraba insolente. Apenas levantaba cuatro palmos del suelo.

—¡Por todos los dioses, Artemio! ¡Espero que tengas una buena razón para armar este escándalo! —le reprochó Panfilio.

El esclavo se limitó a preguntarle:

—¿Está tu amo?

—¡Claro que está, pero duerme! ¿Acaso crees que iba a estar levantado a estas horas? ¡Solo los patanes como tú andan aporreando puertas tan temprano!

—Le traigo un mensaje de mi amo. ¡Puedo asegurarte que se trata de algo muy gordo!

Panfilio arrugó la frente.

—¿No lo habrás leído?

—¡Bah! —exclamó despectivo—. Parece que estés en la luna. ¡Mira, mira! —Le mostró el pergamino—. ¡Los lacres garantizan su secreto! Pero los dioses se mostraron bondadosos con el pobre Artemio: no le dieron largas piernas, pero sí dos hermosas orejas.

—¿Qué has oído, bribón?

Panfilio había dejado atrás el tono gruñón y se mostraba más condescendiente. Artemio le hizo un gesto, indicándole que se acercara. Tuvo que agacharse para que el esclavo le susurrara al oído. Lo miró con desconfianza y le preguntó:

—¿No será una broma de mal gusto?

Artemio simuló ofenderse.

—Con esas cosas no se bromea.

—¡Vamos, pasa! Avisaré a mi amo.

Lo condujo a la cocina y ordenó que le diesen algo de comer.

Una hora más tarde Teón e Hipatia iban camino del palacio de Quinto Cecilio Graco en el Quirinal. El mensaje era muy escueto, pero anunciaba algo lo suficientemente grave como para requerir su presencia.

—¿Qué crees que puede haber ocurrido? —preguntó Hipatia, acomodada en la litera.

—El mensaje no hace alusión, pero Panfilio me ha adelantado algo.

—¿Qué sabe él?

—Lo que le ha contado el esclavo que traía el mensaje.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque no quiero alarmarte antes de tiempo.

Teón, al comprobar su turbación, consideró necesario añadir:

—Ya sabes lo que se exagera en ciertos ambientes. Las cocinas son lugares propicios a bulos y chismorreos.

El remedio fue peor: ahora Hipatia estaba amoscada.

—Pero bueno... ¿qué ha ocurrido?

—Nos lo dirá el senador.

Teón se removi6 inc6modo, aumentando la inquietud de su hija.

—¿No vas a decirme lo que cuenta ese esclavo?

—Dice que el emperador Valentiniano ha muerto.

Hipatia guard6 un prolongado silencio, necesitaba digerir la noticia. Al cabo de un rato coment6:

—Estaba en la Galia, ¿no?

—SÍ.

—¿Ha muerto luchando contra los bárbaros?

—Al parecer no.

—¿Al parecer no? Pero bueno... ¿Qué es lo que pasa?

—Según cuenta ese esclavo, lo han encontrado ahorcado

en sus aposentos.

—¿Lo han asesinado?

—No lo sé, pero no debemos sacar conclusiones precipitadas. Ni siquiera sabemos si ese rumor es verdad.

El resto del trayecto lo hicieron en silencio. Teón sabía que la muerte de un emperador en extrañas circunstancias se había producido con frecuencia en Roma y también que daban lugar a momentos de tensión. La plebe romana se agitaba con facilidad y aprovechaba el vacío de poder para campar a sus anchas. Otras veces, las muertes violentas habían desencadenado incluso conflictos de mayor envergadura.

El propio Quinto Cecilio Graco, acompañado de su mayordomo, salió a recibirlos. Era una forma de señalar la alta consideración en que tenía a sus huéspedes.

Por Roma circulaban copias de los comentarios de Hipatia a la Aritmética de Diofanto; muchos matemáticos romanos se sorprendieron al saber que su autora tenía veintiún años. Causó una gran impresión la conferencia que Hipatia había impartido sobre las Tablas Astronómicas de Ptolomeo en la biblioteca anexa al templo del Divino Trajano, a cuyas puertas se elevaba la gigantesca columna que tenía labradas en su fuste, con gran lujo de detalles, las campañas del emperador.

Los acompañó hasta una luminosa sala, junto al jardín principal de la casa, y los obsequió con un refrigerio a la vez que les presentaba sus excusas.

—Un grupo de senadores se ha presentado de improviso, no tengo más remedio que atenderlos.

Quinto Cecilio Graco era el jefe de una importante facción del Senado que pretendía restaurar el poder que había tenido la institución en el pasado. Habían apoyado a Juliano, pero el asesinato del emperador, a quien los cristianos llamaban despectivamente el Apóstata, había frustrado sus planes. Eso no significó que los senadores renunciasen a su proyecto.

—Ha sido algo imprevisto, solo serán unos minutos.

—¿Es cierto que han encontrado ahorcado a Valentiniano?

—le preguntó Teón, antes de que se retirase.

—Es cierto; precisamente por eso te he mandado llamar. Aguardad mi regreso, será un instante. Os lo prometo.

Una vez solos, Hipatia preguntó a su padre:

—¿Por qué nos habrá llamado?

—No lo sé, pero ya sabemos que está relacionado con la muerte del emperador.

El instante se prolongaba mucho más allá de la promesa hecha por el dueño de la casa. Hipatia había distraído la espera contemplando los frescos que decoraban las paredes, ocho escenas mitológicas sobre un fondo sepia muy intenso. Se deleitó con el nacimiento de Venus; la diosa, con una larga cabellera, emergía de las aguas, resplandeciente de hermosura. También le gustó la escena de Leda y el cisne, llena de sensualidad. La espera se alargó tanto que Teón pidió una tablilla de cera y un punzón, y se ensimismó en sus cálculos, mientras que Hipatia salía al jardín. Estaba cuidado con esmero y el colorido lo inundaba todo. Atrajo su atención un árbol con llamativas flores rojas y se acercó a él; lo contemplaba admirada cuando hasta sus oídos llegaron unas palabras

sueltas que atrajeron su atención. Se acercó sin hacer ruido hasta un peristilo donde, sin ser vista, podía escuchar la conversación que tenía lugar unos pasos más allá.

Eran siete los senadores reunidos. Todos ellos, salvo Quinto Cecilio Graco, vestían las togas propias de su dignidad. Hipatia conocía a la mayoría, pues durante los cuatro meses que llevaban en Roma había acudido a sus fiestas y celebraciones gracias a la influencia de Graco, que les había abierto las puertas de la cerrada clase senatorial romana.

—Eso es lo que quería que supieseis, ésa es la noticia, tal y como me ha llegado —decía el dueño de la casa.

—¿Crees que se confirmarán todos los detalles? —preguntó Claudio Mételo.

Hipatia lo miró fijamente. Desde que lo conoció le había llamado la atención su porte majestuoso, su nariz aquilina y su penetrante mirada.

—¿Estáis completamente seguros de que lo encontraron colgado de una viga del techo? —preguntó otro de los senadores antes de que Graco contestase a la anterior pregunta.

—Sí, a Valentiniano lo encontraron ahorcado en sus aposentos, y todo lo referente a la fuerte discusión con Arbogastes también está confirmado; además, no me extraña.

—¿Qué quieres decir?

—Algo que todos conocemos, mi querido Claudio: que entre el emperador y su magister militum había serias diferencias.

—¿Insinúas que ha podido asesinarlo ese franco?

—Me limito a informaros de las noticias que he recibido. Valentiniano no ha fallecido de muerte natural en su residencia de Vienne. Si se suicidó o lo han ahorcado es algo que ignoro. Tal vez en las próximas horas tengamos más datos.

Hipatia trataba de no perder detalle, a pesar de ser consciente de que no debía escuchar conversaciones ajenas. Sin embargo, en aquellas circunstancias podía más su curiosidad, algo innato en ella.

—No debemos perdernos en elucubraciones sobre los detalles de la muerte. Lo importante ahora es actuar con diligencia ante la nueva situación —planteó otro de los reunidos a quien Hipatia no conocía.

Aguzó el oído, sin atreverse a mirar, por miedo a ser descubierta, y escuchó otra vez la voz de Claudio Metelo:

—Eso resultará complicado si no tenemos más información. Hay que asegurarse primero del papel que Arbogastes ha desempeñado en todo esto.

—No creo que eso sea tan importante —replicó Graco—. En cualquier caso, el mando sobre las legiones de Occidente está en sus manos. Nadie podrá hacer nada sin contar con su apoyo.

—¡Yo pienso lo mismo!

—¡También yo!

—¡Y yo!

Claudio Mételo se había quedado solo en su apreciación.

—Creo que ha llegado el momento de Flavio Eugenio. — Las palabras de Graco sonaron rotundas y provocaron un

prolongado silencio entre los reunidos.

«¿Flavio Eugenio?». Ella había escuchado aquel nombre en alguna parte, aunque no podía situarlo.

—Si todos estamos de acuerdo, no debemos perder un instante —propuso Graco.

—Supongo que todos sois conscientes de lo que supone esta decisión —protestó Claudio Mételo—. Teodosio no aceptará a Flavio Eugenio como su igual en Occidente y Arbogastes tiene demasiados enemigos en la corte de Constantinopla. Antes o después, será la guerra con el Imperio de Oriente.

—Esas malas relaciones de Arbogastes son una baza a nuestro favor. Si no fuese así, el bárbaro ya se habría proclamado emperador con el apoyo de sus legiones.

—No habrá más remedio que ponerse en contacto con él —señaló Graco.

El asentimiento fue general, pero el amigo de su padre quería el apoyo explícito de Claudio Mételo.

—¿Estás de acuerdo, Claudio?

—¡Qué remedio! —se resignó el representante de una de las más ilustres familias romanas desde tiempos de la República.

—En tal caso, me encargaré de que hoy mismo salga un correo hacia Vienne y hacia Lugdunum, el magister militum estará en uno de esos dos sitios.

—Antes habrá que hablar con Eugenio.

—Desde luego —confirmó Graco—, aunque solo sea por salvar las apariencias.

Hipatia sentía latir su corazón con tanta fuerza que creyó que iba a delatar su presencia. Aquello era una conspiración en toda regla. Los senadores estaban confabulándose para proclamar al próximo emperador del Imperio de Occidente. ¡Estaba asistiendo a un acontecimiento! Pero también estaba siendo testigo de algo que debería permanecer oculto en las profundidades de la historia. Conocer aquellos entresijos podía resultar peligroso.

Rápidamente cruzó el jardín. Quinto Cecilio Graco tardaría muy poco en acudir a la estancia donde su padre aguardaba. Disimuló su agitación. Por fortuna para ella, su padre continuaba enfrascado en sus cálculos. Hipatia miró la posición del sol. Había transcurrido cerca de una hora desde que llegaron.

Después de despedir a los senadores Graco explicó a sus huéspedes someramente las noticias recibidas, que coincidían con lo que Panfilio había contado a su padre.

—No sé cómo se desarrollarán los acontecimientos en los próximos días, pero deberás permanecer atento.

—¿Crees que la muerte de Valentiniano puede desencadenar un conflicto?

El senador se encogió de hombros.

—Es posible, en cualquier caso creo que deberías considerar tu regreso a Alejandría. Roma suele ser una ciudad peligrosa cuando se produce un vacío de poder.

—¿Temes disturbios?

—Suelen ser habituales.

Su esposa Paulina, una mujer de perfil clásico que reflejaba a la perfección la imagen de las antiguas matronas romanas, irrumpió en la sala. Después de dedicarles un efusivo saludo, le dijo a su marido:

—Graco —siempre lo llamaba por el apellido—, acabo de tener noticia de que en el Transtiberi hay disturbios. Han asaltado los almacenes de grano y han quemado algunas barcazas a la orilla del Tíber.

El senador dejó escapar un suspiro.

—Ha sido mucho antes de lo esperado... Aunque, ¿cómo es posible que esos miserables se hayan enterado ya de la muerte del emperador?

—Querido, pareces forastero. En esta ciudad las noticias se extienden como las manchas de aceite.

—Supongo que la guarnición de la ciudad intervendrá —comentó Hipatia.

—Mi querida jovencita, eso dependerá del papel que sus jefes estén dispuestos a adoptar ante la nueva situación.

La explicación de Graco le dio pie a formular una pregunta que le producía escozor en la lengua.

—¿Quién será el próximo emperador?

La respuesta del senador fue digna de un político de su elevada posición:

—¡Ya me gustaría saberlo!

—¿No apuestas por alguien?

—Será complicado. Arbogastes controla a las principales legiones del Imperio de Occidente y Teodosio está al acecho.

—¿Y eso qué significa?

—Que la sucesión imperial será complicada. Ahora creo que tu padre y tú deberíais marcharos y pensar en lo que os he dicho. En cualquier caso, mi casa sigue a vuestra disposición.

—¿Van a marcharse? —preguntó Paulina escandalizada—. ¡Las calles están alborotadas!

La esposa del senador había congeniado desde el primer momento con Hipatia; disfrutaba con la compañía de la joven, cuyos conocimientos y sabiduría admiraba.

—La situación empeorará cada hora que pase —se justificó Graco—. Si no es vuestro deseo, no tenéis que marcharos.

—Creo que será mejor que regresemos.

El senador no tuvo nada que objetar. Estaba claro que Graco no deseaba tener testigos. Teón e Hipatia suponían en aquellas circunstancias un estorbo para sus planes. Batió palmas y en unos segundos su mayordomo apareció en la sala.

—¡Proporciona una escolta a mis huéspedes! ¡Ocho hombres!

—Sí, mi amo.

—¡Bien armados!

—Por supuesto, mi amo.

El ataque los sorprendió en un recodo cuando iniciaban la subida de una cuesta empinada; los portadores se esforzaban en mantener el paso. La escolta se encontró con algunas dificultades para rechazar el envite; dos de

sus integrantes resultaron malparados, pero rápidamente cerraron un círculo protector en torno a la litera y se aprestaron a rechazar un segundo intento.

Los facinerosos eran muchos más y trataban de aprovechar su número para conseguir un botín que consideraban fácil. La rica litera de un patricio siempre era una tentación. La segunda acometida fue más feroz, pero la escolta estaba prevenida y logró rechazarla, aunque otro de sus miembros quedó fuera de combate. Teón se bajó de la litera y pidió una espada. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaban acorralados; podrían rechazar algún ataque más, pero aquellos desalmados acabarían por conseguir su objetivo. Miró a su alrededor y vio a pocos pasos una puerta entornada. Era la posibilidad de escapar de la trampa en que se habían metido.

—Creo que lo mejor será buscar refugio —indicó al responsable de la escolta, señalando el portón. El hombre se quedó inmóvil—. ¿Algún problema? —le preguntó el astrólogo.

—No me había atrevido a proponérselo. Vuestra hija es una dama.

—¡Y esto, una emergencia!

Al veterano, el único soldado profesional de la escolta, no le parecía el lugar más adecuado, pero el amigo de su amo tenía razón: la necesidad apremiaba. Los atacantes les superaban en una proporción al menos de cinco a uno y ya se preparaban para el ataque definitivo.

—¡Rápido, nos refugiaremos en el prostíbulo! —ordenó a sus hombres.

No necesitó repetirlo. Hipatia, ayudada por uno de los

porteadores, corrió rápida hacia el lupanar, mientras su padre y los miembros de la escolta se replegaban abandonando la litera al saqueo de la turba. Los atacantes se abalanzaron sobre el vehículo, lo que les proporcionó el tiempo necesario para alcanzar su objetivo. Entraron rápidamente y atrancaron el recio portón del lupanar, reforzado con tachonería de hierro.

Estaban encerrados, pero los malhechores no disponían de medios para asaltar la casa. Sería cuestión de esperar; acabarían por desistir y se marcharían en busca de una presa más fácil después de saquear la litera.

A Hipatia le llamó la atención el silencio imperante, solo roto por su llegada y por los golpes que daban en la puerta los frustrados delincuentes. El lugar estaba sumido en una suave penumbra. Lo había imaginado de forma muy diferente, como un sitio bullicioso y festivo.

—¿Quién va? —preguntó una voz aguardentosa que llegaba desde la planta de arriba.

—Somos gente de paz, no buscamos pendencia —respondió Teón.

—¡Tampoco venimos a echarte un polvo, viejo putón! —exclamó, sin la menor consideración, uno de los porteadores.

La mirada de Hipatia fue tan fulminante que ninguno se atrevió a reír la gracia.

—Supongo que prefieres pagarle a una cuadrantaria desdentada para que te haga una felación en un oscuro rincón de una calleja inmunda.

Instantes después apareció una mujer, entrada en años, vestida con una llamativa e indecente túnica de color

púrpura, cuyas transparencias casi dejaban al descubierto unos senos voluminosos y caídos. La prostituta bajó la escalera con paso inseguro. Estaba bebida.

—Te pido disculpas —se excusó Hipatia.

—¡Hoy no encontraréis lo que andáis buscando! ¡Se han marchado todas al Transtiberi! ¡Las muy insensatas piensan que van a sacar más en la calle! ¡Pueden encontrarse con lo que no esperan!

—¿Estás sola?

La mujer no respondió a la pregunta de Teón. Solo tenía ojos para Hipatia, quien miraba un obsceno dibujo sobre el marco de una puerta.

—Tú no pareces del oficio —ironizó la mujer—. Por las trazas, diría que eres una dama.

Hipatia se acercó hasta ella. Los golpes en la puerta habían perdido intensidad.

—¿Te importaría enseñarme este lugar?

El deseo de Hipatia por conocerlo todo no tenía límites.

Por un instante, la mujer se quedó mirándola. No podía entender cómo una dama de la calidad que señalaban sus formas e indicaban sus vestiduras, tuviese interés por conocer un lupanar.

—¿Te burlas de mí?

—En absoluto. Ya que el destino lo ha dispuesto así, me gustaría recorrer este lugar de tu mano.

La prostituta se sintió casi halagada.

—Si ése es tu deseo, sea pues.

Las dos mujeres recorrieron el lugar, mientras Teón miraba divertido la sorpresa que la actitud de Hipatia producía en los romanos.

—¿Cuál es tu nombre?

—Mi nombre es Lamia, ¿y el tuyo?

—Hipatia. Soy de Alejandría, en Egipto.

—Quiero darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por la lección que has dado a ese rufián, solo con mirarlo.

—Se lo tenía merecido.

Lamia le explicó cómo funcionaba el prostíbulo. Le mostró las dependencias donde se satisfacían las demandas de los clientes y le aclaró que algunos sentían placer cuando los insultaban o los sometían a vejaciones.

—A algunos incluso les gusta recibir algunos azotes y otros, por el contrario, disfrutan maltratando.

—¿Se les permite?

—Si pagan bien, algunas están dispuestas a soportarlo.

Hipatia estaba intrigada con los pergaminos enmarcados que había junto a las puertas de los cubículos.

—Esos dibujos, ¿por qué están ahí?

—Para indicar al cliente la especialidad.

—¿Hacen esas cosas? —preguntó ruborizada.

—¡Y más! —exclamó Lamia.

—¡Parece imposible!

—No lo creas. El sexo no tiene límites, llega hasta donde la fantasía es capaz de viajar.

—¿Ese falo no es exagerado? Parece descomunal.

Hipatia señalaba un fresco que decoraba un testero, donde podía verse a un individuo con un pene tan gigantesco que necesitaba de las dos manos para sostenerlo.

—Es Príapo. Los dioses lo dotaron tan generosamente que tenía muchas dificultades para montar a una mujer.

Lamia, contenta con el papel que estaba desempeñando, respondía a todas sus preguntas. Le contó algunas historias picantes y le explicó con todo lujo de detalles lo referente a las tarifas, que eran muy variadas, según la belleza y la especialidad de la prostituta. También hizo referencia a las leyes que regulaban las actividades de los lupanares y se quejó de que pagaban demasiados impuestos al fisco. También se explayó con el catálogo de abusos que las autoridades cometían con ellas.

Emplearon cerca de una hora. Cuando regresaron a donde los hombres aguardaban, hacía rato que los atacantes habían renunciado a su presa. Abrieron la puerta con cuidado, prevenidos para hacer frente a alguna añagaza, pero la calle estaba vacía y la litera había desaparecido.

Hipatia se despidió de Lamia, agradeciéndole el tiempo que le había dedicado. La prostituta rechazó los dos denarios que intentó regalarle.

Hicieron a pie el resto del recorrido hasta la villa del Aventino, sin que hubiera mayores incidentes. Hipatia, después del susto, se marchaba satisfecha. Lamia le había enseñado algunos de los entresijos del mundo de los burdeles. Ella apenas sabía algo. Había visto a pobres

mujeres que se dedicaban a realizar felaciones por un miserable cuadrante y por eso recibían el nombre de cuadrantarias. Se lo había explicado Panfilio una tarde mientras la acompañaba por el barrio de la Suburra y asistió a una extraña escena en la que creyó ver cómo un individuo con trazas patibularias acorralaba a una mujer en un oscuro rincón. El encargado de la villa la apartó del lugar cuando Hipatia se disponía a ayudar a la desgraciada y le explicó lo que allí estaba ocurriendo.

Se sintió abochornada. Sabía algo del mundo de las prostitutas, pero ignoraba que se llegase a tales extremos. El ambiente donde ella se desenvolvía estaba muy lejos de tales miserias.

Tres semanas después de aquellos sucesos, Hipatia y su padre veían perderse la línea de la costa que abrigaba el puerto de Ostia. Acababan de zarpar en un trirreme con destino a Alejandría. Si los dioses les eran propicios y los vientos se mostraban favorables, pasarían por debajo del Faro y entrarían en el puerto de Oriente una semana más tarde.

La levantisca plebe romana había protagonizado un sinfín de altercados, hasta que llegó la noticia de que Arbogastes se aproximaba a la ciudad. Era cierto. Poco después de que el rumor circulase, el magíster militum entraba por la Prima Porta. Al día siguiente, el senador Flavio Eugenio era elegido emperador en una votación del Senado y, lo que era mucho más importante, fue aclamado por las tropas. Aquella misma tarde se enviaron emisarios a Constantinopla para ponerlo en conocimiento de Teodosio. La primera decisión del nuevo emperador de Occidente fue

acudir al Panteón y ofrecer un sacrificio a los dioses, y aquel mismo día llegaron noticias a Roma de que Ambrosio, el obispo de Mediolanum, había lanzado veladas acusaciones contra Arbogastes en los funerales celebrados por el alma del emperador fallecido.

Acodada en la borda del barco, Hipatia dejó que los recuerdos de aquellos meses flotasen en su mente. Rememoró sus meditaciones en el Panteón, donde pasó muchas horas admirando su enorme cúpula y el óculo central que permitía al sol explorar con sus rayos el pavimento. Recordó sus paseos en barca por el Tíber y sus conversaciones en la isla Tiberina con los médicos que allí tenían sus establecimientos. Estaban más atrasados que sus colegas de Alejandría; Hermógenes habría causado sensación entre ellos. Jamás olvidaría sus caminatas por los foros imperiales, el de Trajano, el de Augusto, el de Nerva, el de Vespasiano para llegar hasta el arco de Tito, donde contemplaba embelesada sus relieves, y luego alzar la vista y encontrarse con la majestuosa fachada del Coliseo, toda revestida de mármol.

Algo en su interior le decía que jamás volvería a pisar aquella tierra y que tampoco volverían los pasados esplendores de que hablaban aquellas construcciones. Tuvo el vago presentimiento de que el destino de aquella ciudad quedaría sellado en muy pocos años.

Las palabras de su padre sonaron en sus oídos como una confirmación de los malos augurios.

—Teodosio no aceptará a Eugenio como emperador.

—¿Por qué lo dices?

—Porque está sometido al poder de los cristianos y sus obispos no aceptarán un emperador que actúa como Juliano.

El Cairo, 1948

Alfred Best era como un niño asustado. Con voz entrecortada nos contó que jamás a lo largo de su dilatada existencia había recibido una amenaza. En alguna ocasión tuvo enfrentamientos con colegas que desbordaron los límites de lo estrictamente académico, pero nada que fuese más allá de un exceso verbal. Tampoco había recibido llamadas irrespetuosas de ningún oyente de sus programas de la BBC disconforme con sus opiniones.

Pensé que si se habían producido, no se las habían comentado. Siempre hay quien se siente ofendido ante algunas opiniones. Sabía por experiencia que a veces ocurrían esas cosas.

La poderosa imagen que el profesor transmitía a través de las ondas radiofónicas estaba por los suelos; en cambio, algo que yo había comprobado con frecuencia, era que en situaciones dolorosas o difíciles el temple de las mujeres era muy superior al de los hombres. Sin ir más lejos, Ann se mostraba mucho más entera que yo en momentos complicados.

—¿Puede mostrarme el escrito, profesor?

Best, abatido, se limitó a señalar el tocador. Leí el texto y comprobé que presentaba una variante importante respecto al mensaje que yo había recibido.

SI APRECIA EN ALGO SU VIDA, OLVÍDESE DE LO QUE HA VENIDO A HACER Y MÁRCHESE DE EL CAIRO

—Déjame, por favor. —Ann apenas le dedicó tres segundos, fue solo una ojeada y me lo devolvió.

También le ordenaban que se marchase de El Cairo, pero añadían que se olvidase de lo que había ido a hacer. Estaba claro que quien se escondía tras el nombre de Suleiman Naguib tenía información detallada de nuestra misión. Sabía que era Best quien iba a realizar el trabajo y que mi función era simplemente acompañarlo.

—¿Cómo se lo han hecho llegar?

Best, en lugar de responder a mi pregunta, farfulló:

—Hay que avisar a la policía.

Miré a Ann y negó con la cabeza.

—No debemos ponernos nerviosos, Alfred —lo llamé por su nombre pensando que eso podría tranquilizarlo y le repetí la pregunta—: ¿Cómo le han hecho llegar el mensaje?

—Lo introdujeron por debajo de la puerta.

—¿Y cómo lo descubrió?

—Quien lo hizo llamó suavemente. En un primer momento no lo vi.

—¿Qué es lo que no vio?

—El papel.

—Ya.

—Acudí hasta la puerta y pregunté: «¿Quién es?». No obtuve respuesta y cuando abrí comprobé que el pasillo estaba desierto. Al cerrarla, lo descubrí. ¡Ha sido horrible!
—añadió angustiada.

Pensaba que Best era de una pasta más resistente; al menos ésa era la impresión que daba en las tertulias del Isabella Club.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Hará media hora, tal vez treinta y cinco minutos.

—¿Ha llamado a recepción?

—Sí, pero allí nadie me da razón.

—Sin embargo, quien ha dejado la nota sabía cuál era el número de su habitación. Alguien ha tenido que facilitarle ese dato.

—Creo que hay que avisar a la policía. Es lo que se hace en estos casos, ¿no?

Supuse que lo tranquilizaría saber que también a nosotros nos habían amenazado. Le entregué mi anónimo y me miró desconcertado.

—¿Qué es esto?

—¿Quiere leerlo?

Pareció que la lectura lo reanimaba.

—¿También lo han dejado en su habitación?

—No, me lo han hecho llegar con un camarero.

—¿Cómo dice?

—Ann, cuéntale al profesor cómo ha sido. Yo voy a bajar a recepción.

No conseguí información alguna. Los recepcionistas afirmaban que nadie había preguntado por míster Best.

Cuando regresé a la habitación, Best estaba mucho más tranquilo. Ann lo había reconfortado narrándole lo ocurrido en el Opera Casino y con un generoso whisky. No me costó trabajo convencerlo de que no debíamos precipitarnos en lo referente a la policía y que debíamos acudir al encuentro

con el anticuario. A Boulder únicamente le contaríamos lo sucedido cuando viésemos qué actitud tenía.

La tienda de antigüedades estaba en el barrio de Sayida Zaynab, en el centro de una discreta calle situada a la espalda de la mezquita de Ibn Tulun, a pocos minutos de una de las grandes arterias de la ciudad, la avenida de Saladino.

El taxista que nos llevó cometió toda clase de infracciones y no dejó de hacer sonar el claxon a lo largo del trayecto; incluso lo utilizaba para saludar a conocidos. Llegamos diez minutos antes de lo que habíamos previsto; los camellos, los asnos y los carros no crearon mayores problemas de los habituales en El Cairo. Nos bajamos a la entrada de la calle, según mi inveterada costumbre de no apearme de un taxi en el lugar adonde iba. Me mantenía fiel a la máxima de quien era redactor jefe cuando ingresé en el Telegraph y la primera vez que me mandó en busca de una noticia me dijo: «Jamás te bajes de un taxi en la puerta del lugar adonde vas, ni siquiera cuando se trate de un lugar público». Buscamos la tienda de Boulder. Nos había dicho que no tenía pérdida y, efectivamente, así era. Un rótulo de madera, colocado sobre la puerta, indicaba con gruesas letras: ANTIQUITIES, lo flanqueaban dos dibujos de escasa calidad que reproducían la máscara funeraria de Tutankhamon.

Al abrir la puerta se produjo un tintineo que avisaba de que alguien entraba. El lugar era estrecho y largo y en él reinaba el mayor desorden. En un rincón podían verse grandes ánforas que denotaban una larga permanencia bajo las aguas; en otro, varios sarcófagos de madera ornamentados con pinturas y escrituras jeroglíficas. Junto

a una de las paredes se alineaban varias mesas repletas de objetos labrados en materiales diversos y también rimeros de ajados papiros o trozos de estuco con pinturas procedentes de algún templo o tumba. Daba la sensación de que allí podía encontrarse cualquier cosa. En la atmósfera flotaba un aire de antigüedad al que colaboraba el polvo depositado en muchos de los objetos, más amontonados que expuestos.

Ann se entretuvo curioseando un armario con puertas de cristal que guardaba bajo llave objetos que parecían de mayor valor; había algunas piezas de granito rosa y mármol verde. Le llamó la atención un delicado gato en lapislázuli y un orondo escarabajo negro.

Un individuo de aspecto frágil, que protegía sus vestiduras con un guardapolvo, se acercó solícito. Tenía unos llamativos mostachos, engomados y muy negros, que requerirían una adecuada atención.

—Buenos días. ¿En qué puedo servirles?

—Buenos días —le respondí—. Tenemos una cita con mister Boulder.

—¿Les aguarda?

La respuesta llegó desde lo alto de una escalera, que parecía sostenerse en el aire.

—¡Ahlan wa-l-Salam, mi querido profesor! ¡Qué puntualidad, ni que fuera británico! —ironizó.

A Ann y a mí nos dispensó un saludo protocolario, más bien frío, que corrigió algo al reiterarnos que éramos bienvenidos y que podíamos considerarnos como en nuestra propia casa.

—Estaremos más cómodos en mi despacho. Síganme, por

favor.

Subimos las escaleras y Boulder nos condujo por un largo pasillo en cuyas paredes los anaqueles rebosaban de objetos antiguos. Cruzamos una puerta maciza y accedimos a una especie de antesala, donde una secretaria mecanografiaba sin cesar. Era una mujer hermosa, de unos treinta años, con la cara enmarcada por una media melena teñida en tonos cobrizos; las gafas realzaban su atractivo natural. Alzó la mirada, sin dejar de teclear, y respondió a nuestro saludo con un medido:

—Buenos días.

—Cuando termines esas cartas, puedes ir a correos —le ordenó el anticuario.

—Muy bien, míster Boulder.

Continuó tecleando, mientras su jefe abría la pesada puerta de su despacho; era como un santuario convenientemente protegido. Nos cedió el paso y antes de cerrarla indicó a la secretaria:

—No olvides llevarte el encargo de madame Lusignac.

La secretaria asintió con una sonrisa.

El despacho de Boulder era, en efecto, como un santuario.

—Tomen asiento, por favor. Pónganse cómodos. ¿Té? ¿Café?

—Té, por favor —dijimos el profesor y yo.

—¿La señora?

—Yo beberé agua, si no le importa.

—¿No le apetece un té?

—Solo agua, por favor.

Insistió en que tomásemos asiento, aunque lo que me apetecía era curiosear entre los objetos que allí se atesoraban. Mientras preparaba las tazas paseé la mirada por el despacho. Me llamó la atención el notable contraste que ofrecía con la tienda. Allí todo estaba ordenado, cada cosa en su sitio, y no había una mota de polvo. Destacaba una vitrina en cuyas baldas reposaban piezas de un aspecto extraordinario, dignas del mejor de los museos. Lo que había en la tienda eran baratijas, souvenirs para los viajeros que visitaban Egipto atraídos por su historia milenaria y la magia de las gentes que alzaron las pirámides en la meseta de Giza.

Sirvió primero el agua de Ann y después nuestros té y el suyo.

Ann hizo entonces un comentario que me sorprendió.

—He de reconocer, señor Boulder...

—Llámeme Henry, por favor. —Estaba claro que, al menos con Ann, deseaba corregir la frialdad de su bienvenida.

—Tengo que reconocer, Henry, la eficacia de sus hombres.

El anticuario no ocultó una sonrisa de satisfacción.

—¿Por qué lo dice?

—Cuando ayer subimos a nuestras habitaciones, ya estaban en ellas los equipajes. Tengo que confesarle que fueron muy eficientes.

—Me alegro de que todo quedase a su gusto.

—¿Son gente de confianza? —preguntó Ann con una entonación diferente.

Boulder enarcó las cejas.

—¿Lo dice por algo?

—Verá, me encuentro en la necesidad de decirle que no encuentro un pequeño neceser donde guardaba algunas cosas que para...

—¡Qué me está diciendo! —la interrumpió con brusquedad.

Miré a Ann sorprendido. No me había hecho el menor comentario, pero adiviné su intención.

—No se trata de algo de un valor...

—¡De ninguna de las maneras! —Boulder dejó la tetera sobre la mesa—. ¡Discúlpeme un momento!

Yo aproveché la salida del anticuario.

—¿Qué demonios estás haciendo? Habíamos quedado en mantenerlo al margen hasta que...

—¡Claro, los maleteros del aeropuerto! —exclamó Best alzando la voz.

—Psss —Ann se llevó su dedo índice a los labios.

—¿Has perdido el neceser? —le pregunté.

—He dicho un pequeño neceser.

—¿Lo has perdido?

—No.

—¡Ann!

—Cuando lo encuentre, pediré toda clase de disculpas.

—Pero esos pobres hombres... —murmuró el profesor.

—Si son inocentes, nada les ocurrirá, aparte de pasar un

mal rato que me encargaré de compensar. Pero han de reconocer que es una de las pocas posibilidades que tenemos de indagar en el misterio de los anónimos. Hemos de saber si ellos subieron los equipajes a nuestras habitaciones o si los dejaron en recepción para que se hicieran cargo los mozos del hotel.

—¡Eso no explicaría por qué ese tal Naguib, o como demonios se llame, sabía que nosotros estábamos en el Opera Casino! —exclamé en voz baja, pensando que Ann no había estado en el servicio de inteligencia por casualidad.

—Es cierto, pero es posible que nos permita obtener alguna información de por qué quien dejó el mensaje, sabía cuál era el número de la habitación del profesor.

—La clave está en la recepción —insistí.

Ann se encogió de hombros.

—Es posible, pero ellos lo han negado.

La llegada de Boulder interrumpió nuestra conversación.

—¡Estarán aquí en poco rato!

—¿Quién estará aquí en poco rato? —pregunté como si no tuviese claro a quién se refería.

—Gamal y Ahmed. ¡Jamás me había ocurrido algo así! No sabe cuánto lo lamento, señora...

—Llámeme Ann.

—No sabe cuánto lo lamento, Ann. ¡Le aseguro que, si no aparece su neceser, les arrancaré la piel a tiras!

—No es para tanto. Solo se trata de un pequeño neceser —matizó ella.

Le dedicó una sonrisa tan babosa que incluso me molestó. Definitivamente, aquel Boulder no me gustaba. Era consciente de que en mi juicio influía algo más que la frialdad con que nos había acogido, aunque con Ann había corregido su distante actitud del primer momento.

Tomamos nuestras bebidas y el propio Boulder despejó la mesa.

—Si le parece bien, profesor, podemos abordar la cuestión que nos ha convocado.

—Creo que será lo mejor.

Se levantó, descolgó un icono con aspecto antiguo y apareció una caja fuerte empotrada en la pared. Se situó ante ella y sus gruesas espaldas nos quitaron la visión. Guardamos silencio mientras sonaba el runruneo del dial girando; siempre me ha resultado un sonido agradable. Cuando se volvió hacia nosotros sostenía en sus manos un viejo volumen que no ofrecía buen aspecto y lo depositó con cuidado sobre la mesa. A partir de ese momento Best no tuvo ojos más que para aquel código reseco y deformado por el paso de los siglos.

—¿Puedo?

—Por favor, profesor.

Best sacó de uno de sus bolsillos unos finos guantes de algodón y se los puso antes de tocarlo. Desde luego era meticuloso, aunque también pensé que podían ser escrúpulos.

Acarició el cuero de su desgastada tapa deteriorada por algunas partes. Percibí su emoción y fue en ese momento cuando decidí que, después de que Ann hubiese lanzado el anzuelo, no tenía sentido permanecer cruzado de brazos

en el asunto de los anónimos. Le hice a Boulder la pregunta que revoloteaba en mi cabeza casi desde el mismo momento en que leí la anónima amenaza que me había entregado en bandeja de plata el camarero del Opera Casino.

—¿Ha ofrecido usted este manuscrito a alguien más?

—Códice —me corrigió altanero.

—Disculpe mi ignorancia. ¿Ha ofrecido usted a alguien más este códice?

Antes de responderme sacó un habano como el que había encendido la víspera mientras íbamos del aeropuerto al hotel. Lo encendió con deleite.

—En realidad, es algo más que un códice —me dijo con cierto regodeo.

Lo miré desconcertado.

—¿Me toma el pelo? ¡Acaba de corregirme!

—Lo digo porque son muchos los textos que aparecen en el volumen.

Al escucharlo Best, que lo sostenía en sus manos con un cuidado reverente, lo miró intrigado.

—¿Cómo ha dicho?

—Ese códice no contiene un solo texto, me atrevería a decir que es una pequeña biblioteca agrupada en un volumen —repitió el anticuario con toda naturalidad y añadió—: Pensaba que usted estaba al tanto de ese detalle.

—¡Detalle! ¿Llama usted detalle a la aparición de varios textos que, en efecto, podrían considerarse como una

biblioteca, cuyo contenido puede ser mayor que todo lo que sabemos hasta este momento sobre ciertas cuestiones relacionadas con los primeros siglos del cristianismo? ¡Usted es un insensato si piensa que eso es un detalle!

Best me miró asombrado y yo traté de transmitirle, sin abrir la boca, mi agradecimiento por haber puesto al anticuario en su sitio. Sin embargo, Boulder con tan espectacular anuncio no solo había esquivado la pregunta que le acababa de formular, sino que había hecho que el profesor delatase el interés que tenía una documentación como aquélla. Era un astuto comerciante, pero yo no iba a darme por vencido.

—No me ha respondido, Boulder. ¿Ha ofrecido usted a alguien más ese códice?

—No sé qué papel representa usted, pero le diré que sí, que hay alguien más que está interesado. —Me miró y, con poca consideración, expulsó el humo de su habano antes de añadir—: Yo diría que muy interesado.

Era una respuesta vaga que no aportaba nada a lo que ya sabía. Por supuesto tenía que haber alguien más interesado en aquellos viejos papiros, de lo contrario no nos habrían amenazado para que nos largásemos con viento fresco. La cuestión era saber si Boulder estaba jugando con más de una baraja. Eso podía aportarme alguna pista sobre quién estaba detrás de los anónimos.

Unos suaves golpes en la puerta anunciaron la presencia de la secretaria.

—Ahmed y Gamal ya están aquí.

—¡Hazlos pasar!

Boulder estaba ya de pie cuando los dos hombres

entraron. Algo debían de saber porque ofrecían un aspecto compungido, aunque yo tenía sobradas experiencias de que los egipcios son maestros en el arte del disimulo.

—¡Vais a explicarme ahora mismo lo que hicisteis desde que os encomendé los equipajes de esta dama y estos caballeros! ¡Con todo detalle! —exigió el anticuario.

Los dos hombres comenzaron a hablar atropelladamente, deseaban explicarse a la vez. Lo interpreté como un indicio de que no se sentían culpables. Reprendí a Ann con la mirada; aquellos desgraciados estaban pasando un mal trago.

—¡Gamal, habla tú! —ordenó Boulder.

—Tomamos los equipajes, los subimos al taxi de Abdelaziz y nos fuimos al hotel.

—¿Iba alguien más en el taxi?

—Solo él y nosotros.

—¿Paró alguna vez en el trayecto?

—Ninguna, efendi.

La pregunta de Boulder tenía cierta lógica porque en El Cairo los taxis van recogiendo y dejando pasajeros a lo largo del recorrido.

—Significa que llegasteis al hotel sin realizar ninguna parada —se aseguró Boulder.

—Así es, efendi.

—¿Quién bajó los equipajes del taxi?

—Ahmed y yo.

—¿Qué hicisteis entonces?

Los estaba sometiendo a un interrogatorio en toda regla. Gamal vaciló y, antes de responder, miró a Ahmed. Supe que allí podía haber una explicación interesante.

—Verá, efendi, discutimos con los mozos del hotel.

—¿Discutisteis? ¿Por qué?

—Nosotros queríamos que, después de bajarlos del taxi, se hiciesen cargo de los equipajes, pero ellos decían que nosotros teníamos que entrarlos.

—¡Os dije que no los perdierais de vista en ningún momento!

—No los perdimos de vista, efendi.

—¿Quién los entró?

—Nosotros —dijo Gamal con un susurro casi vergonzoso.

Hay que conocer la idiosincrasia de los cairotas para comprender su actitud. Significaba que habían perdido el pulso con los mozos del Shepheard.

—¿Qué ocurrió, entonces?

Gamal vaciló de nuevo, estaba avergonzado. Fue Ahmed quien respondió:

—Nos obligaron a subir los equipajes hasta las habitaciones.

—¿Qué más?

—No hay más, efendi. Nos marchamos con el rabo entre las piernas. ¡Quede claro que si cedimos fue por cumplir sus órdenes, si no...!

—¿No ocurrió nada más? —preguntó Ann.

—Nada más. —Gamal dejó vagar la mirada como si buscara un recuerdo perdido—. Bueno... cuando ya nos marchábamos, un individuo nos preguntó en qué habitaciones habíamos dejado los equipajes.

—¿Se lo dijisteis?

Comprobé con cierta sorpresa que Ann había sustituido al anticuario en el interrogatorio.

—Sí. ¿Hicimos mal? —Gamal nos miró inquieto y añadió a modo de disculpa—: Vestía muy elegante.

—¿Recuerdas cómo era ese individuo? —La voz de Ann sonaba seductora.

—Muy elegante.

—Eso ya me lo has dicho, Gamal. ¿Cómo era físicamente?

—Tenía unos ojos negros, muy grandes, y su pelo también era negro.

—¡Naguib! —exclamé sin poder contenerme.

Boulder me miró suspicaz.

—¿Conoce usted a ese individuo?

Comprendí demasiado tarde mi error, ahora no podía dar marcha atrás.

—No le conozco, pero anoche estuvo en el Opera Casino.

—¿Cómo lo sabe?

Comprobé que Ann me recriminaba con la mirada; y el anticuario, que nos miraba a ambos, sospechaba que allí estaba ocurriendo algo que escapaba a su control. Decidí que lo mejor era enseñarle el anónimo. Saqué el papel de mi billetera y se lo ofrecí.

—Léalo.

—¿Qué es esto?

—Léalo, por favor.

Boulder lo cogió con alguna reticencia y observé el efecto que le producía al ver cómo apretaba el puro entre sus dientes.

—¿Por qué no me lo han dicho antes?

—Porque no lo he considerado oportuno. —Le estaba devolviendo de un golpe todos sus desplantes.

Me entregó el anónimo a la vez que un rictus de inquietud se dibujaba en su semblante.

—Así están las cosas.

Boulder ordenó a los maleteros que se marchasen.

—¡Un momento, por favor! —Ann se había puesto de pie y rebuscaba en su bolso—. Lamento mucho el mal trago que habéis pasado. —Les entregó dos billetes de diez libras egipcias a cada uno—. Esto es por las molestias.

Los dos hombres desgranaron una retahíla de agradecimientos. Una vez solos, el anticuario, que ya se había percatado de que lo del neceser había sido una estratagema de Ann, no le dirigió el menor reproche. Me miró fijamente.

—¿Le importaría explicarme esas sospechas? Creo que tengo derecho a saberlo. Si ustedes están en El Cairo es porque están tratando un asunto conmigo.

Me complació observar que por primera vez reconocía que mi presencia tenía una explicación y comprendí que no le faltaba algo de razón. El argumento que acababa de

exponer señalaba que era la persona menos interesada en que nosotros saliésemos corriendo de allí. Su ayuda podía sernos muy valiosa. Miré al profesor, que se había desentendido del mundo y estaba enfrascado en el estudio del códice.

—El papel que acaba de leer me lo entregaron en el Opera Casino.

—¿Fueron los tres a ver a Tahiya Kanoka?

—No, solo la señorita Crawford y yo; el profesor se quedó en el hotel. Un camarero me entregó una nota de un individuo que no nos quitaba la vista de encima. Hice algunas averiguaciones y supe que se llamaba Suleiman Naguib, o que, al menos, ése es el nombre que figura en su pasaporte.

Boulder no necesitó mayores explicaciones, pues era conocedor del estricto control que se exige en un club tan selecto como el Opera Casino.

—¿Por esa razón quería conocer detalles del tipo que abordó a mis hombres en el hotel? —le preguntó a Ann.

—En efecto. Su descripción coincide con el individuo que anoche estaba en el club.

Boulder dio una larga chupada a su habano y se acarició el mentón.

—¿Al profesor también lo han amenazado?

—También.

—Discúlpenme un momento, solo será un instante. —Miró a Best, pero éste continuaba inmerso en la lectura del códice.

Aproveché la salida del anticuario para preguntarle al

profesor:

—¿Qué le parece?

Best, enfrascado en aquellos viejos papiros que crujían como si se quejasen al tocarlos, no pareció escuchar la pregunta y decidí que era mejor dejarlo tranquilo.

Al cabo de varios minutos, que Ann y yo aprovechamos para comentar la información de los maleteros y para curiosear, fue él quien alzó la cabeza y se quitó las gafas. Tenía el rostro demudado. Ann se preocupó:

—¿Le ocurre algo profesor?

—¡Esto es extraordinario!

—¿Qué es extraordinario?

—Lo que aquí se afirma. Si no es una falsificación, y apuesto a que no lo es, esto es mucho más extraordinario de lo que Milton y Eaton me dijeron. —Su voz sonaba trémula—. Es... es tan increíble que mejor sería que... que fuese una falsificación.

—¿Cómo ha dicho?

Best no me contestó y yo no daba crédito a lo que acababa de escuchar: un reputado científico prefería que fuese falso el viejo códice que sostenía en sus manos.

—Pero bueno, ¿qué pasa con esos papiros?

—Aún no me atrevo a decirlo, hasta que no haga algunas confirmaciones que despejen cualquier duda sobre su autenticidad, aunque apostaría todo lo que tengo a que son auténticos.

—¿Y por eso está tan pálido?

—Es que no puedo dar crédito a lo que acabo de leer.

—¿Qué es?

En lugar de contestarme, sacó un cuaderno pequeño y un lápiz, y copió a toda prisa unas líneas de texto. Luego se puso a pasar hojas tan rápidamente que el papiro reseco crujía; se detenía en algunas de ellas y tomaba unos rápidos apuntes. Lo hizo en siete ocasiones. Ann y yo lo observábamos en silencio. Cuando concluyó, guardó el cuaderno, miró hacia la puerta que permanecía cerrada y musitó:

—Acabo de descubrir por qué nos han amenazado.

Pensé que tantas emociones lo habían trastornado.

Cuando Boulder apareció en su despacho, tenía la cara pálida y descompuesta.

—¿Qué le ocurre, señor Boulder? ¡Ni que hubiese visto usted un fantasma! —exclamó Ann.

—Mucho peor.

Aleandría, finales del año 392

Los alumnos seguían su explicación, embobados por sus conocimientos y extasiados con su belleza.

—Esa fórmula trigonométrica os permitirá realizar los cálculos necesarios para determinar el valor de las superficies de las elipses. —Hipatia soltó la tiza con que había hecho las operaciones en la pulida pizarra—. Copiad la fórmula y aplicadla a los ejercicios.

Hipatia, frotándose las manos para eliminar la molesta sensación del yeso en sus dedos, se acercó a la terraza y dejó vagar la mirada; a sus pies estaba Alejandría, la ciudad a la que había ligado su vida y cuyos sonidos llegaban como un eco a las alturas del Serapeo. Al fondo, el Faro era como un vigía permanente que cerraba el Gran Puerto. En el aula el silencio era expectante. Sus alumnos sabían que buscaba un ejemplo que permitiese asimilar con facilidad lo que acababa de explicarles. Unos segundos después se volvió hacia ellos y comentó con voz suave:

—Todos habéis jugado con un trompo en vuestros juegos infantiles. ¿Qué ocurría cuando lo lanzabais?

La pregunta flotó en el aire un instante.

—Giraba sobre sí mismo, a la vez que se desplazaba — exclamó una joven que estaba sentada en un escabel.

—¡Bravo, Lidia! —palmeó Hipatia.

Unos gritos en el pasillo alertaban de algún suceso extraordinario. Los alumnos se miraron sorprendidos: en el Serapeo la tranquilidad y la armonía eran principios

inalterables. Debía de ocurrir algo muy grave. Algunos temieron un fuego, eran demasiados los incendios sufridos en Alejandría a lo largo de los siglos.

Uno de los porteros del Serapeo irrumpió en el aula gritando. Lo hizo sin pedir permiso.

—¡Un motín, ha habido un motín! ¡Los heridos llegan por docenas!

—¿Dónde? ¿Cuándo?

La veintena de alumnos se agitó, pero las preguntas dirigidas al portero quedaron en el aire porque el hombre, después del aviso, se fue tan rápidamente como había aparecido. Ahora, junto a los gritos, llegaba el rumor de las carreras y los sonidos del desconcierto que, por momentos, se apoderaba del templo dedicado a Serapis y el más prestigioso centro cultural de la ciudad.

—La clase de hoy ha concluido.

Mientras Hipatia recogía unos pliegos con sus apuntes y sus alumnos salían a trompicones, apareció Aristarco, el amigo de su padre.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Ignoro la causa, pero parece ser que en el Barrio Real ha habido un motín. Los soldados han intervenido y no dejan de llegar heridos. Los accesos al templo están taponados por la muchedumbre.

Salieron a la galería y se dirigieron hacia la puerta principal cuando una voz les hizo volverse.

—¡Hipatia! ¡Hipatia!

Era su padre y estaba muy agitado.

—¡Menos mal que te encuentro! —exclamó Teón.

—¿Qué es lo que ocurre?

—¡Tienes que marcharte! ¡Vamos, vamos, no pierdas un instante!

El astrólogo tenía la toga manchada de sangre.

—¿Qué te ha ocurrido? ¡Estás herido!

Teón se miró, no se había dado cuenta de la sangre.

—No es mía, es de uno de los heridos. ¡Hay más de un centenar!

—Pero ¿qué es lo que ocurre? —insistió Hipatia.

Teón resopló con fuerza.

—Lo que desde hace tiempo nos temíamos.

—¿A qué te refieres?

—Esos fanáticos, siguiendo instrucciones de Teófilo, han asaltado el templo de Baco. Con unas cuerdas han tirado la imagen de su pedestal y el bronce, al estrellarse contra el suelo, se ha resquebrajado. En su interior habían anidado los ratones, que han salido por centenares. Los exaltados se han divertido a sus anchas, mofándose del dios. Diógenes se ha enfrentado a ellos, les ha increpado y les ha reprochado su actitud.

—¡Pero si Diógenes no cree en los dioses! —exclamó Hipatia.

—Pero es un hombre tolerante, enemigo de la violencia. Los parabolanos, que ya no se dedican a cuidar de los cementerios, ni entierran a los muertos, sino que patrullan por las calles, lo han golpeado con sus porras; alguna gente acudió en su ayuda y la trifulca se ha convertido en

una batalla campal. Algunos han aprovechado la situación para ajustar cuentas con esos matones.

—¿Son parabolanos los heridos que traen? —Aristarco tenía el ceño fruncido.

—No lo sé. —Teón se encogió de hombros—. A nosotros nos da igual, se trata de heridos a los que hay que atender.

—¿Por qué tengo yo que marcharme a toda prisa? —preguntó Hipatia—. Puedo ser de utilidad.

—El problema no es ese enfrentamiento en el templo de Baco.

—¿Entonces?

—Eso solo ha sido el inicio.

—¿El inicio de qué?

Teón resopló de nuevo.

—Teófilo, al tener noticia de que la gente se ha enfrentado a sus monjes, ha decidido aprovechar la ocasión. Ha exigido al prefecto un escarmiento y éste ha sacado dos cohortes a la calle.

—Con Evagrio eso no hubiera ocurrido.

—Sí, pero ya no está. Teófilo consiguió que lo relevasen del cargo.

—¿Los soldados se han enfrentado a la gente?

—Sí. Ha sido entonces cuando ha comenzado la verdadera batalla. Llegan rumores de que calles próximas al puerto están llenas de cadáveres.

—¡No me marcharé!

—¿Cómo dices?

—¡Que no me marcharé! ¡En estos momentos, mi puesto está aquí!

—¡Te marcharás!

—¡No!

—¡No seas tozuda, Hipatia! Aquí poco puedes hacer y es necesario que haya alguien en casa. Estos altercados nunca se saben cómo terminan.

—Puedo ayudar a los médicos. Habrá que preparar vendas, calentar agua, lavar heridas, atender a la gente...

Un portero se acercó y susurró algo al oído de Teón.

—¿Qué me estás diciendo?

El bedel se encogió de hombros.

—Es lo que me ha dicho Pausanias. El pontífice te espera en la biblioteca, ha convocado a todos los directores.

—¡Vamos, no perdamos un instante!

Teón, olvidándose de la disputa con su hija, echó a andar. Aristarco lo agarró por el brazo.

—¿Qué ocurre?

—Estamos sitiados.

—¿Qué?

—Que estamos sitiados. Los soldados han cortado los accesos al templo y han tomado posiciones. Pausanias dice que nadie puede entrar ni salir. ¡Eso es lo que se llama un asedio en toda regla!

Los tres oficiales entraron en la sala con aire marcial. Sostenían en su mano los emplumados cascos, como señal de respeto. Al llegar donde estaba Pausanias extendieron su brazo.

—¡Ave, pontífice de Serapis!

El anciano agradeció el saludo con un gesto apacible.

A los directores, reunidos en torno al máximo responsable de aquel templo de la sabiduría, un monumento a la concordia, donde se habían dado la mano mucho tiempo atrás las creencias del viejo Egipto y del mundo helenístico, les agradó el saludo a la vieja usanza.

—Sed bienvenidos. ¿A qué debemos vuestra visita?

—Te traemos un mensaje del prefecto.

—Hacednos entrega de él.

—Es un mensaje verbal, pontífice.

Pausanias arrugó el entrecejo.

—Habla entonces.

—Desde este momento dispones de hasta una hora antes de la puesta de sol para abandonar el Serapeo y entregarlo a la custodia de las tropas a nuestras órdenes.

Un coro de protestas acompañó las últimas palabras del centurión y las exclamaciones de sorpresa de los directores llenaron el lugar. ¡Aquello era algo inaudito!

A Pausanias le costó trabajo imponer silencio.

—¿Nos pide el prefecto que abandonemos nuestra casa? — El pontífice quiso rebajar el tono y consideró la exigencia una petición.

—Puedes llamarlo así.

—¿Por qué razón?

—La ignoro, pontífice, nosotros cumplimos órdenes.

—Pero esas órdenes tendrán una causa —insistió Pausanias.

El militar intercambió una mirada con sus compañeros.

—Las órdenes que hemos recibido son muy escuetas. Aunque supongo que la razón que me pides está relacionada con el cobijo a los malhechores que se han enfrentado a los soldados imperiales.

Otro coro de protestas inundó la sala; el pontífice necesitó de toda su autoridad para imponer un precario silencio.

—Es cierto que mucha gente ha llegado hasta nosotros en busca de auxilio. Muchos solicitan remedio para sus heridas y algunos, otra clase de atención porque están atemorizados. Pero quienes acuden a nosotros en demanda de auxilio no son malhechores, sino honrados ciudadanos de Alejandría que han sido vejados en sus creencias.

—Yo cumplo órdenes, pontífice.

—No lo dudo, pero has de saber que ésta es una casa abierta a todos los que tienen ansia de saber o buscan consuelo para sus males. Nuestros maestros enseñan en sus aulas geometría, física, astrología, trigonometría, astronomía, música y filosofía. Nuestra biblioteca está abierta a los lectores y nuestros médicos atienden a los enfermos. Rendimos culto a nuestro dios Serapis y damos respuesta, cuando la tenemos, a las cuestiones que se nos plantean. ¿Qué mal hay en ello?

—Soy un soldado y cumplo órdenes. El plazo expira una hora antes de la puesta de sol.

A petición del pontífice, los directores reunieron en sus despachos a los miembros de sus secciones. Pausanias, antes de tomar una decisión, quería conocer la opinión de todos los miembros del Serapeo; una hora después tenía una respuesta y se sintió lleno de orgullo, aunque era consciente de que con orgullo no se resolvía aquella situación. La negativa a abandonar aquel templo del saber y símbolo de la tolerancia religiosa era prácticamente unánime. Eran conscientes de que aquella decisión era poco menos que un suicidio, porque no tenían esperanzas de que un ejército en marcha acudiese a socorrerlos; tampoco se esperaba una orden imperial que salvase la situación. Pausanias y los suyos se aferraban a un sueño: su resistencia era un símbolo que podía espolear a los alejandrinos y provocar una insurrección general que pusiese en un aprieto a las tropas del nuevo prefecto imperial, que había relevado a Evagrio. Era una remota posibilidad.

Ordenó hacer inventario de los alimentos que había en los almacenes y bodegas, y evaluó con los directores las posibilidades de soportar un asedio. A media tarde tenía todos los datos en su poder. El número de personas que se hallaban encerradas superaba las mil ochocientas, pero la amplitud de las dependencias les permitiría cierto acomodo. Las despensas estaban generosamente abastecidas, tenían alimentos que, convenientemente racionados, les permitirían resistir más de cuatro meses y el manantial que había en el interior del templo los dotaba de agua. El punto débil era la falta de soldados; los

vigilantes no llegaban a las tres docenas y con los criados no alcanzaban el centenar. Su única ventaja estaba en los gruesos y altos muros del edificio, pero un ataque de los legionarios romanos tenía pocas posibilidades de ser rechazado con éxito. Tal vez podrían contener la primera o la segunda de las arremetidas, pero un asalto en toda regla se convertiría en un desastre para los encerrados. Pausanias se mostró partidario de buscar una solución negociada. Muchos protestaron, pero al final se impuso la cordura.

Poco antes de que expirase el plazo dos de los directores, Harmodio y Filotas, bajaron, con ramas de olivo en sus manos, a parlamentar con el prefecto. El representante imperial estaba en una improvisada tienda de campaña; lo acompañaban el patriarca Teófilo y el joven Cirilo, que se encargaba de la secretaría del patriarcado.

Los dos enviados supieron que la presencia del patriarca no anunciaba nada bueno. Después de los protocolarios saludos, expusieron su oferta. Deseaban una solución pacífica para aquella situación.

—No tenéis otra opción —les exigió el prefecto.

—Ese recinto tiene sus propietarios y administradores.

—Ya no —respondió con sequedad el prefecto.

—¿Cómo que no?

—¿No conocéis los nuevos decretos imperiales?

—¿A qué decretos te refieres? —preguntó sorprendido Filotas.

—A los que prohíben los sacrificios a los dioses paganos y la asistencia a sus templos.

—¡Esos decretos solo son de aplicación en lugares muy concretos! —protestó Filotas.

—El emperador los ha extendido a todo el imperio, desde el pasado mes de junio también están en vigor en la provincia de Egipto.

Los dos hombres enmudecieron.

Teófilo guardaba silencio, pero disfrutaba del momento.

Filotas, el más joven de los directores —tenía a su cargo la sección musical del Serapeo—, fue el primero en reaccionar, aunque su voz sonó vacilante:

—Desconocíamos ese edicto imperial.

—¡Pues ya lo conocéis! —exclamó Teófilo, hinchado como la cola desplegada de un pavo real.

—¿Qué ocurrirá con el Serapeo?

—¡Queda bajo mi autoridad! —exclamó el patriarca.

—¿Qué pasará con quienes están allí?

—Se permitirá la salida a todos lo que allí se encuentran —respondió el prefecto.

—¿A todos?

—A todos.

—¿Sin excepciones?

—Ninguna.

—¿Nos disculpas un momento? —Filotas se dirigió al prefecto, dejando de lado al patriarca—. Necesitamos hablar.

Los dos hombres salieron de la tienda, apesadumbrados

por una noticia tan dolorosa. Con un decreto imperial, la situación había cambiado por completo. La resistencia en el Serapeo podía ser considerada como desobediencia al emperador y eso era rebeldía. Un delito que se pagaba con la vida. Después de un breve intercambio de opiniones regresaron a la tienda.

—Solicitamos de tu benevolencia una prórroga del plazo que se nos ha otorgado.

A pesar de que se habían dirigido al prefecto, Teófilo, que empuñaba un corvo bastón, se levantó airado:

—¡Una prórroga para dar cumplimiento a los decretos del emperador!

—Te lo suplicamos, prefecto, en el templo hay numerosas mujeres y niños. También muchos ancianos y varios centenares de heridos. Lo que solicitamos no supone ningún desacato por parte de quienes ignoran en este momento la voluntad del emperador. Nos acogemos a tu benevolencia.

El prefecto los miró en silencio. Se levantó y fue hasta la puerta de la tienda. El sol declinaba rápidamente, al día no le quedarían más de un par de horas de luz.

—Está bien, tendréis lo que pedís. Pero si mañana, una hora después del amanecer, no tengo una respuesta, mis soldados iniciarán el ataque. Seréis responsables de lo que pueda ocurrir.

Teófilo inició una protesta que detuvo un enérgico gesto del prefecto. Harmodio y Filotas agradecieron la prórroga y se retiraron a toda prisa. Mientras ascendían por el empinado camino que conducía al Serapeo les embargó la tristeza; podía ser la última vez que subiesen aquellas

cuestas.

Fue una noche larga, llena de tensiones, tanto dentro de los muros del recinto como en sus alrededores. En el interior se discutía apasionadamente sobre la mejor de las decisiones posibles.

—Podemos acogernos al amparo imperial. Según una vieja ley, cualquiera puede someter su caso al dictamen del emperador.

—Olvidas, mi buen Hiparco, que el emperador se llama Teodosio —señaló un anciano magister de pronunciada calvicie—. Acabas de conocer la noticia que nos han traído Harmodio y Filotas.

—Nos permitirá ganar tiempo. Constantinopla está a dos jornadas, dispondríamos al menos de una semana para elaborar algún plan —insistió Hiparco.

—Solo serviría para prolongar nuestra agonía —indicó Teón—. Aislados del exterior, sería un martirio. ¿Has pensado en toda la gente que ha buscado la protección de estos muros? ¡Tiene hogar, familia, negocios que atender, obligaciones...!

—¿El prefecto ha garantizado la vida de todos los que estamos aquí? —preguntó Pausanias una vez más.

—Así es —ratificó Filotas—. Pero me temo que, si abandonamos el Serapeo, los parabolanos del patriarca lo arrasarán hasta sus cimientos.

Se alzó un murmullo de voces manifestando voluntad de resistencia.

—Es inútil. —Un abatido Pausanias negaba con ligeros

movimientos de cabeza.

—¿Qué es inútil? —preguntó Aristarco.

—La resistencia que proponéis muchos de vosotros. No somos soldados; somos físicos, matemáticos, astrónomos, somos hombres de ciencia y bajo nuestra responsabilidad hay centenares de personas, muchas de ellas heridas, otras contusionadas; todas han buscado nuestro amparo. No podemos conducirlos a un sacrificio inútil por sostener nuestros principios. Fuera hay soldados y gentes que han convertido la violencia en su oficio. Resistir sería un desastre porque la ley está en contra de nosotros. Ese edicto imperial, que ahora conocemos, modifica sustancialmente nuestra posición.

—Si esas gentes han venido hasta aquí, es porque confían en Serapis y han buscado su cobijo. Les dará ánimos su amor a las tradiciones de nuestros mayores. ¡Es mucha el ansia de libertad! —Aristarco era el más ferviente defensor de la resistencia.

—¿Cuánto les durará? —farfulló un abatido Pausanias.

En el exterior la tensión también era palpable, aunque por motivos diferentes. En improvisadas tiendas de campaña y alrededor de las hogueras, los soldados pensaban en el botín que les aguardaba. Por Alejandría circulaban numerosas historias acerca de las fabulosas riquezas que atesoraba el templo.

Entre los cristianos sus pensamientos derivaban por otros vericuetos. Su sueño era acabar con aquel símbolo del paganismo. El Serapeo era un desafío a sus creencias. Allí se enseñaban ciencias peligrosas y sus maestros proclamaban que cada cual podía buscar la verdad siguiendo su propio camino. ¿Cómo podía afirmarse

semejante barbaridad cuando solo había una verdad? Habían escuchado decir que sus filósofos difundían peligrosas ideas acerca de la fe y la razón, incluso afirmaban que la primera adormecía la segunda y lanzaban al hombre por el camino de la pereza, al no tener que realizar ningún esfuerzo. El mayor de sus deseos era asaltar el Serapeo y acabar con el veneno que difundían desde aquel nido de víboras.

Con la llegada del primer albor, mucho antes de que los primeros rayos de sol se proyectaran desde la zona de Eleusis y del Hipódromo, la actividad crecía en el campamento. Por el contrario, el silencio más profundo envolvía el Serapeo. Sus grandes puertas estaban cerradas y sus amplias terrazas aparecían desiertas. Daba la sensación de que el templo estaba vacío, que todos se habían marchado.

Cuando el prefecto, que se había retirado durante la noche a la comodidad de su palacio, llegó al campamento, se encontró con que el patriarca y su inseparable Cirilo ya estaban allí.

—El tiempo que les concediste ha concluido, prefecto. — Teófilo dirigió una significativa mirada hacia los muros del templo—. No veo que esos paganos tengan la intención de cumplir las órdenes del emperador.

Como si fuese una respuesta a las palabras del patriarca, un ruido se escuchó por encima de sus cabezas, era el quejido de los goznes de las grandes puertas de bronce del templo que se abrían hasta quedar de par en par. Durante unos segundos no ocurrió nada, luego, en medio de un silencio expectante, apareció la figura del pontífice, revestido con todos los atributos de su dignidad. Pausanias encabezaba una abigarrada procesión formada por los

directores de las diferentes secciones; le seguían sacerdotes, maestros, auxiliares, escribas, alumnos, sirvientes, devotos, heridos capaces de andar y los que no, en sillas y parihuelas, y la legión de gentes que la víspera había buscado refugio tras aquellos muros imponentes. Descendían lentamente por la empinada cuesta, entonando cánticos en honor a Serapis.

El prefecto impartió una serie de órdenes a sus oficiales; los soldados abrirían un pasillo para permitir el paso franco a la muchedumbre que descendía del Serapeo. No se sentía cómodo con la presencia de Cirilo, el intransigente secretario y sobrino del patriarca con quien formaba una pareja que le producía un rechazo instintivo. No eran ellos quienes tenían que dar cumplimiento a los edictos imperiales, por muy interesados que estuviesen en que así fuese. Las intromisiones en los asuntos de gobierno de aquellos clérigos, que se consideraban poseedores de una verdad excluyente, eran cada vez más frecuentes. Sus exigencias aumentaban de día en día y actuaban con una altivez que rayaba en la soberbia. Sus actos contradecían la humildad que predicaban.

En el rostro del pontífice se adivinaba la dureza de la noche vivida, reflejaba un cansancio infinito. Pausanias, cuyo venerable aspecto causaba impresión, avanzaba con paso lento, pero firme, flanqueado por dos jóvenes sacerdotes. Detrás, formando una apretada fila, marchaban todos los directores, vestidos con las togas propias de su dignidad.

Poco antes de llegar a la altura del prefecto, el joven Filotas se adelantó con paso vivo, saludó al representante del emperador y le entregó un rollo de papiro. Antes de despedirse el director de la sección musical le comentó:

—Únicamente el cumplimiento de las órdenes imperiales nos ha llevado a abandonar el Serapeo. Considera que en su biblioteca se atesora parte importante del saber de muchos siglos y la experiencia de algunos de los hombres más sabios que han existido. Todo ello queda bajo tu custodia y responsabilidad.

Cirilo, que se había acercado sigilosamente, fue testigo de aquellas palabras. El secretario del patriarca no se molestó en disimular una burlona sonrisa.

Durante más de una hora el cortejo desfiló entre las largas hileras de soldados que llegaban hasta cerca del final del barrio de Racotis. Muchos trataban de ocultar el miedo que les atenazaba y otros trataban de contener el llanto que asomaba a sus ojos. Los menos miraban desafiantes a los parabolanos que, situados al otro lado del cordón militar, disfrutaban del momento; algunos golpeaban la palma de la mano con el extremo de la porra en un gesto cargado de agresividad. Tras ellos se agolpaba una muchedumbre expectante.

El saqueo fue terrible.

Cuando los soldados se retiraron —los oficiales reprimieron duramente las protestas de algunos de sus hombres que se quejaban por la pérdida de un botín fácil—, una turbamulta asaltó el último de los grandes templos de Alejandría. El símbolo de la confraternización del helenismo y las viejas creencias del Egipto faraónico fue arrasado. Mientras unos robaban todo lo que se había depositado allí de valor a lo largo de varios siglos, otros derribaban de sus pedestales las estatuas de Serapis y con grandes martillos las golpearon hasta dejarlas reducidas a

polvo.

La barbarie de los asaltantes destruyó instrumentos de peso y medida de alta precisión. Mapas murales del mundo conocido y representaciones del firmamento en los momentos de los equinoccios y los solsticios, recreados con exactitud matemática, desaparecieron para siempre. La misma suerte corrió el valioso instrumental quirúrgico de que se servían sus médicos y las maquetas de ingeniosas máquinas. Todo fue pasto de la devastación y del fanatismo de quienes consideraban aquel lugar como la antesala del infierno.

Por orden de Cirilo se protegió la biblioteca. Un nutrido grupo de parabolanos cerró el paso de las turbas a las salas donde se guardaban los papiros y pergaminos que constituían uno de los mayores tesoros del templo. Los monjes se mantuvieron firmes durante los tres días con sus correspondientes noches que duró el pillaje hasta que se acabó con todo. Luego quedó una guardia permanente.

Unos días más tarde, los alejandrinos se vieron sorprendidos con el anuncio que unos pregoneros voceaban en plazas y esquinas: la celebración de un gran espectáculo en el Estadio, sin especificar de qué se trataba. El lugar llevaba cerrado muchos años, sumido en la incuria y el abandono.

La víspera de la fecha señalada comenzó a circular una noticia increíble.

—¡Las carretas bajan del Serapeo!

—¡Se cuentan por docenas!

En la Vía Canópica y en los más apartados barrios las conversaciones giraban en torno a lo mismo: la larga

hilera de carretas que bajaba del arrasado templo.

No se trataba de uno de los frecuentes bulos que circulaban por la ciudad; era cierto. Desde el amanecer docenas de carretas tiradas por bueyes subían hasta las ruinas del templo, allí eran cargadas con los fondos de la biblioteca, sin el menor cuidado. Muchos rollos, envejecidos por el paso del tiempo, crujían al romperse, aplastados por el peso. Para los portadores lo más importante era apretar la carga para hacer los menos viajes posibles. Los transportaban hasta el Estadio donde eran amontonados de cualquier manera, hasta que formaron con ellos una verdadera montaña en el centro de la pista de carreras.

A la caída de la tarde las gradas del Estadio estaban abarrotadas. Grandes antorchas iluminaron el escenario cuando, con la llegada del crepúsculo, un cortejo de clérigos presididos por el patriarca anunció que estaba próximo el comienzo del espectáculo. Unos individuos rociaron con una mezcla de pez y aceite de oliva la base de la descomunal pirámide que se alzaba en el centro del recinto, alcanzando más de quince codos de altura. Después, docenas de parabolanos se acercaron portando antorchas encendidas. A una orden de Cirilo, que actuaba como maestro de ceremonias, prendieron la pira. En pocos minutos, lenguas de fuego que ascendían hacia el cielo alumbraron con resplandores siniestros la oscura noche que caía sobre Alejandría.

Entre la muchedumbre eran muchos los que lanzaban gritos de aliento a los incendiarios y los aplaudían con devoción. Para ellos el que las llamas se elevasen era signo inequívoco de que estaban llevando a cabo una acción grata a los ojos de Dios. Otros, por el contrario,

asistían atónitos al triste espectáculo que se ofrecía ante sus ojos y guardaban silencio, sin acabar de dar crédito a lo que veían. En aquella gigantesca pira se estaba consumiendo a toda velocidad la constancia, el tesón y el sacrificio de miles de personas que con su trabajo habían procurado arrancarle sus secretos a la naturaleza, hacer más llevadero el esfuerzo de la humanidad o proporcionar alivio y consuelo a los enfermos y afligidos; de la mayor parte de las obras que estaban ardiendo ni siquiera se guardaría memoria de su título.

Desde la terraza de su casa Hipatia y Teón asistían consternados a aquel holocausto de la sabiduría, cuyo resplandor llegaba desde el otro lado de las murallas. Un dolor insoportable afligía su pecho, conscientes de que un mundo estaba agonizando. La hija de Teón renovó aquella triste noche su compromiso de no rendirse sin presentar batalla.

—Quienes queman libros pueden quemar cualquier cosa, incluso a las personas. Les ocurrió a ellos cuando los quemaron por ser fieles a sus ideas. No hemos aprendido mucho en estos trescientos años. Ellos están haciendo lo mismo —comentó Hipatia con las lágrimas arrasando sus ojos.

—Han elevado sus creencias a la categoría de única verdad y destruyen todo lo que no coincide con ella. —Teón puso un brazo sobre el hombro de su hija—. Ni siquiera permiten el debate entre ellos mismos. Recuerda lo que tuvo que hacer Papías para poner a salvo algunos escritos porque en ellos latían otros pensamientos, otras creencias, quizá algunas verdades.

Hipatia recordó aquellos textos que leyó a toda prisa en pocos días, hacía ya cuatro años. Conservaba los códices

en un nicho de la biblioteca.

—Cuando pasen los siglos no quedará recuerdo de esas obras que el fuego está devorando.

—¡Están reduciendo a cenizas los esfuerzos de docenas de generaciones! —exclamó Hipatia con lágrimas en los ojos y la vista fija en el resplandor que teñía de rojo la noche de Alejandría.

Dejó escapar un suspiro y abandonó la terraza.

Aleandría, año 393

Aquel día de finales de verano habían llegado las primeras lluvias; sin embargo la alegría que acompañaba al agua, después del caluroso verano, estaba empañada por la tristeza que había supuesto la muerte de Anaxágoras que a lo largo de aquellos meses, casi un año, no se había repuesto del sufrimiento que le produjo el asalto al Serapeo y el incendio de su biblioteca.

El anciano filósofo no se recuperó de una caída que lo postró en la cama durante sus últimas semanas de vida. Aunque Hermógenes explicaba su óbito a causa de la caída, el difunto decía que para él todo había concluido con la destrucción del Serapeo. Aquel día, repetía Anaxágoras, su vida quedó fulminada por el rayo de la muerte. La caída fue un mero accidente que no modificaba la esencia de las cosas.

Por deseo del filósofo se había prescindido de las plañideras. Anaxágoras había dicho siempre que le parecía un espectáculo lamentable y tan falso como las lágrimas que derramaban. Dejó señalada, sin embargo, una cantidad para que les fuese entregada como dádiva. Su entierro fue sencillo y emotivo. Antes de que se cerrase la tumba, Hipatia, con la voz embargada por la emoción, leyó dos poemas de Homero y, a continuación, Hermógenes hizo el elogio fúnebre. El médico concluyó con un hermoso epitafio, que sería labrado sobre la piedra del sepulcro:

—Que los dioses te sean propicios porque siempre buscaste el bien y nunca hiciste daño a tus semejantes.

Al término de la ceremonia el centenar de asistentes tenían las togas empapadas por la fina lluvia; las habían vestido como homenaje al viejo filósofo y como desafío a las nuevas normas en las que se rechazaban como perniciosas «todas las manifestaciones de las disolutas formas de vida propias de los paganos». Sabían que era un gesto simbólico que podía acarrearles problemas, pero era una forma de decir que no habían perdido la esperanza.

Las noticias que llegaban de Roma eran alentadoras: el emperador Flavio Eugenio había restablecido el culto a las antiguas deidades y ordenado reconstruir el Ara Pacis; fiestas como las saturnales recuperaron pasados esplendores. Las noticias que llegaban a Alejandría y hablaban de los sacrificios en honor de Saturno en su templo al pie de la colina Capitolina habían levantado gran expectación y los banquetes públicos habían estado muy concurridos. Teófilo, muy enfadado con tales nuevas, ordenó a sus clérigos atacar lo que denominaba «orgías desenfrenadas cuyo fin era ofender a Dios nuestro señor».

Sin importarles el agua que les caía, la comitiva recorrió lentamente el camino de regreso, una senda flanqueada por cipreses que serpenteaba suavemente por la ladera de la colina hasta el lago Mareotis. Se encaminaban a casa de Pausanias, donde celebrarían el banquete fúnebre: una frugal comida en honor del difunto a la que concurrían los familiares más próximos y su círculo de amigos más íntimos.

Una vez en casa del antiguo pontífice del Serapeo los asistentes, una veintena de personas, se desprendieron de sus empapadas togas, se secaron lo mejor posible y se enfrascaron en una animada conversación que al principio

giró en torno al legado que dejaba Anaxágoras, quien había contribuido a mantener vivo el pensamiento de Platón en Alejandría y a combatir a los detestables sofistas que, por dinero, sostenían tanto una proposición como su contraria, envolviéndolas en ropajes de raciocinio. Pero muy pronto la charla derivó hacia los asuntos que les inquietaban.

—Lo que se ha confirmado es uno de los rumores que circuló por todas partes hace algunos días —comentaba Teón.

—¿Cuál? —preguntó Harmodio.

—El que señalaba que Teodosio se ha mostrado muy vacilante antes de decidirse a presentar combate a las tropas de Eugenio. La noticia indica que estaba tan preocupado que, antes de arriesgarse a la batalla, envió a uno de sus hombres de confianza, un eunuco llamado Eutropio, hasta un cenobio de las afueras de Licópolis.

Harmodio arrugó la frente; no había escuchado el menor comentario al respecto.

—¿Ha viajado desde Constantinopla hasta ese perdido lugar a orillas del Nilo?

—Por lo que yo sé, así ha sido.

—¿Para qué ha hecho un viaje tan largo?

—Al parecer, uno de los monjes de ese cenobio es una especie de visionario que predice acontecimientos.

—¿Un astrólogo?

—¡No! —gritó Teón ofendido.

Hipatia no pudo evitar una sonrisa, a pesar de que estaba muy afectada por la muerte de quien le había ayudado a

dar sus primeros pasos por el apasionante mundo de la filosofía.

—Entonces, ¿qué practica ese monje? —preguntó Harmodio.

—¡Es un visionario, una especie de profeta que afirma tener un don concedido por su dios! —exclamó despectivamente Teón.

—Tanto la astrología como las artes adivinatorias son rechazadas por los cristianos. Las consideran algo detestable, cosas propias de brujos y gentes relacionadas con ciencias demoníacas. ¿Cómo es que Teodosio acude a esos procedimientos?

Teón se encogió de hombros.

—Esa es una de sus muchas contradicciones.

Tres días más tarde, mientras Teón departía con Hermógenes y Filotas en su villa de Eleusis, donde él e Hipatia se habían retirado a pasar unos días, antes que el invierno hiciese acto de presencia, un esclavo le anunció la presencia de un centurión.

—¿Un centurión?

—Sí, mi amo.

—¿Te ha dicho qué quiere?

—Ha preguntado por ti.

—¿Nada más?

—Solo ha preguntado por ti, aunque te trae un mensaje.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo lleva en la mano.

—Disculpadme un momento, enseguida vuelvo.

El polvo que cubría la indumentaria del militar señalaba lo penoso del viaje. Charlaba en el vestíbulo con Cayo.

—¡Que tu presencia en mi casa sea grata a los dioses! —lo saludó Teón—. ¿No le has ofrecido un poco de vino? —preguntó a Cayo que lo atendía en su condición de mayordomo.

—Lo he hecho, mi amo, pero el centurión tiene prisa.

—Sería un placer, pero otras obligaciones reclaman mi presencia —se excusó el soldado.

El esclavo tenía razón, en su mano portaba un mensaje.

—Quinto Cecilio Graco te envía su saludo y este mensaje.

—Dando a su gesto un aire marcial le entregó un pequeño cilindro de cuero.

El mensaje llegaba de Roma y también el mensajero venía de la capital de Occidente. No lo dejaría marcharse tan fácilmente: las noticias de la vieja Urbs eran muy valoradas en Alejandría.

—¡El viejo Graco, siempre tan pendiente de sus amigos! ¡Siendo su emisario, no puedo consentir que te marches sin un pequeño agasajo, los dioses reprocharían mi desconsideración y falta de hospitalidad! ¡Ordena que dispongan un refrigerio!

—Pero es que...

—No lo consentiré.

Lo tomó del brazo, como si se conocieran de toda la vida, y casi lo arrastró hasta una estancia amueblada con

elegancia y sobriedad.

—¿Qué nuevas hay por Roma?

—Todo el mundo habla de la batalla que ha enfrentado a los ejércitos de Teodosio y Eugenio.

Teón contuvo la respiración, llevaban semanas aguardando aquella noticia. La víspera, le llegó noticia de los rumores que circulaban por Alejandría; eran confusos, incluso contradictorios. Todos indicaban que la batalla entre las tropas de Teodosio y las de Eugenio ya se había librado, pero mientras unas voces señalaban que el triunfo había sido para Eugenio, otras apuntaban a una victoria de Teodosio.

Las tensiones entre los dos emperadores habían sido una constante desde que Flavio Eugenio fue investido con la púrpura imperial. Para Teodosio era una marioneta en manos de Arbogastes, a quien consideraba un asesino, culpable de la muerte de Valentiniano. El paso del tiempo no había hecho sino encrespar cada vez más los ánimos y todos eran conscientes de que las diferencias se dirimirían en el campo de batalla.

Era algo más que un pulso entre dos emperadores, era la lucha del viejo mundo, el de los valores tradicionales, y los partidarios del nuevo orden propugnado por los obispos y patriarcas cristianos.

—¿Qué ha sucedido?

—La batalla ha sido muy cruenta, los muertos se cuentan por miles...

—Pero ¿quién ha ganado?

—¿No estás enterado?

—¡No!

—El triunfo ha sido para Teodosio, creí que ya lo sabías. — Teón detectó cierto pesar en las palabras del soldado—. Creo que Graco te cuenta algunos pormenores en el mensaje. El barco en que he llegado a Alejandría partió de Ostia al día siguiente de que se conociese la noticia.

—¿Cómo ha sentado en Roma?

El soldado hizo un gesto ambiguo.

—La plebe está con los cristianos. Se echaron a la calle para festejarlo y sus sacerdotes han celebrado liturgias para dar gracias a su dios. Varios senadores partidarios de Eugenio se han suicidado y otros, nada más tener noticia de lo ocurrido, se marcharon con sus familias aquel mismo día. Se han retirado a sus villas campestres. También escuché rumores acerca de que habían sido asaltados algunos de los templos restaurados en los últimos tiempos, como el de Venus, y que el Ara Pacis había sido destruida.

—¿Se sabe algo de Eugenio?

—Fue capturado y llevado a presencia de Teodosio, quien ordenó que lo decapitasen. Sobre el magister militum Arbogastes las noticias son confusas, aunque circula el rumor de que se ha suicidado.

Unos esclavos entraron con bandejas de comida y bebida, pero la noticia no estimulaba el apetito.

—Come y bebe lo que quieras —le ofreció Teón con tono apesadumbrado.

—Será mejor que me marche, tengo casi dos horas de camino hasta Alejandría.

—¿Una copa de vino, al menos?

—Si la compartes conmigo...

Teón escanció vino en dos copas y ofreció una al centurión.

—Supongo que Quinto Cecilio Graco te dará detalles precisos de lo acaecido en la batalla y también del efecto que ha tenido la victoria de Teodosio en Roma.

—¿Dónde tuvo lugar la batalla?

—A orillas del río Frígido, cerca de Aquileia. Parece ser que los visigodos de Estilicón y Alarico fueron decisivos en su resultado final.

El soldado bebió su vino de un trago, dejó la copa sobre la bandeja y se despidió.

—Gracias por tu hospitalidad, pero ahora debo partir.

Una vez solo, Teón sacó el pergamino que le enviaba Graco. Efectivamente, le daba la que denominaba «triste noticia de la derrota de Flavio Eugenio» y señalaba los pormenores del combate. Como ya le había adelantado el centurión, la batalla había tenido lugar a orillas del Frígido, cerca de Aquileia, en la zona montañosa de Panonia. Había durado dos días, el 5 y 6 de septiembre, y durante muchas horas estuvo indecisa. Graco afirmaba que durante la primera de dichas jornadas las tropas de Eugenio tuvieron la victoria al alcance de su mano...

fue entonces cuando comenzó a soplar, inesperadamente, un viento que se convirtió en una tempestad que levantó nubes de polvo y cegó a las tropas de Arbogastes. Se rompieron las líneas de la infantería y los soldados de Teodosio, animados por el extraño fenómeno, se reagruparon y convirtieron en victoria lo que era una derrota segura.

En Roma los cristianos lo han considerado como un milagro de su dios, que ha castigado las iniciativas de Flavio Eugenio para revitalizar el culto de las viejas deidades. Un reputado geógrafo me ha dicho que se trata de un fenómeno atmosférico que se produce con relativa frecuencia en los valles de los Alpes Julianos, que es el nombre que tiene la cordillera que se extiende por la zona donde se ha librado la batalla. Pero ya sabes cómo interpretan los cristianos las cosas más naturales.

No encuentro palabras para narraros a Hipatia y a ti su alegría en las calles. Las turbas abarrotan las iglesias, en las que no cesan las ceremonias en acción de gracias a su dios, a quien, como te he dicho, consideran como artífice de la victoria alcanzada por los ejércitos de Oriente.

Flavio Eugenio, que se entregó a la clemencia de los vencedores, fue decapitado sin ningún miramiento a su dignidad, en el mismo campo de batalla. Teodosio ha explicado esta ignominia afirmando que nunca lo había reconocido como emperador. Se rumorea con insistencia que Teodosio queda como único emperador y que ha llegado a Mediolanum.

Espero que estas tristes noticias estimulen, más allá del sofoco, la resignación ante lo que el destino nos depara. Besa a Hipatia con nuestro mayor afecto y para ti mi fraternal abrazo al que se une el de Paulina, cuyo dolor no parece tener fin.

QUINTO CECILIO GRACO

La última noticia que he recibido, antes de cerrar el pliego, es que Arbogastes logró huir a un paraje montañoso acompañado de algunos soldados. Las tropas de Teodosio lo persiguieron sin descanso y decidió poner fin a su vida,

antes de caer prisionero en manos de sus enemigos, que no han tenido piedad.

Teón estaba rígido. Releía una y otra vez el delicado pergamino que sostenía en sus manos, como si con la lectura pudiese modificar su contenido. Regresó a la terraza, donde Hipatia acompañaba a Hermógenes y Filotas. Nada más verlo aparecer, supieron que era portador de pésimas noticias. Entregó a su hija el mensaje para que lo leyese en voz alta. A él le faltaban las fuerzas. Cuando concluyó Hipatia, Hermógenes le preguntó:

—¿Ese soldado te ha contado algo más?

—Poco más de lo que se explica en la carta. Al parecer, algunos senadores se han marchado a sus villas en el campo.

Hipatia recordó la conversación a la que había asistido de forma clandestina.

La noticia los había dejado abatidos. Eugenio, el emperador de Occidente, era otra oportunidad perdida para recobrar las antiguas tradiciones y el culto a los viejos dioses.

—¿Eso significa que Teodosio queda como único emperador? —preguntó Filotas.

—Graco, aunque no lo afirma de forma explícita, da a entender que a partir de ahora el poder de Teodosio se extenderá tanto sobre Constantinopla como sobre Roma. Además, cuenta con el apoyo de los visigodos; los principales jefes de esa tribu lucharon a su lado en la batalla y según ese centurión fueron una baza definitiva para el triunfo final de su ejército.

»Las consecuencias de esta batalla serán funestas. Ya

habéis oído lo que dice Quinto Cecilio Graco —Teón agitó la carta que ahora sostenía en su mano—, algunos senadores se han suicidado y otros muchos han abandonado Roma con sus familias y buscado refugio en sus villas campestres temerosos de las represalias. Su crimen ha sido contribuir a la restauración de templos dedicados a algún miembro del panteón de los antiguos dioses.

—¡Eso no lo dice Graco en su carta!

—¿No?

—No.

Teón estaba tan abrumado que no distinguía entre lo que le había dicho el centurión y las noticias que su amigo le proporcionaba.

—Entonces me lo ha dicho ese centurión, que también me ha informado del ataque de la plebe a algunos templos.

—Tengo noticias de que el Ara Pacis había recuperado su antiguo esplendor —indicó Filotas.

—Está destruida y, al parecer, no es el único lugar contra el que se ha desatado el furor de esos fanáticos —señaló Teón con tristeza—. Todo apunta a que Teodosio rematará ahora la tarea que había iniciado en los años anteriores, sin que ninguna fuerza se oponga a sus designios.

—Será peor —murmuró Hermógenes—. Constantino ejerció su poder por encima de los clérigos. No ingresó en la religión de los cristianos hasta el final de su vida, durante la mayor parte de su mandato se limitó a aceptarla como una nueva creencia que formaba parte del panteón. Lo que Teodosio está haciendo es demoler las viejas creencias y las antiguas tradiciones, en beneficio de

los sectores más intolerantes del cristianismo.

Un silencio triste se apoderó de la terraza cuando Hermógenes sentenció con amargura:

—Si es cierto todo lo que tu amigo Graco afirma en ese mensaje, esa batalla es mucho más que un acontecimiento militar de consecuencias políticas. A orillas de ese río se ha decidido la suerte de nuestro mundo.

El Cairo, 1948

Ann, el profesor y yo aguardamos en silencio a que nos dijese algo, pero no parecía dispuesto a hablar. Cogió una botella de whisky y, sin decir palabra, se sirvió una generosa porción, que bebió sin pestañear.

Verdaderamente parecía haber visto un fantasma.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Ann con un hilo de voz, como si temiese molestar.

El anticuario no respondió, buscaba con la mirada algo que no encontraba. Sin abrir la boca salió de nuevo del despacho y regresó a los pocos segundos; chupaba con ansia su habano para evitar que se le apagase.

Ann le preguntó de nuevo:

—¿Le ocurre algo?

—Nada, nada.

Por alguna razón el anticuario no deseaba hablar de su extraña actitud. Lo que le había ocurrido al otro lado de su despacho lo había afectado y no deseaba hablar de ello.

Fue él quien preguntó al profesor:

—Bien, ¿qué le parece el códice?

—Yo diría que es auténtico.

—Solamente lo diría.

Best se colocó las gafas y miró una vez más el volumen que tenía en sus manos.

—La textura del papiro señala su antigüedad, creo que la

composición de la tinta también apunta en esa dirección y, desde luego, la escritura nos está hablando de un texto copto de finales del siglo IV. Esta caligrafía es típica de los monjes de los monasterios del Alto Egipto y las abreviaturas que se utilizan son las propias de aquel tiempo. También la forma en que están cosidos los pliegos corresponde a la época. Albergo pocas dudas, pero ya sabe usted que el señor Milton desea una confirmación científica.

—¿Qué nos revelaría? —Boulder hizo un gesto de resignación.

—Nos permitiría conocer la composición química de la tinta. Sabemos que los monjes de los cenobios del Alto Egipto utilizaron como pigmento el llamado negro de humo, que lograba una persistencia de la escritura muy larga en el tiempo, y como aglutinante goma arábiga. Añadían, y ahí está la clave, una sal de hierro, que en aquella zona solía ser un sulfato ferroso que ayudaba a fijar la tinta y también a darle una tonalidad sepia muy peculiar.

—¿Aparecen esas características en la escritura de esos textos?

—Desde luego.

Best abrió el códice y señaló, pasando con suavidad la yema de su dedo índice:

—Mire, mire la tonalidad de la que le he hablado.

La verdad es que yo no percibía lo que él veía con tanta claridad. Lo cual no iba en contra de la autenticidad del códice; simplemente significaba que yo era un perfecto ignorante en la materia.

—Por otro lado —señaló Best—, el contenido de los textos guarda relación con otros escritos pertenecientes a los gnósticos...

—¿A quiénes? —preguntó Ann.

—A los gnósticos.

El profesor la miró y comprendió que era necesaria una explicación. Tuvo la gentileza de no preguntarme si yo sabía algo sobre aquella gente.

—Era el nombre que recibían los seguidores de una corriente de pensamiento donde se mezclaban elementos cristianos, judíos y orientales. Su nombre deriva de la palabra griega gnosis, que significa «conocimiento». Defendían la existencia de dos principios, uno asociado al bien y otro al mal, y sostenían que el conocimiento de la divinidad podía alcanzarse por vía intuitiva. Durante mucho tiempo formaron parte de lo que se llamaba cristianismo primitivo, donde tenían acogida numerosas tendencias. Más tarde se les señaló como herejes y sus escritos considerados muy peligrosos, después de que quedasen establecidas las creencias de la Iglesia. Muchos de sus textos están escritos en lengua copta, la que utilizaban los cristianos en el Egipto antiguo.

—¿Estos textos pertenecerían a esos gnósticos? — pregunté.

—Tendría que estudiarlos con más detenimiento, pero mi primera impresión es que sí.

Comprobé que Boulder no acababa de recuperarse. Ignoraba por qué había salido, aunque lo sospechaba, y eso me producía cierta inquietud. Mi impresión era que abandonó el despacho en busca de información sobre el tal

Naguib y lo que había escuchado lo había puesto en aquel lamentable estado. Decidí sondearlo, pero Best me lo impidió.

—Supongo que tiene usted una lupa.

—Por supuesto.

El anticuario, nervioso, rebuscó en un cajón de su bufete hasta encontrarla. Se la entregó a Best, que sacó del bolsillo interior de su americana un sobre y extrajo una fotografía. Buscó una página y comparó la foto con el original.

No necesité mucho para comprender que Milton y Eaton le habían facilitado a Best mucha más información que a mí, cosa que por otra parte resultaba lógica: yo mismo me había definido como la niñera del profesor. Aproveché la nueva oportunidad que se me ofrecía para preguntarle otra vez al anticuario:

—¿Quién más está interesado en el códice?

Sabía que era una pregunta inadecuada y podía encontrarme con otra impertinencia, dada la frialdad que se había establecido entre nosotros. Boulder se mostró de nuevo poco locuaz, consultó la hora y se excusó.

—Lo lamento mucho, pero tenemos que ir al Papyrus Institute, ya saben ustedes...

¿Qué era eso de ir al Papyrus Institute? Por lo que a mí se refería yo no sabía absolutamente nada y por supuesto Ann tampoco. El profesor asintió; él era el único que estaba al tanto de todo.

Después de la visita al Papyrus Institute, donde dejamos el

códice, y de un ligero almuerzo con Boulder, que seguía absorto en sus preocupaciones, nos despedimos de él y nos fuimos al más elegante salón de té de El Cairo.

Nos apeamos del taxi en Adly Pasha y caminamos un centenar de pasos hasta desembocar en la gran plaza de Suleiman Pasha, cercana al Museo de Antigüedades Egipcias. El tráfico de la zona era caótico y los atascos continuos en torno a la escultura de bronce que presidía la plaza, dedicada al famoso bajá de origen francés.

—Ése es Suleiman Pasha —les dije señalando la estatua—. Su nombre original era Jean Anthelme Séve.

—¿Era francés? —preguntó el profesor.

—Sí, era un oficial del ejército de Napoleón.

—¿Qué hace ahí?

—Se convirtió al islam y entró al servicio del virrey de Egipto. Acometió la tarea de modernizar el ejército y bajo su mando las tropas egipcias obtuvieron importantes victorias. Fue nombrado bajá y está considerado una de las glorias nacionales del país. Su bisnieta, Nazli Sabri, contrajo matrimonio con Fuad I y se convirtió en la primera reina del Egipto moderno.

—Curiosa historia.

El bullicio en la plaza era extraordinario. Vendedores ambulantes, limpiabotas ociosos que deambulaban sin rumbo fijo, camareros que atendían las terrazas de las cafeterías y comerciantes de los pequeños bazares que ofrecían desde alfombras hasta perfumes, pasando por artículos de cuero y cristal. Allí se concentraban en pocos metros algunas de las tiendas más elegantes de El Cairo, las que visitaba la aristocracia egipcia y algunas damas de

la colonia británica. También podían encontrarse sofisticados salones de belleza, organizados según los cánones de la moda de París.

—Ese es el hotel Savoy.

Señalé un imponente palacio decimonónico que, como muchos otros, se había convertido en un lujoso hotel de los que daban a El Cairo un aire de ciudad cosmopolita, hasta el punto de que algunos de sus barrios elegantes como el de Tawfiqiya, donde nos hallábamos, podrían encontrarse en cualquier capital europea.

Había prometido a Ann y a Best llevarlos a Groppi, la más famosa de las casas de té. El establecimiento fue fundado a principios de siglo por un inmigrante suizo que, en muy poco tiempo, lo convirtió en una referencia del buen gusto. Su fachada, decorada con mosaicos de motivos vegetales, era una obra de arte. Hubiese sido imperdonable abandonar El Cairo sin hacerle una visita, casi tanto como no ir a rendir pleitesía a las pirámides y la Esfinge de Giza.

En la puerta, antes de cruzar el umbral, miré en todas direcciones. Pensaba que Naguib pudiera seguirnos, incluso que estuviese al acecho en cualquiera de los lujosos salones a los que solo tenían acceso los extranjeros y miembros de la élite local. El vestíbulo era suntuoso: columnas de mármol, grandes ventanales con vidrieras del art nouveau, muebles exquisitos y una decoración propia de un cuento oriental. Sus hermosos y cuidados jardines eran otro de sus grandes atractivos. Groppi estaba muy concurrido, como siempre. Elegantes damas luciendo modelos de Chanel o de Dior; enjoyadas señoras acompañadas por atildados caballeros; miembros de la aristocracia egipcia, tocados con sus inconfundibles tarbushes, pero con indumentaria occidental. Los

camareros, vestidos con pantalones bombachos, camisas blancas y chalecos bordados, atendían las mesas con una diligencia poco común. Las conversaciones eran suaves murmullos que se confundían con el rumor del agua de las fuentes.

El individuo que nos recibió vestía frac, como en los mejores clubs de Londres. Le pedí una mesa en uno de los tranquilos rincones del jardín. A aquellas horas era el lugar ideal para disfrutar del té y las pastas, y también para mantener una conversación relajada.

Teníamos muchas cosas de que hablar y todas eran importantes.

Instantes después apareció el maître, que nos condujo hasta un recoleto rincón donde el murmullo del agua que corría por pequeños canales relajaba el ánimo y el ruido de la calle llegaba como un eco lejano. Pedimos té para Best y para mí, y un café turco para Ann, acompañados de una bandeja de pastas.

Mientras nos atendían comenté que los cairotas eran muy aficionados al cinematógrafo y que en la ciudad había numerosos cines a cielo abierto. Algunos de ellos se utilizaban durante el día para otros menesteres y por la noche proyectaban películas. Les expliqué que los jardines donde nos encontrábamos se convertían por la noche en uno de los más elegantes cines de El Cairo.

Pocos minutos después apareció un camarero vestido a la oriental. Traía un carrito con las bebidas y las pastas, nos sirvió ceremoniosamente y se retiró.

—Bueno, profesor, ¿cuál es su opinión sobre lo que nos ha traído aquí?

—Ese códice es auténtico. Ya les he dicho que apostaría cualquier cosa; más aún, me jugaría todo lo que poseo. No albergo la menor duda.

—Entonces, ¿por qué se ha dado ese plazo hasta mañana?

—Pura estrategia.

Me llamó la atención su seguridad, la rotundidad de su respuesta. Había conocido a numerosos arqueólogos y jamás los había escuchado pronunciarse con determinación. Todo se les iba en hipótesis, posibilidades, teorías y necesidad de seguir consultando otros parámetros para determinar la más nimia de las cuestiones.

—¿En qué se basa para estar tan seguro?

—En mi ojo, Burton, en mi ojo. No me ha engañado nunca.

Cada vez tenía mejor opinión de aquel viejo cascarrabias con el que me enfrentaba dialécticamente casi todas las semanas en el Isabelle Club. En cierto modo, el viaje me estaba permitiendo saber por qué sus programas de la BBC tenían tanta audiencia. Iba directo al grano.

—Entonces, ¿para qué hemos ido al Papyrus Institute?

—Porque Milton lo considera necesario. No sé muy bien por qué. Tal vez sea una condición del mecenas que financia las líneas de estudios sobre el cristianismo primitivo de la Theological School. Esos multimillonarios son excéntricos y maniáticos. En mi opinión, se trata de un formalismo inútil.

—¿Por qué piensa que es inútil?

—Porque no tienen los medios adecuados para emitir un informe con garantías. Además, Boulder debe tener a los

expertos bajo su control.

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó Ann.

—Porque el Papyrus Institute es un organismo oficial.

—Y eso ¿qué significa?

Una sonrisa asomó a los labios de Best.

—¿No se da cuenta?

—No.

—Tratándose de un organismo oficial, el gobierno podría incautar el código.

—¿Por qué no lo hace?

—Porque Boulder tendrá sobornados a los técnicos con los que hemos estado.

Ann me miró sorprendida y me sentí en la obligación de darle una explicación.

—Querida, estamos en Egipto. Ya escuchaste ayer a Boulder hablar del rey Faruk.

—Si Boulder no tuviese todo bajo control, no habría dejado allí el código. Además, lo que digan esos técnicos no me interesa —sentenció Best con tono profesoral—, me fío mucho más de mi propia experiencia.

—¿No cree que eso es poco científico? —Ann veía las cosas de forma diferente.

—El ojo y la experiencia, como en los médicos, son fundamentales. Casi todo lo demás son paparruchas.

—Tengo entendido que en el Departamento de Química de la Universidad de Chicago pueden establecer la antigüedad de los objetos. ¿Cree que lo que hacen allí también son

paparruchas? —comentó Ann ante mi sorpresa y la de Best.

—La veo muy documentada, señorita Crawford.

—Procuro estar al día.

—Supongo que se refiere al descubrimiento del profesor Libby y su equipo para establecer, con ciertos márgenes de error, la antigüedad de objetos procedentes de materia orgánica.

—Así es. Según tengo entendido parten de la base de que el carbono de un organismo muerto se desintegra según unas pautas temporales sin que dicho carbono pueda ser sustituido por el que hay en la atmósfera en forma de dióxido de carbono.

—¡Muy bien, señorita Crawford!

A Best solo le faltó hacer palmas; miraba a Ann a medio camino entre la sorpresa y el reconocimiento y yo estaba completamente perdido.

—¿De qué demonios están hablando? —pregunté al profesor, pero fue Ann quien me respondió:

—De la llamada datación por carbono 14.

—¿Qué es eso del carbono 14?

—Ya te lo he dicho —respondió Ann que azucaraba su café —, un método de datación.

—¿Podrías ser más explícita?

—Te pondré un ejemplo. Una hoja de papiro tiene una determinada cantidad de carbono en su composición orgánica como entidad dotada de vida.

—Eso lo entiendo.

—Cuando muere, esa cantidad de carbono va desapareciendo con el paso de los años, sin que sea sustituido por el carbono que hay en la atmósfera.

—También llego hasta ahí, aunque no lo sabía.

—Pongamos que la totalidad del carbono tarda en desaparecer cinco mil años.

—¿No es mucho tiempo?

—Es un ejemplo, aunque probablemente no sea demasiado. Si la cantidad de carbono hallada en uno de los papiros del código se hubiera reducido una décima parte, ¿cuántos años habrían transcurrido desde que la planta fue cortada y se supone que utilizada para confeccionar una página?

—La décima parte de cinco mil años son quinientos.

—Ésa sería la antigüedad del papiro.

—¡Eso es fantástico! ¡Revolucionará la arqueología y el conocimiento de importantes aspectos de nuestro pasado! ¡Si el código se somete a ese procedimiento, quedarán despejadas todas las dudas! —exclamé entusiasmado.

Best miraba a Ann con arrobo, casi con devoción.

—Lo ha explicado usted de forma muy sencilla, pero con absoluta claridad.

—Bueno, tengo entendido que en realidad las cosas no son tan simples. Las dataciones se hacen admitiendo un margen de error y solo sirve para objetos cuyo origen es animal o vegetal. También hay un límite, el que marca la existencia de restos de carbono. Si el carbono ha desaparecido por completo, el método no sirve porque nos hemos quedado sin referencias.

Best aplaudió las palabras de Ann.

—¡Magnífico, señorita Crawford! ¡Es usted una experta!

Yo estaba atónito. Ann jamás me había comentado nada de aquello. En realidad, había muchas parcelas de su vida de las que apenas me había comentado algo y para mí eran una verdadera incógnita. En aquel momento me di cuenta de que conocía muy poco de la mujer con la que llevaba más de dos años acostándome.

—¿Por qué no se somete el código a la prueba del carbono 14?

—Porque en Egipto no hay ninguna instalación que permita hacerlo.

—Ese problema se soluciona...

No terminé la frase, Best me interrumpió con una pregunta.

—¿Por qué cree que he subido drogado en ese maldito cacharro que nos ha traído hasta El Cairo? ¿Cree que si hubiera podido evitarlo no lo habría hecho? Boulder se niega a correr el riesgo que supone sacar el código del país porque el gobierno podría incautarlo. Si sale de Egipto, será cuando se haya embolsado la suma que pide por él, así me lo hizo saber Milton cuando me explicó por qué tenía que venir aquí. Una vez que haya cobrado, le importará bastante poco lo que ocurra. Boulder es un comerciante.

—¿Cuánto pide? —pregunté.

El profesor se encogió de hombros.

—Pregúnteselo a Milton.

—¿Cuánto podría valer?

—No tengo la más remota idea. Estas cosas pueden alcanzar sumas fabulosas; todo depende del interés que despierten, y estos textos parece que han despertado bastante.

—¿Por qué no se lo vende al gobierno? —preguntó Ann—. Podría ahorrarse problemas.

—¿Al gobierno, querida? —Acaricié su mano que estaba posada sobre la mesa—. Si se lo ofreciera, no vería una sola libra y podría darse por contento si no daba con sus huesos en la cárcel. Las cosas en materia de antigüedades están cada vez más serias en este país. Después de que Cárter descubriese la tumba de Tutankhamon, los egipcios se han dado cuenta de la fuente de ingresos que supone la época faraónica. Boulder sabe que tiene una joya en sus manos y quiere exprimirla, pero también es consciente de que cada día que pasa aumenta el riesgo. ¿Vieron cómo se descompuso cuando se enteró de la existencia de los anónimos?

—Me gustaría saberlo todo acerca del descubrimiento de ese código. ¿Dónde lo encontraron? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Quién lo encontró? —Ann parecía una ametralladora.

Best dio un sorbo a su té y dejó la taza sobre el plato.

—Mañana lo sabremos.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque presionaremos a Boulder.

—¿Cómo? —pregunté.

—Como usted ha dicho, es consciente de que tiene un tesoro en sus manos, pero quiere desprenderse de él lo antes posible. Sabe que eso depende de mi informe. Bastará con decirle que para completarlo necesito saber

todo eso por lo que la señorita Crawford ha preguntado. Es sumamente importante para conocer la autenticidad del códice.

—No olvide que también tiene otros compradores.

—¿Por qué está tan seguro de eso, Burton?

—Por los anónimos que hemos recibido. ¿Cree que nos invitarían a marcharnos si no fuese porque nuestra presencia aquí estorba a otro comprador? Además, el propio Boulder lo ha admitido, aunque no ha sido muy explícito. Por cierto, me gustaría conocer la razón de las amenazas que hemos recibido. Lo vi a usted muy seguro en el despacho de Boulder cuando dijo: «Acabo de descubrir por qué nos han amenazado con esos anónimos».

—Veo que recuerda las palabras exactas.

Best sacó del bolsillo de su americana el pequeño cuaderno y buscó las páginas donde había tomado las notas a toda prisa. Era algo que también me tenía intrigado.

—Ese códice, efectivamente, es como una pequeña biblioteca. Contiene siete textos diferentes. Sus títulos son: «Apócrifo de Juan», «Evangelio de Tomás», «Evangelio de Felipe», «Hipóstasis de los Arcontes»...

—¿Qué es eso? —preguntó Ann.

—No sé muy bien qué significa este título, la palabra hipóstasis se refiere a una persona de la Santísima Trinidad y un arconte era el nombre que recibían los magistrados en Atenas. —Best pasó la página de su cuaderno y completó la lista—. «Sobre el origen del mundo», «La exégesis del alma» y el «Libro de Tomás el

Contendiente».

—¿Todos son escritos religiosos?

—Todos.

—¿Cómo ha podido deducir de esos títulos la causa de nuestras amenazas? —insistí.

—Es usted muy impaciente, Burton.

Pasó otra página de su cuaderno y leyó:

—«La compañera del... María Magdalena... más que... los discípulos, y solía besarla... en la... El resto de los discípulos... le decían: ¿Por qué la amas más que a todos nosotros? Porque no os quiero como a ella».

—¡Eso no tiene sentido! —exclamó Ann.

—Así es. La razón se encuentra en que el papiro está deteriorado y se ha perdido parte del texto, pero no resulta muy difícil recomponerlo en su totalidad. Este texto, que pertenece al manuscrito del «Evangelio de Felipe», es una bomba. ¡Fíjense! Se indica que María Magdalena es la compañera de alguien que no aparece reflejado. Se alude a otros discípulos y el autor afirma que ese alguien solía besarla, aunque, desgraciadamente, se ha perdido la palabra que señala dónde la besaba. Eso parece que irritaba a los demás discípulos que preguntaban a ese alguien por qué la amaba a ella más que a ellos. Y les respondía que la razón era que a ellos los quería de forma diferente. La pregunta es: ¿quién es ese alguien?

—¡Ese alguien solo puede ser...!

Sin darme cuenta, estaba conteniendo la respiración. ¡Efectivamente, aquello era una bomba! Ese texto de un

evangelio señalaba que Jesús y María Magdalena tenían una relación... Me costaba trabajo abrir mi mente a una posibilidad como aquélla. ¡Jesús y María Magdalena eran una pareja! ¡Se besaban! Probablemente en la boca y eso irritaba a los demás discípulos a los que, según el autor, Jesús los amaba, pero de otra forma.

Miré a Ann y al ver su semblante supe el aspecto que ofrecía el mío. Aquello era un texto antiguo, según sostenía Best. Lo que significaba que en los tiempos posteriores a Jesús circularon evangelios diferentes que daban otra visión de su vida y probablemente de su mensaje. Eso explicaba la cantidad de herejías que, según la Iglesia católica, habían surgido en aquellos siglos. Mi cerebro trataba de hacerse cargo de la novedad a un ritmo vertiginoso. ¿Qué clase de informaciones contenían aquellos evangelios? ¿Cuál de ellas era la verdadera? ¿Por qué se habían escogido unos y desechado otros? ¿Qué criterios se habían utilizado? ¿Cuáles eran las herejías? Estaba viendo los titulares del Telegraph. ¡Aquello era un escándalo! No, no era un escándalo. ¡Era el escándalo! Tenía delante de mis narices la historia con que todo periodista sueña encontrarse algún día.

—Creo que no necesito explicarles nada más. En esas líneas está la razón de que nos hayan amenazado y por la que alguien quiere que nos marchemos de El Cairo.

—¡No puedo imaginar quién puede estar detrás de las amenazas! —exclamó Ann.

—Pues es fácil adivinarlo —murmuró Best, sin atreverse a pronunciar el nombre que los tres teníamos en mente.

Miré al profesor y le pregunté:

—¿Esa es una de las páginas que ha pedido que le

fotografíen cuando estábamos en el Papyrus Institute? —
Sí.

—¿Por alguna razón?

—Me gustaría rellenar los vacíos que faltan en ese texto y eso solamente puede hacerse teniendo delante el original o una buena fotografía. Lo que apunta es algo tan increíble que puede revolucionar las bases en que se asienta nuestra civilización. Es algo tan... tan extraordinario que no me atrevo a formular una simple hipótesis, sin corroborar antes gran cantidad de detalles. Necesito analizarlo todo con mucho detenimiento.

—¿Cree que Boulder le permitirá llevarse las fotografías?

—Sospecho que Boulder desconoce exactamente el contenido de esos textos.

—Pero cuando sepa lo que está escrito... —comentó Ann.

En las arrugadas comisuras de los labios del profesor apuntó una sonrisa maliciosa.

—¿Por qué iba a saberlo?

—Se lo dirán sus amigos de ese instituto. Usted acaba de decir que están conchabados.

—Lo segundo, señorita Crawford, solamente lo he supuesto.

Recordé que Best había pedido varias fotografías, al menos media docena de páginas. Quise confirmar lo que empecé a sospechar.

—¿Por qué piensa que el anticuario desconoce lo que se afirma en esa página?

—Primero, porque esos dos técnicos quizá sepan de

papiros, pero posiblemente no sepan copto.

—¿Por qué dice eso?

—Porque si lo supiesen habrían alertado a Boulder del escandaloso contenido de esa página y el anticuario lo habría utilizado como argumento para exigir un precio mucho mayor a Milton.

—¿Cómo sabe que Milton no tiene conocimiento de eso?

—Porque si lo supiese me lo habría dicho. No le quepa la menor duda.

—En tal caso, ¿por qué razón quien nos amenaza iba a estar tan preocupado?

Otra vez un apunte de sonrisa maliciosa se dibujó en los labios del profesor.

—¿Le parece a usted poco que aparezca el texto de un evangelio desconocido, cuyo autor lleva el nombre de uno de los doce apóstoles? Piense que esa simple posibilidad habrá encendido todas las alarmas.

—Comprendo, pero es posible que a la hora de elaborar el informe lo vean otros técnicos que sepan copto.

—¿Otros técnicos? ¡Ni lo sueñe! —exclamó el profesor—. Como ya le he dicho, todo apunta a que Boulder tendrá pactado un informe elaborado por gente relacionada con sus negocios. No puede tener bajo su control a todo el personal de ese centro. ¿No se han dado cuenta de que esos dos estaban esperándonos en la puerta cuando hemos llegado?

—Veo que ha sido muy astuto.

—¿Lo dice por algo en concreto?

—Porque a pesar de que su opinión es que no leen el copto, para no levantar sospechas sobre el contenido de esa página, ha pedido que le fotografíen otras.

Best dejó escapar una risilla.

Una vez en la habitación del hotel, Ann me dijo que Groppi le había parecido un lugar delicioso y que no le gustaría marcharse de El Cairo sin visitarlo otra vez.

—Quiero algo a cambio —le respondí.

Se me acercó desabrochando los botones de su blusa, pero mis deseos, en aquel momento, no caminaban por la senda del sexo. Tomó mi cabeza entre sus manos y me besó con pasión oriental. Noté cómo, poco a poco, me excitaba con sus labios y sus caricias. Pocos minutos después estábamos desnudos, amándonos con furia de principiantes.

—¿Satisfecho?

Me lo preguntó después de morderme el lóbulo de la oreja y con una voz cargada de sensualidad; todavía estaba a horcajadas sobre mí y tenía sus adorables pechos muy cerca de mi cara. La atraje hacia mí, la abracé con fuerza y le susurré al oído:

—Ha sido maravilloso, ¿y tú qué tal?

—Te has portado como un beduino.

Relajados, le pregunté por lo que me tenía intrigado desde hacía un par de horas; era lo que deseaba saber a cambio de llevarla otra vez a Groppi.

—¿Cómo sabes todo lo referente al carbono 14? Ese es un asunto que apenas ha salido de los círculos científicos.

—El carbono 14 es un método que tiene numerosas aplicaciones. Puede servir para aportar pistas en asuntos muy variados.

La explicación me dejó más perplejo de lo que estaba.

—¿No irás a decirme que lo utilizas para resolver problemas de matemáticas con tus alumnos?

Comprendí demasiado tarde que le había molestado el tono irónico empleado. Se bajó de la cama y se fue al cuarto de baño. Desde la puerta, con cara de pocos amigos, me dijo:

—Desde luego que no.

Aleandría, año 404

Hipatia estaba en el esplendor de la madurez. Era bella, rica, culta y no se sometía a las imposiciones del patriarca, verdadero amo de Alejandría, cuya autoridad iba mucho más allá de la de los prefectos imperiales, convertidos ya en simples piezas de su estrategia. Para quienes se aferraban a las antiguas creencias o rendían culto a escondidas a los viejos dioses era todo un símbolo. Hipatia era admirada u odiada. Ante ella nadie quedaba indiferente.

Poco a poco, los amigos de su padre habían desaparecido y las viejas tertulias de las que tanto había aprendido eran un recuerdo cada vez más lejano. Hermógenes, el médico que había innovado aspectos importantes de la medicina y que defendía la necesidad de las disecciones de cadáveres para conocer la anatomía del cuerpo humano y el funcionamiento de sus órganos, hacía tres años que había muerto; con él terminaba una forma de entender la medicina. También habían enterrado a Pausanias, el último pontífice del Serapeo, entre cuyas ruinas crecía ahora la hierba y encontraban refugio las alimañas. Filotas había fallecido en un naufragio y con él se había perdido el último de los grandes músicos alejandrinos y uno de los pocos poetas que usaban los metros con que los grandes autores habían compuesto obras extraordinarias. Sinesio se pudría en una mazmorra, encarcelado por haber matado en una taberna del puerto a un marinero después de una discusión acerca de la esfericidad de la Tierra. El marinero lo tachó de loco y de pagano. Sinesio, que llevaba tiempo ahogando sus penas en vino, lo apuñaló

con furia.

Hipatia, que se aferraba a su mundo, hacía gala de una entereza que causaba admiración. Se mostraba animosa, mantenía las formas de vida en las que había sido educada y exponía sus puntos de vista. La prohibición de rendir culto a las viejas divinidades, impuesta por Teodosio después de su victoria en la batalla del Frígido, librada hacía ya diez años, solo le produjo rabia por lo que tenía de intolerancia y por el sufrimiento que supuso para su padre la prohibición de la astrología, juzgada como algo abominable, junto a la brujería y otras artes consideradas demoníacas.

Subió a su litera después de recorrer algunos puestos del mercado, adonde había ido a comprar unas piezas de tela, sedas de Oriente y gasas de la India. Echó las cortinillas para preservar su intimidad y tardó muy poco en abstraerse del mundo. La víspera había vuelto a leer algunos de los textos que Papías dejó bajo su custodia; lo hizo porque le interesaba la literatura escrita en copto. Se alegró de que aquellos textos estuviesen en su biblioteca; el monje amigo de su padre no anduvo descaminado cuando tomó aquella decisión: al poco tiempo de su visita a Alejandría, los obispos cristianos se habían reunido en unas asambleas, la primera celebrada en Hipona y posteriormente en Cartago, donde establecieron los textos considerados como verdaderos acerca de la vida de Jesús y de sus enseñanzas. Estaba embebida en estos pensamientos cuando una voz iracunda la devolvió a la realidad.

—¡Ahí va la pagana!

Supo que se referían a ella porque así era como sus enemigos la llamaban. Los gritos aumentaron hasta transformarse en un coro de insultos desagradables:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

Descorrió la cortinilla y vio que estaban a la salida del mercado, junto a la iglesia de San Pablo, levantada sobre una antigua basílica de cuya fachada habían eliminado, a golpe de cincel, los relieves que consideraban contrarios a su fe. Los que gritaban, todos ellos hombres, estaban en la puerta, junto a la verja de hierro que delimitaba el lugar desde el que asistían a sus ritos quienes abrazaban el cristianismo pero aún no habían recibido el bautismo. Muchos de ellos se mostraban deseosos de hacer patentes sus nuevas convicciones. Hipatia denominaba aquellas actitudes, que desvelaban la peor de las intransigencias, el furor de los neófitos.

—¡Márchate de aquí, pagana!

—¡Fuera! ¡Provocadora! ¡Fuera!

Hipatia dio órdenes a sus criados para que aceleraran el paso.

Una piedra surcó el aire y golpeó en el techo de la litera; a los pocos segundos una nube de piedras volaba sobre ellos.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa!

Cuando llegaron a su casa había un herido, dos contusionados y graves desperfectos en la litera.

—¿Qué ha ocurrido, mi ama? —le preguntó Cayo desde el atrio con el rostro descompuesto.

—¡Unos exaltados! —exclamó Hipatia desde de la litera,

donde con un trozo de tela trataba de contener la hemorragia del criado que había salido peor parado, con una herida en la cabeza.

—¿Te han atacado?

—¡Nos han apedreado!

—¿Estás herida?

—No, quien lo está es Eusebio. ¡Llama al médico! ¡Está perdiendo mucha sangre por la cabeza!

—¡Tú, rápido, avisa a Protágoras! ¡Vosotros dos, haceos cargo de Eusebio!

El revuelo se había extendido por toda la casa.

—¿Qué ha sucedido? —La cascada voz había sonado a su espalda.

Hipatia se dio la vuelta. Teón era ya un venerable sexagenario. Al ver a su hija con la toga manchada de sangre, se le demudó el semblante.

—¿Qué te han hecho?

—No temas, esta sangre no es mía.

—¿Qué ha sucedido? —El viejo astrólogo preguntó nervioso.

Hipatia lo cogió de la mano y se la acarició suavemente.

—Nos han atacado cuando regresábamos del mercado.

—¿Quiénes?

—Un grupo de cristianos que estaban en la puerta de uno de sus templos. Me parece que son de los que aspiran a recibir el bautismo. Creo que los llaman catecúmenos.

—¿Catecúmenos? ¡Dirás energúmenos!

—Como tales se han comportado.

—Cuéntamelo todo.

—Hay muy poco que contar.

—Quiero saberlo.

Hipatia explicó a su padre lo sucedido.

—Hemos venido a toda prisa, el pobre Eusebio está malherido. Toda esta sangre es suya.

—¡Creo que no debemos cruzarnos de brazos! Escribiré al prefecto imperial denunciando los hechos, aunque me temo que servirá de muy poco.

Durante la cena, algo más tranquilos, Teón comentó a su hija que había tenido noticias de Papías.

—¿Vive todavía?

—¡No es mucho mayor que yo! —protestó Teón.

—No pretendía molestarte. Dime, ¿qué te cuenta Papías?

—Que la situación en su cenobio es cada día más complicada. Agentes del patriarca Teófilo buscan por todas partes los libros que han considerado heréticos. Afirma que escudriñan hasta los más apartados lugares en busca de los textos que sus obispos han proscrito. Dice que en su cenobio cada vez son más los monjes que se suman a las tesis de Teófilo y que se ha visto obligado a quemar algunos textos para salvar otros.

—He de suponer que los depositados en nuestra biblioteca forman parte de los que buscan para destruirlos.

—Sin la menor duda.

Hipatia dejó escapar un suspiro.

—A veces tengo la sensación de que estoy sumida en un sueño, donde la realidad se desvanece.

—Los astros...

—Padre, no empecemos —protestó Hipatia.

—Esta vez vas a escucharme, lo que tengo que decirte es sumamente importante y presiento que mi vida tiene ya muy limitado su recorrido.

Su voz había adquirido un tono muy especial. Hipatia supo que iba a decirle algo importante, lo que no alcanzaba a comprender era qué tendría que ver con la pasión de su padre por la astrología, que en los últimos tiempos se había convertido en una obsesión. Pasaba las horas encerrado, escrutando el firmamento y anotando sus observaciones; no paraba de consultar el Almagesto de Ptolomeo.

—Nunca te he contado la profunda contrariedad que me produjo tu nacimiento y has de saber que, cuando me lo comunicaron, quedé decepcionado; yo esperaba que tu madre alumbrase un varón. Te engendramos en óptimas condiciones astrológicas para que fueras varón.

—¿Te sentiste triste al saber que había nacido?

Su padre hizo un gesto con la mano, como si quisiese quitarle importancia a sus sentimientos de aquel momento tan lejano.

—Yo deseaba fervientemente tener un hijo —farfulló excusándose.

—Eso no explica tu tristeza.

—Estaba muy equivocado. Nadie podría haberme dado tantas satisfacciones como tú. Eres lo mejor que ha ocurrido en mi vida. Poco a poco te fuiste apoderando de mi corazón y luego... luego... —Teón sintió un ahogo, como si le faltara el aire para respirar.

—¡Padre!

Hipatia corrió a su lado.

—¿Qué te ocurre? ¡Voy a llamar a Protágoras!

Teón hizo un gesto negativo con la mano. Su pecho volvió a moverse rítmicamente y la respiración se acompasó poco a poco. Bebió un sorbo de vino y comentó:

—Ha sido la emoción. He guardado en mi corazón estos sentimientos durante demasiado tiempo y ya no resiste como antes.

—¿Por qué no lo dejamos para mañana?

El astrólogo ignoró la propuesta de su hija.

—Tu presencia ha sido el mejor regalo de los dioses.

—Creo que deberías descansar —insistió ella.

—No. Lo que quiero decirte, tengo que hacerlo ahora.

—Como tú prefieras. ¿Te apetece otro poco de vino?

Teón asintió e Hipatia le llenó la copa.

—Tu madre y yo planificamos hasta el último detalle del momento en que fuiste engendrada. Como te he dicho, ignoro qué ocurrió para que no nacieras varón, hoy me alegro de que así fuese. Te he visto crecer en hermosura y sabiduría, cada día más satisfecho. Quedé impresionado cuando, sin haber cumplido los siete años, dedujiste por ti misma principios de física que pocos son capaces de

explicar. —Dio un trago a su vino y prosiguió—: No podía contener mi gozo el día en que nos diste a todos una lección y devolviste al *Ágora*, aunque solo fuese por unos momentos, el esplendor de unos tiempos que ya nunca volverán. Para muchos de nosotros hiciste que un sueño olvidado se convirtiera en realidad; todavía resuenan en mis oídos aquellos maravillosos gritos. Has sido la maestra más joven en la historia del *Serapeo* y hoy eres el emblema de un mundo al que muchos se aferran para encontrar algo de sentido a sus vidas.

La voz de Teón estaba cada vez más embargada por la emoción.

—Padre, yo creo...

—Hipatia, no me interrumpas, te lo suplico.

Dio otro trago al vino de su copa y se levantó con dificultad. Se acercó a una hornacina cerrada, cuya llave llevaba siempre consigo, y cogió un pequeño cilindro de cuero. Se sentó de nuevo y con mucho cuidado sacó un pergamino que extendió sobre la mesa; en el centro de la delicada vitela había un magnífico dibujo. Hipatia lo miró con curiosidad.

—Con los datos de cuando fuiste engendrada y los de tu nacimiento elaboré un horóscopo que he ido completando en el curso de tu existencia.

—¿Durante todos estos años has confeccionado mi horóscopo?

—He perfilado una carta astrológica, la más completa de cuantas he hecho.

Hipatia iba a decir algo, pero su padre la contuvo con un gesto.

—Ya sé que no crees en la astrología, que niegas el valor científico a las predicciones y rechazas la influencia de los astros en la vida de las personas. Pero creo que mis desvelos merecerán que prestes un poco de atención.

Hipatia asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Debes saber que jamás he visto hablar a los astros con tanta claridad a lo largo de la vida de una persona. Solo hay un par de puntos que podrían considerarse desde distintas perspectivas. Muchos horóscopos son el fruto de elucubraciones porque la alineación del Sol y de la Luna con los planetas se presta a ciertas interpretaciones. Quiero decir que existe un margen para el trabajo del astrólogo. En tu caso, la fijación de los cuerpos celestes en sus correspondientes casas del zodiaco se ve con total nitidez, también sus posiciones ascendentes o descendentes. Los acontecimientos de estas tres décadas han dado lugar a una carta cuya exactitud es tal que me atrevería a decir que roza la perfección y permite hacer predicciones tales que las posibilidades se convierten casi en certezas.

—¿Quieres decir que vas a pronosticar mi futuro?

—Mucho más que eso, Hipatia. Pero no quiero aburrirte con disquisiciones que, aunque lo lamento profundamente, sé que rechazas. Pero ahí está tu pasado, tu presente y tu futuro. Este horóscopo es el resultado de muchos años, casi tantos como tienes tú. Comencé a elaborarlo una noche cuando te contemplé en la cuna y me sonreíste. En ese momento comprendí que mi actitud hacia ti era propia de un estúpido.

Hipatia acarició con ternura la mano de su padre.

—Desde hace muchos años sé que mi nacimiento no había

sido de tu agrado. Aunque hasta esta noche no lo había escuchado de tu boca, me enteré por los cotilleos de la servidumbre, ya sabes... Me gustaría oír de tus labios cómo fue aquella noche.

Teón dio otro trago, pero el vino no rebajó la emoción de su voz.

—Era serena, limpia, con una luna rotunda. Tú no habías cumplido un año. Estuve escrutando el firmamento hasta muy tarde. Bajaba de mi observatorio cuando, en medio del silencio, escuché un ruido extraño que procedía de tu cuarto. Entre de puntillas y vi cómo contemplabas tus manos y emitías unos suaves gorjeos. Al verme, agitaste las piernas y me dedicaste una sonrisa que permanece fresca en mi recuerdo desde entonces; también tus ojos me sonreían. Esos hermosos ojos que desde entonces me tienen embelesado. —Teón dejó escapar un suspiro—. Como podrás comprobar, me estoy volviendo un viejo chocho.

—Estoy comprobando que tengo un padre maravilloso.

Apuró su copa y le pidió a Hipatia otro poco de vino.

—Cuéntame ahora qué dice ese horóscopo.

—¿Te interesa?

—Sí.

—No sabes cuánto me alegra oírlo. Revela muchas cosas, pero hay tres que he de decirte. La primera es que Venus estaba en posición descendente en el momento en que naciste; como puedes ver aquí —Teón señaló un punto concreto del pergamino—, lo ha estado en los momentos importantes de tu vida; a ello se une que las posiciones de las constelaciones del zodíaco apuntan en la misma

dirección que la señalada por Venus.

—¿Qué conclusión sacas de todo eso?

—Que no contraerás matrimonio.

En los labios de Hipatia apuntó una suave sonrisa.

—La posición de Venus ha sido menos importante que mi voluntad. Sabes que he rechazado propuestas de matrimonio por las que muchas otras mujeres hubiesen suspirado.

—Pienso que son los astros los que han determinado lo que tú consideras una decisión personal.

—Ya estamos en la disyuntiva de siempre. Según tú, mi decisión es consecuencia de una determinada alineación de los astros. ¿Y si hubiese decidido casarme?

—Pero lo cierto es que no lo has hecho.

—¡Porque no he querido!

—¡Porque los astros lo señalan!

Hipatia negó con la cabeza.

—¿Cuál es la segunda?

—Naciste un 23 de julio, al comienzo del dominio de la constelación del León, lo que significa que tu vida transcurre bajo la influencia del Sol. El astro rey ha marcado tu fortaleza y te ha convertido en una mujer atractiva, la luz más brillante de Alejandría. ¡Ah, si viviésemos otros tiempos!

—¿Qué me depara el futuro en relación con mi signo del zodiaco?

—Seguirás brillando a pesar de que vivimos tiempos en

que las negras alas del fanatismo se extienden por todas partes, pero habrás de tener mucho cuidado.

—Supongo que sí; lo que hoy ha ocurrido es muy grave y la osadía de esas gentes llega cada vez más lejos. ¿Y la tercera cosa?

Teón miró a su hija fijamente.

—Lo que dicen los astros no aparece con tanta nitidez. La conjunción de Saturno y Marte apunta en una dirección concreta, pero su posición permite cierto grado de especulación.

—¿Podrías ser más concreto?

—Has de saber que un grave peligro te amenaza, aunque no acabo de verlo con claridad. En tu horóscopo hay una extraña conjunción planetaria donde las posiciones del Sol, de Júpiter, de Mercurio y de Marte señalan una violencia tal que produce angustia, pero a la vez hablan de conocimiento y sabiduría, en el fondo vislumbro un templo y la imagen del César. Esto último es algo muy extraño que me tiene confuso. —Golpeó varias veces con su dedo índice en los círculos planetarios dibujados con precisión en el centro del pergamino—. ¡Todo es muy extraño! Los astros señalan que estás amenazada por un peligro real, tan oscuro que causa pavor, pero no alcanzo a comprender el papel de... de...

Teón no pudo seguir. La falta de aire lo ahogaba y sus ojos reflejaron una angustia repentina. Se llevó la mano al pecho y su copa rodó por el suelo produciendo gran estrépito.

—¡Padre!

Hipatia se levantó e intentó sostenerlo entre sus brazos

antes de que se desplomase.

—¿Qué te pasa?

Tenía el semblante crispado y pálido, abría la boca buscando aire, pero apenas podía respirar. Hipatia pedía a gritos un médico.

—Es inútil, hija. Esto se acaba.

A la llamada de Hipatia acudieron Cayo y otros dos criados. La escena los dejó momentáneamente paralizados.

—¿Qué ocurre? —preguntó el mayordomo.

—¡Rápido! ¡Que alguien avise a Protágoras!

Cayo hizo un gesto y uno de los esclavos salió a toda prisa. Teón negó con la cabeza, miró a su hija y le dijo:

—Escúchame con atención.

—Padre, no te esfuerces, Protágoras estará aquí enseguida.

—Protágoras no puede hacer nada, escúchame.

—No debes hablar.

Teón desoyó la recomendación de su hija. Respiraba con dificultad creciente y tuvo que hacer un gran esfuerzo para susurrarle al oído unas palabras.

—Cuídate, Hipatia —balbuceó con un hilo de voz—. Cuídate mucho y, sobre todo, ten cuidado con el César.

Le dedicó una sonrisa triste y expiró en sus brazos. Hipatia no pudo contener las lágrimas.

Ciudad del Vaticano, 1948

En el silencio solo se escuchaba el crujido del moaré de la púrpura de Su Eminencia el cardenal Silvio Piccolomini, presidente de la Sagrada Congregación del Santo Oficio[3]. Su aristocrática figura era el legado de muchas generaciones en la cumbre de la sociedad romana, aunque su prestancia en aquel momento había desaparecido y mostraba una imagen impropia de una persona de su rango. No paraba de ir de un extremo a otro de la Stanza della Segnatura, decorada con pinturas de uno de los mayores genios del Renacimiento: Rafael Sanzio. Su secretario permanecía inmóvil en un rincón. De no ser por su negro atuendo se hubiese confundido con alguna de las figuras del fresco.

—¿Qué hora es?

—Van a dar las doce, eminencia.

—¡Tan tarde!

—Sí, eminencia.

—¿Cuánto hace que esperamos?

—Casi dos horas, eminencia.

Piccolomini hizo un gesto de fastidio. Si no fuese porque había insistido en que era un asunto tan grave que no admitía demora, ya haría un buen rato que se habría marchado. Se detuvo ante el fresco *La Escuela de Atenas*, donde Rafael había plasmado, en el medio centenar largo de figuras que rodeaban a Platón y a Aristóteles, el espíritu del mundo que con el paso de los siglos acabó llamándose

clásico. Allí estaban los grandes filósofos del mundo antiguo como Diógenes, Plotino, Pitágoras, Parménides o Anaximandro, a los que el artista había puesto el rostro de algunos de sus contemporáneos. Su mirada se detuvo en una figura vestida de blanco que, ajena a las disputas en que estaban inmersos casi todos los demás, miraba hacia el espectador. Era una mujer.

—Sandro, ¿sabes quién es esa mujer?

El secretario miró a su alrededor.

—¿Qué mujer, eminencia? —preguntó extrañado.

—Esa. —Piccolomini la señaló con el dedo.

—¿La que está vestida de blanco?

—Sí.

—Se dice, eminencia, aunque sin mucho fundamento, que es Hipatia de Alejandría.

—¿Quién has dicho?

—Hipatia de Alejandría, eminencia.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Fue una filósofa y matemática contemporánea de san Cirilo. Su muerte...

El chasquido de un pestillo a sus espaldas hizo que interrumpiese su explicación.

—Disculpe, Su Eminencia. —Un clérigo, cuya roja botonadura y fajín del mismo color señalaba su dignidad episcopal, se acercó al príncipe de la Iglesia, hizo un amago de genuflexión y besó el anillo de la enguantada mano que Piccolomini le ofrecía.

—¡Llevo esperando más de dos horas! —protestó muy irritado.

—Pido disculpas a Su Eminencia, pero un asunto de extrema gravedad lo ha tenido ocupado más allá de lo previsto. Ya aguarda a Su Eminencia.

—¡Dos horas! —reiteró Piccolomini, enfatizando sus palabras con dos dedos alzados.

—Lo lamento mucho. Ruego a Su Eminencia que tenga la bondad de acompañarme.

Con paso rápido se dirigieron por las solemnes galerías del Palacio Apostólico hasta una puerta gigantesca. Allí, con gesto desabrido, Piccolomini se desprendió de su capa, que recogió el secretario, y avanzó sin vacilar.

Sentado tras una mesa impoluta, en la que solamente había un grueso cenicero de cristal de Murano, estaba un individuo enjuto, casi diminuto. El despacho era de grandes dimensiones, donde todos los detalles revelaban el enorme poder de quien desde allí ejercía sus funciones. Lo más llamativo de su figura era su nariz aquilina, sobre la que descansaban unas gafas redondas que le daban un aire anticuado. Físicamente era la antítesis de su visitante de aquella noche. Su apellido denunciaba su origen veneciano: se llamaba Giulio Contarini y era el secretario de Estado del Vaticano. Observó con sus ojillos de miope, sin disimular su malestar, cómo el cardenal responsable de la pureza de la fe y del mantenimiento de la ortodoxia se acercaba hasta él.

El semblante de Contarini denotaba un cansancio infinito. Sin levantarse, le ofreció con un gesto de su mano el sillón que había al otro lado de la mesa. Piccolomini aguardó a que estuviesen solos.

—¿Sabes cuánto rato llevo esperando? —se quejó.

Contarini consultó su reloj.

—Dos horas.

—¡Dos horas, Giulio, dos horas! —Otra vez acompañó sus palabras con los dedos de su mano.

—La audiencia con el Santo Padre se ha prolongado más de lo que suponía.

—¡Espero que lo que tienes que decirme merezca la pena!

Contarini no respondió. Sacó de uno de los cajones un sobre y lo deslizó sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

—Míralo.

Piccolomini extrajo un folio de papel grisáceo y tacto desagradable donde podía verse impresa la reproducción de un texto manuscrito.

—¿Es una página de ese maldito códice?

—Sí.

—¿Qué tiene de particular?

—Lo que se dice en ese texto.

Piccolomini miró a Contarini.

—Sabes que no leo copto.

El secretario de Estado sacó otro sobre más pequeño y se lo dio a su compañero del Colegio Cardenalicio. En el folio había unas líneas pulcramente mecanografiadas. El semblante de Piccolomini se ensombreció. Miró de nuevo el texto original en copto.

—¿Este fax corresponde a la traducción de esa página del código?

Contarini asintió apesadumbrado.

—¿Cuándo lo has recibido?

—A eso de las ocho. Lo primero que hice fue llamarte.

—¿Lo sabe Su Santidad?

—Esa es la causa de tu espera.

—¿Qué dice?

—Está muy preocupado; se ha retirado a su capilla para hacer oración.

Piccolomini dio un puñetazo en la mesa.

—¡No es momento de orar, sino de actuar!

—Eso lo ha dejado en nuestras manos.

—¿Qué piensas hacer?

—Todavía no lo tengo claro, por eso te he llamado. Aunque no lo parezca, estoy tan afectado como tú.

Silvio Piccolomini sacó del bolsillo de su sotana un paquete de cigarrillos y un macizo encendedor de oro. Encendió un pitillo y expulsó el humo lentamente.

—¿Has hablado con El Cairo?

—Sí, me dicen que todo está bajo control, pero después de esto yo no estaría tan seguro. Temo que en cualquier momento podemos encontrarnos con una desagradable sorpresa. Mañana mismo podríamos desayunarnos con un escándalo en la prensa.

Piccolomini se puso de pie y dio otra calada al cigarrillo.

—¿Por qué lo dices?

—Ese periodista, el tal Donald Burton, es un sensacionalista. Me han pasado un informe de las columnas que publica en el Daily Telegraph. ¡Imagínate lo que supondría para él desvelar una cosa como ésta!

—Ya sabes lo que pienso desde el principio. Si me hubieses hecho caso...

—Tal vez haya llegado el momento de mostrarnos más enérgicos —concedió Contarini de mala gana.

—¿Eso significa que tengo vía libre?

—No. Eso significa que estoy dispuesto a escuchar el plan que tienes elaborado.

El responsable de la moderna Inquisición se sentó de nuevo y aplastó el cigarrillo en el cenicero. Contarini lo miró por encima de las gafas, que se habían escurrido por su prominente nariz.

—Quiero conocerlo todo, Silvio, hasta los detalles más insignificantes. ¿Me he explicado con claridad?

—Tan claro como el agua, Giulio.

La reunión entre los purpurados, dos de los hombres más poderosos de la Iglesia católica, se prolongó hasta muy tarde. Silvio Piccolomini explicó con todo lujo de detalles el plan que tenía elaborado desde poco después de que tuviesen conocimiento de que en El Cairo había aparecido un viejo códice cuyo mejor destino era uno de los estantes más recónditos de la Biblioteca Secreta.

A las tres de la madrugada, Silvio Piccolomini, seguido por su secretario a dos pasos de distancia, como marcaba el protocolo, caminaba por los silenciosos pasillos del Palacio

Apostólico. Los soldados que prestaban su servicio de guardia lo saludaron inclinando sus alabardas, sin dar en el suelo los tres golpes establecidos en el reglamento. Bajó la escalinata de la Biblioteca Apostólica y salió a los jardines de la parte posterior. Notó en su rostro acalorado una reconfortante brisa nocturna. Subió al Buick negro y se acomodó en el asiento trasero.

—¿Adónde vamos, eminencia? —preguntó el chófer.

—A la vía del Corso.

La estridencia del teléfono lo sobresaltó. Estiró el brazo hacia la mesilla de noche, buscando el auricular que no dejaba de sonar.

—¿Quién coño llamará a estas horas? —farfulló somnoliento.

Tardó en descolgarlo; la mujer que dormitaba desnuda a su lado tiró de la sábana para tapar sus grandes senos como si el teléfono tuviese ojos.

—¿Dígame?

—¿Suleiman Naguib?

—¿Quién lo llama?

—Mi nombre es Sandro Martinelli.

—¿Quién diablos es Sandro Martinelli? ¡Sabe usted qué hora es en El Cairo!

—Supongo que algo más tarde que en Roma y aquí son las cuatro de la madrugada.

—¡Son las cinco! —gritó malhumorado.

—¡Pues espabile!

—¡Será cabrón!

—No sea grosero.

—¡Todavía no me ha dicho quién es usted!

—Soy el secretario del presidente de la Congregación del Santo Oficio.

Fue como si le hubiesen arrojado un cubo de agua fría.

—Lamento haberme propasado.

El secretario dejó de lado la disculpa y se limitó a indicarle:

—Le paso a Su Eminencia.

Mientras Naguib se incorporaba sobre el cabecero de la cama y notaba cómo unas pequeñas gotas de sudor perlaban su frente, Martinelli ofrecía el teléfono a su jefe, tapando el micrófono con la mano.

—Está al aparato, eminencia.

—Prego.

—Siempre a las órdenes de Su Eminencia.

Naguib parecía ya otra persona. Se mostraba deferente y su somnolencia había desaparecido. En aquellos segundos tomó conciencia de que si el propio cardenal Piccolomini estaba llamándolo en plena noche, tenía que ser por algo sumamente importante.

—¿Puede hablar?

—Por supuesto, eminencia.

—¿Está solo?

Miró a la joven que mantenía la sábana pegada a su cuello. Era una bailarina del vientre de un club del barrio de Tawfiqiya, con la que había ajustado pasar una noche. La muchacha le dedicó una sonrisa.

—Sí, eminencia, estoy solo, en la habitación de mi hotel.

—Muy bien, póngame al corriente de lo que ha hecho hasta ahora. Sin omitir detalles.

Naguib le explicó en qué habían consistido sus actuaciones.

—¿Boulder no ha dado respuesta a su proposición?

—No, eminencia; además, se niega a que el código salga de El Cairo sin haberse efectuado la transacción. Creo que trata de exprimir las posibilidades, jugando con la oferta de los ingleses. Por eso cumplí las instrucciones de presionarles para que abandonasen El Cairo lo antes posible.

—Muy bien, preste ahora mucha atención a lo que voy a decirle.

—Por supuesto, eminencia.

Naguib escuchó al cardenal en silencio. Conforme Su Eminencia desgranaba sus precisas instrucciones, notaba cómo el sudor empapaba su cuerpo y aumentaba la tensión que lo atenazaba. Piccolomini concluyó formulándole una pregunta:

—¿Necesita alguna aclaración?

—Sí.

—¿Dígame?

—¿Me ha dicho que solo pondré en marcha el plan en caso

de que ese último intento no fructifique?

—Exactamente. Primero haga un último intento, pero ha de ser mañana. ¡Ya hemos perdido demasiado tiempo!

—Entendido, eminencia.

Antes de cortar la comunicación el cardenal le indicó, como si fuese una cuestión menor:

—¡Ah! Una cosa más.

—Diga, eminencia.

—A partir de este momento usted depende directamente de mí. ¿Lo ha entendido?

—Perfectamente, eminencia.

Naguib escuchó el clic que indicaba que la comunicación se había cortado. Colgó el auricular, se volvió hacia la joven, apartó la sábana y contempló el hermoso cuerpo de la bailarina. Se inclinó sobre ella y la besó en el cuello mientras su mano descendía por el vientre. Estaba dispuesto a hacer otra vez el amor.

Xenobosquion, año 412

Eran muchos los años transcurridos, Papías no sabría decir cuántos, desde que había visto al patriarca por última vez. En Xenobosquion el tiempo era algo muy relativo y para un octogenario como él, a quien las dietas y el ascetismo habían acartonado el organismo, se trataba de una sucesión de días y de noches dedicadas a la meditación, la oración y el cuidado de su comunidad, cada vez más agitada por los enfrentamientos entre quienes aceptaban únicamente los evangelios considerados verdaderos, tras el acuerdo alcanzado en el Concilio de Hipona y quienes sostenían que se trataba de un expurgo interesado para desvirtuar aspectos importantes de la vida de Jesús.

Las disputas alertaron a Teófilo sobre la existencia de posibles herejes y de textos condenados. La importancia del cenobio de Xenobosquion hizo que el patriarca, pese a su avanzada edad, decidiese desplazarse hasta allí.

Anunció a Papías su visita; cuando entre la comunidad se difundió la noticia, la tensión entre los bandos enfrentados fue cada día mayor.

El único que parecía ajeno al bullicio y nerviosismo era el apa. Papías permanecía encerrado en su celda, como si la visita del patriarca no fuese un asunto de su incumbencia. Poco antes del mediodía, uno de los monjes que vigilaban desde las torres de la entrada dio la voz de alarma.

—¡Ya viene! ¡Ya viene!

El revuelo en el interior del recinto era extraordinario. El

hebdomario de guardia informó al vicario y éste acudió a la celda de Papías. Llamó suavemente en la puerta y con voz queda le anunció:

—Apa, el patriarca está llegando.

Varios monjes abrieron la empalizada y vieron cómo a lo lejos, sobre el limpio cielo del desierto, se levantaba una densa polvareda. Una hora más tarde, la comitiva del patriarca de Alejandría estaba a las puertas del cenobio. Papías recordaba a un Teófilo mucho más delgado; ahora tenía ante él una figura oronda. Se acercó a la litera sostenida por esclavos nubios y lo miró fijamente sin humillar la cabeza. La rica indumentaria del patriarca, seda y brocado, ofrecía un vivo contraste con el tosco sayal del monje y la regordeta imagen de Teófilo era la antítesis del ascético perfil de Papías.

Teófilo, ayudado por varios de los ministros de su numeroso séquito, echó pie a tierra. El apa se acercó hasta él y le dio la bienvenida.

—Paternidad —Papías utilizó el tratamiento propio del patriarcado—, para esta humilde comunidad es un inmerecido honor tu presencia. Todos los hermanos alabamos tu generosidad porque somos conscientes de que te acucian múltiples obligaciones.

Teófilo, a quien no había gustado que aquel monje sucio y desaliñado no se inclinase ante él, alzó la mano para impartir una bendición. Lo hizo como una estratagema porque Papías tendría que hincar la rodilla en tierra, como en efecto hizo.

—La primera de mis obligaciones es velar por la pureza de la fe y por eso he viajado hasta este apartado lugar. — Teófilo aferraba con la mano izquierda el hombro del apa,

para mantenerlo arrodillado, y alzaba la otra con un dedo admonitorio, acompañando con el gesto la rotundidad de su afirmación.

Había bastado el primer cruce de palabras para dejar claro que el encuentro no iba a resultar fácil.

Teófilo y Papías se vieron en una pequeña celda a puerta cerrada, cara a cara, sin testigos. Así lo había exigido el patriarca.

Fuera la tensión era muy alta. Una parte importante de la comunidad estaba al lado de su apa, pero un grupo de monjes, próximo al medio centenar, se le enfrentaba abiertamente y se mostraba sumiso a los acuerdos de Hipona. Le decían a Papías que ellos no eran quiénes para enfrentarse a los máximos responsables de la Iglesia, incluidos el obispo de Roma y los patriarcas de Constantinopla y Alejandría.

Los dos hombres cruzaron una mirada dura, se estaban desafiando con los ojos. Papías decidió que por nada del mundo los bajaría. La crispación de Teófilo era perceptible en la tensión de su mandíbula; se sentía incómodo en el reducido espacio de aquella celda.

—Te supongo enterado de cuáles son los textos que recogen la verdadera palabra de Dios.

Papías asintió con un ligero movimiento de cabeza. Al patriarca no le pareció suficiente.

—No he escuchado tu respuesta.

—A pesar de lo apartado de este cenobio, hemos tenido noticia de los acuerdos alcanzados en Hipona acerca de los textos que constituyen las Sagradas Escrituras. Sin

embargo, ignoramos los criterios que se han utilizado para hacer la selección.

—¡Eso es una impertinencia!

—¿Desde cuándo a la verdad se le da tan extraña denominación?

—¡Has pasado de la impertinencia a la insolencia!

—No pretendo mostrarme insolente, paternidad, me he limitado a señalar que desconozco los criterios utilizados para efectuar el expurgo.

—¡Expurgo dices, insensato! ¿Pretendes cuestionar el criterio de los padres conciliares? ¿Osas discutir los cuidadosos planteamientos de los patriarcas y los obispos para establecer el canon? ¿Acaso te propones desafiar la autoridad de las iglesias de Alejandría, Constantinopla, Jerusalén, Antioquía y Roma?

—Nada más lejos de mi ánimo, paternidad.

—¡Entonces obedece! ¡Esto es una cuestión de fe!

—Con todos mis respetos a Tu Paternidad, he de decirte que no acabo de verlo con claridad.

—¡Rechazas los acuerdos del concilio!

—En absoluto, paternidad.

—Entonces, ¿por qué dices que no aparecen claros los criterios utilizados para determinar los textos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento?

—Respecto del Antiguo Testamento, nada tengo que decir.

—¿Tienes objeciones sobre el Nuevo?

Papías titubeó ante la pregunta, dejó escapar un suspiro y

con voz pausada respondió:

—Sí, paternidad.

Teófilo entrecerró los ojos como si deseara mejorar su visión. Le había sorprendido tanta sinceridad.

—¿Sabes que los padres conciliares han establecido que esos veintisiete textos son la verdad revelada?

—¿Por qué la verdad revelada ha recaído sobre esos textos y no sobre otros?

—Porque sus autores han recibido el soplo del Espíritu.

—¿Afirma Tu Paternidad que sus autores han escrito por inspiración divina?

—¡Exacto, Papías! ¡Fue el mismísimo Espíritu divino quien los iluminó!

El papa quedó en silencio, como si rumiase las últimas palabras de Teófilo. Al cabo de un rato, alzó la mirada con una molesta sensación de agobio.

—¿Cómo se ha discernido que el Espíritu iluminó a Lucas, a Marcos, a Mateo o a Juan y no lo hizo con Felipe o Tomás?

—¡Ya te lo he dicho, es una cuestión de fe! —gritó el patriarca.

Papías no se alteró; se limitó a mirar al patriarca y, con voz suave pero firme, respondió:

—A veces, la fe es el recurso para convertir en verdad indiscutible lo irracional.

—¿Rechazas la fe?

—Rechazo la rigidez de quienes la utilizan como la capa de

su intransigencia.

La respiración de Teófilo era cada vez más agitada.

—Tus palabras desprenden un tufillo peligroso.

—¿Va Tu Paternidad a acusarme de herejía y aplicarme los decretos imperiales promulgados por Teodosio en Tesalónica?

El patriarca se sentó otra vez y paseó la mirada por la celda sin encontrar lo que buscaba.

—¿No hay nada que beber?

Un asceta como Papías no reparaba en tales cuestiones.

—Pido disculpas por mi falta de hospitalidad, aguarda un momento.

Abandonó la celda para regresar poco después. Traía un cantarillo y dos pequeños cuencos de barro.

—Es vino de pasas rebajado con agua, nuestra bebida para las grandes celebraciones.

Teófilo bebió con ansiedad. Su ánimo se conturbó al percatarse de que Papías no bebía y lo miraba con aire bonachón. El papa era persona condescendiente con las debilidades del prójimo.

El patriarca dejó el cuenco y, dando a su voz un tono más sosegado, le preguntó:

—¿Cuáles son tus objeciones al canon establecido?

El monje reflexionó unos segundos antes de responderle con otra pregunta:

—¿Puedo expresarme con sinceridad?

—Puedes.

—¿Tengo garantías?

—Tienes mi palabra.

Papías tenía sobrados motivos para dudar de la palabra del hombre que tenía delante. Las historias que se contaban sobre el comportamiento de Teófilo no apuntaban, precisamente, a que fuese respetuoso con ella; sin embargo, decidió exponerle su punto de vista. Midió cuidadosamente sus palabras.

—La selección realizada en Hipona responde, en mi opinión, a criterios interesados...

—¿Cómo osas decir una cosa así? —Teófilo tomó el cantarillo y llenó otra vez su cuenco.

—Has preguntado por mis objeciones al canon y no has puesto obstáculos para que me exprese con sinceridad, paternidad. ¿Puedo continuar?

—Continúa.

—Los padres conciliares han querido resaltar el papel de Pedro, como discípulo de Jesús. Sus esfuerzos han estado encaminados a señalar que él fue el discípulo designado por Jesús para asumir la primacía sobre los demás.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Que somos muchos los que estamos convencidos de que Pedro era una buena persona, pero nada más. Sabemos que las preferencias de Jesús apuntaban en otra dirección. Pedro, como la mayor parte de los apóstoles, estaba asustado los días de la Pascua en que Nuestro Salvador fue crucificado; tan asustado que negó por tres veces que fuera su discípulo.

—Lloró amargamente su pecado —defendió el patriarca.

—Es cierto, como hacen muchos pecadores y no por eso se les considera más que a otros. ¿Dónde estaba cuando Jesús cargó con la cruz camino del monte Calvario? ¿Dónde estaba cuando fue crucificado? ¿Dónde cuando murió en la cruz? ¿Dónde cuando fue sepultado y cuando resucitó? ¿Dónde estaba en todos esos momentos que configuran el pilar más importante de nuestra religión?

Teófilo había bebido con avidez el vino de su segundo cuenco; estaba cada vez más agobiado y respiraba con dificultad.

—Tu Paternidad —prosiguió Papías— lo sabe tan bien como yo y como lo saben todos los que leen las Escrituras. Pedro, como la mayor parte de los apóstoles, estaba aterrado y escondido.

—Era un hombre. Vivió un momento terrible y reaccionó como cualquier ser humano.

—¡No! ¡Como cualquier ser humano, no! —Por primera vez Papías levantaba la voz—. Hubo quien mostró valentía y decisión.

—No te entiendo. —Teófilo tenía de nuevo la garganta seca.

—¿Quién acompañó a Jesús cuando cargó con la cruz? ¿Quién estaba a su lado cuando caminó hacia el monte Calvario? ¿Quién estaba junto a él, al pie de la cruz, cuando expiró? ¿Quién cuando fue bajado de la cruz y quién fue la primera persona en acudir al sepulcro para llorar su pérdida y se encontró con que había resucitado?

—Los evangelios señalan que, en esos momentos terribles, eran varias las personas que estaban junto al Salvador —replicó el patriarca, antes de escanciar más vino en su

cuenco.

—Cierto que algunos evangelios señalan a personas diferentes, si bien todos coinciden siempre en una de ellas, pero los padres conciliares han decidido quitarle importancia porque entienden que la divinidad de Jesús, después de la controversia con Arrio, cuya herejía se mantiene viva y pujante en grandes zonas del imperio, puede quedar manchada con ciertas realidades de su vida terrenal.

—¿A qué te refieres?

—No disimules, sabes de sobra a quién me estoy refiriendo.

—¡Dilo! —gritó el patriarca.

—A una mujer, a la persona más relevante de su vida.

—¡Esa es una interpretación errónea!

—Sé que la verdad es dura, pero es la verdad y, a pesar de todos los intentos, no han podido hacerla desaparecer. Se está tergiversando todo para acomodarlo a los intereses de una Iglesia protagonizada por Pedro y por Pablo, una Iglesia concebida por hombres, planificada por hombres y falseada, en elementos de suma importancia, por hombres.

—¡Basta, Papías, basta! ¡Te lo acabo de decir, eso no es más que una interpretación!

—No lo es y lo sabes. —El apa se había puesto de pie—. El Evangelio de Felipe está escrito por uno de sus discípulos. Por el contrario, los tres que denomináis sinópticos fueron escritos por discípulos que no conocieron en vida a Jesús, que no recorrieron junto a El los caminos de Galilea, que no durmieron al raso en los campos de Palestina, que no

compartieron con El la cena en que quedó instituida la eucaristía. ¡Felipe sí estaba allí, pero lo habéis postergado porque en su texto María Magdalena aparece como la persona en quien el Maestro tenía depositada la mayor confianza!

—¡Cállate! —gritó Teófilo, con el rostro encendido por la ira.

—Fue ella quien estuvo al lado de Jesús, cuando cargó con la cruz —prosiguió el monje—. Fue ella quien estuvo al pie de la cruz y la que allí continuaba cuando expiró. Fue ella quien ayudó a llevar el cadáver para darle sepultura y también ella la primera que acudió al sepulcro y recibió la buena nueva de la resurrección. Fue ella, porque le correspondía como su preferida, ya que Jesús la distinguía de los demás.

—¡Calla! ¡Estás blasfemando!

—¡No, Teófilo, yo no blasfemo! ¡Todos vosotros lo sabéis bien! ¡Lo que ocurre es que ese Jesús humano y sensible no encaja en vuestro esquema! ¡En vuestro intento de sepultar a los arrianos habéis deformado la figura del Maestro!

—¡Calla de una maldita vez! ¡Te lo ordeno!

—¿Te suenan estas palabras? —Papías se puso a recitar—: «Las mujeres escuchen en silencio las instrucciones y óiganlas con entera sumisión, pues no permito a la mujer hacer de doctora en la Iglesia, ni tomar autoridad sobre el marido; mas estese callada en su presencia... Las mujeres callen en las asambleas, porque no les es permitido hablar allí, sino que deben estar sumisas, como dice también la ley... Pues es cosa indecente en una mujer hablar en una asamblea». ¿Te suenan? O tal vez estas otras: «La mujer

oiga la instrucción en silencio, con toda sumisión. No permito que la mujer enseñe ni domine al hombre. Que se mantenga en silencio. Porque Adán fue formado primero y Eva en segundo lugar. Y el engañado no fue Adán, sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión».

—¡Calla! —gritó el patriarca una vez más.

—Son palabras de Pablo de Tarso en la primera de sus epístolas a Timoteo. Si lo habéis santificado, ¿cómo ibais a consentir que una mujer fuese la figura principal de la Iglesia?

—¡Estás corrompido, Papías!

—¡No, Teófilo! Los corrompidos sois vosotros que para enmascarar una verdad que no os gusta, habéis convertido en prostituta a la amada de Jesús. Habéis inventado la virginidad de María, cuando todos sabemos que Jesús tuvo hermanos, hijos de esa madre que pretendéis virginal, para dejar a Magdalena en un segundo plano; porque en vuestra Iglesia, dominada por los paulinos, la mujer ha de guardar silencio y permanecer sumisa. A estas alturas de mi vida que se acerca a su fin, solamente tengo una duda.

—¡Blasfemo!

—¿No deseas saber a qué me refiero?

Papías desafió con su mirada a un desconcertado Teófilo que se dirigía a la puerta para comprobar con estupor que estaba atrancada. El papa había tomado precauciones cuando salió en busca del vino.

—Ignoro si vuestras perversas maquinaciones están dictadas por el terror que os produce que se conozca el papel desempeñado por María Magdalena en la vida de Jesús y por esa causa habéis proclamado en Hipona una

doctrina contraria a la mujer, o es vuestro rechazo a la mujer el que os lleva a deformar el papel de María Magdalena en relación con Nuestro Salvador, presentándola como una licenciosa prostituta que hubo de hacer penitencia el resto de su vida.

Teófilo, incapaz de controlar sus nervios, aporreaba la puerta y gritaba para que alguien abriese.

Desde el exterior, unas voces descompuestas le indicaban que se hiciese hacia un lado. Mientras echaban abajo la puerta, Papías escanció un poco de vino en su cuenco y lo bebió con un sosiego que en aquellas circunstancias resultaba incluso pasmoso.

La puerta, arrancada de sus goznes, cayó con estrépito, levantando una pequeña polvareda. Varios parabolanos, armados con porras, irrumpieron en la celda.

—¡Paternidad! ¿Qué te sucede? ¿Por qué gritas?

El patriarca se limitó a señalar con un dedo acusador hacia donde estaba Papías.

—¡Prendedlo por hereje y por blasfemo!

En pocas horas habilitaron un local derribando las paredes de adobe que separaban varias celdas. Teófilo rechazó la posibilidad de celebrar el juicio en el refectorio porque no quería demasiado público. La tensión entre los partidarios y los enemigos del apa se había desatado con fuerza.

En el estrado, formando el improvisado tribunal, estaban, además del propio Teófilo, dos clérigos; uno pertenecía a su séquito y el otro era un monje de pelo hirsuto y mirada penetrante, llamado Panonios. Cirilo, que ejercería funciones de secretario, tomó asiento a un lado del

estrado, tras una mesa pequeña donde se veía un tintero, varios cálamos y una provisión de papiros.

El anciano apa estaba de pie; a su espalda una docena de monjes y una fila de parabolanos controlaba la entrada para evitar el acceso de la comunidad que se agolpaba en el exterior. La tensión era tan grande que el patriarca deseaba despachar aquel asunto con la mayor brevedad.

Teófilo indicó a Cirilo que procediese y el secretario formuló al acusado unas preguntas rutinarias para identificarlo, luego dio lectura a un breve texto:

—«Hoy, que se cuentan tres días de los idus de agosto del cuarto año del mandato del emperador Teodosio, segundo de su nombre, comparece ante su reverencia Teófilo, patriarca de Alejandría, Papías, apa del cenobio de Xenobosquion acusado de los delitos de herejía y blasfemia. El susodicho Papías sostiene, en contra de lo establecido en el canon treinta y seis del Santo Concilio de Hipona, que existen otros evangelios, negando que los padres conciliares señalaron de forma inequívoca cuáles son los textos considerados Sagradas Escrituras y prohibieron que fuera de ellas nada más se lea en las iglesias, salvo lecturas piadosas referidas a la vida de los mártires en los días en que se celebran sus aniversarios. Igualmente sostiene como verdaderos determinados principios, así como hechos relacionados con la vida de Nuestro Salvador Jesucristo contenidos en textos considerados espurios y falsos y, como tales, condenados por los santos padres conciliares.

»Forman este tribunal que preside el patriarca, el hermano Quirón del séquito de Su Paternidad y el hermano Panonios miembro de la comunidad cenobítica de Xenobosquion.

»Su Reverencia Teófilo, patriarca de Alejandría, como suprema autoridad de las diócesis que constituyen la provincia de Egipto, ha ordenado la detención del acusado y su comparecencia ante este tribunal eclesiástico constituido bajo la autoridad de su presidencia en la fecha señalada en el encabezamiento.

Concluida la lectura, Cirilo miró al patriarca. Teófilo se dirigió al acusado, que había escuchado impasible la lectura.

—¿Tiene el acusado algo que alegar?

Papías no respondió y Teófilo repitió la pregunta, sin obtener tampoco respuesta. Contrariado, preguntó por tercera vez:

—¿Tiene al acusado algo que alegar en su defensa?

El papa mantuvo su silencio.

—En tal caso, que proceda la acusación.

Panonios se puso de pie y Papías trató de disimular su tristeza al ver que uno de los monjes en quien tenía depositada su confianza se convertía en su acusador. Se ajustó el cordón que ceñía su hábito y señaló con el dedo a su superior.

—Hace muchos meses llegó tu orden indicando qué lecturas debían ser desterradas de las celebraciones. Los numerosos evangelios utilizados por las distintas iglesias quedaban reducidos a cuatro porque eran los revelados, los que recogían la verdadera palabra de Dios. Solo serían utilizados los de Marcos, Lucas, Mateo y Juan. Se sumaban catorce de las epístolas del apóstol Pablo, el Apocalipsis de Juan, los Hechos de los Apóstoles y también otras siete epístolas de los apóstoles Pedro, Santiago y Juan. Todos

los demás libros, incluidos numerosos textos a los que se daba el nombre de evangelios, quedaban prohibidos porque su contenido se alejaba de la verdad. En ese grupo entraban obras como el llamado Evangelio de Tomás, el de Felipe o el de María; también el denominado Apócrifo de Juan, la Oración de Pablo, el Evangelio de la Verdad o el Tratado de la Resurrección. Sin embargo, el papa de este cenobio, ese hombre que hoy comparece ante Tu Paternidad, el que mayor obligación tenía de cumplir el mandato de los padres conciliares, se negó a darle cumplimiento. En nuestra iglesia han sido esos falsos evangelios los que han marcado las lecturas de la liturgia, a pesar de que únicamente uno de ellos, el de Juan, ha sido considerado palabra de Dios, mientras que los otros deforman la realidad de la vida, el mensaje y la verdadera sustancia de Jesucristo Nuestro Señor. Ésa fue la razón por la cual te hice llegar el malestar que reinaba en buena parte de esta comunidad y que con tu sabiduría y autoridad pusieses fin a prácticas tan heréticas impulsadas por el acusado, porque la mala semilla se extiende con rapidez, como ocurrió con las maldades propuestas por otros grandísimos herejes como en el caso de Arrio.

Papías no daba crédito a lo que escuchaba. ¡Jamás lo hubiera pensado de Panonios! Nunca se manifestó contrario al contenido de los textos que ahora rechazaba ante el patriarca.

Teófilo se removió inquieto en su asiento. El discurso le parecía demasiado largo para sentenciar un caso que deseaba concluir sin dilaciones. El mismo había escuchado de boca del acusado las razones por las que comparecía. Temió que Panonios se pusiese a hablar de otros herejes.

—Abrevia —le ordenó.

El monje titubeó un momento y concluyó con voz vacilante:

—Eso... eso es todo, paternidad.

—¿Tienes algo que alegar en tu defensa?

Papías se percató de las prisas del patriarca. Lo miró desafiante.

—Sí, paternidad.

—¡Habla entonces! —le ordenó con voz desabrida.

—Supongo que Tu Paternidad se habrá dado cuenta de que hay un fondo común en los evangelios a que ha aludido Panonios.

—¿Qué quieres decir?

—Que se trata de los evangelios de quienes compartieron con el maestro su vida terrenal: los apóstoles Juan, Felipe y Tomás, y el Evangelio de María Magdalena, una mujer cuya importancia en la vida del Maestro se cuestiona, pero que a los padres conciliares les ha sido imposible eliminar porque el escándalo hubiese superado todo lo conocido hasta el presente. Se trata de testimonios directos de personas que estuvieron al lado del Maestro, no como en el caso de los tres que han sido seleccionados, pertenecientes a Marcos, Mateo y Lucas, todos ellos posteriores a la presencia del Maestro en la tierra. ¿Cuáles han sido los criterios de selección? —preguntó un Papías desafiante.

—No estás aquí para formular preguntas, sino para responder de tus herejías.

—¡Yo te lo diré, Teófilo! El criterio ha sido eliminar todo lo que ponga en cuestión lo establecido por el Credo de

Nicea, aunque ello signifique deformar la verdad.

—¿Puedo deducir de tus palabras que rechazas la divinidad de Jesucristo?

—No he dicho tal cosa.

—¡Explícate!

—Es muy sencillo, Teófilo. Cuando un texto revela aspectos de la naturaleza humana del Maestro, tratáis de ocultarlo.

—El Concilio de Nicea no rechazó la naturaleza humana de Jesucristo.

—Pero molestan ciertos elementos de su humanidad.

—¿Como cuáles?

Papías dudó un momento y buscó las palabras:

—Jesús también se dejaba llevar por sus sentimientos.

Teófilo lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Sostienes que tuvo relaciones con Magdalena?

Papías suspiró.

—Eres tú quien lo ha dicho; yo estaba pensando en su justa cólera cuando expulsó a los mercaderes del Templo. Pero ya que señalas su relación con Magdalena, no tengo inconveniente en afirmar que habéis falseado casi todos los aspectos de la personalidad de esa mujer, presentada por numerosos textos como compañera del Maestro.

—¿Afirmas que Jesucristo se dejó vencer por la tentación de la carne?

—El Evangelio de Felipe indica las preferencias de Jesús por ella, la consideraba una iniciada a la que impartía

enseñanzas especiales y también que la besaba en la boca.

—¡Eso es blasfemia!

—En tal caso no soy yo el blasfemo, sino el apóstol Felipe.

—¡Blasfemo contumaz!

—¡No, Teófilo! La verdad es que, desde hace décadas, habéis degradado la imagen de Magdalena con el propósito de anular todo vestigio de la relación que mantuvo con el Maestro. Y lo habéis hecho porque esa imagen de la mujer más importante en su vida no cuadra a vuestros propósitos, pero su figura es tan relevante que no habéis podido anularla.

—¡Estás delirando!

—No, estoy señalando lo que se recoge en los evangelios que habéis considerado verdaderos, tras el expurgo que conviene a vuestros propósitos.

—¡Blasfemo! —Teófilo se puso en pie—. ¡Encerradlo! ¡Encerradlo donde nadie pueda escuchar sus blasfemias! ¡Él mismo se ha condenado!

Mientras dos parabolanos lo sacaban a rastras, Papías le gritó:

—¡Estáis falseando la verdad!

Teófilo se encerró en una celda, necesitaba reflexionar. Al filo de la medianoche unos suaves golpes en la puerta llamaron su atención. Tomó un candil y se acercó sigiloso.

—¿Quién va?

—Paternidad, un monje desea hablarte —respondió uno de los guardianes que vigilaban ante su puerta.

—¿A estas horas?

—Como he visto que todavía tenías luz... —se excusó.

Sin abrir la puerta, preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Eutiquio, paternidad.

El patriarca abrió la puerta y vio al monje con la cabeza gacha. Teófilo alzó el candil para verlo mejor.

—¿Qué quieres?

—Hablar con Tu Paternidad.

—¿A estas horas?

—Prefiero que no haya testigos de mi visita.

—¡Habla! —le ordenó—. ¿Qué tienes que decirme?

—Lo que tengo que decirte solo debe escucharlo Tu Paternidad.

El patriarca miró a sus parabolanos.

—¿Lo habéis registrado?

—De arriba abajo.

—Está bien, pasa. Y vosotros, estad atentos.

Teófilo cerró la puerta, dejó el candil en una repisa y le preguntó:

—¿Qué tienes que decirme?

La explicación de Eutiquio fue detallada, y cuando concluyó, Teófilo lo sometió a un largo interrogatorio. Al cabo de dos horas el patriarca rebosaba satisfacción. Al despedirlo le ordenó:

—Ni una sola palabra, ¿lo has entendido?

—Sí, paternidad.

Apiano observó atónito cómo Eutiquio abandonaba la celda donde estaba instalado Teófilo. Ahora sabía por qué no estaba en su yacija cuando fue a buscarlo para acudir a la llamada de Papías. El anciano apa había conseguido hacerle llegar un recado a través del guardia que vigilaba su encierro. Corrió a la celda donde custodiaban al apa y el monje lo dejó pasar. Entristecido, le contó lo que acababa de ver. El anciano permaneció en silencio unos minutos.

—Necesito recado de escribir. ¡Rápido, Apiano, no pierdas un instante!

—¡Pero el monje no me dejará traerte tinta y papel!

—Te dejaré, si lo unes a la mitad del dinero que tenemos guardado y se lo entregas.

Poco después regresó con una hoja de papiro, un pequeño cuerno de tinta y un cálamo. Papías garabateó unas líneas y sopló sobre el texto para que la tinta se secase rápidamente; hizo un rollo y se lo entregó, a la par que le daba instrucciones muy precisas. El monje asentía con ligeros movimientos de cabeza. Antes de marcharse, se hincó de rodillas y el apa lo bendijo.

Apiano, con los ojos arrasados por las lágrimas, miró al anciano que durante tantos años había sido el faro que iluminó su pensamiento. Era consciente de que no volvería a verlo. Antes de abandonar la celda Papías le dijo:

—¡Ahora todo depende de ti!

Al día siguiente, Teófilo dictó sentencia. Papías era

despojado de su condición de apa del cenobio y se le condenaba a encierro e incomunicación de por vida en una de las celdas que había en los sótanos de la residencia del patriarca. Allí, recluso, a pan y agua, pasaría el resto de su vida.

Eutiquio fue nombrado nuevo apa. Los parabolanos de Teófilo lograron que quienes se mostraban reticentes se ablandasen.

A los monjes les llamó la atención que el patriarca no pusiese más empeño en buscar textos heréticos. Aparecieron algunos de ellos, pero no se encontró rastro de los considerados más peligrosos. Al cuarto día de su estancia en Xenobosquion Teófilo decidió regresar a Alejandría. Era allí donde tenía que buscar lo que Papías le había ocultado. Se llevó consigo al hereje, encerrado en una jaula, como si fuese un peligroso animal.

Una semana más tarde, cuando el cortejo llegó a Licópolis, Teófilo visitó al vidente que había predicho la victoria de Teodosio en la batalla de Frígido; mantuvo un encuentro con él que se prolongó por espacio de dos horas. A la mañana siguiente, al reemprender la marcha, encontraron a Papías muerto en su jaula.

El Cairo, 1948

El profesor me llamó mucho antes de la hora que habíamos fijado para cenar. Recibí la llamada justo cuando acababa de salir de la ducha y me frotaba la cabeza con la toalla; era una costumbre que había convertido casi en un ritual.

—¿Burton?

—Al aparato.

—Me ha llamado Boulder desde el Papyrus Institute.

—¿Qué quiere?

—Dice que ya tienen el informe.

Me extrañó que los egipcios hubiesen hecho el trabajo en tan pocas horas.

—¿Tan pronto?

—Sí. A mí me ha sorprendido tanto como a usted. No sé lo que habrán hecho, pero insiste en que ya tienen el informe.

—¿Le ha anticipado algo?

—Nada. Lo único que me ha dicho es que me esperan en el instituto a las nueve en punto.

Consulté la hora.

—Eso significa que tendremos que posponer la cena.

—Exacto.

—En tal caso, nos vemos en el vestíbulo dentro de veinte

minutos.

A las nueve menos cinco el taxi nos dejó en la orilla izquierda del Nilo, junto al puente que unía aquella ribera con la isla de Roda, muy cerca del instituto y frente al Jardín Botánico. Prefería caminar unos metros, siguiendo mi costumbre de no apearnos en el lugar al que íbamos. La noche se había cerrado sobre El Cairo y el lugar estaba poco concurrido y menos iluminado. Sin apenas darnos cuenta varias sombras salieron de los jardines y nos rodearon. Segundos después, apareció Naguib y se acercó a nosotros.

—Veo que no han hecho caso de mis educadas advertencias. ¿Van a obligarme a ser más persuasivo?

—¡Usted no es quien para...! —inicié una protesta que cortó con suavidad.

—¿Para invitarles a que se marchen de El Cairo?

—¡Usted nos ha amenazado! —exclamó Ann.

Naguib la miró de arriba abajo.

—Lamento que hayan interpretado mis palabras como una amenaza —comentó con descaro—. En cualquier caso, sepan que no habrá una tercera vez. Les aconsejo tomar el primer vuelo para Londres. Sale pasado mañana a las ocho y media y hace escala en el aeropuerto de Ciampino. Espero que esta vez no echen en saco roto mis consejos.

Empecé a barruntar quién podía estar detrás de las amenazas. Naguib hizo un gesto a los individuos que nos habían cercado y desaparecieron tan rápidamente como habían aparecido. Se perdían ya entre la vegetación del Botánico cuando Ann le gritó:

—¡Suleiman!

Naguib tardó unos segundos en volverse.

—¿Sí?

—Nada, nada.

Hizo un gesto de contrariedad y desapareció entre las sombras de la noche.

—¿Por qué lo has llamado? —le pregunté a Ann.

—Para confirmar algo que empiezo a sospechar.

—¿Qué?

—Ese tipo es italiano y no se llama Naguib.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la forma en que ha pronunciado el nombre del aeropuerto de Roma y porque, cuando lo he llamado, ha tardado unos segundos en reaccionar. Cuando llamas a alguien por su nombre la respuesta es más inmediata.

—¿Eso te da alguna pista?

—Confirma las sospechas del profesor.

Best la miró con la frente arrugada.

—¿A qué sospechas se refiere usted?

Ann decidió ponerle nombre a lo que todos sabíamos desde que Best reveló el contenido de aquella página del Evangelio de Felipe, mientras degustábamos el excelente té de Groppi, aunque ninguno nos habíamos atrevido a hacerlo.

—A que es el Vaticano quien está detrás de las amenazas y ellos son los que presionan a Boulder e incluso lo están

intimidando. Lo único que me extraña es que los agentes del servicio secreto del Vaticano no se hayan apoderado todavía del código.

—¿Agentes del servicio secreto del Vaticano? —preguntó Best inquieto.

—¿Duda que el Vaticano disponga de un servicio secreto, profesor?

—Por supuesto.

—Pues es uno de los mejores del mundo.

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

—He trabajado con ellos.

Best no dijo nada, se dio la vuelta y echó a andar. En la puerta del Papyrus Institute nos aguardaban Boulder y los dos técnicos. El profesor no se había equivocado en sus apreciaciones.

La reunión fue muy breve, casi clandestina. Los técnicos certificaron la autenticidad de la tinta y avalaron la antigüedad de las hojas de papiro del código. En su informe señalaban algo tan evidente que hasta un ignorante en la materia como yo podía certificar: los textos procedían de dos copistas diferentes, «según se deducía de los rasgos de la escritura».

Boulder entregó el informe al profesor junto a un sobre amarillo de papel recio donde aparecía la palabra Kodak. Quedamos en vernos al día siguiente, a las nueve de la mañana, en su tienda de antigüedades. Boulder se excusó por convocarnos a una hora tan temprana, pero afirmaba que tenía una cita ineludible a mediodía y otra reunión por la tarde.

Cinco minutos después de la hora fijada estábamos sentados en el despacho del anticuario ante unas humeantes tazas de té. Ann había pedido agua. Boulder parecía algo recuperado, aunque su aspecto denunciaba una mala noche.

—Solamente falta un requisito para certificar, sin el menor margen de duda, la autenticidad del códice.

El anticuario dejó de remover su infusión.

—¿Qué quiere decir con que falta un requisito?

—Necesito saber, con el mayor detalle posible, las circunstancias de la aparición del códice.

El anticuario se relajó, debió pensar que se trataba de algo más grave.

—Si es eso lo que quiere saber, puedo garantizarle que las conozco con todo detalle.

—¡Eso es magnífico, Boulder! Me interesan todos los detalles. Los testimonios del pasado nos hablan mucho mejor cuando conocemos su entorno.

Comenzó a explicarnos, con todo lujo de detalles, una larga historia. He de reconocer que jamás pensé que tuviera tan excelentes dotes de narrador. Lo que nos contó el anticuario era tan vivido como si estuviésemos en el cine viendo una película.

—Parece ser —comenzó Boulder— que todo empezó una mañana de diciembre de hace ya más de dos años. Un campesino llamado Muhammad Ali Samman abandonó su casa con las primeras luces del día. Lo acompañaba un hermano más pequeño, llamado Omar. Su destino era un

farallón montañoso a menos de media milla de la orilla del río. Allí se estrellaban las inundaciones que dos veces al año provocaban las crecidas del Nilo, extendiendo los limos fertilizantes por sus riberas.

Comenzaron a trabajar. Sus azadones entraban limpiamente en aquella tierra negra que el paso del tiempo había convertido en el preciado sabaj, un humus fertilizante que los campesinos de la zona utilizaban como abono para sus cosechas. Después de un buen rato, la azada de Muhammad rebotó al golpear algo sólido. Tanteó una superficie dura con el mocho del azadón. Rastrilló un poco y se topó con una superficie plana. Omar miraba a su hermano apartar la tierra con las manos hasta que apareció una superficie arcillosa, renegrada por el contacto con el oscuro sabaj. El joven se sumó entonces a la tarea, los dos hermanos apartaron la tierra con las manos hasta que sacaron la urna. Era pequeña y estaba sellada con brea. Por lo que me contaron, Muhammad vacilaba y fue Omar quien alzó la azada y descargó un golpe sobre la tapa con todas sus fuerzas, rompiéndola. Lo que vieron en su interior les produjo una gran desilusión: eran unos viejos libros.

El profesor se removi6 inc6modo en su sill6n.

—Cuando regresaban con suficiente sabaj para sus cebollinos —prosigui6 Boulder—, llevaban en un rinc6n del carro, envueltos en la manta, los c6dices que habían pulverizado sus ilusiones. El papiro viejo y seco serviría para prender el fuego del hogar.

Boulder dio un sorbo a su t6. Hacía rato que ya estaba frío, aunque no pareci6 importarle demasiado. Best no podía quejarse, sus explicaciones estaban siendo exhaustivas.

—Unos días más tarde, el imam de la aldea, apareció por la casa de Muhammad. Su esposa le dijo que aún no había regresado de sus tareas, pero que no tardaría mucho. Le ofreció una taza de caldo que el imam aceptó.

La espera no fue larga. En la conversación que mantuvieron, que era por un asunto que nada tenía que ver con el hallazgo, el imam se enteró de que habían encontrado unos viejos libros. En realidad —matizó Boulder— solo quedaba uno porque los demás habían servido para alimentar el fuego del hogar.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Ann.

El anticuario se encogió de hombros y prosiguió:

—El imam le recriminó haber hecho tal cosa y consiguió que Muhammad le prometiese ir a entregarlos a la policía de Nag Hammadi. Tengo que decirles que los egipcios en general, y los campesinos en particular, son muy reacios a tener contactos con la policía, piensan que eso siempre trae complicaciones —aclaró Boulder.

—¿Dónde está Nag Hammadi? —preguntó Ann.

—Es una ciudad cercana a la antigua Luxor, en otro tiempo se llamó Xenobosquion —le explicó Boulder.

—Disculpe la interrupción.

Boulder apuró su té. Debía estar helado.

—Según tengo entendido, en un primer momento, el imam no le concedió mucha importancia, pero aquella misma noche volvió a la casa de Muhammad.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Ann.

—¡Algo increíble! —exclamó Boulder satisfecho con la expectación que su narración había despertado entre

nosotros.

Sacó un puro y lo encendió con parsimonia, consciente de que era el centro de nuestras miradas. El anticuario disfrutaba con la explicación. Se recreaba con todo lujo de detalles en la historia de los códices encontrados por aquellos campesinos. Expulsó la primera bocanada de humo con una delectación casi morbosa.

—¿Va a decirnos que ocurrió? —lo apremió Ann.

Dejó escapar un suspiro y susurró:

—Al final fue a parar a sus manos por unas pocas piastras.

»Con el códice en su poder vino a El Cairo con el propósito de ganarse una buena suma. Era consciente de su antigüedad, aunque no podía calibrar su valor. Acudió en busca de un viejo conocido: un profesor, llamado Raghíb, que redondea sus ingresos con el comercio de antigüedades y quien, por lo que he escuchado, trató de engañar al imam. Pero el clérigo era un hueso duro de roer.

—¿Cómo sabe usted eso? —le preguntó Best.

Boulder miró al profesor con aire de suficiencia y una media sonrisa en la boca.

—Usted no puede imaginarse lo que es el mundillo de las antigüedades en esta ciudad. Basta que una mosca levante el vuelo para que todo el mundo se entere. Aunque también es cierto que circulan muchos rumores falsos. A veces se ponen en circulación con el propósito...

—¿Qué pasó con el códice? —le pregunté sin la menor consideración. No deseaba que nos ilustrase sobre los entresijos del mercado de las antigüedades.

Boulder me miró con cara de pocos amigos, pero respondió a mi pregunta.

—Raghib le hizo una oferta que el imam rechazó, amenazándole con llevarse el códice.

—¿Qué iba a hacer con él un clérigo rural?

—Ese imam, por lo que he sabido, tiene otros contactos en El Cairo porque simpatiza con el partido WADF.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó Ann.

—Son nacionalistas egipcios. Sostienen que la independencia del país es más teórica que práctica. Están enfrentados al monarca por su sometimiento a Gran Bretaña y por la corrupción que rodea a Faruk. El imam, que había contado a alguno de ellos la razón de su presencia en El Cairo, consiguió por esa vía un posible comprador.

—¿Qué pasó al final? —le pregunté.

—Raghib logró convencerlo de que tenía alguien que podía hacerle una oferta mejor. ¡Ese alguien era yo! —exclamó satisfecho.

Best asintió con ligeros movimientos de cabeza.

—He de decirles que las negociaciones no fueron fáciles. Como les he indicado ese imam es duro de pelar. Así es como ese códice llegó a mi poder.

Las palabras de Boulder sonaron a conclusión del relato. Los deseos de Best de saber cómo había llegado el códice a sus manos estaban sobradamente satisfechos, pero no los míos. Mi instinto periodístico me decía que allí había una historia mucho más complicada, que el propio anticuario había calificado de increíble cuando Ann le

preguntó qué había ocurrido cuando el imam regresó a casa del campesino. Pensé que ese otro individuo que según el anticuario había estado dispuesto a comprar el códice podía ser también una pista para llegar a quien estaba detrás de Naguib.

—¿Le importaría responderme a una pregunta?

—Dispare, ¿no es eso lo que dicen ustedes en el argot periodístico?

—¿Sabe usted quién era el individuo que, según nos ha dicho, estaba dispuesto a comprar el códice?

Comprobé que la pregunta le había molestado al ver cómo se le tensaba la mandíbula.

—Es uno de sus competidores.

—¿Nuestros competidores?

—Si entonces tenía interés, ahora está obsesionado por hacerse con el códice.

—¿Le importaría decirme su nombre?

—¿Lo dice en serio? —El tono era una burla, por eso decidí tirarme a fondo.

—Supongo que no será una argucia de vendedor.

—¡Se llama Günther, es alemán y vive aquí desde hace cuatro años! —gritó enfadado.

No sabía si me había dicho la verdad o me estaba mintiendo.

Alejandro, año 412

A sus cuarenta y un años Hipatia era una mujer hermosa, su físico seguía siendo atractivo para los hombres. Ayudaba a su belleza el ejercicio físico que practicaba en su casa, después de que el gimnasio, donde, además de debatir y conversar, se hacían ejercicios físicos, hubiese corrido la misma suerte que el teatro, el circo o las termas; en materia de costumbres, el patriarcado de Teófilo se había mostrado inexorable. Amparado por los decretos imperiales, tras la destrucción del Serapeo, en cuyo solar, después de un largo abandono, se levantaba ahora una iglesia cristiana dedicada a san Juan, había cerrado, uno por uno, todos los templos de las antiguas deidades. Los paganos, como se denominaba ahora despectivamente a los cada vez más reducidos grupos de gentes que se aferraban a las viejas creencias, apenas tenían resquicios para vivir según sus principios.

Después de la muerte de su padre, pasó casi un año retirada en la villa de Eleusis. Allí recibía a algunos amigos atraídos por el neoplatonismo con los que departía en interesantes veladas. Con el paso de los años a Hipatia le interesaba cada vez más la filosofía, como sistema de ideas que permitía el ejercicio de la razón en sus cotas más elevadas. Durante aquellos meses de relativo retiro analizó a fondo los planteamientos filosóficos de Pitágoras y su escuela, que iban mucho más allá del estudio de las matemáticas. El pitagorismo estaba relacionado con ciertos cultos a los que solo tenían acceso los iniciados.

Su regreso a Alejandro supuso la vuelta a sus actividades.

Impartió de nuevo clases de matemáticas, dos días por semana, a grupos de alumnos elegidos y daba algunas conferencias que, con solo anunciarse, levantaban una extraordinaria expectación. Sus admiradores decían que en ella se daban la mano el espíritu de Platón y el cuerpo de Venus.

Estaban a punto de llegar los idus de octubre y el otoño hasta entonces había mostrado su cara más placentera, la mañana era agradable y una suave brisa traía olores marinos hasta el aposento donde Hipatia trabajaba con uno de los textos del cuarto volumen de las Enéadas. Era un pequeño tratado donde Plotino interpretaba, según las ideas de Platón, uno de los principios del sistema pitagórico. Preparaba una conferencia para mostrar cómo los pitagóricos influían en el pensamiento de los seguidores de Platón.

La sobresaltaron unos gritos estridentes que llegaban desde la calle. Salió a la terraza y vio una turba de monjes, empuñando bastones, picas y espadas, que avanzaban vociferantes como una marea negra. Incluso desde la seguridad del lugar donde se encontraba, sus voces y amenazas infundían temor. Hasta sus oídos llegó el lúgubre tañido de las campanas que se elevaba por encima de la turbamulta. Desde hacía algunos años se las veía colgadas en los lugares más elevados de los templos cristianos; las tocaban para llamar a sus celebraciones. Hipatia pensó que debía de ocurrir algo muy grave. Los gritos de los monjes se perdían ya al final de calle. Se disponía a bajar para enterarse de la causa de aquel alboroto cuando Cayo apareció en la terraza. Estaba sofocado porque había subido las escaleras a toda prisa y por el peso de los años. Su presencia confirmó sus sospechas.

—¿Conoces la noticia?

—No, ¿qué sucede?

—El patriarca Teófilo llegó ayer a Alejandría; regresaba de un largo viaje por las tierras altas.

—¿A qué ha ido?

—Al parecer, deseaba visitar algunos cenobios donde los monjes no se adaptan a las nuevas normas establecidas por sus obispos.

—¿Todo ese jaleo tiene que ver con su regreso?

—Vuelve muy enfermo y, apenas se ha conocido la noticia, han comenzado los disturbios.

—¿Tan grave está?

—Parece que sí.

—¿Quiénes se enfrentan?

—Los partidarios de Timoteo y los de Cirilo, que se disputan la sucesión en el patriarcado.

Hipatia se encogió de hombros.

—En realidad, no hay grandes diferencias.

—Cirilo es más exaltado —matizó Cayo.

—¿Las tropas del prefecto no intervienen?

—Como es habitual desde hace tiempo, no se las ve por ninguna parte. Yo vengo del puerto, donde he sido testigo de una pelea.

—Tal vez Teófilo esté ya muerto —aventuró Hipatia.

—¿Por qué lo dices?

—Las campanas de sus iglesias suenan tristes, ¿no las oyes?

Hipatia había acertado. Teófilo, después de un cuarto de siglo de patriarcado, murió aquella mañana. Durante los dos días siguientes la tensión fue constante en todos los rincones de Alejandría, aunque los enfrentamientos entre los partidarios de Cirilo y de Timoteo no pasaron de simples escaramuzas mientras se velaba el cadáver del patriarca; cuando la tormenta estalló fue a la conclusión de las exequias del difunto.

Las calles de la ciudad se habían convertido en un lugar peligroso también a la luz del día. La conferencia de Hipatia sobre el mundo de los pitagóricos se había suspendido, en prevención de posibles altercados, ante la excitación reinante. Los enfrentamientos eran cada vez mayores conforme pasaban las horas. Los más violentos eran los protagonizados por grupos de monjes que se aporreaban sin la menor consideración. Al tercer día la pelea se había situado en torno a la iglesia de San Miguel, en la Vía Canópica.

—¿En San Miguel? ¿Por alguna razón especial? —preguntó Hipatia a Cayo.

—Allí va a celebrarse la elección del nuevo patriarca.

—¿Tan pronto? Todavía está caliente el cadáver de Teófilo.

—La tensión es insoportable, ama. Las calles se han convertido en campos de batalla y en las iglesias los clérigos excitan a las masas según sus preferencias. Cuanto antes acabe todo esto mucho mejor. Además, he oído decir que Cirilo tiene prisa por hacerse con el control

de la situación. Teme la llegada de monjes de los cenobios del desierto partidarios de Timoteo.

—Para convertirse en patriarca, hará lo mismo que su tío: impedirá que voten los que no son fieles a su persona — comentó Hipatia.

Cayo, que a pesar de la edad continuaba con sus funciones de mayordomo, estaba bien informado. En los alrededores de la iglesia de San Miguel, una de las más importantes de la ciudad, levantada sobre un antiguo templo dedicado a Cronos, dios del tiempo, se había congregado una muchedumbre. El lugar estaba abarrotado por partidarios de los dos candidatos y por muchos curiosos. En el templo se encontraban los sacerdotes y los diáconos que tenían derecho de voto, y en la puerta los monjes de Petrus, un tosco individuo que se había convertido en el brazo derecho de Cirilo desde hacía unos meses, controlaban la entrada. Actuaba como jefe de los parabolanos y tenía experiencia de cómo actuar en aquellas circunstancias. Sus monjes solo permitían el paso de los que eran leales a Cirilo. En la calle se escuchaban los gritos procedentes del interior, reveladores de que el debate estaba en su punto culminante. Los aplausos y los silbidos se sucedían continuamente.

La llegada de un grupo de sacerdotes acompañados por medio centenar de monjes partidarios de Timoteo, dispuestos a entrar a todo trance, desató la batalla. La furia de los coléricos monjes encontró respuesta en los bastones de los parabolanos de Petrus. El enfrentamiento se extendió rápidamente entre la muchedumbre, que daba rienda suelta a sus preferencias y emociones. Los alrededores de San Miguel se convirtieron en un campo de batalla, mientras en la iglesia se elegía al nuevo patriarca

de Alejandría.

Los parabolanos, hechos a la pelea callejera, se mostraban eficaces en la defensa de su posición, aunque las embestidas de los partidarios de Timoteo no cejaban. De repente arreciaron los gritos en el interior del templo y los que peleaban vacilaron. Instantes después las puertas de la iglesia se abrieron. Fue como si una mano invisible actuase sobre la muchedumbre: la lucha cesó y se hizo un momentáneo silencio. Un clérigo, revestido con todos sus ornamentos litúrgicos, apareció sobre la escalinata, rodeado de diáconos. Carraspeó dos veces y luego gritó:

—¡Cirilo es patriarca de Alejandría!

Los monjes de Petras prorrumpieron en aclamaciones. Sus rostros tenían una expresión feroz. Más que júbilo por la proclamación de su candidato se adivinaba un peligroso deseo de venganza. Poco a poco, la plaza se convirtió en un clamor:

—¡Cirilo! ¡Cirilo! ¡Cirilo!

Muchos abandonaron el lugar apesadumbrados, pero muchos más permanecieron allí para aclamar al sobrino de Teófilo, que se había hecho con el dominio de una de las sedes más importantes del mundo cristiano, una de las que disputaban al obispo de Roma la primacía sobre la cristiandad.

Entre los que se marcharon con el corazón oprimido por la angustia estaba un monje que había asistido al acontecimiento, sin participar en la reyerta. Recogía en una coleta trenzada su largo pelo negro donde ya aparecían canas y vestía un hábito pardo, raído y polvoriento; terciado sobre su costado llevaba un zurrón de piel de cabra. Durante más de una hora deambuló por

el laberinto de callejas que se extendían entre la iglesia de San Miguel y la zona portuaria. No encontraba la referencia que buscaba y acabó en una perdida calleja. Al ver a dos marineros que salían de una casa se acercó a preguntarles; estaba a pocos pasos, cuando llamaron su atención unas pinturas en el dintel que lo dejaron paralizado. Unas mujeres exhibían sus cuerpos sin pudor. Uno de los individuos, con voz gangosa, exclamó divertido:

—¡Amarilis te la chupará por dos ases! ¡Si quieres follártela, tendrás que pagarle el doble!

Apiano, pues de él se trataba, se detuvo perplejo, dio media vuelta y abandonó el lugar a la carrera, como si hubiese visto al diablo. A su espalda escuchaba las carcajadas de los dos individuos. Corrió sin parar durante un buen rato hasta que, jadeante, llegó a una plaza de grandes dimensiones rodeada por edificios que habían conocido tiempos mejores. Estaba desierta. A su derecha se abría un largo puente que conducía hasta la isla que había al otro lado del puerto, donde se alzaba el imponente Faro que tanta fama había dado a la ciudad. Se apoyó en una columna y necesitó varios minutos para recuperar el resuello. Lo sobresaltó un ruido metálico a su espalda; era un anciano de barba canosa que con mucha dificultad había entreabierto una hoja de la enorme puerta de acceso a lo que quedaba de la antigua biblioteca. Llevaba una brazada de rollos de papiro y pergamino. El monje lo miró suspicaz, pero se decidió a preguntarle:

—Disculpa. ¿Podrías decirme dónde estoy?

El anciano apretó los rollos contra su pecho. También él recelaba del monje, quien le explicó:

—No soy de aquí, me he perdido y solo busco una

dirección.

Sus palabras no relajaron al anciano, por lo que el monje añadió:

—Mi nombre es Apiano vengo de un cenobio que hay en Xenobosquion.

—¿Xenobosquion? ¿Dónde está eso?

—Aguas abajo del Nilo, más allá de Luxor.

El anciano se acarició la barba.

—¿Qué quieres saber?

—Dónde estoy, pero sobre todo cómo puedo llegar a casa de Hipatia, la hija de Teón el astrólogo.

La sorpresa se sumó al recelo que brillaba en sus ojos.

—¿Por qué quieres ir a casa de Hipatia?

—Tengo que entregarle un mensaje.

Otra vez se acarició la barba con aire caviloso.

—¿Nunca has estado en Alejandría?

—Vine hace mucho tiempo, acompañando al papa de mi cenobio. Se llamaba Papías.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Papías.

—¡Papías! —exclamó el anciano como si hubiese hecho un descubrimiento.

—¿Lo conocías?

—¡Claro que lo conocía! ¡Trabajaba aquí, en la Biblioteca!
¡Era el mejor escriba! ¡No sé por qué le dio aquel arrebató

y se fue al desierto!

El recelo del anciano se había convertido en cordialidad.

—¿Traes un mensaje de Papías para Hipatia?

—Así es.

—¡Ven, acompáñame! Te llevaré hasta su casa. Mi nombre es Olimpio.

Tardaron un buen rato porque Olimpio buscó un camino seguro para ir desde el Ágora hasta la mansión de Hipatia. Era mejor evitar las calles principales tomadas por los partidarios de Cirilo, que celebraban el ascenso de su jefe al patriarcado. Muchos estaban ebrios y un encuentro podía resultar desagradable.

Cuando llegaron a su destino la noche había caído, pero la fachada de la casa de Hipatia relumbraba como un ascua en medio de la oscuridad. Era una de las pocas mansiones de Alejandría en las que se mantenía la vieja costumbre de encender faroles cuando llegaba la noche. Muchos habían dejado de hacerlo, unos por temor y otros siguiendo las instrucciones del patriarca Teófilo, quien había ordenado que con las primeras sombras las campanas de los templos llamaran a la oración y se diese por concluida la jornada. La noche era el dominio de las tinieblas y de los demonios, lo conveniente era recluirse en las casas y esperar la llegada del nuevo día. Era también una medida contra las grandes cenas y las celebraciones nocturnas, consideradas por los cristianos como orgías donde el desenfreno conducía al pecado y a la ofensa de Dios.

En la puerta había algunas literas y varios caballos al cuidado de un nutrido grupo de esclavos. La mansión estaba muy concurrida y Olimpio tuvo que insistir para que

Cayo saliese.

—Entiéndelo, Olimpio, ese monje tendrá que esperar a que termine la reunión. Si quieres, me haré cargo del mensaje.

Apiano descartó esa posibilidad. Él no tenía prisa y aguardaría hasta que Hipatia pudiese recibirlo. Agradeció al viejo bibliotecario su ayuda, y se dispuso a esperar. El mayordomo le preguntó si había comido.

—Lo último que ha entrado en mi estómago fueron unas raíces que conseguí en las afueras de la ciudad; eso fue ayer al mediodía.

—Acompáñame.

Cayo se lo llevó a la cocina, donde le sirvieron una escudilla con sopas de ajo, un tasajo de carne y un trozo de queso con una rebanada de pan. Una de las esclavas le ofreció un cuenco con vino que Apiano rechazó. Tanta comida le pareció un banquete, y a pesar del hambre comió con mesura. Le ayudaba a ser morigerado el ascetismo que presidía la vida del que hasta hacía pocas fechas había sido su cenobio.

Al filo de la medianoche Cayo apareció por la cocina.

—Sígueme, mi ama te espera.

La animación que había cuando llegó con Olimpio había dado paso al silencio. Los invitados se habían marchado e Hipatia lo aguardaba en una sala del ala de la casa que se abría al jardín. Al principio no reconoció al monje, quien se presentó como uno de los que acompañaron a Papías en su anterior visita.

—Recuerdo que con él venían dos monjes.

Apiano asintió.

—Éramos Eutiquio y yo.

—¿Cómo está Papías?

En pocas palabras la puso al corriente de los últimos acontecimientos y le hizo entrega de la carta que el apa le había confiado. Hipatia leyó las líneas que el anciano había garabateado con mano temblorosa, alzó la vista y preguntó al monje:

—¿Estás seguro de que es lo mejor?

Apiano se encogió de hombros.

—Lo que yo piense carece de importancia. Ni siquiera sé lo que el apa dice en esa carta, pero por nada del mundo dejaría de cumplir su voluntad.

Hipatia asintió con un leve movimiento de cabeza. Sentía un profundo respeto por aquel viejo escriba que había renunciado a los placeres terrenales por sus ideas.

—¿Por qué Eutiquio se ha comportado de esa manera?

—Porque la ambición ha corrompido su alma. Desde hace algún tiempo, conforme aumentaban los problemas del apa ante la creciente influencia de los seguidores de Teófilo, se mostraba huidizo. Papías había notado que en Eutiquio se estaba experimentando una transformación.

—¿Sabes que Teófilo ha muerto?

—Me enteré ayer, cuando estaba cerca de Alejandría. También sé que han elegido a Cirilo como patriarca.

—¿Cuándo partirás?

—Lo antes posible. Tengo que cumplir la voluntad del apa y no puedo fiarme porque nada ha cambiado con la muerte de Teófilo. El sobrino es peor que el tío.

—Esos textos están seguros aquí, porque no les resultará fácil entrar en esta casa, pero cumpliremos el deseo de Papías. Partirás mañana y te proporcionaré una escolta que te proteja hasta que estés a una distancia prudente de Alejandría.

Poco después del amanecer, Hipatia, que había permanecido toda la noche encerrada en la biblioteca, le entregó los códices que su padre y ella habían custodiado durante muchos años; también le dio una bolsa con veinte denarios de plata, una cantidad de dinero que Apiano jamás había visto junta. A media mañana se puso en camino.

Necesitó treinta y dos jornadas para llegar a Xenobosquion. Allí, el anciano Setas y sus hijos lo acogieron y le dieron malas noticias: Papías había sido condenado como hereje y Teófilo se lo llevó enjaulado como si fuera un animal. También que, cuando estaban en Licópolis, lo encontraron muerto en la jaula.

—Corre el rumor de que fue estrangulado por orden del propio Teófilo. —Las lágrimas habían asomado a los ojos del anciano.

El monje tuvo que hacer un esfuerzo para contener las suyas. Después de un breve silencio, le preguntó:

—En el cenobio ¿cómo están las cosas?

—El nuevo papa es Eutiquio.

—Es el pago por su traición.

Los campesinos lo miraron en silencio. En sus rostros se adivinaba una mezcla de preocupación y miedo.

—Durante semanas nos han estado vigilando.

—¿A vosotros? —preguntó Apiano inquieto.

—Sí, patrullas de monjes han recorrido los contornos en tu búsqueda.

—¿Me han buscado por aquí?

—Por aquí y por todos los alrededores. Ahora hay menos movimiento, pero yo no me fiaría.

Apiano supo que su vida no valdría nada si alguno de los secuaces de Eutiquio lo localizaba y también que estaba poniendo en un grave aprieto a aquellas gentes que lo habían acogido. En tales circunstancias tenía que decidir el destino de los textos que llevaba consigo.

A pesar del riesgo que suponía darle cobijo, Setas no consintió que dejase la cabaña. Pasó la noche muy inquieto, casi sin pegar ojo. Al amanecer había tomado una decisión.

—Antes de marcharme, tengo que pedir os un último favor.

—¿Qué deseas?

—Necesito que me compréis una urna de barro y una azada.

Cuando los hijos de Setas regresaron con el encargo, se despidió de ellos agradeciéndoles su hospitalidad. Antes de marcharse les entregó casi todo el dinero que le quedaba. Los campesinos no daban crédito a su buena suerte: para ellos era una pequeña fortuna. Apiano, cargado con el zurrón de piel de cabra donde guardaba los códices, con la urna y la azada, un pellejo con agua y algo de comida, se alejó campo través para evitar algún encuentro desagradable. Caminó media jornada y cuando el sol ya declinaba se acercó a la ribera del Nilo y compró a unos pescadores un poco de brea de la que utilizaban para

calafatear el casco de sus embarcaciones.

Luego se alejó por una vereda de cabras, hasta un lugar apartado, un farallón montañoso que se alzaba a unos tres estadios de la ribera del Nilo, donde se estrellaban las crecidas del río. Colocó los manuscritos en la urna, la selló con la brea, cavó un profundo hoyo y allí la dejó escondida. Disimuló las huellas de su actuación y se alejó del lugar.

Se internó en el desierto y caminó en busca de un sitio a propósito en el que dedicarse a la oración, apartado del mundo. Nunca más se supo de él.

Aleandría, año 413

En las semanas siguientes a su elección, Cirilo se centró en acabar con la enconada resistencia de los partidarios de Timoteo; muchos de ellos no aceptaban su victoria. Las calles de Alejandría fueron testigo de reyertas continuas y en muchas ocasiones se tiñeron de sangre. Los asuntos se amontonaban sobre su mesa de trabajo.

Un día de febrero, Hipatia y el patriarca coincidieron en un acto público organizado por Orestes, el nuevo prefecto imperial. Concluida la ceremonia con un desfile, se sirvió un refrigerio. Cirilo hizo un comentario despectivo acerca de las mujeres que abandonaban los cuidados del hogar para dedicarse a lo que él consideraba tareas propias de hombres; iba dirigido a Hipatia, que lo miró burlona.

—¿Podrías decirme quién determina las tareas que han sido asignadas a los hombres y a las mujeres?

—Todo está en las Sagradas Escrituras —afirmó con suficiencia el patriarca—. Pablo en su carta a los corintios dice que las mujeres han de callar en las asambleas, incluso afirma que no les está permitido tomar la palabra y que su actitud ha de ser de sumisión, como se señala en la ley. Si quieren aprender algo, que se lo pregunten a sus propios maridos en la intimidad de sus casas. —Y sentenció haciendo suyas las palabras del apóstol—: Es indecoroso que la mujer hable en la asamblea.

Hipatia era consciente de que se trataba de una provocación. Conocía a Cirilo desde los tiempos ya lejanos en que, como secretario de su tío, había participado en la

destrucción del Serapeo. Lo había imaginado muchas veces, con el corazón encogido, dirigiendo en el Estadio la quema de los textos de la biblioteca de aquel santuario del saber.

—Observo que concedes a ese Pablo todo el crédito.

—Por supuesto.

—¿Acaso está en posesión exclusiva de la verdad?

—Esa carta de Pablo, junto a otras salidas de su pluma, está incluida en el Nuevo Testamento.

—¿El Nuevo Testamento? ¿Qué es eso? —preguntó Hipatia con ironía.

Cirilo apretó la boca y sus labios desaparecieron. Su semblante había cobrado un aspecto hostil.

—Son los textos que, en un concilio, los obispos han establecido que contienen la palabra de Dios. Son los principios de la doctrina predicada por Cristo.

Hipatia dio un sorbo al vino de su copa y asintió con leves movimientos de cabeza que el patriarca interpretó equivocadamente. Su pregunta lo sorprendió:

—¿La opinión de esos obispos basta para darles una garantía absoluta de veracidad?

—¡Esos textos forman parte de las Sagradas Escrituras! — Su tono sugería que la afirmación no necesitaba demostración.

—¿Por qué se ha determinado que esos textos y no otros son sagrados?

—¡Acabo de decírtelo! —exclamó incómodo.

—No, no me lo has dicho. Te has limitado a afirmar quién

lo ha hecho, pero no los criterios utilizados para hacerlo.

—¿Pones en duda la autoridad de los padres conciliares?

—Pongo en duda todo lo que no requiera una explicación. Todo lo que sea el resultado de una elección que podría haber tenido un sentido diferente. Lo que verdaderamente me importa son las razones en que se fundan las decisiones.

—¡La razón está en su autoridad! —exclamó Cirilo algo irritado.

—Eso suena en tu boca tan evidente como si afirmases que el sol sale todos los días.

—En efecto, es algo tan evidente como que el sol sale todos los días.

Muchos de los invitados se habían acercado hasta ellos. Resultaba extraordinario ver juntos al máximo representante de la Iglesia en Alejandría y a aquella mujer que simbolizaba un mundo y unas formas de vida contrarias a las que Cirilo proclamaba. El corro formado a su alrededor era cada vez más numeroso.

—Sin embargo, yo no veo la evidencia. ¿Serías tan amable de explicármela?

El patriarca era consciente de que Hipatia estaba tendiéndole una trampa, pero no podía calibrarla. La veía como la serpiente que tentó a Adán y Eva en el paraíso terrenal. Decidió ser cauto.

—¿Una mujer como tú necesita tal tipo de aclaración?

—Pido disculpas por mi ignorancia, pero desconozco los criterios utilizados para que esos textos formen lo que has denominado Nuevo Testamento. ¿Por qué éstos y no otros?

Muchos de los presentes pueden atestiguar —paseó su mirada por la concurrencia— que en Alejandría, hasta hace muy poco, las mujeres debatían en el Ágora y participaban en las asambleas, ¿por qué ahora hemos de callar y mantenernos sumisas? ¿A qué ley alude ese Pablo?

—¡A la ley de Dios!

—¿Qué dios?

—¡El único y verdadero! —exclamó Cirilo cada vez más alterado.

—¿Te refieres al dios que murió crucificado y abandonado por sus seguidores?

—¿Cómo te atreves?

Los ojos del patriarca brillaban coléricos. No estaba acostumbrado a que alguien le replicase. A su alrededor solo había asentimiento. Hipatia, por el contrario, se mantenía serena, como si se hubiese preparado para el encuentro. Extendió los brazos y comentó con voz suave:

—¿Acaso no es eso lo que dicen esas escrituras que tú consideras sagradas?

El silencio era expectante.

Hipatia añadió:

—Aunque esas mismas escrituras señalan que no todos sus seguidores lo abandonaron en su horrible suplicio y que, entre sus discípulos, las mujeres mostraron más entereza que los varones.

—¿Qué sabes tú de eso? —preguntó despectivo.

—Lo que he leído.

Cirilo se quedó mirándola fijamente y un recuerdo cobró

vida en su mente. ¡Habían sido tantos los avatares en los pasados meses que no había prestado la debida atención a aquel asunto! Pensó que la providencia divina estaba proporcionándole una excelente ocasión para saldarlo.

—¿Dónde lo has leído?

Hipatia se dio cuenta de que ahora era el patriarca quien intentaba atraparla en sus redes. Tal vez había ido demasiado lejos, porque lo había leído en los textos de Papías, el viejo apa, quien había recomendado mantener absoluta discreción.

—Supongo que en uno de los muchos textos que circulan sobre la vida y doctrina de Jesús.

—¿A cuál de ellos te refieres? —preguntó malicioso.

Hipatia trató de escabullirse.

—No podría precisártelo. ¡Hace tanto tiempo!

Cirilo no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente.

—Trata de recordar.

Hipatia no necesitaba hacerlo, pero aparentó hacer memoria.

—Creo que era uno de esos textos que habéis adoptado como la verdad absoluta.

—¡Son las decisiones de los padres conciliares! —la interrumpió el patriarca.

—Ya te lo he dicho, Cirilo, desconozco sus criterios —replicó tratando de llevar la conversación a sus planteamientos iniciales, pero el patriarca no estaba dispuesto a soltar la presa.

—¿Podrías ser más concreta? Eso que dices está en otros

textos o ¿es que temas debatir?

Los fundamentos de Hipatia actuaban en su contra. Educada en los principios de las viejas escuelas de filosofía, sostenía hasta el final la argumentación racional de sus posiciones. No podía seguir escudándose en una defensa tan poco brillante. Muchos de los presentes esperaban de ella algo más que un repliegue y dejar el campo al patriarca, que quedaría como vencedor. Al final, se impuso la filósofa que llevaba dentro y pasó al ataque. Además, los textos ya estaban a salvo.

—No recuerdo con exactitud dónde se afirmaba que fueron unas mujeres seguidoras de Jesús quienes lo acompañaron en su suplicio. Pero recuerdo con seguridad un texto titulado Evangelio de Felipe, donde se afirmaba que Jesús sentía una especial predilección por una de esas seguidoras, que se llamaba María Magdalena.

Cirilo acusó el golpe, pero creyó que aquella mujer impertinente había caído en sus redes.

—¿Posees ese texto?

—Ya no lo tengo.

El clérigo estaba convencido de que le mentía.

—¿Cómo es que te deshiciste de él?

—No tengo interés en conservar en mi biblioteca ciertos escritos.

El patriarca supo que se le había escapado, pero estaba convencido de que era en la biblioteca de Hipatia donde estaban los textos que Teófilo y él no habían encontrado en Xenobosquion. Esos eran a los que se refería Eutiquio, cuando confesó a Teófilo que Papías los había llevado a Alejandría. Ya tendría tiempo de ajustar aquella cuenta,

ahora buscó humillarla.

—¿Esa María Magdalena es la prostituta que perfumó los pies de Cristo como forma de mostrar su arrepentimiento por sus graves pecados?

—No lo sé. Simplemente me limito a responder a tu pregunta acerca de dónde leí algo referente a los seguidores de Jesús escrito por uno de ellos y, por lo que tengo entendido, ese Felipe conoció a Jesús, cosa que no ocurre con Pablo.

—¿Qué quieres decir?

Hipatia se encogió de hombros.

—Pienso que habéis rechazado el texto del primero y dado crédito al del segundo.

—¿Ves en ello algún problema?

—Acabo de decírtelo; el primero conoció a Jesús, el segundo no.

—No te comprendo, ¿adónde quieres ir?

—A que, contra toda lógica, rechazáis la fuente más fiable. Supongo que eso cuadra mejor a vuestros intereses.

—¿A qué clase de intereses?

—A los que configuran una religión donde ese Pablo hace afirmaciones como las que explicabas antes. En cualquier caso, en el texto que yo leí en el Evangelio de Felipe se afirmaba que Jesús amaba a esa María Magdalena más que a los demás discípulos y también que la besaba en la boca.

Cirilo no pudo contener su cólera.

—¡Eso es una blasfemia!

Hipatia iba a replicar, pero el prefecto imperial intervino. Orestes, cuyas relaciones con el patriarca no eran buenas, no deseaba que la conversación, muy tensa, se transformase en una agria disputa.

—¿Conocéis las últimas noticias de Constantinopla?

Cirilo se encogió de hombros, mientras que Hipatia respondía:

—¿A cuáles te refieres?

—A las medidas contra la piratería. Al parecer, la flota imperial ha emprendido una amplia operación. La osadía de los piratas es cada vez mayor después del saqueo de Roma por Alarico. La destrucción de la ciudad ha influido gravemente en el comercio del Mediterráneo occidental y ahora atacan los mercantes que surcan nuestras aguas.

Aunque aquello afectaba y mucho a una ciudad como Alejandría, cuyo puerto era de los más importantes del imperio, el asunto no despertó el interés de los congregados, mucho más excitados por la polémica entre la matemática y el patriarca. El corro se deshizo rápidamente y Cirilo se despidió farfullando una excusa, y dirigiendo una rencorosa mirada a Hipatia.

—Debes guardarte de las iras de ese clérigo; sabes que es un hombre peligroso —le advirtió Orestes, después de que el patriarca se hubiese marchado.

Hipatia dio el último sorbo al vino de su copa.

—Lo conozco desde hace mucho tiempo y sé de lo que es capaz.

El joven Siro sopesaba la propuesta que acababan de

hacerle y, aunque le parecía demasiado arriesgada, no podía rechazarla sin más porque temía las consecuencias de una negativa.

—Ignoro dónde puedo buscarlos.

—Sabes tan bien como yo que los libros se guardan en las bibliotecas.

—No tengo acceso a ella —se defendió el joven—. ¡Y la casa es tan grande!

El archidiácono Aurelio le pasó el brazo por encima de su hombro.

—En eso, precisamente, consiste tu trabajo. Entérate en qué parte de la casa está, actúa con discreción, sonsaca a alguno de los esclavos. No se trata de alcanzar tu objetivo en un día ni en dos, aunque tampoco sería conveniente dejar que el tiempo pase sin lograr nuestro propósito.

Siro vacilaba, no acababa de estar convencido.

—Temo que me descubran.

A Aurelio, el archidiácono de Cirilo, empezaba a agotársele la paciencia; decidió ser más persuasivo.

—Supongo que eres consciente de que tu relación con esa hembra impía no te beneficia.

Al clérigo no se le escapó el destello de preocupación que brilló en los ojos del muchacho.

—Solo acudo a su casa para aprender matemáticas.

—¡No estamos hablando de matemáticas! ¡Estamos hablando de que eres su discípulo!

—¿Es algo malo? Algunos de los nuestros asisten a sus clases.

—¡Gente sin criterio, a los que habrá que advertir!
Además, ninguno de ellos quiere consagrarse al servicio de la Iglesia. Tienes ante ti una carrera brillante, en pocos años serás obispo y luego quién sabe cuál es la voluntad de Dios.

Siro, a pesar de no haber cumplido los dieciocho años, había recibido ya la más alta de las órdenes menores. Era uno de los pocos acólitos a los que, además del servicio en el altar, se le permitía repartir la eucaristía entre los fieles.

—Esa mujer —Aurelio evitaba pronunciar su nombre— es tan sutil que apenas te das cuenta de que su influencia es perniciosa. ¡Las matemáticas y la filosofía han muerto! Nuestros esfuerzos han de encaminarse hacia metas más elevadas.

—Pero el conocimiento racional... —balbuceó el joven.

—¡La fe es lo principal, Siro! ¡La fe ha sustituido a la razón!

—Pero...

—¡El conocimiento de Dios es el fin de todos nuestros esfuerzos y desvelos! ¡También la eliminación de los obstáculos que se oponen a dicho conocimiento, como es el caso de esa pérfida filósofa!

El joven se estremeció.

—¿Ha sido el patriarca quien ha manifestado su deseo de que sea yo quien se encargue de esa misión?

La pregunta indicó al archidiácono que las reticencias de Siro se debilitaban.

—Sí. Deberías sentirte orgulloso de que el propio Cirilo deposite tanta confianza en ti. Nuestro patriarca no

encomendaría este encargo a cualquiera.

Después de un breve silencio, el acólito susurró con un hilo de voz:

—Hágase la voluntad de Dios.

El Cairo, 1948

Eran las once y pocos minutos cuando estábamos acomodados en el taxi que nos conducía desde la tienda de Boulder a la plaza de Suleiman Pasha. Ann quería saborear otro de sus cafés turcos y las deliciosas pastas que servían en Groppi. Le pregunté a Best qué le parecían las explicaciones del anticuario.

—La historia es curiosa y además encaja dentro de lo que pudo haber ocurrido entre los siglos IV y V, después de que los concilios de Hipona y Cartago establecieran lo que se conoce como el canon bíblico.

—¿Qué es eso? —preguntó Ann.

—El conjunto de libros que constituyen el Antiguo y el Nuevo Testamento, allí decidieron qué evangelios recogían la palabra de Dios y cuáles había que destruir. Los textos seleccionados constituyen el canon bíblico.

—¿Qué se sabe acerca de los evangelios que se destruyeron?

—Prácticamente nada. Casi todas las referencias que tenemos provienen de las críticas que les hicieron los ortodoxos. Son textos como los de Orígenes o Ireneo, el obispo de Lyon, quien afirmaba que los herejes se jactaban de poseer más evangelios de los que realmente existían. En realidad, el único texto original de uno de esos evangelios es un pequeño fragmento descubierto por un francés a finales del siglo XIX; se trata de unas cuantas líneas en las que se alude a un supuesto Evangelio de Tomás, se conoce como el «Pseudo Tomás».

—¿Cuál fue la reacción de la Iglesia católica al descubrirse ese fragmento? —le pregunté a Best.

—La más inteligente.

—¿Cuál es la más inteligente?

—No hacerle el menor caso —me respondió Ann.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ésa es la reacción más inteligente.

—La destrucción de los textos considerados heréticos fue sistemática y debió planificarse con rigor —explicó el profesor—. Piensen que, salvo ese fragmento encontrado hace algo más de medio siglo, todas las demás referencias habían desaparecido.

—¡Hasta el día de hoy! —exclamé.

—Exacto, Burton, exacto.

—¡Ese códice es dinamita pura! —Ann estaba entusiasmada.

—No le quepa duda, señorita Crawford. Su contenido puede provocar un terremoto. Tiene tanta importancia que no encuentro la palabra adecuada.

—Esa es la razón por la que el Vaticano está tan interesado —comenté.

—Para ser algo de tanta trascendencia, no veo que estén apretando demasiado —puntualizó Ann.

Asentí con la cabeza. Lo que Ann acababa de señalar era de una lógica aplastante. Que hubiésemos recibido unos anónimos invitándonos a abandonar El Cairo y luego una amenaza más directa no me parecían unas acciones lo suficientemente contundentes para lo que allí parecía estar

en juego. Lo que Best nos había leído venía a señalar que María Magdalena no era la prostituta que nos habían hecho creer, sino una mujer muy especial para Jesús a la que, según ese testimonio, amaba por encima del resto de sus discípulos. Ann lo había expresado con contundencia: aquello, informativamente hablando, era pura dinamita. Sin embargo, había algo que no encajaba.

Hice al taxista una indicación para que nos dejase ante la puerta del Savoy. Groppi estaba al otro lado de la plaza desde cuyo centro la imagen de Suleiman Pasha miraba impasible el discurrir caótico del tráfico.

Con riesgo de nuestra vida, sobre todo porque el profesor Best caminaba con la lentitud propia de su edad, llegamos hasta Groppi. Otra vez pedí una mesa en el jardín. Nos acomodaron en un rincón de vegetación exuberante, protegidos de las inclemencias del sol del mediodía por unos toldos listados en tonos ocres. Ann pidió su café turco, Best y yo nos inclinamos por té aromatizados con cardamomo; aunque la hora no era apropiada, los acompañaríamos de pastas y bombones.

Pensé que había llegado el momento de plantear la cuestión principal: tomar la decisión acerca de nuestro viaje de regreso a Londres, aunque opté por aguardar a que el camarero nos atendiese. Miré a Ann, estaba relajada y tenía los ojos entrecerrados.

—Parece que Boulder está muy nervioso.

—Desde luego —asintió el profesor.

—Supongo que está relacionado con las amenazas.

—No podría asegurar la causa —dijo Best encogiéndose ligeramente de hombros—, pero tiene mucha prisa por

rematar este asunto. Quizá también a él lo estén presionando.

—¿Usted cree?

—Sin duda ninguna. —La voz de Ann sonó contundente.

La miré. Continuaba con los ojos cerrados, inmóvil, con las piernas extendidas, como si estuviese tomando baños de sol en un balneario.

—¿Por qué lo dices?

—Porque sus nervios comenzaron después de que le dijésemos que habíamos recibido amenazas. Recuerden el momento. —Ann se incorporó—. Salió del despacho para hacer una llamada y cuando regresó estaba descompuesto. Le dije que daba la sensación de haber visto un fantasma y su respuesta fue: «Mucho peor».

El camarero apareció empujando el carrito. Nos sirvió con exquisita pulcritud y se retiró después de desearnos buen provecho. Había llegado el momento de plantear el viaje de vuelta y, aunque la conversación sobre el anticuario había cobrado interés, lo hice sin ningún preámbulo:

—Hemos de tomar una decisión sobre nuestro regreso a Londres. El vuelo al que aludió ese Naguib, o como se llame, sale mañana por la mañana.

—Mi opinión es no ceder al chantaje. —Ann no vaciló.

Best la miró inquieto.

—¿Piensa que ésa es la mejor opción?

—No sé si es la mejor, pero no me gusta que otros decidan por mí.

—Nuestra vida está en riesgo —afirmó el profesor con

gesto preocupado.

—Por lo que veo, usted es partidario de que nos marchemos con el rabo entre las piernas.

Best se removió molesto en su asiento.

—Añadiré que la misión que me ha traído hasta esta ruidosa ciudad ha concluido.

—¿Teme que Naguib cumpla su amenaza? —le pregunté tratando de rebajar la tensión.

—Mis temores aumentan cada minuto.

—¿Por qué razón?

Best dio un sorbo a su té y después se extendió en una larga explicación:

—Mi vida ha transcurrido de forma apacible. Cuando comenzó la Gran Guerra, yo había cumplido los treinta y cinco años. El ejército consideró que era demasiado mayor para acudir a las trincheras donde perdieron la vida muchos de mis alumnos, así que presté servicio en la intendencia militar. Si eso ocurrió en 1914, imagínense lo que pensaban los militares cuando tuvimos que pararle los pies a Hitler, para entonces era ya casi un sexagenario. Les cuento esto porque jamás he vivido una amenaza directa. No pueden imaginarse cómo me ha afectado ese anónimo. —Recordé el momento en que lo encontramos asustado en su habitación—. Si no me marché de El Cairo inmediatamente, fue porque el interés por ver el código era muy grande. No quiero ofenderlos, pero es probable que no calibren lo que supone para un investigador como yo, que ha llegado al tramo final de su vida, encontrarse con una posibilidad como ésta. Tengo que confesar, además, que su contenido ha superado todas mis

expectativas. Mi vida está ya en el crepúsculo, pero me gustaría vivir lo suficiente para estudiar detenidamente ese códice. ¡Es algo extraordinario! —Dio otro sorbo a su té y vi en sus ojos brillar un destello de ilusión—. No me gustaría perder la vida en este momento; jamás imaginé, cuando Milton y Eaton me llamaron, que podía encontrarme con algo así. Esas son las razones por las que deseo marcharme cuanto antes mejor y no arriesgarme a un incidente desagradable. Si como usted piensa, ese tal Naguib es un agente del Vaticano, algo sobre lo que yo albergo pocas dudas, estoy convencido de que hará todo lo que esté en su mano para que esos textos no vean la luz.

Las razones de Best eran sólidas y su argumento acerca de que el motivo que nos había traído a El Cairo había concluido resultaba irrefutable. A ello tenía que sumar los aspectos sentimentales que había expuesto.

—Si nos marchamos mañana, no tendremos ocasión de visitar las Pirámides —comentó Ann en tono conciliador.

—Permítame recordarle, señorita Crawford, que no hemos venido a hacer turismo. Además, el nerviosismo del anticuario es un factor más a tener en cuenta. Si ese hombre está tan nervioso, algo en lo que coincidimos los tres, es porque vislumbra un peligro mucho mayor que el riesgo de traficar con una antigüedad que pueda darle un quebradero de cabeza con las autoridades encargadas de la protección del patrimonio. Como usted afirma, es posible que también él haya sido amenazado.

Estaba de acuerdo con Best y, por muy doloroso que resultase para mí, no podía dar satisfacción a los deseos de Ann. Me sumé a su posición y eso significaba que era necesario realizar los trámites correspondientes para adelantar nuestro vuelo.

Media hora más tarde, salíamos de Groppi en dirección al Shepheard, donde almorzamos en el comedor que daba a la ribera del Nilo. Ann tendría que conformarse con ver los faluchos con sus velas triangulares en lugar de surcar el río a bordo de uno de ellos. Después de comer el profesor se retiró a su habitación, mientras que Ann y yo íbamos a las oficinas de la BOAC; dábamos por sentado que no habría problemas para cambiar los billetes. La realidad fue mucho más complicada y solo después de numerosas gestiones y de que una amable azafata realizase no menos de media docena de llamadas el asunto quedó resuelto. Tomaríamos el vuelo del día siguiente abonando un pequeño sobrepago y por la tarde, después de dos horas de escala en Roma, estaríamos en Londres. Aquella sería nuestra última tarde en El Cairo y le propuse a Ann, a modo de compensación, visitar Cicurel. Podía permitirme, con las dos mil quinientas libras que Milton me había adelantado, hacerle un regalo en la tienda más lujosa de El Cairo. Luego iríamos a La Parisina a tomar un café y ver la puesta de sol desde su terraza.

El bolso de piel de cocodrilo que regalé a Ann compensó en parte su decepción por marcharse sin ver las Pirámides. Era algo inconcebible, pero las circunstancias mandaban.

Cuando regresamos al Shepheard eran las seis y media de la tarde; teníamos el tiempo justo para preparar nuestros equipajes y cenar. La azafata de la BOAC nos había insistido en que el vuelo partía a las diez de la mañana y que debíamos estar en el aeropuerto al menos con dos horas de antelación para solventar todo lo referente al embarque y al tedioso asunto de pasar los controles. Desde la independencia, en muchos aspectos más teórica que real, los egipcios se mostraban muy suspicaces con los británicos en los trámites aduaneros. Era una de las pocas

formas que tenían de indicarles a quienes los habían dominado hasta hacía poco que ahora mandaban ellos. Estar a las ocho en el aeropuerto significaba que habríamos de salir del hotel no más tarde de las siete para recorrer los quince kilómetros que había hasta Heliópolis.

Pedí en recepción que llamasen al profesor para comunicarle que el viaje estaba resuelto y decirle que, si deseaba acompañarnos a cenar, no podíamos demorarlo mucho. Al día siguiente había que madrugar.

—Míster Best no contesta, ¿está usted seguro de que se encuentra en su habitación? —me preguntó el recepcionista después de repetir la llamada, por si estaba en el cuarto de baño.

—Tal vez esté en la terraza.

Allí lo buscamos, pero no estaba. Dimos una vuelta por los salones del Shepherd que solo sirvió para comprobar que había sido una lástima no disfrutar de tan suntuosas instalaciones. Best no estaba allí, no aparecía por ninguna parte. Volvimos a la recepción y pedí que lo llamasen de nuevo. El intento resultó tan infructuoso como el anterior. Una inquietud creciente se adueñó de mi ánimo porque tenía la certeza de que el profesor no había salido del hotel. El Shepherd era para él una especie de refugio. Subí a su habitación y llamé insistentemente a la puerta sin obtener respuesta. Cada vez más agobiado, acudí de nuevo a recepción y ordené que la abriesen.

Uno de los recepcionistas acompañado de un mozo —en el Shepherd todo era muy ceremonioso— vino con nosotros. Abrieron la puerta y nos encontramos la habitación sumida en una oscuridad total. El mozo encendió la luz y, ante el panorama que se ofreció a nuestros ojos, Ann y yo no

pudimos evitar un grito de angustia.

Best estaba atravesado en la cama con la cabeza colgando fuera de ella; no se requería ser un experto para saber que le habían partido el cuello. Tenía los ojos muy abiertos. Todo estaba revuelto.

El mozo iba a enderezar un sillón volcado pero lo detuvo el grito del recepcionista.

—¡No toques nada, Ali!

Miré a Ann, estaba rígida y pálida. Tenía la vista fija en el cadáver de Best. Yo estaba tan horrorizado como ella. Mis ojos iban, una y otra vez, de ella al profesor. No sabía qué hacer ni qué decir.

Aleandría, año 414

Siro lo había intentado en dos ocasiones, pero tuvo que desistir. La primera porque se confundió y apareció en el jardín. La segunda porque un esclavo estuvo a punto de descubrirlo en un lugar donde habría tenido muy difícil explicar su presencia. La numerosa servidumbre que prestaba servicio en la casa de Hipatia hacía que el riesgo fuese elevado. Sabía que si lo sorprendían, no tendría otra oportunidad de satisfacer los deseos del archidiácono que empezaba a impacientarse. Aurelio le decía que ponía poco empeño y que el patriarca no dejaba de preguntarle.

Una mañana, cuando llegó a casa de Hipatia para recibir una clase en que la matemática iba a explicarles el desarrollo espacial de los cilindros, conos y pirámides, se encontró con un ajetreo inusual.

—¿Qué ocurre? —preguntó a un esclavo con el que se cruzaba con cierta frecuencia.

—Esta tarde habrá un concierto de arpa con acompañamiento de coros. La música es uno de los placeres a los que mi ama dedica mayor tiempo. Los conciertos forman parte de la vida en esta casa. En el de hoy, además de los coros, habrá muchos invitados. Entre ellos estará el prefecto imperial.

—¿Vendrá Orestes?

El esclavo lo miró con suficiencia.

—¡Pues claro! Bebe los vientos por mi ama, creo que por eso asiste a sus clases. Aunque no sería el primero que sale trasquilado.

Siro sabía que corrían rumores acerca de lo deferente que el prefecto, un hombre ya maduro, se mostraba con Hipatia y, en efecto, se encontraba entre su reducido grupo de alumnos.

Terminada la clase se hizo el remolón, pensando que podía tener una oportunidad. La actividad era incesante por todas partes: se limpiaba a fondo, se trasladaban muebles y unos carpinteros montaban un escenario en el patio principal donde iba a celebrarse el concierto. Siro había descartado buena parte de las dependencias de la planta baja, pero ignoraba si su objetivo se encontraba al otro lado del jardín o, por el contrario, tenía que dirigir sus pesquisas hacia la planta primera o incluso llegar hasta las dependencias que había junto a la terraza.

Cayo apareció en aquel momento.

—¡Tú y tú! —indicó sin detenerse a dos esclavos que ayudaban a los carpinteros—. Venid conmigo a la biblioteca.

Inesperadamente, la suerte se había convertido en su aliada y Siro decidió aprovecharla.

—¿Puedo ayudar?

Cayo lo miró. Había visto al joven alumno de su ama en alguna ocasión.

—Puedes.

Dejó el cartapacio con sus apuntes en una silla y siguió al grupo que ya iba escaleras arriba. Subieron a la amplia terraza y la cruzaron hasta llegar a la puerta de nogal ricamente labrada. Cuando Cayo la abrió, a Siro se le cortó la respiración. ¡Aquello era la biblioteca de Hipatia! Sin duda, la mejor de las que se conservaban en Alejandría.

Allí había tesoros bibliográficos acumulados por varias generaciones de eruditos. Los estantes aparecían repletos de rollos de pergamino, había pilas de cuadernos de papiro y de volúmenes encuadernados en delicadas pieles, algunas de ellas teñidas de colores. Jamás había visto tantos textos juntos. Se estremeció al pensar que era allí donde tenía que buscar los dos códices. El archidiácono le había proporcionado algunos datos, pero eran insuficientes. Localizar lo que Aurelio deseaba era imposible en una escapada furtiva. Además, si lo descubrían, no podría explicar su presencia; la biblioteca no era un lugar de paso, ni tampoco podía alegar haberse extraviado. Estaba sobrecogido ante los rimeros de legajos y las largas filas de volúmenes. Cayo lo miró.

—¿Habías visto algo parecido?

Siro le respondió con otra pregunta.

—¿Hipatia ha leído todo esto?

—No sabría decirte, pero desde muy pequeña ha dedicado mucho tiempo al estudio. Parte de su vida ha transcurrido entre estas paredes.

Siro avanzó unos pasos hacia el corazón de aquel santuario del saber. Alzó la vista y se quedó pasmado.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando la bóveda que cubría la parte central de la biblioteca.

—Una representación de la bóveda celeste; se puede contemplar el firmamento de Alejandría, en el momento del solsticio de verano.

Siro miraba embobado.

—¡Pueden verse todas las constelaciones!

—Por supuesto.

—¡También los signos del zodiaco!

—¿Te interesa la astronomía?

Siro iba a responder con una negación, pero se dio cuenta de que era una mala respuesta.

—Mucho.

—¿Y la astrología?

El joven acólito sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca. Había oído decir al archidiacono que se trataba de asuntos relacionados con la brujería y otras ciencias ocultas. Le costó trabajo vencer sus recelos.

—También.

Los esclavos aguardaban cruzados de brazos, pero Cayo parecía haber olvidado el por qué habían subido a la biblioteca.

—¿Sabes quién era Teón?

—El padre de Hipatia, ¿no?

—Sí, pero ¿sabes que era el mejor astrólogo de Alejandría?

Siro negó con un movimiento de cabeza. Su mirada iba de la bóveda a las largas filas de los códices que reposaban en los nichos.

—Entonces, ¿no has oído hablar de sus trabajos? —le preguntó extrañado.

—No.

Cayo pensó en la fragilidad de la memoria. Apenas había transcurrido una década desde la muerte del sabio y aquel joven ignoraba su importancia.

—Ven, voy a mostrarte algo.

Fue a un estante donde reposaban numerosos rollos perfectamente ordenados, cogió uno y lo desplegó sobre una mesa, valiéndose de unos pequeños pesos de plomo. En la delicada vitela del pergamino podían verse cuatro círculos donde estaba representado el firmamento y en las circunferencias que formaban sus orlas podían verse los signos del zodiaco.

—Fíjate qué maravilla. Teón lo llamaba el pergamino de las Cuatro Estaciones.

—¿Por qué razón?

—Porque aquí está recogida la posición de los cuerpos celestes en los momentos en que cambian las estaciones en el ciclo anual, los dos solsticios y los dos equinoccios. Este es el solsticio de verano. —Cayo señaló uno de los círculos—. Aquí ves el firmamento cuando el sol está en la vertical del trópico de Cáncer y éste es el de invierno, cuando su posición la determina el trópico de Capricornio. Estos otros dos círculos reproducen los equinoccios de primavera y otoño, cuando el sol se encuentra sobre el ecuador y los días tienen la misma duración que las noches. No encontrarás unas representaciones como éstas; mi amo las hizo observando el firmamento desde esa terraza. —Cayo se volvió y, al ver a los dos esclavos en actitud indolente, recordó por qué estaban allí—.
Aguarda un momento.

Fue hasta ellos y les señaló unos atriles.

—Coged dos cada uno y tú —dirigiéndose a Siro—
espérame aquí.

Siro no podía dar crédito a su buena suerte. ¡Estaba a

solas en la biblioteca de Hipatia! El archidiácono le había dicho que se trataba de dos códices, encuadernados en cuero, sin muchas filigranas ni primores. Se olvidó de los nichos donde estaban apilados los rollos y se concentró en las baldas donde reposaban los códices, desentendiéndose de las finas encuadernaciones en tafilete. Era consciente de que no disponía de mucho tiempo, pero, si la suerte continuaba siéndole propicia, quizá fuera suficiente. Su búsqueda iba encaminada a encontrar textos escritos en copto. Abría y cerraba los volúmenes con rapidez; la mayoría de ellos estaban escritos en griego y algunos en latín. Sentía que el tiempo pasaba muy deprisa, aunque Cayo no regresaba. Después de media hora Siro había revisado todo lo que podía vislumbrar, relacionado con su búsqueda, pero allí no había textos en copto.

Se acercó a un mueble, preciosamente trabajado con incrustaciones de diversas maderas y con el frontal distribuido en puertecillas y pequeños cajones. Empezó a abrirlos y a escudriñar lo que allí se guardaba. Sentía que estaba profanando la intimidad de una de las personas que más admiraba, pero no podía dejar de hacerlo. Encontró un pliego, cuya escritura identificó como copto, aunque no entendía lo que aquellos trazos breves y nerviosos decían. Decidió llevárselo para mitigar su frustración y también como prueba de que había cumplido con el encargo. Con cierta amargura, ocultó la hoja de papiro bajo su túnica y se dispuso a esperar junto al pergamino de las Cuatro Estaciones.

—¡Supongo que habrás disfrutado! —exclamó Cayo desde el umbral de la biblioteca, al verlo inclinado sobre la mesa.

—¡Es una maravilla! —exclamó fingiendo alegría—.

¡Lástima que no pueda quedarme más tiempo! Espero

tener ocasión de volver a ver estos tesoros.

—¿Tienes que marcharte? —El mayordomo parecía desilusionado.

—Es una pena, pero tengo obligaciones y no puedo retrasarme más.

Dos horas después comparecía ante el archidiácono para contarle su peripecia. Conforme avanzaba en sus explicaciones, las esperanzas de Aurelio se desvanecían. Cuando concluyó, Siro se dio cuenta de que lo miraba con suspicacia.

—¿Toda esa historia no será fruto de tu imaginación?

El joven acólito sintió un aguijonazo. Había aceptado el encargo de mala gana. Hipatia era una excelente maestra a quien respetaba y la había traicionado. Ahora el archidiácono apenas valoraba su sacrificio. Sin decir palabra, sacó el papiro y se lo entregó.

—¿Qué es esto? —La voz de Aurelio sonaba desabrida.

—La prueba de que he estado en la biblioteca de Hipatia.

—¿Qué es?

—Lo único que he encontrado escrito en copto.

El archidiácono abrió el papiro sin disimular su disgusto; sin embargo, al leerlo se le iluminó el rostro.

—¿Has leído lo que aquí está escrito?

—No sé copto.

—¡Es una carta del hereje Papías a Hipatia! ¡Esto es un tesoro, Siro, un tesoro!

El joven estaba confundido. La situación parecía haber cambiado. Preguntó tímidamente qué decían aquellas líneas.

—Lo que dicen es que se le entregue el depósito a un tal Apiano. ¡Apiano es un peligroso hereje! ¡Los códices que buscamos están en su poder! ¡Esa impía hembra ha ayudado a los herejes y aquí está el testimonio de su colaboración!

El acólito no acababa de comprender la alegría del archidiácono, aunque la verdad era que él apenas conocía los entresijos de aquella historia.

—¡Ven, acompáñame!

Aurelio daba tales zancadas, que le costaba trabajo seguirlo. El archidiácono estaba exultante cuando llegaron a la antesala del despacho del patriarca. Susurró algo al oído de Petáis quien asintió y entró al despacho sin llamar. Aguardaron unos minutos, pero el acólito vio frustradas sus expectativas de llegar hasta Cirilo, pues solo Aurelio accedió al patriarca.

Se apartó a un rincón, deseando escapar de la mirada de aquel fraile de pobladas y negras cejas de quien se contaban sangrientas historias.

La espera fue larga o al menos eso le pareció a Siro, que se sentía intimidado con la sola presencia de aquellos individuos de aspecto tosco y actitudes groseras, que el patriarca denominaba los guardianes de la fe. Se sintió aliviado cuando vio salir a Aurelio. El archidiácono rebosaba satisfacción.

El Cairo, 1948

Mustafa el-Kebir dio la última calada a su Cleopatra y lo aplastó en el cenicero. Era un tipo enjuto, de piel cetrina y pelo negro muy rizado; en su perilla habían aparecido algunas canas y tenía unos ojos saltones que daban a su mirada un aire muy especial. También estaba presente Benjamín Robinson, el responsable de prensa de nuestra embajada en El Cairo, con quien tenía una vieja relación desde nuestro tiempo de estudiantes. El embajador lo había enviado al Shepheard para ayudarnos en aquel trance, pero apenas habíamos tenido tiempo de hablar; llegó al hotel unos minutos antes que la policía egipcia y, después de presentarle a Ann, apenas pudimos explicarle nuestra situación. Su consejo fue no mentir y ser parcos en nuestras respuestas.

El inspector el-Kebir hablaba un inglés aceptable y, según me dijo Robinson, tenía fama de ser un verdadero sabueso. A lo largo del interrogatorio no había dejado de tomar notas en un cuadernillo de ajadas tapas negras.

—Supongo que no les importa que les haga un resumen de lo que me han contado. Se trata simplemente de comprobar que he anotado correctamente sus declaraciones.

Lo invité a hacerlo.

—Salieron ustedes de Groppi sobre la una y tomaron un taxi hasta el hotel, donde almorzaron con el difunto en el comedor de la terraza. ¿Correcto?

—Correcto.

—Después del almuerzo —prosiguió—, el difunto se retiró a descansar y ya no volvieron a verlo hasta que, a última hora de la tarde, acompañados por personal del hotel, entraron en su habitación y encontraron el cadáver. Eran casi las siete. ¿Es así?

—Así es.

Fui consciente de que a partir de aquel momento tenía que ser muy cuidadoso si no quería que nos viésemos envueltos en un embrollo. Habíamos venido para un asunto que bordeaba el delito según la legislación egipcia y, por si eso no era suficiente, habíamos sido objeto de graves amenazas sin denunciarlas a la policía. Con esos antecedentes, si mentía, podíamos ser considerados los principales sospechosos.

—Muy bien. —El inspector se acarició la perilla—. Ahora me gustaría saber el motivo por el que estaban ustedes de visita en El Cairo.

—Acompañábamos al profesor Best.

Mustafa el-Kebir sacó otro Cleopatra y lo encendió mecánicamente. Observé que sus dedos amarilleaban de nicotina.

—¿A qué había venido el profesor?

—Tenía que realizar unos trabajos de investigación.

El inspector no dejaba de tomar nota.

—¿Sobre qué?

—Creo que sobre un códice antiguo.

Alzó la vista y me miró fijamente.

—¿Podría ser más concreto?

Efectivamente, Mustafa el-Kebir era un auténtico sabueso. Traté de esquivar la pregunta.

—No soy historiador ni anticuario. Lo único que sé es que se trataba de un viejo códice, lamento no poder decirle mucho más.

—Ya —asintió sin mucha convicción—. ¿Podría decirme cuál es su papel en todo este asunto?

Otra vez me miró a los ojos, como si pretendiese leer en ellos.

—El profesor Best no conocía El Cairo y, como ha podido comprobar, era de edad avanzada. Mi misión era ayudarle ante cualquier eventualidad.

Mi propia respuesta me dejaba en evidencia; estaba claro que no le había servido de gran cosa.

—¿Y madeimoselle? —El policía utilizó una expresión francesa, algo muy usual en El Cairo, donde el inglés y el francés sostenían un verdadero pulso, como consecuencia de su pasado colonial.

—Ella es mi novia.

Miré a Ann con el rabillo del ojo y comprobé que no se había inmutado. Antes o después, si es que no lo sabían ya, la policía se enteraría de que compartíamos habitación; para guardar las apariencias, hubiese sido mejor decir que era mi esposa, pero el pasaporte la habría denunciado. Era lo mejor que podía hacer, aunque supusiese para Ann perder consideración, si bien su nacionalidad británica era una garantía.

Mustafa el-Kebir se acarició la perilla y la miró con descaro. Ya debería saber que compartíamos habitación.

—¿Ha dicho usted que el difunto había viajado a Egipto para investigar un códice antiguo?

—Así es.

—¿Dónde está ese códice?

El sabueso me había arrinconado. Yo era consciente de que, antes o después, tenía que ocurrir. Traté de ganar tiempo, aunque eso me sirviera de poco.

—¿Me considera usted sospechoso? —le pregunté sosteniéndole la mirada.

El inspector dio la última calada a su Cleopatra y con mucha parsimonia lo apagó en el cenicero. Cuando habló, las palabras salían de su boca acompañadas de humo.

—¿Hay algo que le haga parecerlo?

—No, pero tengo esa desagradable sensación.

—¿Por qué?

—Por la forma en que me está interrogando.

Se puso a dar golpecitos con el lápiz sobre el cuaderno de notas.

—En principio, son sospechosos todos los que tengan alguna relación con el finado. —Vi en sus ojos una pizca de malicia—. Comprenderá que no hay muchos candidatos. ¿Usted sospecha de alguien? —me preguntó de repente.

Había sido un estúpido. Yo sólo me había hundido un poco más de lo que ya estaba. Si no confesaba que habíamos sido amenazados, estaría cometiendo un delito de ocultación de pruebas, si es que no lo había cometido ya. En ese momento una circunstancia inesperada vino en mi ayuda. Un policía de uniforme se acercó al inspector y

con actitud casi reverente le entregó un papel doblado. Mustafa el-Kebir lo leyó, lo guardó en el bolsillo de su chaqueta, se levantó y nos pidió disculpas.

—Perdonen, será solo un momento.

Salió de la habitación que la dirección del Shepherd había puesto a su disposición. Al quedarnos solos, Ann y yo aprovechamos para poner a Robinson al tanto de todo. Se extrañó mucho de que hubiésemos ocultado las amenazas recibidas.

—Cuando vuelva, creo que lo mejor que puedes hacer es contárselo.

—Antes me recomendaste ser parco.

—Pero no con eso. Se trata de algo muy serio, podría acusarte de ocultar información.

El inspector no regresó hasta pasados quince minutos. Antes de sentarse lanzó una pregunta que para Ann y para mí tuvo el mismo efecto de una bomba:

—¿Conocían ustedes a Henry Boulder?

Noté cómo mi rostro se ensombrecía.

—¿Por qué dice «conocían»?

Me miró fijamente con sus ojos saltones. No podía evitar que me recordase a los sapos y a un concejal del ayuntamiento de Londres, cuyas actitudes radicales habían llevado a que fuera conocido popularmente con el nombre de Robespierre.

—Porque lo han asesinado.

—¡Santo Dios! —exclamó Ann.

—Por lo que veo, conocían al anticuario.

Asentí con un movimiento de cabeza, en aquel momento me sentía incapaz de articular una palabra. Mi mente, por el contrario, daba vueltas a una de las consecuencias que se derivaban de la muerte de Boulder; esperaba que Ann también se hubiese percatado de ella.

—¿Me equivoco si digo que el código que había venido a investigar el difunto profesor Best estaba en poder del difunto Henry Boulder?

Como yo no respondía, fue Ann quien contestó:

—No, no se equivoca. ¿Le importaría contarnos qué le ha ocurrido a Boulder?

—No poseo muchos datos todavía, pero según acaban de informarme su cadáver ha aparecido en su apartamento, en el bulevar de Malaka Nazli, cerca de la estación de ferrocarril.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Un empleado suyo. Su secretaria estaba extrañada de no recibir respuesta a sus insistentes llamadas y envió a uno de los trabajadores a su domicilio. Se encontró la puerta abierta y descubrió el cadáver.

—¿Lo llamaba por alguna razón?

—Creo que esta tarde tenía una reunión en su tienda de antigüedades y no había acudido.

En efecto, Boulder nos había dicho que tenía una reunión a las doce y otra por la tarde.

—¿Sabe para qué?

Mustafa el-Kebir miró a Ann con cierta displicencia.

—Madeimoselle, quien hace las preguntas soy yo.

—Simplemente, pretendía ayudar.

Cada vez me gustaban menos los aires que se daba el inspector. Si no me enfrentaba abiertamente a él, se debía a que nuestra posición era sumamente delicada; no obstante, la muerte de Boulder la había reforzado considerablemente.

—Para su conocimiento, le diré que esa reunión estaba relacionada con la venta de un códice. ¿Les suena a ustedes esa historia?

Ni Ann ni yo respondimos a su impertinencia; eso hizo que, sin que nadie se lo pidiera, completara su explicación:

—La secretaria decidió enviar a alguien en su busca, pues al parecer la cita era muy importante. El empleado se encontró con el cadáver y el más completo desorden en el apartamento. —Nos miró alternativamente—. No hay que ser muy sagaz para establecer una conexión entre los dos asesinatos. Por lo que se ve, hay alguien más interesado en ese códice.

Mustafa el-Kebir estaba ahora casi recostado en el sillón. Era una forma maleducada de darnos a entender que no iba a levantarse de allí hasta tener una completa declaración sobre la relación del profesor con el anticuario y hasta obtener el último detalle sobre el viejo códice. Estaba dispuesto a exprimirnos al máximo. En tales circunstancias, quedaba claro que yo tenía que dar las explicaciones pertinentes. Me sobrepuse y durante cerca de una hora estuve contando los pormenores de nuestra presencia en El Cairo. Por supuesto, nada dije de las amenazas ni tampoco aludí a lo que Ann y yo sabíamos sobre el contenido de alguno de los textos que formaban parte del códice.

Durante todo ese tiempo el inspector no dejó de acariciarse la perilla, como si eso le ayudase a pensar.

—Como comprenderán, tendrán que retrasar su partida. Deberán permanecer en El Cairo algunos días, hasta que se aclaren ciertos pormenores. ¿Les importaría entregarme sus pasaportes?

Miré a Robinson y vi la impotencia reflejada en su rostro. Hicimos entrega de nuestros pasaportes y aceptamos que a sus saltones ojos éramos sospechosos.

—Tampoco es conveniente que abandonen la ciudad sin ponerlo en nuestro conocimiento.

—Muy bien.

Se guardó los pasaportes y el cuaderno, se levantó y me entregó una tarjeta.

—Ahí tiene un número de teléfono, por si tuviese necesidad de ponerse en contacto conmigo.

Estrechó la mano de Robinson y la mía, a Ann le dedicó una inclinación de cabeza, tratando de corregir sus poco galantes formas. Estaba ya en la puerta cuando se volvió.

—Creo que, dadas las circunstancias, lo mejor será que estén ustedes bajo vigilancia. —Nos dirigió una última mirada con sus ojos de batracio y añadió—: Por supuesto, se trata de su seguridad.

—Por supuesto —le respondí.

Una vez solos, Robinson me recriminó no haber aludido a las amenazas.

—¿Tienes algún motivo para actuar de esa forma?

—Varios.

—¡Pues explícamelos, porque no te entiendo!

—En primer lugar, si el inspector supiese lo de las amenazas, sus sospechas no dejarían de aumentar.

—¿Qué quieres decir?

—Que si Ann y yo somos ya sus principales sospechosos, eso no haría sino empeorar nuestra situación.

—¿Por qué?

—¡Por el amor de Dios, Benjamín! ¿No has visto su actitud? ¡Nos ha quitado los pasaportes!

—Lo ha hecho para demostrar que está en un plano de superioridad. Es una forma de afrontar su complejo.

—Es probable, pero pienso que no tiene otros sospechosos a mano y además no se ha creído ni la mitad de lo que le he dicho.

—Como por ejemplo...

—Por ejemplo, el papel de niñera, si me permites que lo exprese de esa forma, que tengo en este asunto.

—La verdad sea dicha, Donald. Ese papel no cuadra mucho con uno de los más renombrados columnistas del Daily Telegraph.

—¿Lo ves? Cuando ese polizante descubra quién soy, según tus propias palabras uno de los más renombrados columnistas del Telegraph, sus sospechas se verán confirmadas.

—Cuando descubra que habíais sido amenazados, será mucho peor.

—No puede descubrirlo si nosotros no se lo decimos.

Robinson me interrogó con la mirada.

—Aparte de los que estamos aquí, quienes lo sabían, desgraciadamente, están muertos. ¡El inspector no podrá saberlo jamás si ninguno de nosotros no se lo dice!

—Como tú prefieras. Pero te advierto que podemos vernos en un buen lío.

—No, si los tres mantenemos el pico cerrado.

—Está bien. Ahora quiero que me cuentes todo eso de las amenazas.

Brevemente, le expliqué lo ocurrido en el Opera Casino y también que la amenaza de Best la habían dejado por debajo de la puerta de su habitación. Luego le conté el encuentro con Naguib cuando estábamos cerca del Papyrus Institute.

—¿Los papeles con las amenazas dónde están?

—En mi poder.

—¿Los dos?

—Sí.

—Está bien. Trataremos de que los trámites sean lo menos penosos posible. Tendrán que hacer la autopsia al cadáver del profesor. Por cierto, ¿conocéis a alguien de su familia?

—Solo sé que era soltero.

Le expliqué los detalles, hasta donde sabía, de nuestro viaje a El Cairo y que no había contado al inspector. Le di los datos de Milton, que era la referencia más sólida que teníamos para establecer algún contacto con los familiares de Best.

—No os preocupéis, desde la embajada haremos todas las gestiones, incluida la repatriación del cadáver.

Robinson sacó una tarjeta de su billetera y me la entregó.

—Ese es mi domicilio particular, también está el teléfono. Servicio permanente las veinticuatro horas. Llámame para lo que necesites.

Besó a Ann en ambas mejillas y nos abrazamos como viejos camaradas. También él se volvió cuando estaba en la puerta.

—No se te ocurra hacer tonterías.

—Queda tranquilo.

Apenas había desaparecido cuando Ann me dijo en tono confidencial:

—Tenemos que ir a la tienda de Boulder.

La miré sorprendido.

—¿Te has vuelto loca?

—No, pero tenemos que ir a la tienda de Boulder.

—¿Por qué?

—Ya te lo contaré.

El Cairo, 1948

Desde que Mustafa el-Kebir se marchó me convertí en una especie de perrillo faldero de Ann, quien se mantenía hermética a mis preguntas. No comprendía su actitud, pero ella insistía en que teníamos que ir a la tienda de Boulder.

Para despistar a la vigilancia cruzamos por las cocinas y salimos por la puerta de servicio, donde nos aguardaba un taxi. Las cinco libras entregadas al recepcionista lo habían hecho posible.

La noche era plácida y el tráfico callejero que acompaña a la vida de El Cairo casi había desaparecido. La circulación era escasa y no se veían animales de carga por las calles.

—¿Qué buscamos exactamente? Eso sí podrás decírmelo.

—El códice.

—¿Te has vuelto loca?

—Ya te he dicho que no.

—Pero bueno... eso... ¿Has pensado cómo vamos a hacerlo?

—Sí.

—¿Me lo vas a decir?

—No.

El resto del trayecto lo hicimos en silencio.

Cuando llegamos al principio de la calle ordené parar al taxista; eran las once menos diez. Caminamos hasta llegar a la tienda de antigüedades. El lugar estaba solitario y

sumido en la penumbra, lo que significaba que la primera de las previsiones de Ann se había cumplido. Yo apostaba porque la policía habría establecido algún tipo de vigilancia, pero ella sostenía que la tienda no había sido el lugar del crimen, a Boulder lo habían matado en su apartamento de la plaza Malaka Nazli.

Al llegar a la puerta me llevé la primera sorpresa, al margen de lo extrañado que estaba con la actitud de Ann. Sacó una pequeña lima de un estuche de manicura y con una habilidad propia de rateros abrió la cerradura ante mi atónita mirada.

—¿Esto os lo enseñan en el servicio secreto?

—¡Déjate de tonterías y entra! Si alguien nos ve, lo echaremos todo a perder.

Empujó la puerta y escuché el suave tintineo que acompañaba la entrada de los visitantes en el establecimiento. Cuando cerró la puerta, nos quedamos en la más absoluta oscuridad. Ann sacó una pequeña linterna que lanzaba un potente haz de luz.

—Supongo que sabes dónde buscar el interruptor.

—Supones mal.

Fue la respuesta a mi impertinencia.

La seguí por el estrecho pasillo hasta alcanzar la escalera por la que se accedía al despacho de Boulder. Cuando sentí crujir los mampelanes bajo mis pies, no pude evitar el recuerdo del pobre Best subiendo con paso vacilante.

Ann pulsó el interruptor de la luz cuando llegamos al antedespacho donde trabajaba la secretaria. Era una noche de descubrimientos, porque me impresionó verla ir directamente hacia él; recordaba perfectamente dónde

estaba. Allí todo estaba en orden.

Ante la maciza puerta de roble del despacho del anticuario pensé que nos enfrentábamos a una dificultad insalvable. Ann giró el picaporte y murmuró:

—¡Qué extraño!

—¿Qué ocurre?

—La puerta no está cerrada.

—¿Te sorprende?

—Boulder era un hombre desconfiado, jamás la hubiese dejado abierta. Comprobé cómo la cerraba con llave las dos veces que estuvimos aquí.

—¿Qué piensas?

Ann negó con la cabeza.

—Nada, pero esto no me gusta.

Encendió la luz y de un vistazo comprobamos que también en el despacho todo estaba en orden. Ann arrugó la nariz como si husmease algo, luego dejó vagar la mirada sin ver nada que llamase su atención. Con paso decidido, se fue directa hacia la caja fuerte. La observé inmóvil cómo descolgaba el icono.

—¿Qué haces? —pregunté con voz trémula.

No obtuve respuesta, Ann estaba en lo suyo.

Podía admitir que abriese una cerradura, hay mucha gente capaz de hacerlo, basta con ser habilidoso. Aceptaba incluso que recordase el lugar exacto donde estaba el interruptor. ¡Pero aquello iba mucho más allá de una habilidad concreta o de una memoria excepcional!

—¿Qué estás haciendo? —insistí cada vez más desconcertado.

—Abrir la caja.

—¡Qué dices! ¡Tú... tú no puedes saber...!

Ann continuó concentrada en el mecanismo de apertura sin prestarme la menor atención. En medio del silencio escuché el ronroneo de la maquinaria, girando a derecha e izquierda hasta que sonó un suave chasquido. Tiró de la palanca y la puerta se abrió. Me acerqué sigilosamente, estaba muy nervioso. Ya tenía el código en sus manos cuando miré por encima de su hombro; en la caja vi varios fajos de billetes y dos extraordinarias piezas esmaltadas.

Sosteniendo el viejo volumen de tapas desgastadas se volvió hacia mí. No daba crédito a lo que estaba viendo.

—¿Cómo... cómo lo has hecho?

Se encogió de hombros, como si lo que acababa de hacer fuese algo natural y cotidiano.

—Después de cinco años trabajando para sacar los secretos de Enigma abrir una caja fuerte es un juego de niños.

—¡Llamas a eso un juego de niños! —exclamé, señalando la caja con un punto de indignación.

—Bueno, también es necesario tener el oído fino.

—¿Qué quieres decir?

—Presté la debida atención cuando Boulder la abrió. Entonces no sabía que iba a sernos de tanta utilidad.

—¿Fuiste capaz de controlar con el oído el movimiento del mecanismo?

—Sí.

Yo no salía de mi asombro.

—¡Jamás lo hubiese pensado!

—La práctica permite hacer cosas que parecen proezas, casi milagros.

—¡Es increíble!

—Creo que no debemos permanecer aquí ni un minuto más. ¡Vámonos rápido!

Ann cerró la caja, colocó el icono en su sitio y limpió las huellas. Después se quitó el fular que llevaba y envolvió el códice antes de guardarlo en su bolso.

Salimos del despacho tan sigilosamente como habíamos entrado. Ann apagó la luz y limpió el interruptor de huellas, hizo lo mismo en el antedespacho y bajamos ayudados por la luz de su linterna. Al salir a la calle nos despidió un suave tintineo.

El taxi para regresar, que nos costó trabajo conseguir, nos dejó a un centenar de pasos de la puerta trasera del Shephard. Subimos a nuestra habitación por la escalera de servicio. Una vez en ella, en la seguridad de lo que considerábamos nuestros dominios, sacamos el códice y durante minutos permanecemos en silencio, examinando los viejos textos encuadernados entre aquellas tapas de cuero reseco y deteriorado. En ello estábamos cuando nos sobresaltó el sonido del teléfono en plena noche.

—¿Dígame?

—Míster Burton, tiene una llamada de Londres, se la paso.

Antes de que reaccionase a las palabras del recepcionista tenía la voz de Milton preguntándome por lo ocurrido. Los de la embajada, siempre tan eficaces, ya le habían informado. En realidad, me limité a confirmarle lo que ya sabía y me guardé mucho de decirle que el código estaba en nuestro poder.

—Tengo entendido que la embajada se encargará de la repatriación del cadáver del profesor.

—Creo que sí —le confirmé.

—En ese caso, regrese usted a Londres en el primer vuelo.

—Me temo que eso no va a ser posible.

—¿Por qué?

—Porque la policía egipcia quiere tenernos a mano.

Le expliqué que mi impresión era que Mustafa el-Kebir nos consideraba sospechosos. Antes de colgar le pregunté:

—¿Nos olvidamos del código?

Contestó con rotundidad.

—Por supuesto. Con la muerte del profesor Best esa operación está cerrada. Nuestra institución no puede arriesgarse a verse envuelta en un escándalo. Eso afectaría gravemente a su buen nombre y, desde luego, tendría una repercusión muy negativa entre nuestros benefactores.

—Entendido.

Mientras yo hablaba, Ann había hojeado el código con mayor detenimiento.

—Aquí hay algo —me indicó, palpando la guarda posterior.

Deslicé suavemente las yemas de los dedos por donde Ann me indicaba, pero no percibí nada.

—¿No notas una ligera arruga?

—No.

—Es como una pequeña deformación —insistió.

Acaricié la guarda otra vez.

—No hay nada, Ann.

—Es como un repliegue. ¡Mira, mira, compara con la guarda delantera!

—Será una arruga producida por el tiempo.

Estaba convencido de que se trataba de una deformación profesional, tras su paso por el servicio secreto.

—No comprendo cómo no se han dado cuenta. Ni ese profesor del que nos habló el anticuario, ni el propio Boulder.

—No se han dado cuenta porque todo son imaginaciones tuyas.

Ann me miró ofendida.

—¿Imaginaciones mías?

Se fue derecha a su bolso y sacó el estuche de manicura.

—¿Qué vas a hacer?

—Enseñarte lo que hay debajo de esta guarda.

—¿Qué es eso?

—Una lima de uñas.

—¡Ann, por el amor de Dios!

—No te preocupes.

Se acomodó en el escritorio bajo la luz del flexo y abrió el códice; el cuero crujió, como si protestase. A dos pasos, yo la observaba inquieto.

Paseó lentamente la yema de su dedo por el borde de la guarda varias veces hasta que encontró lo que buscaba. Se detuvo en un punto donde el papiro no estaba tan adherido e introdujo la lima con mucho cuidado. Abrió un pequeño hueco con mucha delicadeza. Después con infinita paciencia lo agrandó poco a poco. Lo hacía con una minuciosidad y precisión propias de cirujano. Yo estaba tan tenso que, de vez en cuando, me sorprendía conteniendo la respiración.

Al cabo de un cuarto de hora había despegado la parte inferior de la guarda sin que el papiro hubiese sufrido el menor desperfecto. A continuación, realizó la misma operación con el otro borde, aunque no tuvo necesidad de despegarlo del todo. Tenía levantados unos ocho centímetros cuando extrajo, utilizando unas pinzas de depilar, una finísima y delicada vitela que mantuvo en el aire.

—¡Conque imaginaciones mías! —exclamó triunfal.

Estaba impresionado, unos minutos antes me hubiese jugado las cinco mil libras prometidas por Milton y que ahora no tenía claro que fuese a cobrar en su totalidad, a que nada había oculto bajo aquella guarda.

—¡Increíble!

Lo que Ann sostenía con las pinzas y exhibía como un trofeo era un delicado pergamino poco mayor que la palma de su mano.

—¿Qué será? —pregunté intrigado.

—Parece una carta y está escrita en griego.

En ese instante nos alertó un ruido, alguien estaba abriendo la puerta. Antes de que pudiésemos reaccionar, dos individuos encapuchados habían irrumpido en la habitación y nos amenazaban con unas pistolas.

—¡No se muevan! ¡Las manos arriba! —nos intimidó uno de ellos.

Miré a Ann y comprobé que ya había alzado las manos. Era lo más sensato.

—¡El código! —exigió el otro sin dejar de apuntarnos.

El primero se acercó al escritorio y Ann hizo un gesto extraño cuando cruzó por delante de ella.

—¡Aquí está!

No nos hicieron daño, se limitaron a maniatarnos y amordazarnos. Se llevaron el código y desaparecieron tan rápidamente como habían aparecido.

Las ligaduras estaban apretadas, pero no eran imposibles. Con mucha paciencia logré desatarme. Media hora después del atraco, masajéabamos nuestras muñecas y tratábamos de analizar nuestra situación. Lo primero que decidimos fue no informar a la policía: nuestra posición era insostenible. También estuvimos de acuerdo en que la vigilancia colocada por Mustafa el-Kebir hacía agua por todas partes. Habíamos salido y entrado en el hotel sin mayores problemas que los derivados de utilizar la puerta de servicio y los atracadores habían llegado hasta nosotros sin la menor dificultad. Después Ann planteó la cuestión esencial.

—¿Cómo es posible que supiesen que el código estaba en nuestro poder?

—Han debido tenernos controlados. Si quienes se han llevado el código son los mismos que han asesinado al profesor y a Boulder, es lógico que nos tuviesen en su punto de mira.

—En ese caso, ¿por qué nos han dejado con vida? — preguntó Ann.

—Porque han encontrado lo que buscaban; el código ha sido nuestro salvavidas. Si Best o Boulder lo hubiesen tenido, tal vez no los habrían matado.

—Boulder lo tenía.

—Es posible que se resistiera. Aunque la verdad es que acerca de su asesinato, lo único que sabemos es lo que nos ha contado el inspector.

Recordé que Ann se había extrañado que el despacho de Boulder estuviera abierto, pensé que era un buen momento para que me lo explicara.

—¿Por qué te sorprendió encontrar abierto su despacho? Ann se quedó mirándome y una chispa brilló en sus ojos.

—¡Uno de esos individuos estaba en el despacho!

—¿Por qué lo dices?

—El individuo que ha cogido el código estaba en el despacho de Boulder cuando nosotros entramos.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el olor.

—¿Por el olor?

—Sí. Lo percibí cuando entré allí, es el mismo que ha llegado a mi olfato cuando ha cruzado por delante de mí. ¡El mismo olor!

En otras circunstancias hubiese puesto en cuarentena su apreciación, pero después de lo visto en tan pocas horas, no dudé de que estaría en lo cierto.

—Eso... eso significa que Boulder les tuvo que decir que el código estaba en la caja fuerte.

—Es lo más probable.

—Entonces, ¿por qué lo mataron?

—¡Qué sé yo! Pero eso explica por qué estaba abierto el despacho: ese sujeto tenía las llaves.

—¿También la clave para abrir la caja? —aventuré.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque si Boulder les hubiese dado la clave, lo habrían dejado con vida, al menos hasta comprobar que no les había mentado. Es más probable que el anticuario se resistiera y ellos lo matasen. Si, como sospecho, lo conocían, debían saber que el código estaba guardado en la caja y alguien trataba de abrirla cuando nosotros aparecimos. Lo sorprendimos y, sin proponérselo, hemos facilitado su labor. Lo único que han tenido que hacer es seguirnos y actuar. Tal vez... —Ann se quedó pensativa.

—¿Tal vez qué? —la apremié.

—Tal vez eso nos haya salvado la vida.

—No te comprendo.

—Si, como creo, fue testigo de nuestro robo, sabe que no

podemos acudir a la policía.

Asentí apesadumbrado. Ann había hecho una brillante deducción para explicar lo ocurrido y señalar que estábamos atrapados en nuestras propias redes.

Aleandría, año 414

Orestes y Cirilo, cuyas diferencias eran cada vez más acusadas ante las continuas intromisiones del patriarca en asuntos que no eran de su incumbencia, llevaban encerrados más de una hora. En algunos momentos la discusión se había encrespado tanto que podían oírse los gritos al otro lado de la puerta. Era Cirilo a quien se escuchaba con más frecuencia, aunque al exterior solo llegaban algunas frases sueltas.

La tensión se había trasladado al amplio vestíbulo que se abría ante el despacho del prefecto imperial, donde Petrus y sus parabolanos marcaban distancias con los soldados de guardia.

Hasta el momento los parabolanos habían evitado enfrentarse con las tropas. Pero era cuestión de tiempo que aquellos individuos de negros hábitos y aspecto desaliñado, convertidos desde hacía años en pretorianos del patriarca, acabasen chocando con los soldados de Orestes.

La puerta se abrió de repente y en el umbral se recortó la figura de Cirilo, revestida con sus ropas talaras. Los soldados que la custodiaban adoptaron una actitud marcial y sus compañeros se pusieron alerta, alguno agarró con fuerza la empuñadura de su espada. Petrus apretó los puños y enarcó las cejas. A pesar de haber cumplido los cincuenta años, el ejercicio y una dieta adecuada lo mantenían en una envidiable forma física. Se hizo un silencio tan espeso que se escuchó el crujir de las vestiduras del clérigo cuando se volvió hacia Orestes y,

apretando con fuerza el papiro que llevaba en su mano, le gritó:

—¡Esto no va a quedar así!

Altivo, cruzó el vestíbulo mirando al frente; Petrus hizo un gesto a sus hombres que lo siguieron en silencio, mientras los soldados permanecían expectantes.

Aún resonaban en el mármol del pavimento los pasos del patriarca cuando Orestes ordenó que preparasen su caballo. Diez minutos más tarde, el prefecto cabalgaba a más velocidad de la aconsejable por las calles del barrio de Bruquio. Tardó muy poco en llegar a la Vía Canópica donde la densidad del tráfico lo obligó a refrenar la marcha de su caballo, permitiendo aproximarse a los jinetes de su escolta que ya no se separaron de él hasta llegar a la casa de Hipatia.

El ruido atrajo a varios esclavos; uno de ellos, al ver al prefecto, corrió a dar aviso al mayordomo. Cayo recibió al prefecto en el portal.

—¿Dónde está tu ama?

El mayordomo, olvidándose de consideraciones protocolarias, le preguntó:

—¿Ocurre algo?

—¡Es urgente que hable con ella!

—¿Qué ocurre? —insistió.

El prefecto no disimuló su malhumor.

—He dicho...

—¿A qué viene tanto jaleo?

La voz sonó suave, envolvente; Hipatia bajaba la escalera.

Llevaba el pelo recogido y vestía una túnica blanca de algodón y de amplias mangas, una prenda cómoda para estar en casa que, sin embargo, no restaba elegancia a su porte.

—¡Tenemos que hablar!

—¿Por qué estás tan alterado? ¿Qué sucede?

—¡Tengo que decirte algo muy importante!

—Ven, acompáñame.

Hipatia lo tomó por el brazo y juntos se encaminaron hacia uno de los peristilos del jardín, un lugar apartado y discreto. Antes de que Orestes dijese nada, batió palmas y otra vez apareció Cayo.

—¿Llamabas, mi ama?

La dueña de la casa miró al prefecto.

—¿Un refresco? ¿Un poco de vino?

—Vino, por favor.

—Para mí, agua.

—Enseguida, mi ama.

Cayo hizo una ligera inclinación y se retiró. Orestes no se anduvo con melindres.

—El patriarca te acusa de hereje.

En los labios de la matemática apuntó una sonrisa.

—No puede hacerlo, no estoy bautizada. Yo no soy cristiana.

—No me he expresado bien. En realidad de lo que te acusa es de proteger la herejía.

Hipatia recogió un mechón de su pelo y se acercó a un macetón donde florecían adelfas blancas.

—¿Desde cuándo a defender las tradiciones de nuestros antepasados se le llama de esa forma?

—No se refiere a tus formas de vida que, desde luego, considera impías y provocadoras.

Hipatia se encogió de hombros.

—Eso no es nuevo. Todo lo que no es agradable a sus ojos lo considera detestable. He sido testigo del cierre de centros e instituciones que durante siglos marcaron la vida de esta ciudad, incluida la destrucción del Serapeo y el incendio de su biblioteca, pero disculpa que te haya interrumpido. ¿En qué fundamenta su ataque?

—¿Conoces a un tal Apiano?

La pregunta quedó en el aire al aparecer un esclavo con el agua y el vino. Sirvió las bebidas en copas de fino cristal y se retiró.

—¿Por qué me lo preguntas? —En la frente de Hipatia había aparecido una pequeña arruga.

—Primero, respóndeme, por favor.

—Mis relaciones no le incumben a Cirilo, forman parte de mi vida privada.

—¿Has tenido alguna relación con ese Apiano? —insistió el prefecto.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—Voy a responderte porque sé que tu pregunta la dicta el afecto.

En pocos minutos le explicó la historia de Papías y la

última visita de Apiano.

—Recuerdo que vino el mismo día en que eligieron patriarca a Cirilo y que se marchó al día siguiente.

—¿Se llevó consigo todos los textos?

—Todos.

—¿Estás segura?

—Completamente, ¿por qué?

—Para saber que la situación no se complicará más.

Hipatia dio un sorbo a su agua.

—Creo que ahora las explicaciones te tocan a ti.

Orestes le contó el tenso encuentro que acababa de mantener con el patriarca y aludió a la carta que Cirilo le había mostrado.

—¿Te la ha enseñado?

—Sí.

—En tal caso, has de saber que la han robado de mi biblioteca.

Hipatia no parecía alterada.

—Deberías investigar entre la servidumbre.

—Voy a hacerlo.

—Lo más grave es que puede acusarte de proteger a un hereje peligroso. Me ha pedido que proceda en tu contra.

—También yo podría acusarlo.

—¿Tú?

—Sí, yo. Si no de robo, al menos de posesión ilícita.

—Ese es un terreno resbaladizo.

Hipatia palmeó y poco después Cayo hizo nuevamente acto de presencia.

—¿Llamabas, mi ama?

—¿Sabes de alguien que haya entrado en la biblioteca?

—Nadie, mi ama. Bueno... —El mayordomo recordó algo—. Hace unos días, con motivo de los preparativos para el concierto, subí con dos esclavos y... ¿Ha ocurrido algo? —preguntó alterado.

—Han robado una carta.

El semblante de Cayo enrojeció.

—¡Ha sido él! —exclamó turbado.

—¿Quién es él?

—¡Uno de tus alumnos, mi ama!

—Explícate.

—Creo que se llama Siro.

—Uno de mis alumnos, en efecto, se llama Siro, es cristiano y creo... creo...

Hipatia no terminó la frase; le resultaba doloroso pensar que uno de sus propios alumnos la hubiese traicionado, pero no albergaba dudas de que, si el joven Siro había estado en la biblioteca, su mano era la que había puesto en las de Cirilo la carta de Papías que Apiano le había llevado.

—¿Qué crees? —preguntó Cayo inquieto.

—Que Siro ha recibido alguna orden eclesiástica, aunque no podría precisarte. —Miró a Cayo con el dolor reflejado

en sus pupilas—. ¿Cómo accedió a la biblioteca?

El mayordomo explicó lo ocurrido.

Subieron a la biblioteca e Hipatia fue directa al mueble donde guardaba parte de su correspondencia. Al abrir el cajón donde debía estar la carta, no la encontró.

—Cuando Apiano se llevó los códices guardé la carta en este mueble. Ha desaparecido.

—¡Cirilo es algo más que un fanático! ¡Es un bellaco! — exclamó el prefecto encolerizado.

Bajo la bóveda donde estaba representado el firmamento de Alejandría en el solsticio de verano, Orestes explicó sus temores a su maestra y amiga. No podía borrar de su mente la imagen del patriarca cuando desde la puerta de su despacho agitaba con rabia el papiro y gritaba: «¡Esto no va a quedar así!».

A pesar de que los esplendores de otros tiempos habían quedado atrás, la actividad en los dos puertos de Alejandría era incesante, tanto en el Grande, que se abría a la ensenada en uno de cuyos extremos se alzaba el Faro, como en el Eunostos, al otro lado del Heptaestadio. Allí los marineros y los estibadores, los vagabundos y las prostitutas, los vendedores ambulantes y los que esperaban una oportunidad daban vida a los grandes barrios que se extendían a lo largo de los muelles.

En la punta de Loquias, la que cerraba el Gran Puerto por el este, solo quedaban abiertas algunas tabernas. Desde hacía unas décadas, tras el cierre de los dos templos que allí se alzaban, el abandono del lugar había ido en aumento. En una de ellas, un grupo de hombres bebía y

jugaba a los dados. En torno a una de las mesas se sucedían los gritos de júbilo y decepción, según rodaba la suerte. El ruido inundaba hasta el último rincón del tugurio donde recalaban algunos marineros con la paga fresca, dispuestos a comerse y beberse una parte antes de dejársela en alguno de los lupanares de la otra zona del puerto.

A pesar de lo abandonado del lugar algunas prostitutas callejeras rondaban a la caza de posibles clientes. No les importaba desafiar las restricciones impuestas recientemente por Cirilo y se arriesgaban a sufrir alguno de los castigos establecidos en la nueva normativa que se aplicaba por buscar clientes en la vía pública.

Ese había sido uno más de los choques habidos entre el poder civil y religioso de la ciudad. Cirilo se había alzado con el triunfo, al conseguir un decreto imperial firmado por Teodosio II, en exclusiva para la ciudad de Alejandría, por el que las diferentes categorías de rameras no podían buscar clientes en las calles. Las prostitutas quedaban recluidas en los burdeles y cuando salían de ellos, según se señalaba en el decreto imperial, tenían que llevar puestas unas tocas de color azafranado que permitiese identificarlas fácilmente.

Desde la calle llegaron unos alaridos que se elevaron por encima de los ruidos de la taberna; instantes después, apareció en la puerta una mujer con el rostro ensangrentado y sujetando sobre el pecho los jirones de su túnica desgarrada.

—¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Que alguien nos ayude!

En la calle los gritos eran estremecedores.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el tabernero, un individuo

corpulento, con la cabeza afeitada y unas muñequeras de cuero, que estaba cerca de la puerta repartiendo el vino de una jarra entre un corro de estibadores.

—¡Los parabolanos! ¡Están apaleando a Susana! ¡Si alguien no acude la van a matar!

Los estibadores intercambiaron una mirada y, sin decir palabra, enfilaron la puerta. Instantes después los gritos habían cobrado otra dimensión. Algunos parroquianos más salieron a la calle y se sumaron a la pelea.

No hubo muertos, pero sí numerosos descalabrados y los efectos de la pelea eran visibles. En la taberna, a cuyas puertas se había iniciado la reyerta, unas mujeres atendían a las dos prostitutas. Una de ellas tenía una brecha en la frente, era más escandalosa que grave. La otra estaba malherida; los parabolanos la habían golpeado sin piedad.

—¡La culpa es de esos malditos monjes! —exclamaba un marinero ilirio, cuyo barco había llegado aquella mañana al Eunostos y al que le vendaban una herida en el brazo.

—¡También el prefecto tiene mucha culpa por haber permitido que se le suban a las barbas! —protestó la joven que lo vendaba.

—Por lo menos, en esta ocasión los soldados han intervenido.

—Es la primera vez que eso pasa en mucho tiempo —insistió la joven.

—¡Pues si no llegan a aparecer, ahora en lugar de curar heridos, se estaría retirando cadáveres!

—Ha tenido que ocurrir algo muy gordo para que Orestes haya dado ese paso.

—He oído decir que entre él y el patriarca las diferencias son muy grandes.

—Es cierto —ratificó la joven.

—¡Pues eso sí que es extraño!

—¿Por qué?

—¡Por todas partes las autoridades y el clero han juntado el culo! —exclamó el marino soltando una risotada.

Era la medianoche y en la casa se respiraba el silencio, después de un día tan agitado. Hipatia daba los últimos retoques a un texto, antes de retirarse a descansar. Unos golpes en la puerta la sobresaltaron.

—¿Quién llama?

—Soy Cayo, mi ama, ¿puedo pasar?

—Entra.

El mayordomo apagó el pequeño candil que llevaba en la mano. Se acercó hasta la mesa donde estaba su ama y con voz queda le comentó:

—Han encontrado a Siro.

Hipatia lo miró sorprendida.

—¿Lo buscaban?

—Los hombres del prefecto.

—No lo sabía. ¿Por qué me lo dices?

—Porque lo han encontrado muerto.

Hipatia soltó el cálamo con que escribía.

—¿Cómo ha sido?

—Estaba colgado de una viga en un altillo de su casa.

—¿Se sabe quién lo ha hecho?

—Se ha suicidado.

—¿Cómo lo han averiguado? —preguntó Hipatia con un pellizco en el estómago.

—Tuvieron que echar abajo la puerta, estaba atrancada y también el ventanuco. Además, dejó una carta.

—¿Qué decía?

—Te pedía perdón por haber faltado a tu confianza y generosidad.

Cayo sacó de su túnica un pliego doblado, se lo dio a su ama y dijo a modo de excusa:

—Cuando la han traído ya era de noche.

Hipatia lo leyó varias veces sin poder contener las lágrimas que desbordaban sus ojos.

Siro, arrepentido de su acción, le pedía perdón.

Roma, 1948

Eran las once y media cuando Sandro Martinelli llamó suavemente a la puerta y al abrirla sus pulmones acusaron el efecto de la cargada atmósfera del reservado de Il Galeone donde cenaba Su Eminencia. Interrumpió la animada conversación que mantenían Silvio Piccolomini y sus acompañantes: la condesa Odescalchi y dos elegantes caballeros. Se excusó y, acercándose al cardenal, susurró unas palabras a su oído.

El purpurado lo miró de frente.

—¿Tan importante es?

—Eso dice, eminencia.

Piccolomini dejó la servilleta sobre la mesa y pidió disculpas a sus acompañantes.

—Vuelvo enseguida, os aseguro que lo mejor de esa historia es su final.

Cogió el paquete de cigarrillos y su mechero, y salió del reservado hacia el discreto rincón donde estaba la cabina telefónica.

—Espero que no sea una pamplina.

—Asegura que es algo muy grave.

—¿Ha dicho grave?

—Lo ha repetido una y otra vez cuando le he dicho que estaba usted en una importante reunión. Está muy alterado.

Siguiendo el protocolo, Martinelli cogió el teléfono.

—Le paso a Su Eminencia.

Piccolomini no se anduvo por las ramas.

—Espero que sea algo tan importante como para haberme sacado de la reunión.

—Su Eminencia jamás me perdonaría no haberle informado inmediatamente. No he podido hacerlo antes porque he estado hasta hace poco rato en la comisaría.

—¿Qué ha ocurrido?

—Han asesinado a Boulder; bueno —corrigió Naguib—, en realidad ha habido dos asesinatos.

—¿¡Cómo dice!?

—Que ha habido dos asesinatos, eminencia.

—¿A quién más han asesinado?

—A Alfred Best, eminencia.

Silvio Piccolomini permaneció en silencio unos segundos.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—No puedo precisárselo con exactitud, pero ha tenido que ser a lo largo de esta tarde.

—¿Los dos?

—Sí, eminencia.

Después de otro breve silencio el cardenal empleó un tono exigente.

—¡Cuénteme todo lo que sepa!

—No sé mucho más, eminencia. La primera noticia que

tuve fue que Boulder había aparecido asesinado en su apartamento y poco después me enteré de que habían encontrado muerto al profesor en la habitación de su hotel.

—¿Muerto o asesinado?

—Asesinado, eminencia, le han roto el cuello. Al parecer, los dos escenarios estaban revueltos; el asesino buscaba algo.

—¡Claro que buscaba algo! —Piccolomini no había podido contenerse—. ¡Quien haya cometido esos asesinatos busca lo mismo que nosotros! Supongo que la policía está husmeando.

—Ya han interrogado al periodista y a la mujer que lo acompaña, eminencia. También a mí me han interrogado. Me temo que acabarán atando cabos.

—¿Por qué lo han interrogado? —preguntó Piccolomini preocupado. Trataba de hacerse una idea del nuevo panorama que dibujaba la inesperada realidad de aquellos asesinatos, al poner al descubierto que alguien más, que no eran ellos ni los ingleses, estaba tras la pista del código.

—Porque, siguiendo las instrucciones de Su Eminencia de intentar una última posibilidad, había quedado en verme con el anticuario.

—¿Cuándo había quedado con él?

—A las cuatro, en su tienda.

—¡Válgame el cielo!

—Estaba siguiendo sus instrucciones, eminencia —insistió Naguib para justificarse.

El cardenal encendió un cigarrillo y una nube de humo se

extendió por la cabina telefónica.

—Continúe.

—Como Boulder no llegaba a la cita, ni respondía a las llamadas de teléfono de su secretaria, ésta envió a un empleado al apartamento y fue entonces cuando se encontró con el cadáver. No he tenido ocasión de llamarlo antes porque la policía no me ha dejado solo un instante. Como Su Eminencia comprenderá, mi situación es muy delicada y en las circunstancias presentes necesito instrucciones muy precisas.

En aquel momento las palabras de Naguib llegaban a los oídos del cardenal como un eco lejano porque su mente estaba en otro lugar. Era preciso conseguir aquel códice, antes de que lo hiciese quien estuviera detrás de los dos asesinatos. El responsable de velar por la ortodoxia de la Iglesia romana se lamentaba, cada vez más, del tiempo que habían perdido con las vacilaciones de Contarini.

—¿Le ha contado a la policía algo sobre el códice?

—Le he dicho que el motivo de mi visita estaba relacionado con la posible compra de un texto antiguo escrito en copto.

—¿Sabe dónde puede estar?

—No tengo la menor idea. Aunque... —Naguib vaciló—. Aunque me atrevo a apuntar una hipótesis.

—Explíquemela.

—En mi opinión el asesino no lo tiene.

—¿Por qué?

—Porque conozco a Boulder, jamás tiene piezas de valor en su propio domicilio. Su caja fuerte está en la tienda, por

lo que deduzco que la búsqueda en su apartamento fue infructuosa.

—¿Cómo explica la muerte del profesor inglés?

—A Best lo han podido matar porque sabía demasiadas cosas sobre ese código.

—En ese caso, ¿por qué revolvieron la habitación?

—Porque buscaban las notas que el profesor habría tomado. Cuando envié al secretario de Estado los faxes con las fotografías de las páginas que Best había solicitado en el Papyrus Institute, el contacto que tengo allí me informó de que...

Piccolomini lo interrumpió:

—¿Es de fiar ese contacto?

—Supongo que no mucho.

—¿Por qué dice eso?

—Porque si a mí me ha facilitado información y un juego de fotografías por un puñado de dinero, puede hacerlo también con otros.

El cardenal asintió con leves movimientos de cabeza.

—¿Para qué querría el asesino esas notas? —aventuró Su Eminencia.

—Para hacerlas desaparecer.

—¿Por qué?

La respuesta de Naguib tardó unos segundos en llegar.

—Todo apunta a que el asesino desea el código y también controlar su contenido.

Piccolomini decidió que la hipótesis no era tan endeble como había supuesto en un primer momento.

—¿Algo sobre el paradero del códice?

—Apostaría a que está en la caja fuerte de la tienda de antigüedades de Boulder. Aunque lo planteo exclusivamente como una posibilidad.

—Claro, claro —admitió el cardenal, que dio una última calada a su cigarrillo, casi consumido entre sus dedos. Lo arrojó al suelo y lo aplastó antes de ordenar—: Por el momento, manténgase al margen y espere instrucciones.

—Como ordene Su Eminencia.

—Procure ser muy discreto. Lo último en estos momentos sería vernos implicados en ese feo asunto. Aunque si puede averiguar algo sobre los asesinatos... —dejó caer Piccolomini.

—Discreción o acción, eminencia. Ambas cosas resultan difíciles de compatibilizar en estos momentos.

—Si yo le contase las cosas que pueden hacerse con discreción, no las creería.

El cardenal colgó el teléfono; estaba agobiado por las noticias de El Cairo y también por las reducidas dimensiones de la cabina. Al darse la vuelta para salir de aquellas estrecheces, supo que las sorpresas de aquella noche no habían terminado.

Al ver salir al cardenal de la cabina, el sacerdote Miroslav Pavelic dejó de hablar con Martinelli y se acercó hasta él. Piccolomini le ofreció su mano.

—Eminencia.

—He de suponer que su presencia aquí no es casual.

—Su Eminencia es muy perspicaz.

El cardenal no fue capaz de distinguir el sentido de las palabras de su interlocutor.

—¿Cómo ha sabido dónde estaba?

—Su Eminencia sabe que soy hombre de recursos.

—Tengo probadas muestras.

—¿Podría dedicarme unos minutos?

Piccolomini alzó la mirada.

—El buen Dios parece haber dispuesto que su siervo no concluya la cena.

—Le aseguro que solo serán unos minutos.

Piccolomini sabía que «unos minutos» era la medida de tiempo más elástica que existía.

—¿De qué se trata?

Pavelic comprobó que nadie más, aparte de Martinelli, podía escucharlo.

—Creo que Su Eminencia está muy interesado en un viejo códice.

El cardenal se quedó inmóvil ante aquel individuo a quien el cardenal Alois Hudal tenía encomendada la operación más delicada en que estaba inmerso el Vaticano desde que en el otoño de 1944 quedó claro que Alemania saldría derrotada de la Segunda Guerra Mundial. Aparentó indiferencia, aunque las palabras de Pavelic habían tenido el mismo efecto de un estilete. Se limitó a preguntar:

—¿Qué sabe usted de eso?

—Lo que me han contado.

Piccolomini lo midió con la mirada.

—¿Y qué le han contado?

—Que está escrito en copto y que ha aparecido en Egipto.

—¿Qué más le han dicho?

—Es una larga historia, eminencia. Además, quien me lo ha contado me ha dado un mensaje para usted.

—¿Para mí?

—Eso ha dicho, eminencia.

—Aguarde un momento. Creo que esa larga historia no podemos abordarla en «unos minutos».

Aleandría, año 415

El archidiácono miró a Petrus antes de explicar su propuesta al patriarca.

—Creo, paternidad, que tenemos ya elementos suficientes para satisfacer tus pretensiones.

—Te escucho.

—Durante estos meses hemos reunido información para conseguir que la impía hembra pague por su desvergüenza y sus pecados. Después de una madura reflexión, pensamos que lo mejor es olvidarnos de una acusación como protectora de herejes. Resultaría complicado, sobre todo con Papías muerto y el tal Apiano desaparecido...

—Una acusación de herejía la dejaría en nuestras manos —dijo Cirilo—. Esa materia es exclusiva de nuestra jurisdicción.

—Es cierto, paternidad, pero carecemos de pruebas materiales.

—¿Y la carta?

Aurelio prefirió no perderse en argumentos sobre aquel papiro que tantas desventuras les había traído. No podrían justificar cómo estaba en sus manos y reabrirla todo lo referente a la muerte de Siro.

—Creemos, paternidad, que existen otros elementos que si los manejamos con habilidad nos permitirían alcanzar nuestros propósitos.

—¿A qué te refieres?

—A que podemos abrirle un juicio por desobediencia a las leyes del imperio.

Cirilo frunció el ceño.

—¡Te has vuelto loco! ¿Un juicio público? ¿Sabes lo que estás diciendo?

—Sí, paternidad.

—¡Explícate, porque no lo entiendo!

—Esa impía hembra realiza prácticas brujeriles. Eso es algo que está condenado por las leyes.

En los labios del patriarca se dibujó una mueca de desprecio.

—Estamos como en el supuesto de herejía, no tenemos pruebas.

—Tenemos una prueba irrefutable, paternidad.

—¿Cuál?

—El prefecto imperial es víctima de sus hechizos.

—¡No digas tonterías, Aurelio! ¡Haríamos el ridículo! Orestes lo negaría, está embaucado por Hipatia.

—¿Lo ves, paternidad? Tú mismo acabas de decirlo. Resulta tan evidente, que todo el mundo en Alejandría sabe que esa mujer lo tiene hechizado...

Cirilo negó con la cabeza. El patriarca era un fanático, pero no era estúpido. Sabía que Hipatia, en un juicio público, contaría con muchos apoyos.

—No me convence. Si ése es nuestro único argumento, podemos encontrarnos con un fracaso.

—Los jueces serán condescendientes con nuestras

consideraciones, paternidad. No abrigues dudas al respecto.

—¡Los jueces me importan un bledo! ¡Es la gente, Aurelio, la gente! Un juicio civil, a diferencia de un procedimiento religioso por herejía, es un acto público. Abrir un proceso contra Hipatia es un acontecimiento que desbordaría todas las previsiones. ¡Esa mujer tiene una extraordinaria capacidad de convocatoria! Además, cuenta con el apoyo de algunas de las familias más poderosas de Alejandría.

Aurelio vaciló por primera vez. Hipatia pertenecía a la aristocracia de la ciudad y entre las grandes familias, incluso algunas cristianas, no se vería con buenos ojos un ataque contra uno de los suyos. Una cosa era llevar ante los tribunales a prostitutas callejeras o a marineros borrachos y otra muy diferente enfrentarse a una mujer tenida en alta consideración, no solo por quienes simpatizaban con lo que representaba, sino también por quienes no compartían sus principios. Algunos de sus alumnos eran personas de relieve social que ocupaban importantes cargos en las magistraturas y el gobierno de la ciudad.

—Practicar la brujería es una grave acusación, paternidad —prosiguió el archidiácono con menos convicción—. Podemos adornarla con su desprecio hacia la virtud, como ponen de manifiesto sus impúdicas exhibiciones, y también acusarla de hacer alarde de unas formas de vida que suponen un mal ejemplo para la juventud.

Cirilo se puso de pie y señaló a Aurelio con el dedo.

—Lo que tú llamas desprecio de la virtud es el anhelo de numerosas patricias y lo que calificas de impúdicas exhibiciones son sus conferencias a las que acuden tantos

que desbordan siempre los lugares previstos; la gente se queda en la calle, frustrada por no poder escucharla. En un juicio público, podríamos encontrarnos con que todo eso se volviera en contra nuestra. La lengua de esa arpía es cortante como un cuchillo, desde una tribuna puede seducir a los jueces y exaltar los ánimos del populacho. Además, Orestes negará todo lo que pueda perjudicarla. Hasta un niño de pecho se daría cuenta de que está enamorado de ella.

—¡Prueba de que esa bruja lo tiene hechizado!

—Eso no es una prueba, Aurelio.

—Pero lo son sus hechos, paternidad.

—¿Sus hechos? ¿A qué te refieres?

—A que el prefecto imperial, desde hace algunos meses, ha adoptado una actitud contraria a los planteamientos del patriarcado.

—No te comprendo.

—Actúa así porque esa mujer lo tiene bajo su perniciosa influencia.

—Mis hombres, paternidad —Petras intervino por primera vez—, tienen, de un tiempo a esta parte, problemas muy serios para actuar. Cada día que pasa, son más los que se atreven a desafiar tus mandatos.

Cirilo negó otra vez con la cabeza. No estaba convencido.

—En manos de esa mujer, un juicio es un arma muy peligrosa. Ninguno de vosotros ha debatido con ella, sé por experiencia lo que digo. —El patriarca revivió el doloroso momento en que Hipatia lo dejó en evidencia—. ¡Olvidaos de un juicio!

Cirilo se levantó y se acercó a la ventana; la abrió de un tirón y la brisa fue un alivio para su rostro abotagado. Permaneció en silencio un buen rato, rumiando sus pensamientos; cuando se volvió, había tomado una decisión.

—Escuchadme con atención. Sus exhibiciones públicas serán la causa de su perdición.

Aristarco salió hasta la puerta para despedirla. Hipatia lo visitaba de vez en cuando, era el único de los amigos de su padre que quedaba con vida. A pesar de sus casi noventa años conservaba una mente lúcida y analítica. Una vez más le recriminó con dulzura que utilizase la litera para sus desplazamientos.

—Sabes que es un desafío para esos fanáticos.

—El problema es de ellos, Aristarco. No estoy dispuesta a ceder un ápice; si lo hago, estaré admitiendo que también llevan razón cuando obligan a las mujeres a cubrirse de pies a cabeza y cuando sostienen que los límites de su existencia quedan reducidos a parir, amamantar, cocinar y fregar, siempre sujetas a la autoridad de sus padres o de sus esposos.

—Es mucho el riesgo que corres.

Hipatia sonrió mostrando la blancura de unos dientes perfectos. Se conservaba espléndida, pese a que había cumplido sobradamente los cuarenta años.

—¿Sabes que desde hace algún tiempo no lanzan insultos a mi paso? —Recogió con un gesto elegante los pliegues de su túnica, subió a la litera y se reclinó entre los almohadones.

—Aun así, no te confíes. ¿Regresas directamente a tu casa?

—No, quiero visitar primero a Samuel.

Aristarco miró al cielo, la tarde ya declinaba.

—No te entretengas demasiado.

El anciano la vio alejarse; los cuatro fornidos porteadores le parecieron una escolta adecuada. Cerró los ojos y exclamó:

—¡Que los dioses te protejan siempre!

A Hipatia no había dejado de llamarle la atención la actitud de los parabolanos desde el incidente de la carta que había llevado al suicidio de Siro. La miraban con desprecio, se referían a ella como «la pagana» e incluso en alguna ocasión había escuchado silbidos a su paso, pero no habían vuelto a atacarla. Estaba convencida de que la nueva situación estaba relacionada con la decisión de Orestes. El prefecto había dado órdenes para que sus tropas interviniesen a la menor provocación de los parabolanos. Desde la reyerta en la punta de Loquias, cuando atacaron a las dos prostitutas callejeras, patrullas de soldados recorrían la ciudad con la misión específica de controlar a los monjes de Cirilo e impedir que ejerciesen funciones que no les correspondían, ni amedrentasen a ciudadanos que no comulgaban con sus ideas.

Hipatia era consciente de que con su actitud molestaba a aquellos guardianes de la nueva moral y que aparecía ante sus ojos como impía y licenciosa: vestía ropas de colores alegres, llevaba los brazos desnudos, algo que ya resultaba inconcebible, y tampoco cubría su cabeza con el velo. Se acicalaba, se perfumaba, se adornaba y daba

fiestas en su casa, que eran consideradas por sus enemigos como orgías pecaminosas, a pesar de que estaban presididas por la música, pequeñas representaciones de mimos o interesantes tertulias sobre literatura, ciencia y filosofía. Con todo, el mayor de los desafíos a la creciente mojigatería era desplazarse por la ciudad en litera, al modo de las antiguas matronas.

Indicó a los porteadores que se encaminasen a casa de Samuel Leví, el último de los grandes alquimistas de Alejandría y uno de los pocos judíos que quedaban en la ciudad, formando parte del grupo autorizado a permanecer para liquidar los asuntos pendientes de sus correligionarios, expulsados hacía pocas semanas.

También una parte importante de los integrantes de la famosa escuela de alquimistas de la ciudad, el llamado Círculo Mágico de Alejandría, la habían abandonado, temerosos de ser acusados de emplear la brujería, realizar prácticas astrológicas o dedicarse a las artes adivinatorias.

Al enfilar el último trecho del recorrido, una calleja en el corazón del barrio judío, vieron escabullirse unas sombras. A Hipatia le extrañó encontrar abierta la puerta de la casa del alquimista. Samuel siempre la tenía cerrada, a veces incluso resultaba complicado que abriese, sobre todo cuando estaba enfrascado en algún experimento.

Echó pie a tierra presa de un mal presentimiento y ordenó a uno de sus porteadores que la acompañase. El hombre empuñó una espada de las que llevaban en los bajos de la litera y la siguió al interior de la humilde vivienda del judío, donde reinaba un silencio total. Cruzaron el portal y llegaron a un pequeño patio.

—¿Samuel?

Nadie contestó.

—¿Samuel? —insistió Hipatia, sin obtener respuesta.

Cruzó el patio angustiada y al llegar al cuarto que utilizaba como laboratorio vio que la puerta también estaba entreabierta. La empujó suavemente y encontró la explicación de las sombras que se escabullían por el otro extremo de la calle cuando ella llegaba.

El alquimista yacía tendido en el suelo, estaba boca arriba y se desangraba por una terrible herida que le atravesaba el abdomen. Tenía las extremidades extrañamente dobladas.

Hipatia se agachó y lo tomó entre sus brazos solo para recoger los últimos estertores de una vida que se apagaba. Sus asesinos le habían roto los brazos y las piernas para que no pudiera moverse, ni llevarse las manos a la herida. Samuel la miró con ojos vidriosos y ella le dedicó una sonrisa, consciente de que era la última imagen que iba a llevarse de este mundo. El viejo alquimista expiró en sus brazos.

Hipatia no pudo contener las lágrimas. Permaneció un rato acunándolo antes de cerrarle con delicadeza los párpados. Se incorporó y paseó la mirada por el laboratorio; aquellos desalmados habían llevado a cabo una sistemática destrucción. El atanor estaba destrozado, las delicadas redomas de cristal y las retortas pulverizadas, los cuencos rotos y los recipientes de cerámica hechos añicos. También habían sido pasto de la furia destructora de los asesinos unos matraces de vidrio, costosísimos, que ella le había regalado hacía pocas semanas. En su crueldad aquellos criminales lo habían inmovilizado, rompiéndole los huesos, para que fuese testigo, mientras agonizaba, de la

destrucción de aquello que el viejo alquimista más amaba. Un ruido a su espalda la sobresaltó, pero se tranquilizó al ver que era su porteador.

—La casa está vacía, mi ama. Salvo lo que han hecho aquí, todo lo demás está en orden. No parece que hayan robado.

—Esos criminales no venían a robar.

Antes de marcharse, echó una ojeada, por si encontraba algún indicio que permitiese desenmascarar a los asesinos, aunque no albergaba dudas acerca de quién se encontraba detrás de la muerte de Samuel.

Salió a la calle y ordenó que la llevaran a casa del rabino Jehuda, la única autoridad judía que permanecía en Alejandría para liquidar los asuntos pendientes de la desaparecida comunidad hebrea. Ella correría con los gastos del entierro que se efectuaría según las creencias del difunto; era lo menos que podía hacer, además de presentar una denuncia ante las autoridades.

La oscuridad se extendía ya rápidamente cuando cruzaban las últimas callejas del barrio judío; se había entretenido demasiado con el rabino. Ordenó a sus hombres que avivasen el paso, la noche se cerraba y aún estaban lejos de su casa.

Angustiada por la muerte de Samuel y la crueldad que significaba asesinar de aquella forma a un anciano indefenso, apenas se dio cuenta de lo que ocurría. Fue a la salida de una callejuela solitaria cuando un numeroso grupo de parabolanos atacó por sorpresa. Todo fue tan rápido que los porteadores no tuvieron tiempo de reaccionar. Dos de ellos cayeron muertos en el primer

envite y, mientras los otros dos trataban de empuñar las armas para defenderse, varios individuos la sacaron a tirones de su litera. Forcejeó, pero un golpe seco en la nuca la dejó sin conocimiento. La arrastraron hasta un carretón, donde la arrojaron como si fuese un fardo y se alejaron a toda prisa. Los dos porteadores que a duras penas resistían el ataque, sucumbieron poco después.

La litera quedó abandonada en el callejón y a su alrededor cuatro cadáveres en medio de charcos de sangre. En apenas unos minutos los atacantes habían cumplido su cometido. El sigilo y la oscuridad de la noche habían sido sus mejores aliados.

El carretón escoltado por media docena de jinetes atravesó la Vía Canópica, donde la mortecina luz de algunos faroles apenas rompía la creciente oscuridad. Cruzaron a toda prisa las calles del Bruquio envueltos en las sombras de la noche hasta salir por una poterna junto al llamado Martirio de San Marcos en la zona de Bucolia.

Siempre había sido un lugar apartado, pero desde hacía un tiempo se había convertido en una zona degradada y solitaria. Los jinetes llegaron hasta un templo abandonado donde en otro tiempo se rindió culto a los emperadores. La brisa del mar traía un penetrante olor a sal.

Los parabolanos entraron en el templo, arrastrando a su presa sin ningún miramiento.

—¡Encended los candiles, prended las antorchas! —ordenó Petrus—. ¡Vosotros dos, traed unos baldes con agua y cerrad las puertas!

Hipatia, inconsciente, continuaba tirada en el suelo.

—¿Qué vamos a hacer con la pagana, Petrus?

—¡Primero, nos divertiremos un poco!

El que había preguntado dejó escapar una risilla tan siniestra como el ambiente que alumbraban con las luces que habían prendido.

El viejo templo donde se rindió culto a los divinizados emperadores era un lugar desolado, donde los vestigios de tiempos mejores podían adivinarse en los mármoles y en la decoración que las mortecinas luces apenas dejaban entrever. Bajo la cúpula que coronaba el centro de la cubierta estaba el ara de los sacrificios orlada por una leyenda medio borrada; podían leerse las palabras Caesar Aug. Div...

El ruido de las puertas al cerrarse hizo que Hipatia se estremeciese semiinconsciente. Tenía una desagradable sensación de frío y un fuerte dolor de cabeza.

—Aquí está el agua, Petrus. ¿Se la echamos?

—No, parece que se despierta ella sólita.

Desde el suelo, Hipatia se encontró con un círculo de miradas torvas en las que era fácil adivinar sus intenciones. Instintivamente se encogió, adoptando una posición fetal. Trataba de recordar lo sucedido cuando la voz de Petrus la hizo estremecerse.

—¡Desnudadla!

Varios esbirros se abalanzaron sobre ella. No pudo evitar que desgarraran sus vestiduras.

—¡Levantadla, quiero ver bien a la zorra!

Intentó resistirse y uno de los parabolanos le propinó una bofetada; un hilillo de sangre brotó en la comisura de su boca. Hipatia no recordaba haber recibido un golpe en toda

su vida.

—Con cuidado, no vayas a estropearnos la diversión.

La sujetaron con fuerza, obligándola a estirar brazos y piernas.

—¡Es hermosa, la perra! —exclamó Petrus.

—¿Empezamos? —preguntó ansioso uno de los esbirros sin apartar los ojos del cuerpo desnudo de la matemática.

—¡Cuando queráis!

Para Hipatia fue el comienzo de su martirio. Las violaciones se sucedieron una detrás de otra. Cuando uno de aquellos brutos, que apestaba a cebolla y ajo, saciaba su lujuria, otro tomaba el relevo. Al principio, trató de resistirse, pero al comprobar que lo único que conseguía era excitar a sus torturadores, acabó por resignarse ante el suplicio.

Anonadada por el dolor y el asco, perdió la noción del tiempo y hasta el número de las veces que la habían violado. Trató de poner su mente en blanco para alejar su espíritu del horror que estaba viviendo, pero no lo consiguió. Solo por un momento logró distraerse al leer una frase incompleta grabada en el ara: Caesar Aug. Div... y que ella veía al revés. Recordó las últimas palabras que oyó de boca de su padre: «Cuídate mucho y, sobre todo, ten prevención con el César».

El tormento se prolongó durante varias horas, hasta que aquellos desalmados saciaron su lujuria después de humillarla con todas las aberraciones y sevicias que sus mentes enfebrecidas imaginaron.

Por un momento creyó que la dejarían con vida, pero cuando vio lo que Petrus sacaba de una bolsa que llevaba

colgada de su cintura Hipatia creyó enloquecer.

Cayo, preocupado por la tardanza de su ama, envió recado a casa de Aristarco. Al tener noticia de que se había marchado a media tarde a casa de Samuel Leví aumentó su preocupación. El barrio de los judíos era un lugar peligroso y solitario; incluso algunas de sus casas, recientemente abandonadas, se habían convertido en guaridas de malhechores. Si Hipatia había pensado ir por aquellas callejas, debería haber llevado una escolta más nutrida.

Avanzada la noche encontraron los cadáveres de los portadores y la litera abandonada. Cayo, angustiado y presa de los más negros presentimientos, acudió al prefecto imperial. A pesar de la hora, el propio Orestes, que ya se había retirado a descansar, se puso al frente de la operación de búsqueda.

Durante toda la noche grupos de soldados patrullaron la ciudad, pero no sabían dónde buscar. Preguntaron en tabernas y burdeles, interrogaron a todo el que encontraban por las calles, pero no obtuvieron la menor pista. La única referencia se la proporcionaron unos borrachos que explicaron, con no pocas dificultades, cómo a primera hora de la noche habían visto a unos jinetes cruzar por el Bruquio en dirección al puerto.

Aunque no eran habituales los grupos de jinetes cabalgando en la noche y el hecho de que el testimonio procediese de unos beodos le restaba credibilidad, algunas patrullas llegaron hasta los muelles, pero no encontraron una pista que seguir.

Orestes ordenó que se visitasen las casas de los amigos y

de los principales discípulos de Hipatia, pero nadie aportó un solo dato para su búsqueda. Los peores augurios tomaban forma conforme pasaban las horas.

Petrus repartió entre sus hombres caracolas afiladas que había preparado para la ocasión. Hipatia, con el cuerpo entumecido, se estremeció al ver cómo aquellos salvajes se recreaban anunciándole entre carcajadas el inicio de su tortura. Fue terrible y lenta, sobre todo muy lenta. Comenzaron haciéndole dolorosas incisiones en los brazos y las piernas.

—¡Cortad solo la piel, sin profundizar! —gritaba Petrus una y otra vez—. ¡Tiene que sufrir!

Mientras unos cortaban y le gritaban obscenidades, otros bebían y se divertían esperando su turno. De vez en cuando, Petrus, que dirigía el tormento, echaba puñados de sal en las heridas, produciéndole un dolor insoportable.

Cuando sus miembros estaban tan lacerados que resultaba difícil encontrar un trozo de piel donde hacerle nuevos cortes, comenzaron con el cuerpo, le hacían pequeños cortes en el cuello y en el abdomen. Petrus seguía recomendando a sus hombres que no hicieran cortes profundos para así prolongar el sufrimiento.

Uno de sus verdugos la agarró por el cabello y tiró hacia atrás con fuerza.

—¡Mírame a la cara! —le gritó.

Hipatia entreabrió los ojos; tenía a un palmo el rostro de aquella fiera vestida de negro.

—¿Por qué no pides ayuda a tus dioses? —se mofó con una risotada.

Reuniendo sus escasas fuerzas le escupió a la cara.

—¡Maldita zorra!

Por un momento, se hizo el silencio en el interior del templo. Petrus se acercó hasta ella.

—Veo, pagana, que aún te quedan arrestos. ¡Ahora verás! ¡Amarradla allí! —Señaló una columna.

Pegaron su cuerpo al frío mármol, le estiraron los brazos y la ataron fuerte.

—¡Es tuya, Eudoxio! —gritó Petrus al que había recibido el escupitajo.

El parabolano se quitó la correa con que ceñía su negro hábito y le propinó el primer latigazo, después otro y otro más, animado por los gritos de sus compinches. La azotó sin piedad, disfrutando con cada estremecimiento de su víctima, al recibir los latigazos.

Mientras aquel energúmeno convertía su espalda en una masa sanguinolenta, Hipatia trató una vez más de dejar en blanco su mente para soportar el dolor. Pensó en su padre y en las controversias que habían mantenido acerca de la influencia de los astros en la vida de las personas y recordó otra vez sus últimas palabras. Se dio cuenta de que se refería a aquello cuando le habló del terrible peligro que vislumbraba como algo indeterminado y le aconsejó guardarse del César. Pensó en la tarde en que los alejandrinos gritaron con ella «¡Ágora, Ágora, Ágora!». Ahora, entre latigazo y latigazo, le parecía un momento demasiado lejano. Recordó el día en que resolvió una de las ecuaciones diofánticas que la convirtieron en la profesora más joven del Serapeo. Sus últimos pensamientos fueron para una larga noche, encerrada en

su despacho, cuando trabajó sin descanso, antes de entregar a Apiano los códices que Papías había dejado bajo su custodia.

Cuando la desataron se desplomó casi inconsciente. No podía sostenerse en pie.

—¡A ésta le queda poco!

—¡Estiradla! —ordenó Petrus sacando un cuchillo. Cuando la mujer estaba inmovilizada, le cortó los pechos, que exhibió como si fuesen trofeos; luego arrojó los últimos puñados de sal a las heridas. El grito de Hipatia fue tan estremecedor que uno de aquellos criminales perdió los nervios y le asestó una puñalada en el corazón.

Petrus se quedó mirándola con un rictus de asco en el semblante. A sus pies estaba lo que quedaba de aquella mujer, cuya sabiduría había alumbrado la vida de su ciudad durante varias décadas.

—¡La fiesta ha terminado!

Arrojó los pechos sobre el cadáver de Hipatia, se restregó las manos en la sotana y ordenó a sus hombres:

—¡Traed la leña y la paja que hay en el carro. Vamos a quemarla!

Sus torturadores arrastraron el despojo sanguinolento en que habían convertido su cuerpo, lo arrojaron sobre la improvisada pira y le prendieron fuego. El alba comenzaba a despuntar cuando los parabolanos abandonaron el templo, cerrando las puertas.

En el silencio de la madrugada solo se escuchaba el crepitar de las llamas y los cascos de los caballos de los jinetes que se alejaban a toda prisa.

El sol ya alumbraba un nuevo día cuando uno de los hombres que la buscaban en la zona oriental de las murallas vio el humo que salía de las ventanas del templo.

—¡Mirad allí!

—¿Dónde?

—¡En aquel templo abandonado!

Acudieron a toda prisa y al abrir las puertas los recibió una densa humareda y un penetrante olor a carne quemada. Tuvieron que aguardar a que la humareda se disipase algo para poder entrar. Encontraron manchas de sangre por todas partes, unas vestiduras desgarradas y un cuerpo casi consumido por el fuego, poco más que un montón de cenizas. Era lo que quedaba de la insigne matemática.

A la misma hora que Orestes recibía la noticia, el patriarca Cirilo era informado del suceso y por Alejandría comenzaban a circular los rumores.

El prefecto imperial abrió una investigación, pero todas las pistas se estrellaron contra un muro impenetrable. Nadie sabía con exactitud lo ocurrido aquella larga noche.

Un mes más tarde, en una de las tabernas del puerto, a un parabolano que había bebido más de la cuenta se le soltó la lengua. Contó con todo lujo de detalles los trágicos sucesos acaecidos. En una mesa cercana alguien escuchó con atención la historia del sicario de Petrus, que se regodeaba con los detalles más escabrosos. Aunque pensó que eran fantasías de un monje borracho, informó a las autoridades.

Orestes ordenó su detención. Primero, lo negó todo, alegaba que estaba borracho y se había inventado una historia para llamar la atención, pero sometido a un duro

interrogatorio confesó los detalles del crimen. Todo menos los nombres de sus cómplices.

Orestes, muy presionado por el patriarca que reclamaba la jurisdicción para sí por tratarse de un parabolano, le concedió un plazo de tres días para que completase su confesión, antes de entregarlo al verdugo. El día que expiraba el plazo, encontraron al asesino estrangulado en su celda. Nunca se supo quién lo hizo porque el carcelero y los soldados que prestaban guardia también aparecieron muertos.

Ciudad del Vaticano, 1948

Pasada la media noche, Miroslav Pavelic estaba sentado frente a Piccolomini en la acogedora atmósfera del despacho del cardenal. Su Eminencia encendió un cigarrillo y la maciza tapa de su mechero resonó al cerrarse. Expulsó el humo lentamente ante la atenta mirada del sacerdote serbio.

—Cuénteme ahora esa historia desde el principio.

Pavelic miró su reloj.

—Hace dos horas recibí una llamada desde El Cairo...

—¿Quién lo llamó?

—Günther Hoffmann; ese nombre no le sonará.

—Así es, no tengo la menor idea de quién es ese Hoffmann.

—Hoy es un comerciante bávaro que se afincó en El Cairo hace cuatro años, a finales de 1944.

—¿Por qué ha dicho hoy es?

—Porque hasta que se marchó a El Cairo había sido uno de los hombres de confianza de Heinrich Himmler.

—¿Ese Hoffmann es quien le ha hablado del código?

—En efecto, eminencia, se ha referido exactamente a un viejo código escrito en copto.

—¿Qué sabe de ese código? —lo tanteó Piccolomini.

—Al parecer contiene textos sumamente interesantes, creo

que usted está al tanto de su contenido.

—Prefiero que me lo cuente usted.

—Por lo que me ha dicho, se trata de textos que... que no ha vacilado en calificar como evangelios. Disculpe, eminencia, pero ésa es la palabra que ha utilizado, supongo que exageraba.

El cardenal asintió con un ligero movimiento de cabeza y Pavelic prosiguió:

—Según dice, desde hace algunos meses en ambientes muy restringidos de El Cairo, circulaba un rumor según el cual en una localidad próxima a Luxor, creo que se llama...

Pavelic vaciló y el cardenal acudió en su ayuda.

—Nag Hammadi.

—Nag Hammadi —repitió Pavelic—, había aparecido un códice que contenía textos muy antiguos en los que se alude a aspectos importantes de la vida y la doctrina de Cristo que no coinciden con las historias recogidas en los evangelios. ¿Estoy en lo cierto?

—Continúe, Pavelic.

El cardenal aplastó lo que quedaba de cigarrillo en el cenicero.

—Ese códice fue a parar a manos de un anticuario llamado Henry Boulder, con quien hace algunas semanas entró en contacto un comisionado del Vaticano, un individuo que se dedica al tráfico de antigüedades. Ese comisionado estaba negociando la compra, pero resulta que habían surgido dificultades, derivadas de la actitud de Boulder a raíz de la aparición de otros clientes. ¿Correcto?

—Prosiga.

—Según me ha dicho Hoffmann, uno de los textos de ese códice contiene información... —Pavelic escogió la palabra — muy comprometida.

—¿La conoce usted? —le preguntó Piccolomini entornando los ojos.

—No, eminencia.

—Siga, por favor.

—Esos compradores actúan, al parecer, por cuenta de una fundación británica que impulsa estudios teológicos desde una perspectiva diferente a nuestros planteamientos doctrinales. Habían enviado a El Cairo un experto con la misión de autentificar el códice. Se trata de un profesor de Oxford, llamado Alfred Best.

Hacía rato que Silvio Piccolomini daba por bueno que Pavelic le hubiese echado a perder la cena en Il Galeone. Estaba claro que el tal Günther Hoffmann conocía bien todo lo que se fraguaba en El Cairo.

—Tanto el anticuario como el profesor han sido asesinados hace muy pocas horas. ¿Lo sabía?

—Sí, estaba al corriente de esos crímenes. Ahora, dígame, ¿por qué ese individuo le ha dicho que tenía un mensaje para mí?

La respuesta que escuchó lo dejó sin respiración.

—Porque afirma que tiene el códice en su poder y que...

—¿Quiere repetir eso que acaba de decir?

—Günther Hoffmann afirma estar en posesión de ese códice.

—¿Está seguro de que es eso lo que le ha dicho? —insistió

Piccolomini.

—Completamente, eminencia. Ha dicho que tiene el código y también las notas que el profesor Best había tomado sobre su contenido.

El cardenal encendió otro cigarrillo.

—¿Qué más le ha dicho?

—Que está dispuesto a entregarle el código a Su Eminencia.

Piccolomini se quedó pálido, y tardó unos segundos en asimilar lo que Pavelic acababa de decirle. Mirándolo a los ojos, le preguntó:

—¿Qué quiere a cambio?

—Verá, eminencia. —Pavelic se rebulló incómodo en su asiento, como si le costase trabajo hablar—. Supongo que está usted al tanto de la misión que desempeñamos en San Girolamo.

—Conozco el trabajo que allí se realiza, pero no estoy al tanto de los detalles. Eso es competencia del cardenal Hudal.

—En los últimos meses han surgido algunas dificultades porque las presiones de los estadounidenses y los británicos son muy fuertes.

—¿A qué se refiere concretamente?

—Desde San Girolamo hemos facilitado pasaportes, rutas seguras y pasajes, principalmente con destino a Sudamérica, a ciertas personas que tuvieron notable relevancia en la Alemania de Hitler. Algunas de ellas no mostraron precisamente un comportamiento ejemplar.

—Entiendo.

—El cardenal Hudal está firmemente convencido de que en el actual panorama de tensiones internacionales la guerra será inevitable, teniendo en cuenta las ambiciones de Stalin. En ese marco, la ayuda a ciertas personas, aunque su pasado sea oscuro, puede resultar de gran utilidad para enfrentarse a los soviéticos. Su mayor deseo es mantener en funcionamiento esa vía de escape para significados nazis.

—¿Esa es la llamada Operación Pasillo Vaticano?

—En realidad, el trabajo que nosotros realizamos fue bautizado como Operación Convento, aunque está íntimamente relacionada con eso que llaman el Pasillo Vaticano.

—Supongo que ese Hoffmann es una pieza importante en la red de protección establecida por los nazis cuando comprendieron que perderían la guerra.

—En efecto, en Egipto los alemanes siempre han tenido buena imagen y se les dispensa una acogida, por lo general, muy deferente. Quizá sea una de las formas que los egipcios tienen de expresar su rechazo a los británicos. Allí han instalado una de sus bases de operaciones más importantes en esa red de protección a la que ha aludido Su Eminencia.

—Exactamente, ¿qué quiere Hoffmann?

—Que a través de la Operación Convento facilitemos la salida hacia Sudamérica a dos personas.

—¿A cambio nos entregaría el código?

—Eso me ha dicho.

—¿Cómo lo sacaré de Egipto? Con dos asesinatos de por medio, no le resultará fácil.

Pavelic se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

—Usted sabe que lo que pide no está en mi mano.

—Supongo que Hoffmann tendrá razones poderosas para acudir a usted; tal vez sepa que es usted quien está al frente de las gestiones para hacerse con el código.

Piccolomini se removió en su sillón y dio una larga calada a su cigarrillo. Pulsó el timbre que había sobre la mesa y Martinelli apareció unos segundos después.

—¿Ha llamado, eminencia?

—Necesito hablar con monseñor Contarini.

Martinelli miró su reloj, era cerca de la una.

—Es urgente.

—Entendido, eminencia.

—Pavelic, ¿le importaría aguardar en la antesala?

—En absoluto.

Media hora más tarde Miroslav Pavelic entraba de nuevo en el despacho. Después de que lo invitase a tomar asiento, Piccolomini le preguntó:

—¿Conoce usted a ese Hoffmann?

—Personalmente no, eminencia. Hemos hablado por teléfono en varias ocasiones.

—¿Qué opinión tiene?

—¿De Hoffmann?

—Sí.

—Como he dicho a Su Eminencia, no lo conozco. Sé que era persona próxima a Himmler, pero ignoro qué papel desempeñó en el partido nazi, ni qué misiones se le encomendaron...

—No me interesa su biografía, me refiero a si es persona en la que se pueda confiar si se cierra un acuerdo con él.

—Hasta este momento ha cumplido.

—¿Y en este caso?

Pavelic meditó la respuesta.

—Si él hace la oferta, he de suponer que es el más interesado en conseguir su propósito. Por otro lado, si exigimos la entrega del código antes de actuar, lo tendremos todo bajo control.

—¿Aceptaría desprenderse del código antes de que cumplamos nuestra parte del trato?

—Puedo preguntárselo.

—¿Ahora? —Piccolomini consultó la hora—. En El Cairo son casi las tres de la madrugada.

—Espera una respuesta.

Piccolomini asintió.

—Antes de llamar, me gustaría saber los nombres de los viajeros a Sudamérica.

Pavelic sacó del bolsillo de su sotana un papelito y se lo entregó al cardenal. Cuando lo leyó un ligero temblor agitó su labio superior. Pulsó de nuevo el timbre y, cuando su

secretario apareció, le dio instrucciones para que Pavelic pudiese hacer la llamada con absoluta discreción.

—Mientras usted habla con Hoffmann, yo efectuaré otra llamada.

Casi una hora más tarde, Martinelli llamaba suavemente. Tuvo que esperar un par de minutos a que Su Eminencia respondiese, no lo hizo hasta que colgó el teléfono, después de sostener una larga conversación con el cardenal Contarini. Con la mano invitó a Pavelic a que se sentase, mientras el secretario se retiraba sin hacer ruido.

—¿Qué tal ha ido?

—Bastante bien, eminencia. Hoffmann acepta, con una condición.

—¿Cuál?

—No se desprenderá del código. Él lo traerá a Roma.

El cardenal quedó pensativo unos segundos.

—El secretario de Estado ha dado su visto bueno a la petición de Hoffmann.

—¿Puedo llamarlo para darle nuestra conformidad?

—No, antes hay que resolver otro asunto. A partir de este momento hemos de tener a ese Hoffmann bajo control. Aguarde fuera y dígame a mi secretario que pase, por favor.

Pavelic abandonó el despacho y Martinelli, siguiendo instrucciones de su jefe, hizo una llamada a El Cairo.

El sonido del teléfono sobresaltó a Suleiman Naguib; acababa de conciliar el sueño después de haber vivido unas horas de desasosiego y angustia. Había tenido que explicar hasta cuatro veces a Mustafa el-Kebir que se

había levantado tarde y que hizo una visita al Jardín de Ali, un burdel de la Corniche, frente a la isla de Roda, donde permaneció desde las doce hasta algo después de las tres, que almorzó allí y que luego marchó en taxi hasta la tienda de Boulder, adonde llegó poco antes de las cuatro. Allí aguardó durante hora y media hasta que se enteró de que el anticuario había sido asesinado.

Miró la hora, en El Cairo eran las cuatro de la madrugada, descolgó el teléfono y gruñó:

—¿Quién es?

—Soy Martinelli, le paso a Su Eminencia.

Las palabras del secretario del cardenal tuvieron el mismo efecto que un cubo de agua fría. Se espabiló en unos segundos. La voz de Piccolomini sonó rotunda, a pesar de la distancia. Durante diez minutos desgranó órdenes muy precisas que interrumpía para comprobar que a Naguib no le quedaban dudas.

—¿Todo claro?

—Sí, eminencia.

Para asegurarse hizo una recapitulación en pocas palabras.

—¿Alguna pregunta?

—Ninguna, eminencia.

—En ese caso, mañana a primera hora, póngase en contacto con Hoffmann.

El Cairo, 1948

Acababan de dar las diez cuando Ann y yo entramos en el comedor para desayunar, después de una noche de insomnio. El maître, todo amabilidad, se acercó nada más vernos y nos indicó que el inspector nos aguardaba. Mustafa el-Kebir ocupaba una mesa desde la que lo controlaba todo. Hojeaba el ejemplar del día de al-Ahram. Su instinto de sabueso debió anunciarle nuestra presencia porque antes de que el maître nos pidiese que lo acompañásemos alzó la vista.

Se levantó para recibirnos y se mostró más deferente que en la víspera.

—¿Qué tal han dormido?

—No ha sido mi mejor noche, pero he descansado algo.

Antes de retirarse, el maître le preguntó:

—¿El inspector tomará algo?

—Té con hierbabuena.

Observé el rostro de Mustafa el-Kebir. Cuando le miraba, no podía dejar de pensar en el concejal que llamaban Robespierre. Comprobé que sus ojeras estaban muy marcadas y tenía enrojecidos sus saltones ojos; tampoco él había pasado una noche tranquila, pero no me molesté en preguntarle. Todavía me escocía la displicencia con que había tratado a Ann.

Nos sentamos y tuvo el detalle de preguntarnos si su presencia era una molestia mientras desayunábamos. Decididamente, era otro hombre. Dije que no y él lo

aprovechó para hacer parte de su trabajo. A diferencia de sus hombres, parecía muy cumplidor de sus obligaciones.

—Hemos comprobado que ayer estuvieron en las oficinas de BOAC gestionando sus pasajes.

Lo miré ofendido.

—¿Duda de mi palabra?

—No, míster Burton, pero comprenderá que en una investigación debemos comprobar todos los extremos. Además —añadió—, la muerte de míster Best, según nos ha dicho el forense, se produjo entre las cuatro y media y las cinco de la tarde. Los restos de comida en su estómago señalan que estaba en plena digestión —el sabueso no se privaba de detalles escabrosos—, lo que concuerda con su afirmación de que habían comido entre las dos y media y las tres y media. Era la hora en que ustedes estaban en las oficinas de la compañía. También sabemos ya la hora de la muerte del anticuario.

—¿Cuándo fue asesinado? —preguntó Ann.

—Entre las doce y la una. Es decir, una o dos horas después de que ustedes dos y el difunto profesor saliesen de su tienda de antigüedades para dirigirse a Groppi. Por cierto, también en la casa de té han confirmado la presencia de ustedes tres, tal y como usted me indicó ayer. El camarero recordaba perfectamente al lord inglés y la pareja que lo acompañaba. Tés para los caballeros y un café turco para mademoiselle en un tranquilo rincón del jardín.

Sin duda la mala cara que ofrecía Mustafa el-Kebir era la consecuencia de horas de extenuante trabajo.

—¿Ha dicho que la muerte de Boulder se produjo entre las

doce y la una?

—Eso han deducido de la autopsia, ¿por qué lo pregunta?

—Porque ayer nos reunimos con él a las nueve de la mañana; quedamos a esa hora porque él tenía otra cita a las doce.

—¿Otra cita? ¿Les dijo con quién?

—No, pero al parecer era muy importante.

Un camarero se acercó empujando un carrito con nuestros desayunos. Té y café, zumo de naranja, tostadas, mantequilla, mermelada, huevos revueltos y beicon. También el té con hierbabuena del inspector. La mesa se llenó de bandejas, platos, jarras y teteras. Nos deseó buen provecho y se retiró.

—¿No tiene ningún dato de esa reunión? —preguntó el inspector—. ¿Algún detalle? ¿Algo que dijese el anticuario?

—Lo siento, solo dijo que era una reunión importante.

Mustafa el-Kebir dio un sorbo a su té y yo me bebí el zumo de naranja, mientras que Ann untaba mantequilla en una de las tostadas.

—Bien, ustedes están libres de sospecha. Tienen justificada con testigos su ausencia del escenario de los asesinatos a la hora en que se cometieron.

Las palabras del inspector me tranquilizaron porque nuestra situación resultaba extraordinariamente delicada. Eran tantas las cosas por las que podían acusarnos que no sabría señalar cuántas. Sus pesquisas no le habían proporcionado información acerca de las amenazas que habíamos recibido, lo cual, en cierto modo, era lógico. Quienes sabían de ellas, aparte de Ann, de mí, y de quien

nos las había hecho llegar, estaban muertos y Robinson no facilitaría ninguna información al respecto, aunque suponía que desde la embajada harían algo por averiguar quién había asesinado a Best.

—¿Significa que podemos abandonar Egipto cuando lo deseemos?

—Exactamente, míster Burton, pero antes tendrá que explicarme una cosa más.

—¿Qué cosa?

—La conexión entre esas dos muertes es un código del que usted tiene importante información y a mí me gustaría conocerla con todo detalle.

—La única información que tengo es que Boulder poseía un código y que el profesor Best debía certificar su autenticidad.

—Tengo entendido que, cuando el difunto lo examinó, ustedes estaban presentes.

—Es cierto.

—¿El profesor no hizo comentarios sobre su antigüedad, su valor o su contenido?

—Dijo que era auténtico, muy antiguo. En su opinión no se trataba de una falsificación.

—¿Nada más?

—Nada más. Best era muy hermético.

El inspector nos sorprendió entonces con una pregunta inesperada.

—¿Les suena a ustedes el nombre de Suleiman Naguib?

Lo maldije en mi interior. ¿Cómo había podido averiguar lo de las amenazas? Comprobé que Ann no se había inmutado, ahora ponía mermelada sobre la mantequilla de su tostada. Decidí que lo mejor era tantear el terreno.

—¿Cómo ha dicho?

—Antonello Suleiman Naguib. Anda metido en el mundo de la compraventa de objetos antiguos.

Ann tuvo la confirmación de por qué al llamarlo Suleiman la noche que estábamos cerca del Papyrus Institute no reaccionó rápidamente. Estaba acostumbrado a que lo llamasen Antonello, era más italiano.

—¿Naguib, Suleiman Naguib...? No me suena ese nombre. ¿Hay alguna razón para que lo conozca?

—Es el individuo con quien Boulder había quedado a las cuatro, en su tienda de antigüedades. Al parecer, está también interesado en el código que ustedes habían venido a comprar.

—¡Nosotros no hemos venido a comprar ningún código! ¡Ya le he dicho que mi misión era acompañar al difunto profesor Best!

No había podido evitar alzar la voz más de lo debido. Mustafa el-Kebir miró hacia las mesas de alrededor, todas ellas estaban vacías. Iba a pedirle disculpas cuando Ann me sorprendió al preguntarle al inspector.

—¿Cómo es ese Naguib?

El inspector clavó sus ojos saltones en Ann, tan sorprendido como yo por la pregunta.

—¿Por qué pregunta eso, madeimoselle? ¿Acaso podría usted conocerlo?

—No lo sé, pero he visto varias veces a un individuo en el vestíbulo que se fijaba en mí con cara de pocos amigos. Intimidaba con la mirada.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes?

—Se trata solo de una sensación, aunque muy molesta. No está prohibido mirar, aunque sea de forma desagradable.

No tenía la menor idea de adonde pretendía llegar Ann.

—Naguib es más bien alto, bien parecido, tez oscura, cabello negro, como sus ojos. Viste de forma elegante.

—¿Podría darme algunos datos sobre ese individuo?

—Su nombre completo es Antonello Suleiman Naguib, es un italo-libio que vive a caballo entre El Cairo y Roma, donde tiene una selecta clientela interesada por las antigüedades egipcias. Tiene contactos con los saqueadores de tumbas y estamos convencidos de que ha cerrado negocios ilegales, pero no hemos podido echarle el guante.

—Me parece que estamos hablando del mismo hombre.

—¿Usted cree?

—Hay una forma de comprobarlo —le espetó Ann, dejándome boquiabierto.

Mustafa el-Kebir se acarició la perilla y asintió sin necesidad de que Ann le explicase nada más.

—Discúlpeme un momento, voy a hacer una llamada.

Mientras Mustafa el-Kebir salía del comedor, Ann mordisqueaba su tostada y yo apenas podía contener mi malhumor.

—¿Te has vuelto loca?

Antes de responderme, dio otro bocado a su tostada y un sorbo a su café.

—No, ¿por qué lo dices?

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer eso? ¡Nos va a poner en una situación muy comprometida!

—Supongo que no se le ocurrirá decir que nos amenazó, por lo que has podido escuchar la policía tiene ganas de pillarlo. Un careo con él tal vez nos permita obtener alguna información sobre la muerte de Best.

—¿Sospechas de ese tipo?

—No.

Iba de sorpresa en sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque no se había cumplido el plazo que nos había dado para marcharnos. No me pareció un asesino cuando lo vi la noche que nos abordó cerca del Papyrus Institute.

—Entonces, ¿por qué piensas que un careo con él puede arrojar alguna luz sobre la muerte de Best?

—Porque puede darnos alguna información que no tenemos. El que piense que no ha asesinado a Best no significa que me fíe de él, pero como está metido en el mundo de las antigüedades y quien ha cometido los asesinatos brujulea por él... A lo mejor se le escapa algo interesante.

Una hora después nos veíamos las caras con Antonello Suleiman Naguib. Aproveché para estudiarlo detenidamente y, efectivamente, como había dicho Ann,

no tenía trazas de asesino, aunque soy de los que piensan que las apariencias engañan muchas veces. Parecía temeroso y tan desconcertado como nosotros.

—¿Es éste el hombre al que usted se refería? —le preguntó Mustafa el-Kebir a Ann.

—Sí, es el mismo que he visto varias veces en el vestíbulo. No dejaba de mirarme y, como le he comentado, lo hacía de forma desagradable. Me sentía intimidada.

Me di cuenta de la jugada de Ann. Le estaba mandando un mensaje a Naguib. Cortaba de raíz la posibilidad de que se sintiese aludido por las amenazas.

—¡Es usted muy atractiva! —exclamó con recelo, pero componiendo su mejor sonrisa.

—¡Eso no le da derecho a desnudarme con la mirada! — Ann aparentaba estar ofendida en su dignidad.

—Si desea que le pida disculpas, con mucho gusto se las ofrezco en este momento.

El italolibio había captado perfectamente el mensaje. El inspector no dejaba de acariciar su perilla, tratando de no perder detalle. Estaba tan atento que sus ojos parecían pugnar por salirse de las cuencas. Miró a Naguib y le preguntó:

—¿Sabía usted que también ellos están interesados en hacerse con ese códice que deseaba comprarle a Boulder?

—¡No es posible! —exclamó fingiendo sorpresa.

—Han venido desde Londres con ese propósito —sentenció el comisario.

—Por lo que veo, mis explicaciones le han servido de poco —protesté sin mucha energía—. Ya le he dicho que no he

venido a comprar ningún códice. Mi misión en El Cairo se reducía a acompañar al difunto profesor Best.

—¿Se refiere al profesor inglés que han asesinado? —preguntó Naguib con ironía.

Tuve que hacer un esfuerzo para contenerme. Las palabras de Mustafa el-Kebir vinieron entonces en mi ayuda.

—Hemos comprobado las declaraciones que el señor Naguib hizo anoche. No abandonó la comisaría hasta cerca de las once y tiene coartadas que lo exculpan de toda sospecha, aunque son menos refinadas que las de ustedes.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Ann.

—Que hemos confirmado que entre las doce y la una el señor Naguib estaba en un burdel muy alejado de la plaza Malaka Nazli. Lo ha testificado tanto la madame como dos de las señoritas que allí trabajan y que a esas horas atendían sus necesidades. Sin duda Groppi tiene más refinamiento que ese burdel.

Naguib no se inmutó, ni por el comentario ni por la sorna de que hizo gala el inspector, quien añadió:

—También sabemos que estaba muy lejos del Shepheard cuando, según la autopsia, acabaron con la vida del profesor.

—¿Dónde estaba? —pregunté, más que nada por mortificarlo.

—Estaba en la tienda de Boulder, adonde había acudido a las cuatro, según afirma la secretaria del difunto. Allí aguardó más de una hora, hasta después de las cinco y media cuando se enteró de la muerte del anticuario. No pudo matar a Best.

Mustafa el-Kebir sacó su paquete de Cleopatra, encendió uno, expulsó el humo lentamente y comentó como si hablase del tiempo:

—En fin, supongo que para todos ustedes será doloroso saber que el código ha desaparecido.

Hubo un cruce de miradas y un prolongado silencio que el propio inspector rompió:

—Al parecer, Boulder lo guardaba en la caja fuerte de su despacho.

—¿Cómo sabe que ha desaparecido? —preguntó Naguib.

—Hemos forzado la caja fuerte. La secretaria aseguraba que el código estaba allí.

—Entonces, ¿cómo es que ya no estaba? —preguntó Ann.

—Alguien debía conocer la combinación y lo ha robado.

—Posiblemente los asesinos obligarían a Boulder a confesar la clave —me apresuré a señalar, más que nada por lanzar una cortina de humo.

—Con esa hipótesis estamos trabajando.

—¿Qué piensan hacer? —preguntó Ann.

—Por lo pronto extremar las medidas de vigilancia. Pensamos que quien tenga el código en su poder tratará de sacarlo de Egipto.

Aproveché el silencio que se produjo tras las palabras del inspector para preguntarle:

—¿He respondido a todo lo que deseaba saber?

Mustafa el-Kebir apagó el cigarrillo y pareció meditar la respuesta:

—Pueden marcharse cuando lo deseen, aunque mantendré la vigilancia por su propia seguridad. Disculpen un momento.

Mustafa el-Kebir salió de la habitación y Naguib aprovechó para lamentar la muerte del profesor.

—Créanme que lo siento.

—¡No pretenderá que lo tome en serio!

—Como comprenderá, no tengo obligación de manifestarle mi pesar. En cualquier caso, sepa que nada tengo que ver con su muerte, ni con la de Boulder.

—Entonces, ¿por qué nos amenazó en dos ocasiones?

—Porque también yo deseaba hacerme con el código.

—Eso no le autorizaba...

—Eso, señor Burton, forma parte del juego.

Ann le preguntó entonces algo que me pareció pueril:

—¿No sabe dónde está el código?

—No tengo la menor idea.

Cuando el inspector regresó traía nuestros pasaportes en la mano.

—Aquí los tienen.

Se despidió con más amabilidad de la que había mostrado en las dos entrevistas mantenidas, incluso le dedicó a Ann una sonrisa. Naguib se marchó con él.

Una vez solos Ann me dijo algo que me dejó frío.

—Naguib sabe dónde está el código.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la forma en que se ha comportado. Si después de haber amenazado y extorsionado lo hubiese perdido, estaría abatido, y está exultante. ¡Es la viva imagen de un hombre feliz! Además, cuando ha respondido a mi pregunta sobre si sabía dónde estaba el códice ha respondido sin vacilar que no tiene la menor idea.

—¿Eso qué indica?

—Que miente.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo mismo que sabía que Naguib no respondía al nombre de Suleiman. ¿Recuerdas que el nombre completo que nos dio el inspector incluía un Antonello?

Cada minuto que pasaba estaba más mosqueado con las capacidades que Ann ponía de manifiesto, una vez detrás de otra.

—Además —argumentó Ann—, si lleva semanas detrás del códice y tiene importantes conexiones en el mundillo de las antigüedades, tiene que saber algo sobre él. Había quedado con Boulder y no olvides que apenas llevábamos unas horas en El Cairo, cuando ya estaba sobre nosotros.

—Estoy seguro de que no era ninguno de los dos individuos que entraron en la habitación —objeté.

—Yo también estoy segura de eso. Aunque pudieron actuar por encargo suyo, si bien no lo creo.

—¿Por qué?

—Si a las cuatro aguardaba en la tienda para reunirse con el anticuario y allí se enteró de su muerte y después ha estado en la comisaría hasta las once de la noche, no podía estar en el despacho de Boulder ni saber que

nosotros estábamos allí.

Londres, 1948

Cuando al día siguiente llegamos al aeropuerto para tomar el vuelo de la BOAC que nos conduciría a Londres con una escala en Roma nos llevamos una sorpresa al encontrarnos con que uno de sus pasajeros era Antonello Suleiman Naguib. Lo vimos en compañía de un individuo alto y enjuto. El tiempo de espera obligada, después de la facturación de los equipajes, fue aprovechada por Ann para recorrer el aeropuerto, mientras yo prefería acomodarme en la cafetería y empaparme de las noticias del Daily Telegraph, aunque con setenta y dos horas de retraso. Al final el vuelo se retrasó una hora por un problema técnico, según anunció la compañía. Naguib y el individuo que lo acompañaba entraron en la cafetería, pero aún no se habían sentado cuando un empleado de la BOAC se les acercó y, tras una breve conversación, se marcharon con él. Después no volví a verlos.

Londres nos recibió con frío y lluvia. En el aeropuerto nos esperaban Milton, Eaton y tres familiares del profesor, cuyos restos mortales habían viajado en la bodega del avión, en un ataúd precintado.

Ann y yo nos despedimos en el aeropuerto. Después de manifestarle nuestras condolencias a los familiares, éstos nos informaron de que el funeral sería a las doce del día siguiente en la iglesia de la Santa Cruz, en el barrio de San Pancracio.

Ella se marchó a su apartamento en Fleet Street y yo tuve una reunión con Milton y Eaton en el número 6 de Bedford Place. Allí les hice un resumen de lo ocurrido y me

abonaron, sin la menor protesta, las dos mil quinientas libras pendientes de pago. Todo fue muy breve, tuve la impresión de que deseaban cerrar aquel asunto lo más rápidamente posible. Tomé un taxi cerca de la puerta del British Museum y me dirigí a la redacción del Telegraph, donde saludé al redactor jefe y eché en el olvido su protesta cuando le dije que no iba a escribir sobre mi viaje a Egipto. Era lo que él esperaba, después de que hubiesen dado cumplida información acerca de la muerte de Best a la que habían calificado como: «Misterioso asesinato de un profesor de Oxford en El Cairo». Me acomodé ante mi máquina de escribir y redacté mi columna cumpliendo mi promesa a Ann de no hacerlo sobre lo ocurrido en El Cairo, al menos hasta que pasasen algunos días.

En las exequias se dieron cita, además de los familiares, algunos de los capitostes de la BBC, numerosos colegas del profesor, muchos de ellos desplazados desde Oxford, y los miembros de la tertulia del Isabella Club; estaban el juez Simpson, el coronel Bishop y el joyero Irvig. Ann llegó tarde, con el servicio ya empezado. Había acudido a impartir sus clases en el instituto. Fue un acto sencillo y emotivo. En el cancel de la iglesia me despedí de mis tres contertulios con los que quedé emplazado para el día siguiente, que era miércoles; nos veríamos en el club a la hora establecida.

Hacía frío, pero como el cielo estaba despejado Ann y yo decidimos pasear por Road Gray's Inn, tomar un sándwich en alguno de los pubs de Holborn y continuar luego por Chancery Lane: ella quería pasar por la Maughan Library del King's College. Caminamos un buen trecho en silencio y cogidos del brazo como si fuésemos un matrimonio de clase media que tiene pocas cosas que decirse, pero mantienen una relación correcta. Ninguno de los dos

teníamos muchas ganas de hablar; después del funeral el recuerdo de Best había cobrado fuerza y era como si su sombra planeara sobre nosotros. Entramos en el Golden Lion y pedimos nuestros sándwiches, el mío acompañado de una pinta de cerveza negra y el de Ann con un refresco de limón.

—¿Qué piensas contar mañana en el Isabella Club? —me preguntó acariciando mi mano con la punta de los dedos.

—Les hablaré de lo ocurrido, será una especie de homenaje al pobre Best. ¡Quién iba a decirnos que el profesor encontraría su final en este viaje! —exclamé apesadumbrado, si bien en ningún momento me sentí culpable por su muerte.

Ann paseó su mirada por los escudos que decoraban las paredes del Golden Lion, todo un muestrario de heráldica medieval.

—No puedo apartar de mi memoria la emoción con que nos hablaba cuando, en los jardines de Groppi, afirmaba que el código había superado todas sus expectativas — comentó Ann.

—Dijo que su vida estaba en el crepúsculo. Ahora sus palabras tienen la fuerza de una premonición. ¡Ha sido una lástima!

El camarero apareció con los sándwiches, las bebidas y la nota de la consumición. Decidí pagarla para no tener que llamarlo de nuevo. No teníamos pensado estar mucho rato.

A diferencia de Ann, que parecía inapetente, la emoción me había despertado el apetito y en tres bocados acabé con el sándwich; ella se limitaba a dar sorbos a su

refresco.

—Lo verdaderamente lamentable —comenté con desgana — es que su muerte y la de Boulder van a quedar impunes.

Ann dejó escapar un suspiro.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tengo la impresión de que Mustafa el-Kebir no será capaz de encontrar el hilo que le permita resolver el caso.

—Me parece que te estás precipitando, en El Cairo sostenías que era un buen sabueso.

—Es verdad, a diferencia de sus hombres, ese inspector parecía un tipo competente, aunque bastante desagradable.

—Al final cambió de actitud y se mostró más afable —me corrigió Ann.

—Es cierto.

—Tal vez encuentre alguna pista, nunca se sabe. A veces donde menos se piensa salta la liebre.

Me encogí de hombros entre resignado y desconfiado. Ann dio un mordisco a su sándwich y me hizo una pregunta extraña. No tenía nada que ver ni con la muerte de Best ni con nuestras peripecias en El Cairo.

—¿Te suena el nombre de Hipatia de Alejandría?

—¿Quién has dicho?

—Hipatia, una matemática que vivió en Alejandría entre el siglo IV y V. Su nombre en griego significa «la más grande».

—No tengo ni la más remota idea. ¿Enunció algún teorema fundamental? ¿Descubrió una importante fórmula?

—No lo sé, pero al parecer fue la matemática más brillante de su tiempo.

Sorprendido por el giro que Ann le había dado a la conversación, decidí seguirle la corriente pensando que era una forma de apartar nuestras mentes del profesor.

—¿Te interesa por algo en especial?

—He leído que su muerte fue un penoso acontecimiento, pero no sé qué significan exactamente esas palabras. No he encontrado detalles acerca de lo que realmente ocurrió para que se califique su final de ese modo.

Mientras yo acababa mi cerveza, Ann fue al servicio. Me dijo que podía terminar su sándwich, su estómago rechazaba la comida.

Salimos del Golden Lion y bajamos por Chancery Lane hasta la Maughan Library.

—¿Tu visita a la Maughan tiene algo que ver con esa Hipatia?

—Sí, me gustaría saber algo más sobre ella. En la Enciclopedia Británica la despachan con unas pocas líneas.

Estábamos ya ante las puertas de hierro forjado que cerraban la reja del edificio y daban acceso al amplio patio que se extendía ante la puerta principal de la biblioteca cuando Ann se detuvo.

—No tienes obligación de acompañarme.

—Puedo esperarte tomando algo en la cafetería. Aprovecharé para escribir mi columna.

Me fui directamente a la cafetería pensando que el interés de Ann estaba motivado por algún trabajo relacionado con sus clases de matemáticas. Saqué la estilográfica y el cuaderno, y me puse a escribir sobre los graves problemas que en Oriente Próximo había generado la creación del Estado de Israel.

Las pesquisas bibliográficas de Ann debían de resultar muy jugosas porque terminé mi columna, la pasé a limpio, bebí dos téis y aguardé media hora más, antes de que apareciera. Estaba a punto de subir a la sala de lectura cuando la vi entrar por la puerta de la cafetería.

—¿Provechosa tu investigación?

Me di cuenta de que era una pregunta innecesaria, Ann estaba radiante.

—¡Era extraordinaria, Donald!

—¿Te refieres a Hipatia?

—¡Era una mujer fantástica!

—¿Quieres tomar algo? —le pregunté dubitativo.

—No, vámonos.

Pagué la cuenta, me puse la gabardina y salimos a la calle. Ann se agarró a mi brazo y prosiguió con su panegírico.

—¡Una científica de los pies a la cabeza! ¡Sabía astronomía y estaba interesada por diferentes corrientes de pensamiento como el pitagorismo y el platonismo!

—Te veo entusiasmada.

Soslayó el comentario y continuó:

—Se afirma que fue la última gran científica del mundo antiguo y que vinculó su vida a las tradiciones y

costumbres del mundo clásico.

—¿Qué significa eso?

—Que se enfrentó al poder de los patriarcas de Alejandría, quienes con un concepto riguroso de la vida y haciendo gala del mayor de los fanatismos acabaron con las formas de vida del mundo clásico.

—¿Hipatia se enfrentó a la Iglesia?

—Sí. Para muchos de sus contemporáneos fue un símbolo de la resistencia contra el integrismo eclesiástico y el creciente poder del clero.

—Ya tienes la explicación de por qué cayó un manto de silencio sobre su vida y su obra.

La miré con curiosidad; me llamaba la atención su repentino interés por aquella Hipatia de la que Ann no sabía casi nada unas horas antes.

—También he obtenido algunos datos acerca del penoso acontecimiento que puso fin a su vida.

—¿Qué ocurrió?

—Un grupo de monjes la secuestró...

—¿Has dicho monjes?

—Sí.

—¿Había monjes en aquel tiempo?

—Sí, fue frecuente apartarse del mundo y retirarse al desierto, donde llevaban una vida de ascetismo. Al principio, vivían solitarios y aislados en lugares apartados, pero su número creció tanto que, a comienzos del siglo IV, se dieron reglas para organizar la vida en común. Abundaban los cenobios en los desiertos próximos a

Alejandría y a lo largo del curso del Nilo. Muchos monjes eran peligrosos fanáticos.

—Veo que te has documentado a fondo.

—¿Quieres que te cuente lo que le ocurrió?

—Por supuesto.

—Como te decía, un grupo de monjes la secuestró y se la llevaron a un lugar apartado, donde la violaron y le infligieron una terrible tortura: cortaron su cuerpo, haciéndole pequeñas incisiones, utilizando para ello caracolas afiladas; en otras versiones he leído que lo que afilaron fueron trozos de arcilla. ¿Te imaginas? Tuvo que ser un suplicio horrible; luego quemaron los despojos en que habían convertido su cuerpo para que no quedase resto alguno de ella.

—¿Por qué le hicieron esa salvajada?

—Porque Hipatia se había convertido en un símbolo de la resistencia a sus planteamientos. Tenían que dar un escarmiento.

Los ojos de Ann brillaban de una forma especial.

—¡Es increíble! —exclamó entusiasmada.

—¿Qué es increíble?

—¡Que yo tenga en mi poder un texto de su puño y letra!
¡Un texto escrito por Hipatia de Alejandría!

La miré muy serio.

—¿Bromeas?

—No bromeo. ¡Vamos a mi apartamento, tengo que enseñarte algo!

Me acomodé en el sofá y observé que Ann sacaba de una carpeta una pequeña vitela que identifiqué rápidamente.

—¡Eso es el pergamino que había oculto en la guarda del códice!

—Exacto.

—¿No se lo llevaron los atracadores?

—Ya ves que no. Tuve tiempo de ocultarlo en uno de mis bolsillos.

Al cogerlo percibí la suavidad de su tacto. Era una piel delicada y finísima que el paso de los siglos no había alterado. Los trazos de la escritura resaltaban brillantes como si los hubiesen trazado poco antes. La guarda del códice y la oscuridad del recipiente de barro enterrado en abono la habían protegido durante siglos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Con la excitación de las horas siguientes me olvidé, entonces no sabía que era un pequeño tesoro. Después todo ha sido tan precipitado...

Era una mala excusa, pero no tenía sentido que me enfadase.

—Este texto está escrito en griego. ¿Sabes qué dice? —le pregunté.

—Sí, me lo ha traducido Anthony Holmes.

—¿Quién es ese Holmes?

—El profesor de griego de mi instituto.

—¿Por eso has llegado tarde al funeral de Best?

—Sí.

La miré tan extrañado que me preguntó:

—¿Te ocurre algo?

—Acabas de decirme que ese profesor de griego te ha hecho la traducción.

Ann asintió.

—Entonces, ¿cómo es que el pergamino estaba en esa carpeta? No la traías cuando hemos venido.

Mi desconfianza le provocó un esbozo de sonrisa.

—Lo primero que hice ayer, después de separarnos en el aeropuerto, fue acudir al fotógrafo de la esquina. Una buena propina hizo que tuviese la fotografía revelada un par de horas después.

—¿Es alguna fórmula? —le pregunté adoptando un aire de dignidad ofendida.

—Lo que está escrito en estas líneas nada tiene que ver con las matemáticas. Es la expresión de un anhelo, de un sueño. ¡Eso es...! ¡Eso es el sueño de una mujer extraordinaria!

—¿Te importaría leérmelo?

—A eso hemos venido.

Sacó del bolsillo de su chaqueta una cuartilla y leyó:

Ha sido un día agitado en que los cristianos han investido a Cirilo nuevo patriarca de Alejandría. Hoy son ellos el principal poder en esta ciudad y hace tiempo que olvidaron la violencia sufrida, cuando eran convertidos en antorchas humanas, arrojados a las fieras del circo o crucificados, acusados de que sus principios eran perversos y

condenables. No eran lo uno ni lo otro, ni los hacían acreedores a la ignominiosa muerte a que los condenaban porque nadie debe ser condenado por sus ideas.

Los acontecimientos presentes indican que la experiencia no les ha enseñado gran cosa. Hoy son ellos quienes persiguen a los que disienten. Apiano, el discípulo de Papías, ha venido a recoger los textos que su maestro depositó en esta casa porque ya no la considera un lugar seguro. Los cristianos continúan destruyendo aquellos escritos que no coinciden con su pensamiento, único que consideran verdadero y que excluye a los demás. Queman los libros de los que llaman herejes, como quemaron la biblioteca del Serapeo. Queman sus ideas, que es una forma de quemar a quienes las escriben.

Siento miedo y a la vez abrigo esperanzas porque creo en otro mundo donde las ideas no sean perseguidas, donde las gentes puedan expresarse sin miedo y que pensar de otra forma no sea un delito abominable. Sueño con un mundo donde el pensamiento sea respetado y las ideas sometidas a discusión. Sueño con un mundo donde el Ágora sea lugar de encuentro, reunión y debate para quien tenga algo que decir. Sueño con un mundo sin fanatismos donde expresarse libremente sea algo cotidiano. Sueño con un mundo donde ser diferente no sea delito.

Quizá, algún día, si Apiano consigue poner a buen recaudo estos textos, alguien lea estas líneas escondidas en las que una mujer soñó con otro mundo.

Idus de octubre de MCLXV ab urbe condita.

HIPATIA DE ALEJANDRÍA

Desde el pasillo llegó el estridente sonido del teléfono, sonó un segundo después de que Ann pronunciase el

nombre de Hipatia de Alejandría.

Me dio el texto y acudió a atender la llamada.

Leí dos veces aquellas líneas. Eran una hermosa expresión del anhelo de una mujer culta. Un sueño que muchos años después se mostraba tan inalcanzable como entonces, según habíamos tenido ocasión de comprobar. Hacía muy poco tiempo que el fanatismo de unos locos había desencadenado un conflicto cuyo resultado eran cincuenta millones de muertos, después de una terrible guerra. Recordé que también los nazis habían encendido grandes hogueras en las que quemaban los libros de quienes no pensaban como ellos. También acudieron a mi mente la crueldad desatada por Stalin en la Unión Soviética contra los llamados disidentes o el bloqueo que los comunistas habían establecido hacía pocas semanas sobre el Berlín Occidental.

Me fijé en la fecha y vi que en números romanos aparecía el año 1165. No encajaba porque, según me había dicho Ann, vivió entre el siglo IV y V. Consulté en una enciclopedia, buscando datos para hacer el cálculo en el calendario cristiano. Tuve tiempo de sobra, la conversación telefónica de Ann iba para largo. Descubrí que el cómputo del tiempo estaba establecido a partir de la fundación de Roma, por eso ponía ab urbe condita. Ese acontecimiento tuvo lugar en el 753 antes de Cristo. Hice una rápida cuenta y me encontré con que el texto correspondía al 412 de nuestra era.

Leí el texto por tercera vez y decidí cambiar mi columna. No se la dedicaría al problema generado en Oriente Próximo a partir de la creación del Estado de Israel, sino a una mujer capaz de escribir unas líneas tan hermosas y cuyo significado se mantenía vivo en el tiempo. El título,

que en tantas ocasiones se convertía en un problema, surgió de inmediato: «El sueño de Hipatia».

Había cogido mi estilográfica y pergeñado las primeras líneas cuando Ann regresó al salón. Alcé la vista y no necesité que me dijera que la llamada estaba relacionada con un asunto grave.

—¿Sabes quién ha llamado?

—No tengo por costumbre escuchar las conversaciones ajenas.

Estaba molesto con todo lo que me había ocultado.

—Era Mustafa el-Kebir.

—¿Me tomas el pelo?

—No. Quien llamaba era el inspector Mustafa el-Kebir.

Pensé que quería gastarme una broma.

—¡Anda ya!

—Es cierto.

—¡No... no puede ser!

Cerré la estilográfica.

—Sí puede ser.

—¿Qué quería? —pregunté incrédulo.

—Darme las gracias por haberle facilitado ciertas pistas.

—¿De qué me estás hablando?

—Creo que te debo una explicación.

—Dirás otra explicación.

—¿Quieres tomar algo?

—No me vendría mal un whisky.

—Póntelo.

Me serví una generosa ración y me acomodé en mi sillón favorito, dispuesto a escuchar.

—Cuando abrí la caja fuerte del despacho de Boulder —comenzó Ann—, encontré encima del códice un sobre con tres palabras escritas: «Para la policía».

Recordé aquel momento en el despacho del anticuario.

—Cuando te volviste, tenías el códice en las manos.

—Ya lo había guardado en mi bolso.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le pregunté molesto por el segundo ocultamiento.

—En aquel momento no supe por qué lo hacía. Ahora puedo explicártelo.

—Te escucho.

—Intuía que nos acechaba un peligro. Un sexto sentido me advertía de que hablar resultaría peligroso. No me equivoqué, uno de los individuos que nos atracaron en el hotel estaba allí.

—Pero... pero qué estás diciendo.

—Créetelo, Donald.

—¿Y no me avisaste?

Di un trago a mi whisky.

—No quise hacerlo hasta saber qué contenía aquel sobre.

—¿Cuándo lo abriste?

—Lo hice en el cuarto de baño. Estaba muy nerviosa

después del atraco.

Tenía la garganta seca; di un largo trago a mi whisky y le pregunté:

—¿Ahora ya puedes decírmelo? —Mi malestar crecía conforme pasaban los segundos.

—El anticuario explicaba que había recibido amenazas de un tal Günther Hoffmann.

—¿Günther? Ese nombre me suena de algo.

—Se lo escuchaste pronunciar al propio Boulder. Era el individuo a quien visitó el imam antes de lanzar a Raghib el ultimátum sobre el códice.

—Exacto, según el imam ese Günther Hoffmann estaba dispuesto a comprárselo.

—Pero está claro que Boulder se le adelantó. Después de efectuada la venta, el clérigo debió de visitar de nuevo al tal Hoffmann y explicarle que el códice estaba vendido. Debió de decirle algo sobre su contenido, lo que hizo que el interés del tal Hoffmann aumentase. Cuando el alemán se enteró de que el Vaticano estaba detrás de esos textos, buscó hacerse con ellos por todos los medios, incluido el asesinato.

—¿Te ha confirmado el inspector que el Vaticano estaba también detrás de este asunto?

—Sí.

—¡Esto es como para volverse loco!

—Todo tiene una explicación.

—Después me explicarás lo del Vaticano; ahora cuéntame por qué ese códice era tan importante para Hoffmann.

—Por lo que me ha dicho el inspector, ese individuo forma parte de una organización de antiguos miembros del partido nazi que ayudan a escapar a aquellos de sus correligionarios que tienen deudas pendientes con la justicia por crímenes de guerra. Pensaba presionar al Vaticano con el código y el control de la información de su contenido.

—¿Qué es eso del control de su contenido?

—Para el Vaticano el código es muy importante, pero también que no haya información de su contenido.

—¡Por eso mataron a Best!

—Es triste, pero cierto. Best murió por haber leído lo que está escrito en esos papiros.

Rebajé otro dedo el whisky de mi vaso.

—¿Cómo sabía Hoffmann que el profesor conocía que ese código contenía una información tan comprometida?

—Uno de los técnicos del Papyrus Institute es un químico alemán que pertenece a la misma organización que Hoffmann. Él fue quien lo alertó de que Best conocía el contenido del código y también le confirmó la importancia de lo que en él se decía.

—Supongo que lo dedujo de las fotografías que el propio Best encargó.

Ann asintió.

—¿Recuerdas al individuo que acompañaba a Naguib en el aeropuerto?

—Perfectamente.

—Ese era Günther Hoffmann.

—¿Te lo ha dicho el inspector?

—No, fui yo quien se lo dijo a él.

—Pero bueno... ¿Cómo sabías que era Hoffmann?

—Por el olor. Como ya te comenté, cuando llegamos al despacho de Boulder percibí un olor fuerte, el mismo que llegó a mi olfato cuando el tipo que se llevó el código pasó por delante de mí.

—¿Ese olor en el despacho del anticuario te hizo sospechar?

—Así es.

—¡Todo esto es increíble! —exclamé impresionado—. ¿Cómo te pusiste en contacto con Mustafa el-Kebir?

—Lo llamé, mientras tú estabas en la cafetería.

—¿Acudiste a la comisaría del aeropuerto?

—No, lo llamé directamente.

—¿Cómo pudiste hacerlo?

—Marcando el número que había en la tarjeta que te dio. La dejaste en el escritorio de la habitación del hotel y yo la recogí antes de marcharnos. No es bueno dejar rastros de nuestra presencia en la habitación de un hotel, nunca se sabe a qué manos pueden ir a parar.

—¿Qué le dijiste al inspector?

—Que si registraban los equipajes de Naguib y de un individuo que lo acompañaba, encontrarían el código y la pista para llegar al asesino.

Estaba claro que el trabajo de Ann para el servicio secreto la había marcado de por vida.

—¿Los detuvieron en el aeropuerto?

—Con toda discreción. Mustafa el-Kebir logró que se retrasase la salida del vuelo. A los pasajeros se nos explicó que se trataba de razones técnicas, pero en realidad estaban deteniendo a Hoffmann y a Naguib y sacando sus equipajes de la bodega del avión. En el equipaje de Hoffmann encontraron el código.

Ahora comprendí por qué ya no los volví a ver, ni siquiera cuando hicimos la escala en Roma, donde deberían haber terminado su viaje. Apuré las últimas gotas de whisky y me levanté para servirme un poco más. La garganta continuaba seca.

—¿Ha declarado Hoffmann que fue él quien entró en la habitación para apoderarse del código?

—No lo sé. Como comprenderás, no he querido preguntar.

—¿Por qué?

—¡Donald, no te das cuenta! Si pregunto por eso, tendría que explicar cómo estaba el código en nuestro poder. El inspector dice que Hoffmann le ha explicado una extraña historia para justificar cómo había llegado a sus manos.

—¿Qué historia?

—Que el código estaba en nuestro poder y él nos lo robó en la habitación del Shepheard.

—¿Qué opina el inspector?

—No le ha dado el menor crédito.

—¿Por qué?

—Porque yo le he facilitado toda la información. También argumenta que sus hombres nos han mantenido bajo

vigilancia en todo momento.

—Entonces, ¿cómo le has explicado que sabías lo del códice?

—Le dije que me parecía muy sospechoso que Naguib estuviera en el aeropuerto y que con él fuera un tal Günther Hoffmann, que también estaba interesado por el códice, según nos había dicho Boulder. Entonces me preguntó si conocía a Hoffmann y le dije que no, pero que había visto los datos de su pasaporte en el control de aduanas.

—¿Y Naguib?

—Está detenido, pero el comisario dice que no tienen pruebas contra él. Mustafa el-Kebir dice que tendrá que ponerlo en libertad.

—¡Pero estaba en el aeropuerto con Hoffmann!

—Afirma que habían coincidido por pura casualidad y que lo conoce porque es persona aficionada a las antigüedades.

Me bebí de un tirón lo que quedaba del segundo whisky y chasquéé la lengua. Era una pena que no paladease aquel escocés de pura malta y muchos años de barrica, pero mi garganta lo necesitaba.

—¿Tienes alguna otra historia oculta que contarme?

—No.

—¿Seguro?

—Puedes estarlo. Además, prometo compensarte esta noche por mis silencios.

—Te queda una cosa por contarme.

—¿Cuál?

—Lo referente al Vaticano.

—Naguib ha declarado que el Vaticano se había mostrado interesado por conocer el contenido del código.

—¿Solo por el contenido?

—Comprenderás que es una forma de decir que desde tan altas instancias no estaban dispuestos a cometer un delito contra el patrimonio histórico egipcio. El Vaticano simplemente deseaba conocer su contenido, no hacerse con su propiedad.

—¿Qué dice a eso Mustafa el-Kebir?

—Lo admite porque le interesa creérselo, aunque me ha confesado que tiene la sospecha de que Hoffmann estaba en contacto con altas jerarquías de la Iglesia católica, aunque no puede demostrarlo.

—¿Por qué tiene esa sospecha?

—Porque el destino de Hoffmann y Naguib era Roma y porque, aunque no puede demostrarlo, sabe que viajaban juntos.

—Entiendo.

Me serví otro dedo de whisky antes de preguntarle a Ann:

—¿Qué va a pasar con el código?

—En ese punto el inspector ha sido muy explícito. Se quedará en Egipto y formará parte del patrimonio del Estado. Espero que ahora puedas escribir una buena columna sobre lo sucedido.

—¿Me pediste que no lo hiciera porque estabas a la espera de todos estos acontecimientos?

—No quería que hicieses afirmaciones de las que tuvieses que desdecirte.

—Muy gentil de tu parte.

—Aunque no te lo creas, es la pura verdad.

La miré a los ojos. Siempre me habían parecido bellos y fríos. Pensé que lo mejor era no preguntarle la razón de por qué me había mantenido al margen de todo aquello.

—He decidido, mientras hablabas por teléfono, que la columna de mañana estará dedicada a Hipatia.

Por la expresión de su rostro deduje que estaba encantada.

—¿Por alguna razón especial?

—Porque su sueño sigue vivo y la gente debe conocerlo.

Epílogo

Era consciente de que mi columna había sorprendido a los lectores. El Daily Telegraph daba en portada la noticia de que la policía de El Cairo había descubierto al asesino del eminente profesor Alfred Best, a quien acompañaba en la capital egipcia el prestigioso columnista del rotativo londinense. Todos esperaban que yo aportase detalles sobre la que había sido calificada como «misteriosa muerte».

Sin embargo, bajo el título de «El sueño de Hipatia», transcribí el texto de la carta oculta bajo la guarda del códice y me extendí en consideraciones contra el fanatismo, la intolerancia y la intransigencia.

Caminé bajo la lluvia mientras me dirigía al Isabella Club. Faltaban dos minutos para las cinco y media cuando el mayordomo se hizo cargo de mi gabardina y mi paraguas. Con mucha solemnidad me expresó sus condolencias y después, con un tono más confidencial, me dijo:

—Todos los demás ya están arriba.

Los murmullos de Simpsom, Irving y Bishop se apagaron cuando entré en la acogedora sala que daba cobijo a nuestra tertulia. Su atmósfera cálida contrastaba con la lluvia y el tiempo desapacible de la calle. Solo hacía una semana que había estado allí, pero tenía la sensación de que había pasado mucho más tiempo. Cuando vi el sillón de Best vacío se me hizo un nudo en el estómago. No podía hacerme a la idea de que ya no volveríamos a sostener más pulsos dialécticos. Había conocido el perfil más humano del viejo catedrático de Oxford en aquellos breves e intensos días vividos en El Cairo.

—¿Un té, Donald? —me ofreció con amabilidad el coronel.

—Sí, muchas gracias.

Todavía no me había sentado cuando el juez me espetó:

—Me ha sorprendido su columna de hoy, Burton.

—¿Por qué?

—Esperaba un panegírico de Best.

—En cierto modo, lo es.

—Si no me lo explica, no alcanzo a vislumbrarlo. El panegírico está dedicado a esa tal Hipatia, de la que jamás había oído hablar.

—En realidad, al alabarla, estoy ensalzando a todos los científicos que han perecido víctimas del fanatismo y de la intolerancia. Al fin y al cabo, ésas han sido las causas de la muerte de Best.

—¡Cuéntenos, cuéntenos lo ocurrido! —me apremió el joyero.

—Lamento comunicarles que no voy a contar nada de lo ocurrido en Egipto.

El juez me miró con severidad.

—¿No hablará en serio?

—¿Acaso el asunto se encuentra bajo secreto de sumario?

—preguntó Bishop.

—No hay secreto alguno que me impida escribir, de hecho pienso hacerlo por extenso y con todo lujo de detalles.

Simpson seguía mirándome con dureza. No me habría gustado tenerlo como juez comunicándome una sentencia. Su mirada era ya un castigo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que pienso escribir una novela.

—¿Una novela? ¿Qué tontería es ésa?

—Tengo intención de escribir una novela cuyo título sea, precisamente, el que hoy he dado a mi columna: El sueño de Hipatia.

—¿Qué tiene eso que ver con Best? —protestó casi indignado.

—Mucho más, de lo que usted se imagina. Si la lee, podrá comprobarlo.

JOSÉ CALVO POYATO

Cabra, 27 de abril de 2009

Nota del autor

El sueño de Hipatia es una novela y, por lo tanto, una obra de ficción en la que se dan la mano elementos históricos con otros que pertenecen a la imaginación del novelista. Para evitar confusiones que están muy lejos del ánimo del autor, se ha considerado necesario señalar, aunque sea de forma sucinta, qué elementos de la novela pertenecen a la ficción y cuáles tienen un soporte histórico.

Hipatia de Alejandría es un personaje histórico, una matemática que vivió en dicha ciudad entre los siglos IV y V y que fue considerada una de las personalidades científicas más relevantes de su tiempo. Es muy poco lo que sabemos de ella, aunque parece que no hay dudas acerca de que se mostró ferviente defensora de principios que entraban en contradicción con el creciente poder de la Iglesia católica. También está constatado que murió, salvajemente torturada, a manos de un grupo de monjes fanáticos, en la época en que Cirilo, más tarde elevado a los altares, era el patriarca de Alejandría. Era hija de un importante astrónomo y astrólogo, llamado Teón, figura también relevante de su tiempo y que, por razones argumentales, ha sido presentado exclusivamente como astrólogo.

No se sabe con exactitud la fecha de su nacimiento, que se sitúa entre el 355 y el 370. El autor ha escogido esta última fecha por considerarla de mayor interés para la trama que sustenta la novela. Se sabe, por el contrario, que su muerte acaeció en el 415.

Existieron los lugares de Alejandría que aparecen en la novela, como los barrios de Bruquio o Racotis, el Ágora, el

Heptaestadio o la Vía Canópica, que era la principal arteria de la ciudad. El Serapeo era un gran centro cultural, donde se desarrollaba una importante actividad y fue destruido en el 391 o 392, durante el patriarcado de Teófilo; sobre sus ruinas se levantó una iglesia cristiana bajo la advocación de san Juan.

La muerte del emperador Valentiniano sucedió como se cuenta y la batalla del Frígido, librada a primeros de septiembre del 393, entre las tropas de Teodosio y Eugenio, está retratada fielmente, así como la muerte del segundo y de su magister militum, Arbogastes. También responden a la verdad histórica el edicto de Tesalónica y la matanza perpetrada en esta ciudad por las causas que se indican.

El autor ha tratado de recrear el ambiente del teatro o de los prostíbulos y también las tensiones callejeras vividas en Alejandría, al igual que en otros muchos lugares del imperio, entre quienes defendían las formas de vida tradicionales, típicas de lo que hoy conocemos como mundo clásico, y el cristianismo emergente. Así mismo, los enfrentamientos entre distintas tendencias e interpretaciones del cristianismo en sus primeros siglos, cuando se vinculó la ortodoxia a las conclusiones del Concilio de Nicea (325). En los concilios de Hipona y Cartago se estableció el llamado canon bíblico, es decir, se determinaron los textos que configurarían el Antiguo y el Nuevo Testamento que, definitivamente, se cerraría muchos siglos más tarde, en el Concilio de Trento.

Con elementos propios de una novela, pero sostenido por un fondo histórico, se han recogido las creencias del mitraísmo, religión que estuvo muy extendida entre las legiones romanas durante los siglos del llamado Bajo

Imperio y cuyas concomitancias con el cristianismo resultan llamativas. El prefecto imperial Orestes es una figura histórica y fueron ciertos sus enfrentamientos con el patriarca Cirilo.

A finales de 1945 unos campesinos egipcios encontraron en las afueras de Nag Hammadi (en la antigüedad el lugar fue conocido como Xenobosquion) una vasija o urna de barro cuando buscaban sabaj para abonar sus cultivos. En su interior aparecieron más de una docena de códices con textos escritos en copto, pertenecientes a los siglos III y IV. Algunos de ellos se perdieron al ser utilizados como combustible por los campesinos que los hallaron; hubiera sido su destino de no haber sido por el imam de la localidad, que se enteró de lo que sucedía y se percató de su valor.

Los trece códices que han llegado hasta nosotros contienen cincuenta y dos escritos de extensión muy variada. Casi todos ellos son de contenido religioso y muchos nos ofrecen planteamientos vinculados al pensamiento de los gnósticos. Los códices circularon entre los marchantes y anticuarios de El Cairo en medio de notables vicisitudes, algunas de ellas dignas de una novela. Al final, casi todos fueron a parar a manos del gobierno egipcio, que los conserva actualmente en el Museo Copto de la capital, donde están expuestos a la curiosidad de los visitantes. Uno de los códices, incompleto, fue sacado clandestinamente de Egipto y pasó por diferentes manos hasta que lo compró la Fundación Jung de Zurich.

Por razones estrictamente novelísticas el autor ha reducido a solo dos los códices hallados, uno de ellos para ser utilizado como combustible y el otro como elemento

fundamental de la trama novelesca.

Los especialistas sostienen que esos códices fueron ocultados por algún grupo gnóstico de la zona próxima a la ciudad de Luxor, tal vez de la antigua Xenobosquion, para evitar su destrucción por parte los defensores de la ortodoxia y del canon establecido en los concilios mencionados. Nunca estuvieron en la biblioteca de Hipatia, ni tampoco la ilustre matemática nos dejó un texto oculto en la guarda de ese códice que contiene el llamado «Evangelio de Felipe», donde se afirma, sin la menor duda, la predilección de Jesús por María Magdalena y la preeminencia de ésta entre sus discípulos. Las citas que aparecen en la novela referidas al mencionado evangelio son textuales.

No existe la Theological School of Westmoreland University y es fruto de la imaginación del autor el envío de un profesor de Oxford a buscar ese códice. Tampoco hay un club en Isabella Street.

El desarrollo de la trama de El sueño de Hipatia en El Cairo de 1948 pertenece al terreno de la ficción, aunque el autor ha tratado de recrear el ambiente de la capital egipcia por aquellas fechas. Es cierta la fama de corrupto del rey Faruk I, así como detalles menores que han servido para ambientar el desarrollo de la trama, como que el rojo era el color de los automóviles de la Casa Real y su uso estaba prohibido en los vehículos particulares. Existían clubs como el Opera Casino, donde la bailarina Tahiya Kanoka causaba furor por aquellos años con sus espectaculares danzas del vientre. La casa Groppi, en la plaza de Suleiman Pasha, era uno de los lugares de reunión de la alta sociedad de El Cairo.

J. C. P.

Bibliografía

DZIELSKA, D., *Hipatia de Alejandría*, Siruela, Madrid, 2004.

GÁLVEZ, P., *Hypatia, la mujer que amó la ciencia*, Lumen, Madrid, 2004.

MARTÍNEZ MAZA, C., *Hipatia*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.

PAGELS, E., *Los evangelios gnósticos*, Crítica, Barcelona, 2003.

PIÑERO, A., J. MONTSERRAT TORRENTS y F. GARCÍA BAZÁN, *Textos gnósticos. La biblioteca de Nag Hammadi*, 3 volúmenes, Trotta. Madrid, 1997-2000.

ROBINSON, J. M., *The Nag Hammadi Library*, Harper and Row, Nueva York, 1977.

SOTOMAYOR, M. y M. FERNÁNDEZ UBIÑA, *Historia del cristianismo*, vol. I: *El mundo antiguo*, Trotta, Madrid, 2003.

TROMBLEY, F. R., *Hellenic Religion and Christianisation. A. D. 320-529*, 2 volúmenes, Leyden, 1993-1994.



JOSÉ CALVO POYATO. Es licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Granada, en la que se doctoró en Historia y trabaja como catedrático. Ha ejercido en política, siendo diputado y alcalde de su ciudad natal, además de otros cargos.

Especialista en la historia de los siglos XVII y XVIII, es autor de numerosos ensayos, novelas históricas y de ficción histórica, caracterizándose en estas últimas por las descripciones de la época y la buena trama de sus relatos.



Notas

[1] Unos tres kilómetros. [<<](#)

[2] El gorro frigio. [<<](#)

[3] Desde 1965, Congregación para la Doctrina de la Fe. [<<](#)

Índice de contenido

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo

Nota del autor

Bibliografía

Sobre el autor